

J.J. CASTILLO

CUANDO SUSANAH LLORA

"Cuando Susanah llora" encantará a los amigos de la muerte y de la vida, y sobre todo a los que aman una novela bien narrada.

PILAR PEDRAZA

Mientras el mundo se ve sumido en el caos, en un pequeño pueblo fortificado llamado Rotten, sus habitantes hacen frente al asedio de los muertos vivientes.

Un policía retirado que ha perdido a su hija. Un capitán del ejército que no se resigna a dar por muerta a su familia. Un joven con el poder de hablar con los difuntos. Un sacerdote que trata de mantener vivas la fe y la esperanza entre sus feligreses. Gente. Todo un pueblo, que no encuentra el amor, entre el horror y la tragedia.

Un grupo de supervivientes afrontando el tenso día a día, pendientes en todo momento de un bebé.

Y es que, sin que nadie sepa la razón, el llanto de Susanah alerta de la llegada de los muertos. Pero un día Eva, la hija muerta de los Day, consigue llegar hasta su casa y…



J. J. Castillo

Cuando Susanah llora

ePub r1.0

WAIF 01.11.14

Título original: *Cuando Susanah llora*
J. J. Castillo, 2011
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: WAIF
ePub base r1.2



«Vivimos en tiempos de confusión. Tenemos pocas ilusiones, pocas novedades, pocas esperanzas. Pero nos quedan ellos, los espejos a los que asomarnos. Los muertos que no saben, pero que quizá son los sabios de este mundo. Nos han gustado los del cine y nos gustan los que pueblan las páginas de los libros. No hay nada como un zombi.

J. J. Castillo ha escrito sobre ellos con una enorme solvencia. Su libro *Cuando Susanah llora* encantará a los amigos de la muerte y de la vida, y sobre todo a los que aman una novela bien narrada».

Pilar Pedraza

Los muertos siempre
superan en número a los vivos.
JOEL COHEN
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA,
CIUDAD DE NUEVA YORK

Mientras paseaba en el cementerio
el Día de Todos los Difuntos,
pensaba en lo macabro que sería que
ellos celebraran el Día de los Vivos.
ANÓNIMO

La tapia del cementerio es una insensatez:
los que están dentro no pueden salir y los
que están fuera no quieren entrar.
ARTHUR BRISBANE

Prólogo

En la quietud del páramo, unos pasos lentos, pausados, se internaron bajo el bosque de abedules y abandonaron los arbustos.

La joven avanzaba buscando su hogar. Lo olía. Estaba cerca. Como tan cerca estaba de la humedad de las grutas donde había hecho investigaciones durante la mayor parte de su vida.

Sus heridas estropearon el verde con su sangre. Un pájaro gorjeó y alzó el vuelo, asustado. La rama más alta no podía con su peso. Los pasos se detuvieron detrás de él y, entonces, ella lo agarró para comérselo…

Susanah

—No hay gatos en la iglesia —contestó Jason, volviendo a mojar la brocha en el cubo de pintura azul—. Me atrevería a decir que no hay ninguno en todo el pueblo.

El padre Mile dejó la caja en el suelo y se quedó quieto. Pensativo, o quizás intentaba agudizar todos sus sentidos.

—¡No, no! ¡Dios mío de mi vida, es la niña! —gritó y salió corriendo.

Jason se giró y el padre Mile ya no estaba. Se oyeron sus pasos sobre los tablones escaleras arriba. Susanah estaba llorando. Llorando no, gritando. Eso era lo peor de todo. Por el tono —ahora parecía haberse silenciado el mundo y solo se la oía a ella— llevaba tiempo haciéndolo. Jason no pudo evitar ponerse nervioso. Empezó a mover la brocha de un lado para otro como si estuviese pintando el vacío. Su inconsciente se preguntaba cómo había llegado aquel palo con pelos a su mano. Aquel llanto le ponía más que nervioso. Empezó a dolerle la cabeza. Recordar, recordar. Su mala, su buena memoria. Los recuerdos de todos los del pueblo disparando sin consideración contra los muertos en el cementerio. Sangre, balas, cuerpos deteriorándose y… sus padres. Con las manos manchadas de azul, el color que había decidido para su cuarto, corrió escaleras arriba y entró en la habitación de la pequeña.

El padre Mile la había decorado para el bebé. El color de las paredes laterales era violeta, el del frontal, morado. El techo lo dejaron en blanco y como lamparita colocaron el escarabajo verde que la pequeña tenía en su verdadera habitación. Algunos decían que la niña no había notado el cambio. El cura salió del pequeño cuarto de baño que había a la izquierda donde todo parecía hecho a medida para el bebé. Se secaba las manos con prisas. Susanah seguía llorando como si alguien le hubiese dado un pellizco o acabara de vacunarse. No como cuando tenía hambre o se había hecho sus necesidades encima, sino más bien como cuando… No. Eso sería lo peor.

Viendo los ojos del cura, supo que sus pensamientos se debatían entre hacer algo o rezar. Por lo pronto, Jason no quiso acercarse.

—A ver, venga pequeña. No llores, hija —dijo Mile con la voz llena de angustia —. ¿Por dónde empezamos…? Pero Susanah no llores, por favor, que nos asustas. — Cogió a Susanah, le bajó el pañal y comprobó que todo estaba en orden. Con la niña en brazos se acercó a la mesa de nogal, apartó un par de peluches, cogió el biberón con agua e intentó que bebiera. Le mojó los labios. Nada.

—¿Caliento leche? —preguntó Jason desde la puerta.

Mile levantó un dedo.

—Espera, hay aquí. —Y con dicho dedo señaló hacia la mesilla redonda que había junto a la cuna. Un biberón yacía reluciente en el centro de la madera con dos dedos de leche. El padre Mile se lo llevó a la cara y comprobó la temperatura.

El cura tenía mucha experiencia cuidando a niños. Todos en el pueblo lo sabían. Por eso, después de que nadie quisiera hacerse cargo de la pequeña, habían aceptado sin controversias la propuesta de que él mismo podía cuidar a la hija de los Story. Su comportamiento lo corroboraba. Jason había oído decir que Mile había trabajado como misionero en los países tercermundistas.

Pero Susie no quería comer.

La mirada del cura lo decía todo. Empezó a mover a la niña de un lado para otro. Un meneo constante para tranquilizarla y que alcanzara el sueño. El susto en sus cuerpos. Se asomaba a la ventana, comprobaba, ningún acercamiento… Cinco minutos más de llanto y todo se tornaría en desgracia.

—Ea, mi pequeña, ea. Ya está, mi vida, ya está. Duérmete mi cielo…

Jason se acercó a la otra ventana y vio cómo atardecía. El sol una vez más se había ocultado tras el bosque de abedules que separaba a su pueblo del mundo. El tono sepia que se colaba por el cristal se intensificó durante esos cinco minutos que se hicieron eternos, dando paso al grisáceo antecesor de la noche. Jason no podía creer las palabras que iba a pronunciar aquel hombre. Por primera vez, su rostro le pareció viejo y demacrado. No quería oírlas. Debía de estar soñando. Tenía que ser una pesadilla.

«Por favor, otra vez no», se dijo el niño.

El cura se giró hacia él, la niña llorando entre sus brazos.

—Jason, toca las campanas —dijo.

Eva

«¿Qué leches está pasando?», pensó Samuel Day. Cerró el grifo del agua fría, después de quitarse la espuma de las manos, y prestó atención. Estaba en lo cierto: las campanas del pueblo seguían sonando.

—Vivian, ¡¿lo estás oyendo?! —gritó.

—¡Sí! ¡Nos vamos! ¡Termina rápido, que yo recojo!

Viéndose en el espejo, Samuel Day volvió a pensar en su padre y en cómo se había convertido en un fiel reflejo de él. Su padre no llegó a jubilarse. Su padre, gracias a Dios, debía llevar mucho tiempo convertido en polvo. Y él, gracias a tres malditos disparos en el hombro —sus ojos se posaron en las cicatrices—, se había convertido en un personaje aburrido de la vida, viviendo su jubilación a cientos de kilómetros de la ciudad que lo vio nacer y que tanto patrulló día y noche.

Oyó cómo llamaban a la puerta. Tenía que apresurarse. Debía de ser algún vecino avisando del tañido de las campanas. Probablemente era Elena, la mujer que mejores migas había hecho con Vivian desde que se habían instalado allí. Elena vendría para irse con ellos en el coche. Oyó los pasos de Vivian en dirección a la puerta de la calle. Un murmullo. Una pregunta retórica y un fuerte golpe en el entarimado.

Samuel se colocó el albornoz con urgencia y salió al pasillo.

—¿Quién es, cariño? ¿Vivian?

No hubo respuesta.

Después de mucho tiempo Samuel y Vivian Day habían vuelto a hacer el amor. A cierta edad era demasiado cansado, el apetito sexual en la mayoría de los hombres desaparecía. Era pasajero, fugaz, pero por lo menos Samuel lo seguía teniendo. No obstante, en su mujer estaba en fase de extinción.

Fue a peor con la muerte de la niña. Dicen que después de los funerales la gente sale con ganas de hacer el amor. Es una constante. Tal vez el cerebro se revaloriza y ayuda a la conciencia y a la naturaleza del hombre. La muerte y la vida. La vida y la muerte. Él lo supo, fue terriblemente egoísta, no podía controlar sus pensamientos. Al

salir del funeral de la niña le propuso a su mujer hacerlo. Ella le había pegado. Nunca lo había hecho en treinta años de matrimonio. Samuel tuvo que morderse el labio para no responder. Su instinto de policía le empujaba. Pero se contuvo. Ya nunca volverían a hacer el amor. Quizás lo más triste de todo había sido su comportamiento. No sabía qué hacer, qué pensar. ¿Cómo se puede seguir viviendo cuando lo has dado todo y de pronto te quedas sin nada por culpa de un accidente de tráfico?

Paciencia y fe.

Desde allí pudo ver cómo la luz de la farola se colaba en la entrada de su casa por el pasillo. Había anochecido. Samuel avanzó un par de pasos en dirección al salón. Vio las piernas de su mujer en el suelo y se apartó contra la pared. Reaccionó bien: no corrió en su auxilio, el asaltante podía estar aún en la casa. No debía perder los nervios. Lo que hizo fue agacharse, sus cinco sentidos en tensión, intentó visualizar mejor el escenario.

No vio sangre desde allí. La experiencia le decía que, por la postura, su mujer se había desvanecido. Aunque quizás el agresor esperaba escondido tras el quicio a que él saliera. Sin embargo, su instinto decía otra cosa. Pero gracias a ese instinto del que alardeó durante años en la comisaría, tenía poca movilidad en su brazo izquierdo y media clavícula destrozada. El instinto engañaba hasta a los animales. Lo había leído en algún sitio. Por lo que irrumpió en el salón rápidamente y a gatas con los puños apretados.

Nadie.

Se alzó y miró a su izquierda, en guardia. Pero ni las sillas, ni la mesa de caoba, ni los floreros de bambú, ni el tapiz de *La creación de Adán*, le atacaron. El salón era la estancia más grande de toda la casa. Abarcaba casi toda la planta baja. Los ventanales mostraban el jardín y la barbacoa. Las bicicletas. La noche los envolvía con su manto. Las campanas de la iglesia doblaban y las sombras de la calle se acrecentaban. Mientras andaba en dirección a su esposa, notó una presencia en el sofá. A su derecha quedaba el resto del salón gobernado por un gran mueble que habían traído de la ciudad con mucho sufrimiento. El televisor, cuadros de flores, fuentes y más jarrones de cristal. El sofá tenía cuatro metros de largo. Era nuevo, blanco e inmaculado. Y había una chica sentada. Desde donde él estaba solo pudo verle los hombros y el pelo alborotado. Yacía inmóvil como una muñeca. Como un maniquí, observando el televisor apagado.

Samuel se agachó y tocó el cuello de su mujer. Comprobó que tenía pulso. Gracias a Dios, un desmayo como había supuesto. La giró y le tocó la cara y la cabeza para comprobar que nadie la había golpeado.

Se puso en pie y dio un paso hacia el mueble lacado del recibidor.

El día que empezó todo se había dirigido allí con paso serio y había guardado un revolver con seis balas en el primer cajón. Lo dejó cargado. Se lo dijo a Vivian. Ningún niño accedería a él porque en su casa no quedaba nadie más. No había niños en su casa, ni jamás los volvería a haber. El nieto nunca llegaría. Nunca sería *el abuelo*…

Sujetó el arma y se volvió hacia el sofá.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —dijo con tono firme.

Del susto, su corazón dio un vuelco y apretó el gatillo sin querer. El *click* le recordó que estaba el seguro puesto. Menos mal. Error de principiante. «Los años no pasan en balde», se dijo. Se había asustado y había disparado como un novato en la instrucción porque Vivian le había agarrado el tobillo.

—¿Qué ocurre, Sam? —Vivian intentaba incorporarse y su marido le ayudó—. Cariño, ¿dónde está?

Los ojos de su mujer nadaban en lágrimas. Su mirada era fría, y el ex policía temió por ella. Un extraño nudo comenzó a formarse en su estómago. Aquellos ojos… Con una leve inclinación de cabeza se aseguró de que Vivian captara la presencia en el sofá. Después le enseñó el arma y la apartó para que él pudiera seguir con el procedimiento.

Sin embargo, Vivian se puso delante.

—¿Eva? —dijo a la chica del sofá—. Nena, somos papá y mamá. ¿No nos reconoces, hija? ¿Eres tú?

Tipton

Últimamente su madre se movía mucho. Quizás estuviese mejorando, pero no podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Una mezcla de miedo, aprensión e incredulidad le recorrió la espalda. La silla de ruedas estaba junto a la ventana. Era como si su madre hubiese tenido un momento de iluminación con Dios, hubiese usado sus manos después de tantos años y hubiese colocado la silla al lado de la ventana para observar la carretera. Tipton se rascó la cabeza, y entonces caviló que quizás la noche anterior se le hubiese ido la mano con las cervezas y él mismo la hubiese puesto allí. Sí, la había colocado frente a la ventana para que se distrajera mirando el paisaje que tanto le gustaba admirar cuando aún estaba en sus cabales.

Sí, eso debía ser.

—Buenos días, madre. ¿Cómo se encuentra hoy? —dijo acercándose y sin esperar respuesta alguna.

Comprobó la cantidad de líquido en el gotero. Cogió su mano para examinar la vía intravenosa y comprobó que tocaba cambiar la aguja. Tipton lo hizo absorto en sus pensamientos, y cuando se quiso dar cuenta, había terminado. Se apoyó en el marco de la ventana y observó el exterior.

Ya no había tránsito en la carretera. Aunque era una vía secundaria, un lunes a las nueve de la mañana la circulación habría sido más que considerable. Aquel camino era la conexión más importante entre el pueblo y la ciudad. Los unía a través de un hermoso sendero de veintisiete kilómetros de vía verde. Valles, riachuelos, túneles bajo las montañas constituían un cúmulo de paisajes agradables a la vista. Vereda que habían transformado en calzada años atrás, pero, aun así, el entorno no había perdido su encanto. Todo lo contrario. Últimamente, se podían contar con los dedos de muchas manos los ciclistas o gente haciendo *footing* que pasaban por allí. O *jogging*, como le había corregido un joven en una ocasión. Pero ya no era así. Desde la noticia de *El día que empezó todo*, aquella carretera había muerto. Ya no bajaba nadie del pueblo ni subía gente de la ciudad. Al menos, que Tipton hubiera visto. No había

parejas ni padres con hijos ni mochileros ni campistas ni gente haciendo deporte que pasara por allí. La carretera ciertamente había muerto.

«Esperemos que esta no se levante», era un chiste que solía contarse Tipton en soledad.

El viernes pasado… Sí, el viernes por la mañana había despertado y, al salir en busca de Neo, percibió la presencia de una caravana en el área de descanso que había a unos trescientos metros en el margen del río.

La caravana seguía allí.

No vio merodear a nadie. Estuvo bastante pendiente y, desde entonces, la escopeta fue su fiel compañera, su inseparable novia, como decían en el ejército. Todos los candados disponibles aseguraban las dos verjas de entrada a su finca. Recordó a aquel hombre que apareció una vez en moto ofreciéndole un sistema de seguridad con cámaras de vigilancia y se maldijo por no haberle hecho caso. Fue magnífica la presentación que le hizo: con tres cámaras conectadas entre sí a un circuito cerrado de televisión podía vislumbrar todo el terreno. Desde los naranjos hasta la bajada del camino de entrada. Con el *zoom* llegaría a ver incluso quién se acercaría desde el primer túnel, quién se marchaba por el segundo o incluso podría estudiar el comportamiento de los buitres que rondaban en círculos sobre la más alta de las buitreras. Sin embargo, le molestó el alto precio del proyecto.

El dinero. Sus malditos ahorros. ¿De qué servían los malditos ahorros cuando todo se había ido a la mierda? Había visto imágenes de la ciudad antes de que cortaran las emisiones. Ya no quedaba nada. ¿Los bancos? De pasada vio uno con las puertas destrozadas. Años y años como hormiguitas para que algún maldito hijo de puta, con excusa de la hecatombe, se hubiese llevado los ahorros de toda una vida. De toda una familia. De muchas…

Negó con la cabeza y desestimó seguir irritándose en vano.

En tiempos memorables, en aquel merendero donde se encontraba la caravana había visto pasar el día a familias, parejas y pescadores. Incluso la policía había echado a gente que pretendía acampar junto al río y las mesas de piedra pero…

Unas pisadas retumbaron abajo.

Clanc, clanc, clanc.

El sonido… El porche de entrada.

Dos golpes amortiguados, uno fuerte y un arrastrar. Pum, pum, PUM, trrrrrr…

Más tarde, intentaban abrir la puerta. Tipton fue hacia las escaleras muy despacio para que no descubrieran sus pasos. Agarró la escopeta y la amartilló contra el suelo. Regresó junto a su madre y con la mirilla comprobó la cancela de la finca. Estaba

cerrada. Continuó mirando hacia un lado y dio con una parte de la alambrada rota. La hierba alta pisada hasta el embaldosado que llevaba a la casa y…

Sangre.

Asomó todo lo que pudo para ver por encima del tejadillo la mayor parte de la entrada, pero le fue imposible. Tipton notaba la presencia de alguien allá abajo. Quedó totalmente en silencio y oyó cómo ese ser olisqueaba vigorosamente el aire. Lamentos y gruñidos. Por un instante pensó en subir sobre las tejas y acabar el trabajo desde allí arriba. Meditó que las posibilidades de caer a tierra eran muchas. Además, ya no tenía la agilidad de la que disponía años atrás. Si caía, estaría totalmente indefenso, probablemente lesionado. No tendría opción.

Esperó y, a los pocos segundos, obtuvo su premio. Un hombre alto, de pelo corto y cuerpo atlético avanzó hacia la cancela dándole la espalda. Seguía husmeando el aire. Tipton reparó en sus manos manchadas de sangre, como si las hubiese metido en el bidón de desperdicios de un matadero. El muerto dio unos pasos más y se paró. Levantó la cabeza y esta vez se deleitó con la fragancia que había llegado hasta sus fosas nasales. Era como un depredador cerca de una barbacoa que doraba carne. Tipton levantó el arma y le apuntó a la cabeza. Esperaría a que se diese la vuelta. Estuviesen como estuviesen las cosas, no dispararía a nadie por la espalda. Solo quería ver su rostro y mirarle a los ojos. Así los olvidaría. El tipo de abajo bajó la cabeza y se miró las manos, levantó una y se chupó los dedos.

Tipton quiso evitar el espectáculo.

—¡Eh! ¡Oiga! —le gritó.

El hombre alto ladeó la cabeza. Dio un paso torpe hacia la izquierda y se giró. Tipton esperó unos segundos, no le miraba a él. El muerto estaba observando algo al otro lado. Siguió rápidamente su mirada para ver qué había atraído su atención. Con espanto comprobó que era una de sus ovejas. Se había escapado del redil y pastaba junto a los naranjos. El hombre alto comenzó a alterarse, a gritar con fuerza, y un tembleque se apoderó de sus manos. Su voz se ahogaba, pero resurgía otra más grave, como solo lo puede hacer la voz de un hombre adulto. Como si estuviese arrancando motores. Su cuerpo se fue irguiendo a la vez que sus pasos cogían más velocidad. Tipton apartó el carrito de su madre, bajó la escopeta y apuntó. El hombre alto se lanzó sobre la oveja pero esta se apartó de un brinco. El muerto rodó por el suelo. Tipton sabía que no le sería fácil. Lo vio posarse sobre cuatro patas como un felino y entonces llevó la mirilla del arma hasta su cabeza y disparó. La descarga retumbó en el valle. La cabeza del hombre se repartió entre pasto y árboles. El cuerpo quedó como una imposible estatua romana.

La oveja desapareció de entre los naranjos y corrió hacia el redil.

El sudor que recorría normalmente el cuello de Tipton se enfrió. Cansado y con el flequillo sudado como cuando era joven, se volvió y encontró a su madre en la silla de ruedas con la mirada perdida en el suelo. Ni siquiera un estruendo de tal calibre era capaz de alterarla. Después del accidente, le había costado bastante tiempo dejar a su madre sola. Y cuando no tenía más remedio, pensaba egoístamente, contándose a sí mismo que podría morir en cualquier momento y él no tendría por qué estar delante. Además, era inevitable tenerla con él en cada momento. Cuando bajaba al huerto a trabajar, la llevaba hasta allí. Hablaba con ella, como cuando tenía uso de razón y ella por sus propios medios cogía su silla preferida y se sentaba a coser en el porche mientras él sembraba patatas, tomates o pimientos. Aquello parecía tan remoto. Como de otra vida. Tipton llevó nuevamente la silla de ruedas hasta la ventana y le dio un beso a su madre. Luego bajó y, cuando salió al salón, atrapó la gorra que colgaba sobre el mueble. Se la colocó hacia atrás, resopló y se dispuso a salir fuera.

En el pórtico había un charco de sangre. La puerta estaba peor. Poco quedaba de su albeado original. Ahora parecía un cuadro abstracto de esos que tenían en la ciudad. Tipton avanzó hasta el camino enlosado con la escopeta en alto y apuntando a cualquier cosa que se moviera. De momento, no había ninguno más. Llegó hasta el cuerpo del hombre y lo inspeccionó con el pie. Tendría que enterrarlo. Echar tierra y fumigar toda esa parte. Se preguntó cómo habría entrado, y entonces recordó la abertura en la alambrada. Fue hacia allí. Un pequeño agujero por el que se colaban los perros le sirvió a aquel tipo para entrar. ¿Tan listos eran o la había encontrado por casualidad? Ahora la abertura se había convertido en un enorme agujero.

Oyó pasos en el camino. El chisporroteo de la grava le alertó de que alguien se acercaba. Tipton se echó hacia atrás para ver tras la cancela. Un niño venía corriendo desde el merendero. Quizás fuera el hijo del tipo sin cabeza que yacía a sus pies. Aquella caravana había traído la enfermedad a su tierra. Tenía que quemarla. Dios le enviaba pruebas. Ahora un niño. ¿Sería capaz de matar a un niño?

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritaba el crío.

Sus pasos no eran firmes. Pero su voz sí. Detrás de él, de la espesura saltó a la carretera una mujer menuda, largo pelo rizado y grandes pechos al descubierto. La mujer primero observó su entorno, como desorientada. Después echó a correr tras el niño. Mientras corría, el cuerpo de la mujer se encorvaba como el de un gato y gritaba.

Dios, cómo gritaba. Con más fuerza que el hombre antes de atacar a su oveja.

—¡Corre! ¡Corre, por Dios! ¡Corre! —indicó Tipton desde la cancela.

Junto a la verja, rebuscó en sus bolsillos. Buscaba las llaves del cerrojo. Era inútil. No las llevaba encima. No las había cogido del salón. El niño llegó hasta la cancela. Tenía la cara sucia. La sangre en su piel se había vuelta negruzca. Le habían arrancado pelo en gran parte de la cabeza.

—Ayúdeme señor —dijo al llegar y sin aliento—, mi padre se suicidó anoche. Esta mañana quiso mordernos. No comprendía… Intentamos hacerle comprender. Todas las enfermedades tienen cura, ¿no? Lo decía mi abuelo… Él puede…

—¡Calla! ¡Corre! ¡Ven por aquí! ¡Por el agujero, niño! —Tipton trotó hacia su derecha. Intentó que el niño viera la abertura en la valla. Pero el pequeño no paraba de hablar y hablar, y permaneció allí observando con terror lo que se le venía encima. La mujer desnuda de pelo rizado llegó y se abalanzó sobre el niño como una leona. Tipton regresó, sacó la culata entre los barrotes y le asestó un golpe en la cara que la tiró de espaldas.

—¡Ven niño! ¡Maldito seas! ¡Hazme caso!

Le señaló el hueco y esta vez el pequeño comprendió. La leona se estaba levantando.

«¿Qué hago, Dios? No me obligues a matar a un matrimonio el mismo día…».

Por un segundo contempló los gigantescos nubarrones que se abatían sobre el horizonte. Cómo el viento se volvía cálido, la lluvia se acercaba. Cómo olía a tierra mojada. Su madre solía decir: «Huele a verano».

«Dios, esto es para volverse loco…».

Sacó el cañón entre la alambrada y disparó a la mujer que intentaba comerse a su hijo.

Fin.

El niño se tiró al suelo tapándose los oídos como si una bomba hubiese caído del cielo. Tipton se acercó y levantó la malla.

—Pobre… Paula —gimió el niño, mirando el cuerpo. Cuando se puso en pie, parecía diez años mayor. Continuó apretándose el oído derecho. El disparo le había ensordecido.

—¿No era tu madre, hijo?

—Mi tía. Paula era mi tía.

Tipton sintió cierto alivio.

—Pero tiene usted que ayudarme —insistió el niño—. Mi madre está aún en la autocaravana. Está viva. Encerrada en el altillo. Conseguí atraer a mi padre y a mi tía para que se olvidaran de ella. Ami padre conseguí despistarlo, pero a Paula no. Con ella no pude… —El niño volvió a mirar el cuerpo sin garganta y de pronto, como si

algo le hubiese asustado, se apartó de Tipton.

—¿Qué te pasa? —dijo el viejo.

—Huele usted a cera.

—¿Cómo?

El pequeño negó y miró a sus pies:

—Nada —murmuró, y se llevó las manos a la cara para llorar.

—Tranquilo. Eso no… ¿Cómo te llamas?

—Lucius.

—Mira Lucius, no sé qué está sucediendo, pero llorar no te servirá de nada.

—¿Quién es? —preguntó el chico.

—¿Quién…?

—Esa señora de ahí. ¿Por qué nos saluda? —Lucius se limpiaba y señalaba hacia la casa.

Una gota descendió del cielo y dio en la frente de Tipton Brahman. Al girarse contempló cómo su madre… Su madre estaba saludando. En realidad, no lo hacía. Aunque daba esa sensación. Tipton vio a su madre de pie, haciendo gestos con las manos y aporreando el cristal con fuerza. Gritando como uno de ellos. El pelo suelto por los constantes meneos de cabeza y la boca abierta. Tipton pensaba que lo tenía asumido. Pensaba que no lloraría el día que su madre muriera. Pensaba que debía estar cerca para cuando eso ocurriera y así poder actuar con presteza para que ella no regresara ante sus ojos.

No consiguió evitar nada de lo que tenía pensado. A lo lejos, muy a lo lejos, vio un avión entre las nubes. Oscuridad y silencio. Últimamente su madre se movía mucho. Quizás estuviese mejorando… Todo lo contrario. Una mezcla de miedo, aprensión e incredulidad le recorrió la espalda.

—Vamos hijo, tengo que matar a mi madre.

Candi

Candi Staton apoyó la cabeza en la ventanilla del tren y con un dedo se masajeó la sien que le quedaba libre. Pensó en cómo empezaron sus problemas y dio paso a los del mundo con un fundido en negro. Recordó la última conversación que tuvo con su médico en su lugar de vacaciones.

—¿Qué le pasa?

Candi le explicó. La noche anterior había tenido una fuerte discusión con su marido. Después, insomnio. Hostilidad. Ataques de mal genio. Su esposo había cambiado con los años: pateaba las cosas y gritaba. Se sinceró aún más con el doctor y le comentó que su marido se había vuelto cada vez más celoso. Su trabajo, su trabajo de toda la vida, tenía la culpa: le obligaba a estar todo el día viajando. Todo el día en el avión. Él decía que, de la misma manera que se había liado con él, lo podría hacer con otro. Pues también él era piloto, aunque a su marido lo hubieran prejubilado por problemas de salud. Pero lo más importante, lo que había dado un vuelco a su relación, había sido que Edmundo la había emprendido a golpes con ella la noche anterior, y había perdido el conocimiento. El médico preguntó:

—¿Qué pasó?

—Lo destroza todo cuando le entran los celos. Últimamente, ha empezado a levantar mucho las manos cuando grita. En fin —le siguió contando—, siempre pensé que, como me golpeara algún día, lo denunciaría. Pero antes quise preguntarle a usted.

Candi tenía mucha confianza con el doctor. En la isla, muchas mujeres eran maltratadas. La mayoría, extranjeras. Y lo comentaban algunas mañanas en la cafetería.

—Pero, ¿la golpeó entonces? ¿Está bien? —La voz del doctor al otro lado del teléfono se distorsionó un poco.

Candi miró hacia atrás porque escuchó ruido. Su marido intentaba poner en su sitio un mueble caído durante la discusión. Candi se obnubiló por un segundo, pero al instante se repuso.

Siguió adelante.

—Un chichón en la cabeza lo confirma. Me debió de dar muy fuerte el hijo de puta, porque no recuerdo cómo llegué hasta el dormitorio —dijo mirando a los ojos de su marido y apretando con fuerza el auricular.

—Oye, ¿con quién hablas? —replicó Edmundo.

Candi no contestó.

—¿Señora?

—Dígame, doctor.

—¿La ha violado?

Candi se pasó la mano por el vientre y notó el dolor, pero no dijo nada.

—Aun así, señora Staton, le pediría que no saliera de su casa hasta que se aclare la situación.

—¿Cómo dice? ¿Qué situación?

—¿Quién es, nena? —preguntó Edmundo—. ¿Qué pasa?

—¿No ha visto usted las noticias? —vocalizó el doctor.

—No.

—No pongo en duda lo que me cuenta, señora Staton. Pero tengo que dejarle. Seguimos en contacto. Le llamo en unos días. Tengo un problema con mi…

La línea telefónica se cortó.

—Enciende el televisor, por favor —pidió Candi a su esposo—. Ha tenido que ocurrir algo gordo.

Su marido se alejó del sofá. Avanzó hasta el aparato con el ceño fruncido y se sentó. Edmundo la miró de reojo con una media sonrisa. «¿Con quién estaría hablando la muy puta? Lo averiguaré», decía esa mirada.

En todas las cadenas daban lo mismo.

Candi miró en derredor, como si pudiera verlo todo con otros ojos. Desde otra perspectiva, como si ella fuera un personaje y pudiera contemplar a los que estaban al otro lado desde la butaca de un cine. Vio a Edmundo: un personaje atractivo ultimando los cuarenta, simpático, que cuando se acicalaba era todo un sueño poseerle. Pero el cual, viéndolo desde la butaca, con el miedo metido en el trasero, camisa azul medio remangada, calzoncillos visibles y barba de tres días, se había vuelto principal candidato supremo a presidente de los ineptos.

Edmundo pulsaba constantemente el mando de la televisión. Se iba convenciendo de que en todos lo canales hablaban de lo mismo. A Candi le sobrevino aquel miedo profundo que sintió el día del ataque terrorista a las Torres Gemelas. Era lo mismo. El principio de algo. El fin de todo. Películas de acción en los noticiarios.

Pero, ¿el qué?

Pronto vomitaría. Tenía el estómago revuelto. Mucho calor. Cogió el paquete de la mesita del teléfono y encendió un cigarro. Seguía sin haber línea.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué ataca la gente a la policía? —se preguntaba a sí mismo Edmundo—. ¿Qué tipo de locura es esta? ¿Un ataque bacteriológico o algo así, nena?

—Mierda, algo nos han hecho —murmuró Candi.

Susanah

Susanah estaba llorando.

La gente del pueblo se congregaba en el amplio salón de la iglesia y hablaban unos con otros. Caminaban por la delgada línea que separa la intranquilidad y el pánico. El murmullo constante ponía de los nervios. El murmullo era constante. El cura rogó una vez más a los aldeanos que se fueran sentando cada uno en sus asientos para saber si estaban todos. Que guardaran silencio. En ese momento, entraron por el portón tres señoras más. Cogidas de la mano tal y como había descrito Ben Respibi el día que se dictaron las normas de seguridad antipánico. Algunos de los primeros en llegar rezaban en voz baja junto a sus mujeres. Sentados en los bancos, sus ojos no prestaban atención al crucificado. Sí a las nuevas incorporaciones.

El tiempo se agotaba. Pero allí, en el centro del pueblo, bajo la cruz del Señor, no había más que tiempo. Todos se volvieron para mirar al padre Mile que nuevamente subía al altar y mecía con suavidad a la pequeña Susanah para que dejara de llorar. Hubo unos segundos de silencio y oyeron como la niña regurgitaba. El padre Mile cogió una gasa y se la pasó por el rostro tras la toca rosa. Mientras la mecía con su mano, la pequeña se calmaba por momentos. Su llanto no desaparecía del todo, pero se convertía en ingrávido lamento.

Mile llamó a Zack, el hijo de los Snyder, y le indicó que fuera al campanario por el pasillo interior y avisara a Jason para que dejara de tocar las campanas. Luego, miró su reloj y se acercó al micrófono del altar.

—Ya es la hora, Ben —dijo.

Ben Respibi asintió, se acercó a la entrada, miró fuera y acto seguido echó el cerrojo a la hoja que permanecía abierta. El portón estaba cerrado. Las campanas dejaron de sonar. Sobrecogidos, el silencio absoluto se apoderó de la estancia. Los susurros del bosque se acrecentaron y los aldeanos se observaron entre sí. La penumbra caía sobre las ventanas y sobre ellos. Alguien sugirió que debían cerrar las cortinas. Jason y Zack regresaron a la estancia haciéndose bromas hasta que vieron los

ojos de los mayores. Cabeza gacha, regresaron cada uno a su asiento. Con una expresión circunspecta en su rostro, el padre Mile dijo:

—Veo que solo faltan Samuel y Vivian Day.

Retumbó en la sala algo parecido a un suspiro. La mayoría de las personas buscaron los huecos vacíos en el tercer asiento de la hilera del centro para comprobarlo con sus propios ojos.

—También faltan la señora Sarmiento y su hijo —dijo Chidi, una señora muy respetada en el pueblo. El padre Mile asintió.

El día que convinieron ir a la iglesia cada vez que se tocaran las campanas, la dueña del centro comercial y su hijo se negaron. Poseían una enorme casa al final de la calle principal. La vendieron y compraron el inmenso terreno de los Ghedi cuando estos se marcharon a su país. Lo derribaron todo. Poco tiempo después levantaron el centro comercial. Nadie supo de dónde salía tanto dinero. No obstante, el éxito estaba asegurado. No había ningún proyecto parecido en un pueblo tan pequeño en ningún lugar conocido. Incluso venía gente de los pueblos colindantes para ver el encomiable diseño que los Sarmiento habían sacado adelante.

«Tenemos las mejores alarmas de seguridad. Nuestra casa es el centro comercial ahora. Sus muros nos protegerán mejor que esa iglesia, gracias», le oyó decir Mile a la señora Sarmiento aquella tarde de debates.

Cierto era que no les faltaba nada en el edificio.

Los ojos de Mile se volvieron hacia Ben Respibi, que reposaba en el portón con las manos enlazadas sobre su estómago como un buen vigilante de seguridad.

—Aparte de Samuel y Ben, ¿alguien más tiene armas de fuego?

La pregunta la había hecho en cada reunión. Mile siempre esperaba que alguno de ellos hubiese encontrado alguna por casualidad o que, si antes no lo había hecho, ahora lo contara. Pero nadie contestó y se limitaron a negar con la cabeza algunos o a desviar la mirada otros.

La pequeña Susanah levantó su manita y la agitó en un gesto de desconsuelo. Quiso arrancar a llorar. El cura volvió a mecerla y nuevamente se escuchó un leve sollozo.

Ben Respibi cerraba las cortinas de los dos ventanales y se observaba a través de uno, con la mano sobre su pistola.

Drew Cassy pasaba de los cuarenta, pero no se le notaba: podía pasar por una recién estrenada treintañera. Vestía muy bien y era presidenta del antiguo club de deportes y jefa del equipo de tenis de Rotten. Su zurda había llevado al equipo al segundo puesto de la región en una final inolvidable varios años atrás. Justamente el

año que Mile había llegado al pueblo. Drew levantó la mano y salió a la palestra.

—¿Habéis pensado por un momento lo que estamos haciendo? —interrogó a sus paisanos dándole la espalda a Mile—. No podemos encerrarnos aquí. Esto es una locura. Deberíamos irnos a uno de esos refugios que dicen en la radio. Aquí pronto se nos acabará la comida. Cualquier otra cosa necesaria se terminará. Al final, tendremos que salir a la desesperada y esos seres estarán esperándonos. ¿Creéis que aquí no entrarán por estar en la casa de… por estar donde estamos? —Nadie respondió. No era la primera vez que Cassy exponía el tema. Los miró a todos, pero siguió sin apoyo —. En fin… —dijo, sintiendo que nadie le atendía—. Tampoco creo que porque llore esa niña tengamos que asustarnos. Han sido meras casualidades. Lo siento, Nehemías: no me lo creo y ya está —dijo al cura.

La mujer sentada junto a ella le tendió la mano y Drew se sentó.

—Pues yo sí que lo creo —dijo alguien al fondo. Era Jimmy Laymon. Jimmy había perdido a su madre y a su hermana el día del cementerio. Con los brazos cruzados, aparentaba seguridad. Jimmy también estuvo a punto de morir ese día. Su amigo de toda la vida, Sung, le salvó de uno de ellos, aunque tuvo que pagarlo con su vida. Jimmy lo pasó muy mal. Estuvo a punto de suicidarse esa tarde. Mile fue a visitarlo y evitó que se derrumbara—. Gracias a esa niña estamos vivos.

El padre Mile decidió no intervenir. Una de las cosas que había aprendido de aquella gente era a permanecer en silencio cuando se deseaba evitar un tema. Mile jamás se consideró un líder. De hecho, ni cuando había tenido la oportunidad (por ejemplo, en las misiones) había deseado serlo. Por eso rezaba en su fuero interno para que Samuel Day apareciera de una vez; o, al menos, estuviera vivo.

Samuel Day era un hombre muy respetado en Rotten. Fue de los pocos que supo reaccionar al suceso del cementerio. Como inspector de policía mostró su experiencia en casos de pánico extremo. Había mantenido la calma y había salvado la vida de mucha gente. Ahora estaba retirado, pero fue el único que mostró liderazgo cuando los resucitados acabaron con la vida de Sung y Carrasso, la extinta autoridad en el pueblo. La gente necesitaba tener a alguien a quien seguir. Y ese, por el amor de Dios, era Samuel Day.

Allí, en el campo, algo marchaba. Lo veía. La penumbra se espesó para transformarse en noche, y sus pasos se perdieron en las sombras y las hojas secas. Las montañas echaron el aliento, que se convirtió en neblina, y el sol se extinguió como si se hubiera ahogado.

Ben Respibi cerró la cortina y comunicó que no se distinguía nada. Aseguró que era mejor que las luces del interior de la iglesia no penetraran en la noche. Aunque una esplendorosa luna llena se mostraba madura en el horizonte.

André Prod, el panadero del pueblo, preguntó al padre Mile si veía factible acomodar el antiguo refugio de la iglesia para ocasiones como esta. Durante el día, entre todos, cada uno podía poner de su parte y rellenar poco a poco la despensa que había abajo. Por supuesto, antes habría que limpiarla y demás.

—Quién sabe si alguna que otra vez tendremos que pasar aquí tanto tiempo como para tener que comer y dormir.

Mile, consciente de que aquellas palabras asustarían a parte de los congregados, intervino:

—André, sabe usted tan bien como yo que eso no ocurrirá. Debemos evitar la situación y que el caso vaya a mayores. Todo esto, tarde o temprano, terminará. Alguien dará con una solución —aclaró—. De todas formas, no me parece mal si la idea es aceptada por el Consejo. Aunque os recuerdo que habría largo trabajo que hacer: el refugio lleva muchos años cerrado.

Llamaron al portón.

Ben Respibi corrió hacia la puerta y la gente se revolvió en sus asientos. La mayoría de los hombres se pusieron en pie y unos cuantos se acercaron a Ben y se colocaron a su retaguardia.

—¡Abrid! ¡Abridnos por lo que más queráis!

Gracias a Dios, era la voz de Samuel Day.

Mitch

El rumor del agua era dulcemente relajador. El olor a tierra mojada en la gruta enternecía los sentidos. Sin embargo, lo que le hacía disfrutar del momento allí, en el culo del mundo, era la ausencia de voces humanas. Hacía rato que no escuchaba a nadie. Por un momento, rechazó el amodorramiento. Pero sus ojos en la oscuridad de la cueva de poco servían. Así que dejó caer sus parpados y se dejó llevar.

Dejarse llevar.

Entonces se incorporó de un salto. El corazón le latía violentamente, tenía la mano en la pistola y el estómago vacío. Lo único con lo que contaba su estómago para combatir el hambre era una sustancia sin peso. Su estómago profirió un indescriptible sonido y Mitch se arrugó en la penumbra. La luz del enlace parpadeaba y el irritante sonidito calaba en el alma. Colgó. Y durante un rato permaneció sentado allí, inmóvil, preguntándose qué le había despertado. ¿Un sueño? Parecía más un pensamiento en la semiinconsciencia del despertar. Una calavera. Una calavera y cientos de ellas detrás. Una carretera y un tío gordo corriendo para salvarse. Un fulgor verde y la muerte. Los ojos de la muerte, la boca de los vivos.

El rumor del agua desapareció de sus oídos y se oyeron unos pasos de alguien entrando en la cueva. En la entrada apareció la silueta de un hombre pequeño, de comportamiento exaltado y manos abiertas. El hombre vestido de color caqui se dirigió con cautela hacia las pertenencias de Mitch. ¿Había dicho algo? Le dirigió una mirada inquisitiva y el soldado se clavó en el sitio.

—¿Mi capitán? Me envía el sargento. Quiere saber si usted ha recibido el mensaje.

Mitch recordó el enlace y su endiablado sonsonete.

Lo había apagado de mala gana. Ese sargento era demasiado idiota. No le dejaba en paz. Mitch odiaba la preponderancia. Tan odiosa como tener que soportar unas maniobras en el campo cuando lo que uno deseaba en esta época era estar con la familia.

—Qué quiere el sargento ahora —respondió Mitch con sequedad.

—¡Ha ocurrido algo! —gritó el soldado desde el agujero en la roca. El hombre vestido de color caqui dio un paso al frente y se detuvo. Mitch observó cómo su silueta se empequeñecía al ingresar en la débil oscuridad—. Hemos escuchado un fuerte estruendo, mi capitán. Varias explosiones —continuó—. El sargento me alertó para que le avisara. Espera órdenes en el punto de referencia AK-12.

—¿En el camino de los túneles? ¿Tan lejos ha ido?

—Sí, mi capitán… La tierra tembló bajo nuestros pies.

—Qué raro —reflexionó Mitch. La sexta compañía jamás usaría ese camino para atacar. No tenía nada que ver con lo previsto. Llevaban dos días sin tener noticias de la base. Era inusual, pero no anormal. Cada mando era libre de crear nuevas estrategias. Las compañías buscaban modos de divertirse dentro de las rutinarias maniobras. Mas no se esperaban sorpresas para estas. El comandante le aseguró que serían tranquilas y pasajeras… Típicas. Aunque, ahora que lo pensaba, quizás solo quería calmar su berrinche y cortar sus quejas.

Se agachó y empezó a atarse las botas.

—Espéreme fuera, por favor.

—¡A la orden, mi capitán!

Al acercarse donde había dejado colgadas las trinchas, disminuyó su ritmo. Porque, con cada paso, el incipiente presentimiento tomaba una forma más consistente y horrible. Comprobó que estaban todos los pasadores y se puso las amarras. Cogió su arma y la colocó en el cinto. El cargador en la otra parte. Subió a sus hombros el enlace (¡Mierda, cómo pesaba la caja de hierro!) y salió.

Rescató la gorra del bolsillo lateral de su pierna y se la ajustó en la cabeza.

La barba le picaba. Pese a estar oscureciendo aún había claridad en la garganta. Un último rayo de sol ensartaba el desfiladero de oeste a este. Arriba, en la buitrera, los buitres habían desaparecido. Normalmente, hacían círculos sobre sus cabezas, algo que arrancaba decenas de bromas entre los soldados. Pero ahora no estaban. Y sin embargo, él se encontraba allí. El aire seguía siendo puro, lleno de ese otro aire que alteraba los sueños, y el agua seguía descendiendo sobre la roca a través de las cientos de cataratas que se habían constituido hasta donde alcanzaba la vista.

Mitch miró al soldado y cómo había encendido un cigarro y apoyaba su pierna sobre un matojo que parecía una mujer abierta de piernas.

—Usted es al que llaman Rori, ¿no? —le preguntó.

—¡Sí, mi capitán!

—¿AK-12, entonces? Tire el pitillo y sígame. Vamos.

Candi

Los vuelos más económicos salían a las cinco de la tarde, por lo que cogió el tren algo más temprano para estar allí a tiempo. Candi solía leer la prensa durante los viajes largos, pero ahora era lo último que deseaba ver. Decidió perderse entre los paisajes de montaña que circulaban a toda velocidad por los ventanales del vagón, leer un par de páginas del libro de Marian Keyes que tenía entre manos y regresar a la espesura.

Campos inmunes al miedo.

El vagón estaba a rebosar. Frente a ella, un asiento para tres personas contenía siete individuos. Un letrero azul con letras blancas anunciaba que la máxima capacidad por departamento era de diez personas. Sin embargo, Candi dejó de contar cuando llegó a veinte. Ella había tenido la suerte de llegar temprano a la estación y ser de las primeras en subir al tren. Y, por supuesto, en coger asiento. Candi había abandonado a su marido a la hora del almuerzo. Dio una vuelta a la manzana para respirar aire fresco y su maleta con ruedas ya esperaba en la esquina.

Sus pensamientos regresaron al vagón. A su lado, un señor bastante mayor intentaba no molestarla con el codo, pero era tarea imposible. Con el traqueteo y tanta gente por asiento, poco a poco se iban resbalando y la presión se acentuaba. De todas formas, el señor era todo un caballero e intentaba no rozarse demasiado. Teniendo en cuenta que en estado de alarma todo vale, los derechos de las personas desaparecen. Aquel caballero se disculpaba con un leve gesto de su rostro arrugado o poniendo la mano sobre la de Candi y pidiendo perdón. El viejo iba bien abrigado con una gabardina marrón de lana y sombrero negro. Debía atravesar uno de sus últimos inviernos. El frío le debilitaba, pues no paraba de tiritar. Articulaba palabras bajo la bufanda, pero no llegaba nada entendible a sus oídos. Una de las veces, Candi tuvo la impresión de que el hombre estaba rezando y eso le puso los pelos de punta.

Un fuerte nerviosismo gobernaba todo el vagón. Probablemente, el tren en general. Los que iban acompañados murmuraban con los de al lado, los de enfrente. Y los que no… Lo cierto, es que era imposible saber quién se conocía ya de antes. La

palabra se iba cediendo como en un debate organizado.

Los altavoces anunciaron con voz serena la próxima parada: un nombre que Candi no recordaba. De algún lejano lugar llegó un leve silbido de válvulas neumáticas y el vagón se sacudió varias veces. Comenzaron a verse, a través del ventanal, sendas luces como faroles indicadores de vía. Caía el sol de la tarde tras la pradera labrada y árboles remotos. El frío repentino comenzó a hacer mella en los cristales y el vapor se fue apoderando del vidrio como una plaga. Los frenos chirriaron mientras las luces del exterior titilaban a modo acompasado.

Pegada al frío cristal, que le calmaba de la sofocación del interior del habitáculo, Candi observó a gente corriendo hacia la parada con mochilas a la espalda y maletas. Hombres, mujeres, niños de todas las edades, corrían hacia la muchedumbre que aguardaba en primera línea y que se aproximaba demasiado a la vía. Agitaban sus manos y gritaban.

El tren pasó lentamente por Winesbah.

Un rumor constante se fraguó en el aire de pronto. Candi no tenía ni idea, pero tuvo la sensación que de un momento a otro ocurriría algo. El rumor en el interior del vagón creció. Una niña empezó a llorar al fondo. Dos más. Una mujer decía:

—Por favor, *por favor*… ¡Tengan cuidado!

Un hombre en el pasillo gritaba:

—¡Que no pare, me cago en la puta! ¡No cabe más gente! ¡Que esperen al próximo!

Un chico oculto entre pelo y *piercings* saltó de su asiento y señaló a Candi.

—Señora, aléjese de la ventana —aconsejó.

Un fuerte impacto retumbó en el cristal un segundo después. Candi cayó hacia atrás sobre el viejo de la gabardina. La gente empezó a gritar. De repente, el vagón se llenó de incesantes y atronadores golpes a la chapa. La gente del interior esperaba asustada en sus asientos y contemplaba con espanto la desesperación de los de fuera. El estruendo sobre el metal ensordecía y dañaba los tímpanos. Una gran piedra se estrelló contra otro de los cristales y lo llenó de estrías.

—¡Pero serán hijos de puta!

—¡La gente está loca, vamos!

—¡Pues ya que no pare!

—¡Eso! ¡Que les den por culo a todos!

Los de fuera seguían golpeando el tren. Los más jóvenes lanzaban patadas. Otros suplicaban. Algunos maldecían al gobierno. Unos pocos corrían junto a las puertas y tiraban de estas para abrirlas. Dentro, al otro lado del vagón, la multitud que

permanecía en pie se alejaba como podía hacia el pasillo. Buscaban refugio en el otro costado. Los que estaban sentados aguantaban con terror para no perder su sitio, aunque algunos no pudieron aguantar y se levantaron.

Rápidamente, otros ocuparon su lugar.

Desde el regazo del viejo, Candi vio las siluetas difuminadas recriminando con las manos. Piedras de todos los tamaños volando hacia el convoy y golpes de todos los tipos.

—¡Oiga, la niña! ¡No empujen a la niña! —se oyó en el pasillo—. ¡Están aplastando a la niña! ¿De quién es esta niña?

Llantos.

Los cristales aguantando a duras penas. En uno de ellos apareció un agujero de bala. La gente empezó a gritar. El chico mulato que aguardaba como Candi su destino, pero al otro lado, se tapaba los oídos con ambas manos y con sus pies empujaba el cristal.

Candi sintió por fin la fuerza de la máquina cogiendo rapidez. Las luces de fuera empezaron a titilar con mayor insistencia. Un suspiro general reinó en la sala, aunque algunos pasajeros seguían escondiéndose de un peligro del cual empezaban a estar a salvo. Sin embargo, los de la puerta aún estaban apilados como becerros.

Los golpetazos fueron cesando. Alejándose a medida que el tren cogía velocidad. Pronto el desasosiego se convirtió en debate. Los gritos pasaban a vagones traseros, pero allí duraron poco.

—¡Madre de Dios!

—¿Pero qué ha pasado?

—Dieron un aviso en las noticias de que algunos trenes no pararían en pueblos pequeños.

—¡La gente es muy bruta, joder!

—¡Podían haber herido a alguien! ¡A algún niño…!

—¿Y qué ha considerado el gobierno como *pueblo pequeño*? Porque me gustaría saber adónde me lleva este puto tren entonces.

—Yo voy a Gregory. Como no pare…

—Esto va de mal en peor. La desinformación nos mete a todos el miedo en el cuerpo. Ese mensaje por la radio pone nervioso a cualquiera. No pueden arruinarnos la vida así. Tienen que decirnos qué está pasando, Virgen santa.

—Pero, mire usted: es que la gente no se entera. No-lo-sa-ben.

—¡Aparten! ¡Apártense, por favor! —Un joven alto y bien peinado propinó unos cuantos codazos y se hizo sitio en la puerta para entrar. Cogió a la niña perdida y la

atrajo hasta él. La niña casi había perdido el aliento a causa del llanto y el bullicio.

—Levántala, ponla en alto. Que respire bien —dijo una mujer con gafas azules de profesora. El joven la alzó y se la puso sobre los hombros. La niña dobló la cabeza y lloró con más fuerza. Estaba muy asustada.

Candi se reincorporó y pidió perdón al hombre en el que estaba apoyada. El viejo tenía los ojos cerrados. «Duerme como si estuviera muerto», pensó. Aquella idea le heló la sangre. Aun así, estaba demasiado alterada para imaginar cosas. Desconcertada, se esforzaba en observar a los demás y, al mismo tiempo, no mirar a la niña que lloraba. Dejar de oír los llantos era una buena medicina. El agobio que desprendía no era normal.

Frente a ella, una anciana lloraba y se quejaba en silencio. Vestía de negro. Candi recordó a Edmundo. Ella jamás vestiría así. Entonces, en una zona de su conciencia, flotó un aviso sobre el desconcertante momento que estaba viviendo… Había hecho lo que todo el mundo. Huir.

¿Huir?

Huir.

Los medios de comunicación llevaban días aconsejando.

... Si en su zona no detectan ninguna actividad,
quédense en casa y cierren todas las puertas.
No abandonen sus hogares.
Eviten hacer viajes largos y, por favor,
cierren todas la puertas...

¿Y no era peor quedarse en casa? Si se termina el mundo, ¿quién espera sentado? ¿Puedes quedarte quieto y sin hacer nada? ¿Quién no busca por encima de todo estar junto a sus seres queridos? Probablemente así habían pensado los cientos de personas que iban en el tren. Los millones de personas que habían comenzado a desplazarse en todo el país. El mundo estaba en movimiento. Aunque aún no se sabía qué ocurría realmente. Los noticiarios, la radio y la televisión se habían llenado de cantidad de programas que aventuraban teorías a diestro y siniestro. Internet mostraba cientos de páginas con imágenes de lo que estaba ocurriendo en diversos puntos del mapa. Desde el primer día. El segundo, habían desaparecido. Se corrió el rumor de que el Estado se había encargado de censurarlas.

Teorías.

El gobierno aún no había comentado nada. Un tipo flaco y con perilla del Ministerio de Defensa había salido a rueda de prensa con una expresión amarga. Al aluvión de preguntas de los periodistas se limitaba a responder con un simple:

—No lo sabemos.

Candi pensó en Edmundo otra vez. Quizás su marido no la había maltratado. La verdad es que no recordaba nada y eso la ponía furiosa. ¿Tan fuerte le había dado como para no saber? Pero entonces… ¿Por qué acusarlo en estos momentos de incertidumbre? Se había dejado guiar por su intuición y lo había abandonado. «Que se vaya al infierno», se dijo. Empezó a imaginar a los policías de la comisaría en el hipotético caso de que hubiese ido a denunciarlo:

—Señora, ¿se acaba el mundo y usted viene ahora a poner una denuncia de maltrato? ¡Vaya tela!

Se sintió muy pequeña. El cabrón de su marido parecía saber lo que iba a ocurrir y aprovechó el momento que tanto había deseado para atizarle.

No.

No era el momento adecuado. Fue consciente. Edmundo había sido el hombre de su vida. Por supuesto que le amaba. Se lo había dicho cientos de veces. Es más, aún lo pensaba pero… no. Edmundo había roto el lazo. Le había pegado y la había dejado inconsciente. Pagaría por ello.

Candi se había encargado de que así fuera.

—Esto solo empeora las cosas —dijo el chico mulato de enfrente. Llevaba una blusa de flores amarillas y violetas. Unos pantalones verdes. Camisa no, blusa. El chico de piel morena se levantó y puso una rodilla sobre el asiento en el que estaba sentado. Desde allí, con sendos golpes, ajustó el cristal por cada lado y la ventisca que entraba se apaciguó.

Candi no supo si aquel chico se había dirigido a ella. Ella seguía ensimismada en sus pensamientos. Sobre todo en los que continuaban arremolinados en su estómago. Necesitaba hablar con alguien. Hablar. Un misterioso deseo de hacerlo, como si supiera que aquel viaje iba a ser el último, le embelesó los sentidos. La fatiga subía por su garganta. No era el momento. No podía ir al lavabo. Tampoco podía vomitar allí. Desestimó abrumarse y quiso ser fuerte. ¿Había actuado de una forma cruel contra su marido? En su pérfido corazón salía a flote la espina. La espina era haber abandonado a Edmundo después de haberle tirado por el váter todas las pastillas del corazón. Lo imaginó muerto en el sofá, mirando la foto del beso de recién casados. Amor perdido, agotado, extinción. Eso la estaba matando. Perdió su asiento e intentó atravesar la marabunta de gente cuando el tren alcanzó su máxima velocidad.

Sara

Tras el volante de su Hyundai, Sara Balaban sonrió, embebida por la belleza de las montañas y por la emoción de estar un paso más cerca de su lugar de origen. *Liberation in a Dream* sonaba por los cuatro altavoces y eso aumentó su excitación. Mientras se acercaba el crepúsculo, los árboles —pinos y abetos— que rodeaban a la estación parecían vestidos con el mismo fieltro que cubre las mesas del billar.

Había tardado muy poco en llegar a Winesbah. La autopista estatal estaba desierta hacia el norte. Únicamente había tenido que serpentear algunos coches a la salida de la ciudad, y cuando había llegado al paso de montaña, toda la vía había sido para ella. Cuando llegó al pueblo en el que había decidido dejar el coche para evitar la posibilidad de quedarse aislada y sin gasolina en algún punto de la Ruta Norte, solo tuvo que preguntar una vez para cerciorarse de dónde estaba la estación.

Pero no fue difícil. La cantidad de árboles descritos se apiñaban en torno a la carretera y marcaban el paso a través del campo. Sara dirigió una mirada al aparcamiento de la estación y se temió lo peor. Corrió al maletero, extrajo las dos maletas y tiró de ellas como pudo hasta la terminal de paredes blancas y grises.

Dentro, comprobó que le sería imposible atravesar las puertas que llevaban al apeadero, pues se encontraban abarrotadas por multitud de personas que se empujaban entre sí. Sara pensó que tendría la suerte de coger el primer tren sin tener que esperar, pues gracias a Meli había conseguido el billete de ida a Gregory por Internet.

Mala suerte. Decidió no esperar y salió de la estación de aquel pueblucho de mala muerte. Llevó las maletas al Hyundai y vio a muchas personas que se rendían como ella. Pero Sara Balaban no se sometía fácilmente. Así que, después de cerrar el coche, volvió y rodeó la terminal por el campo, el cual estaba lleno de grandes piedras y acechantes arbustos.

En el apeadero había más gente que dentro. El andén estaba repleto de familias. Algunos jóvenes caminaban incluso por el rail, esperando la llegada del tren. Otros se

encontraban enfrente, donde empezaba el bosquecillo. Uno de los semáforos del borde se puso en rojo y algunos avisaron a los que por allí caminaban que venía el tren. Sara se maldijo por no haber cogido las maletas, aunque, ¿cómo habría podido cargar con ellas por entre las piedras que le habían robado un tacón?

Algunos empezaron a levantar la mano como quien espera en la parada del autobús. Los altavoces anunciaron la necesidad de apartarse del andén, el destino del ferrocarril y el tiempo de espera.

Dos minutos.

La multitud empezó a agolparse en las puertas. Se escuchaban insultos, un murmullo gigante como en los momentos previos a un concierto. Sara pensó en volver por las maletas corriendo e intentarlo, pero, cuando se giró, el tren salía de la curva en las montañas y se acercaba imponente.

Entonces, todo sucedió muy rápido: el tren aminoró al pasar por la estación a unos cinco metros de ella, continuó su marcha e inmediatamente, al ver como su espera no era tenida en cuenta, la muchedumbre sacó a pasear su maldad y la vileza de sus sentimientos: niños y niñas llorando, mujeres gritando, hombres destrozándolo todo…

Sara echó a correr hacia el coche.

Sarita Balaban utilizaba el apellido de su madre porque era el último recuerdo que tenía de ella. Con dieciocho años, había sido la primera habitante de Rotten que había dejado el pueblo para ir a la universidad. Desde muy pequeña había sido una niña muy lista.

Mucha culpa de ello la tenía Max Rodríguez, su padre, que aunque no había terminado sus estudios, siempre estaba con un libro en la mano. La madre de Sara había desaparecido de sus vidas por culpa de una grave enfermedad en el estómago. Por entonces, Sara, con lágrimas en los ojos, pidió a su padre ciertas cosas que no le fueron negadas por lo grave de la situación.

La primera fue poder estudiar en la universidad.

Su padre jamás había pensado en separarse de su hija, pero no se pudo negar ante aquella mirada perdida y lastimera de unos ojos que le recordaban demasiado a su esposa. Porque su hija sabía aprovechar los momentos de bajón. Los aprovechaba por encima de todo. Porque ella captaba las oportunidades con ojo clínico. Cuando las cosas cuadraban… cuadraban. Por aquella época al tío Terens lo habían despedido de su trabajo en la fábrica y volvía a vivir con ellos.

Papá ya no estaría solo.

Sara supo que su padre intentaría retenerla usando a Brota, su novio de toda la vida. No obstante, ella hizo hincapié en la prioridad de labrarse un futuro mejor y regresar al pueblo con grandes opciones empresariales para elaborar proyectos de envergadura con las vastas y desoladas tierras del abuelo. Su hija debía saber hacer frente a situaciones como una mujer moderna. No como las demás jovencitas del pueblo que allí quedaban, para tener hijos como única ilusión en la vida.

El «futuro», era la palabra más importante para un padre con respecto a su hija.

Max cogió parte de los ahorros de la familia y mandó a su hija a estudiar a la ciudad. Pero ella no olvidó a Brota. No lo dejó formalmente. Sara decidió vivir la vida de verdad. En dos años de estudios, se había acostado con cantidad de chicos. Al menos, con todos los que merecían la pena. Y cuando regresaba el fin de semana a Rotten, pues doble ración de alegría para el cuerpo. No le importaba. ¿No eran *universidad* y *libertad* palabras concordantes?

Libre de verdad. *Liberation in a Dream*. Maravillosa canción con la que le había conquistado Joel, el chico de la cafetería, y que ahora sonaba de nuevo en los altavoces de su coche. No había por qué preocuparse: Brota salía con Carrelson y los chicos con los que trabajaba en Vany. Salían a beber y a pasárselo bien. Seguramente acabaran de putas cada fin de semana. Eso era algo muy normal, sobre todo, entre los hombres. Se lo había dicho Maury, el chico que tocaba la guitarra en The Resurrected y al que le encantaba morder su cuello.

Sara bajó un poco la ventanilla para fumar y sonrió. Se puso el cigarro en la boca y apretó el mechero del salpicadero. Sería el último durante un tiempo. Jamás había fumado (ni lo pensaba hacer) delante de su padre.

No sentía para nada remordimientos cuando se acostaba con algún ligue en la ciudad. Siempre pensaba en Brota. O, al menos, la mayoría de las veces. Porque con él se había iniciado. Era importante. Brota había sido su primer amor y eso era imborrable. En su corazón estaba grabada a fuego aquella primera vez en el bosque de los abedules sobre la roca del pescador. Pocos segundos, mucha intensidad. Cuando se lo había contado a Lisi, Tami y Osman en la universidad habían flipado. Sin embargo, ellos le advirtieron que fuera había todo un mundo por descubrir y cada relación era diferente. Sobre todo, los comienzos. Ninguno se parecía a los demás.

«Es aterrador querer olvidarse de ese cosquilleo que se siente cuando quedas para verte con alguien por primera vez», decía Osman con su voz amanerada.

Conocías gente nueva, que tenía aficiones nuevas, que amaba el mar por encima de todo, que soñaba con vivir en Nueva York algún día, que lloraba con una canción en un concierto… Cada relación era diferente.

Y Sarita Balaban decidió probar. Y le gustó. Era su secreto. Pero cuando no se podía ser más feliz —porque los primeros años de carrera le estaban pareciendo un paseo—, habían comenzado los disturbios. El mundo había cambiado de la noche a la mañana. La confusión había llegado también a la residencia universitaria, la cual se había despoblado de una manera alarmante. Un alto porcentaje de estudiantes había optado por la primera opción que ofrecía el decano: regresar a casa junto a los familiares hasta que el gobierno estipulara ciertas pautas y poder volver a la normalidad.

Sara regresaba a casa.

Con los pies descalzos, los vaqueros y la blusa de estilo montañero que le regaló su padre, conducía a más de ciento treinta kilómetros por hora a través de la Ronda Norte en dirección a Rotten.

La autopista estaba en su mayor parte desierta. Unos diez kilómetros después, pasó fugazmente junto a seis coches abandonados en la carretera. Un par de ellos estrellados contra el murete de contención y los otros, abandonados con las puertas abiertas como si sus ocupantes hubieran huido de algo a la desesperada. La imagen era sobrecogedora, pero Sara se llenó de valor.

La idea era coger el tren en Winesbah, recoger a Brenda en May y regresar a Rotten como hacían algunos fines de semana cuando el mundo iba bien. Los móviles hacía tiempo que habían dejado de funcionar. Aun así, tenía la esperanza de ver a su amiga en esa estación como tantas otras veces y abrazarla. Abrazarla como su mejor amiga que era. Por un momento pensó que jamás volvería a verla. Sí. Brenda podría estar muerta. Muerta y resu…

El mechero saltó en el salpicadero. Sara lo atrapó y encendió el pitillo. Lo saboreó y con la misma mano puso la radio.

Interferencias.

Y.

Noticias.

... no ha sido un incidente aislado. Si viven en la zona norte, el refugio al que deben acudir es la Iglesia de…

Interferencias.

Repito. Iglesia de Santa Ágata en el veintidós de Rumiley. Por favor, no abandonen sus hogares. Si en su zona no detectan ninguna actividad, quédense en casa y cierren todas las puertas. Repito...

Apagó la radio y puso música. ¿Cómo se permitían inducir el miedo por la radio?

La desazón que transmitía aquel mensaje le recordó que la mayor parte de las gasolineras habían cerrado. Se la estaba jugando, pero no tenía otro remedio. No sabía en qué punto el coche la dejaría tirada. Con toda seguridad iba a ser en medio de la nada. Antes de meterse en la autopista había tenido la esperanza de ver a más gente en la carretera. Con un poco de suerte, haría autoestop y alguien terminaría llevándola.

Pero la suerte no está cuando más la necesitas. Y seguía sin ver un alma. Sara estaba sorprendida y complacida ante la facilidad con que había llegado hasta las montañas. Recordó no pasarse y salir por el desvío donde estaba el cartel azul con la caravana del desguace de Quinton en lo alto. No sabía si acelerar mucho, para después ir jugando con el punto muerto, u olvidarse de todo y que la suerte dispusiera su camino.

Optó por lo primero y puso el Hyundai a su máxima velocidad para después quitar las marchas. La carretera comarcal descendía suavemente y el crepúsculo se hizo por un momento más luminoso. El valle de las sombras se quedaba atrás. Notó cómo se le taponaban los oídos y tragó saliva. Dejó atrás una pronunciada curva que le hizo recordar el sueño que tenía últimamente —en el cual moriría en un accidente de coche — y levantó un poco el pie del acelerador.

La música había terminado hacía una media hora. El modo continuo no estaba activado y el aparato se había apagado. Los indicadores del cuentakilómetros llegaron al máximo por un segundo, una luz roja se encendió en el indicador de gasolina y Sara profirió un gritito. Entraba en reserva.

Recordó las palabras de su padre diciéndole una y otra vez que nunca dejara el Hyundai en reserva, porque el depósito de ese coche tenía muy poca capacidad.

Casi en el horizonte vislumbró el cartel azul y la caravana, pero no redujo aún. Siguió hasta llegar a la vía del desguace, salió por ella y aceleró suavemente al pasar por la entrada. No se veía a nadie y todo estaba cerrado a cal y canto.

El coche alcanzó de nuevo velocidad y entonces el camino se bifurcó: hacia la izquierda y en dirección recta. Siguió hacia delante acelerando, la espalda sudándole a mares y, unos cinco minutos después, atisbó el primer túnel bajo la montaña. Debía atravesar siete. El tercero y el cuarto eran los más largos. Daba pavor pasar por ellos caminando. De pequeña, con los del pueblo, se convirtió en un rito entre padres e hijos llegar hasta allí y atravesarlos todos andando. Con amigos te lo pasabas bien, recorrías la vía verde de la que todos los habitantes de aquellos pueblos estaban orgullosos. Estuvo muy de moda durante un tiempo e incluso venía gente de la ciudad para hacerlo. Pero todo se fue al traste el día que la hija de los Cleber desapareció y no pudieron encontrarla. Desde entonces, se prohibió el paso peatonal. Pese a que los

túneles contaban con aceras e interruptores de luz al principio y al final. De un tiempo a esta parte, eran muy transitados por ciclistas.

El motor se paró. El volante se bloqueó a escasos metros del pasaje. Sara se quedó atónita mirando el agujero. No había nadie dentro. Era muy corto y se podía ver el otro lado con claridad. No más de trescientos metros podría tener el primer túnel. Sin embargo, le inquietó pensar en cómo se defendería los próximos once kilómetros y medio que le restaban hasta su pueblo.

«Y andando».

—Oh, no… —se quejó.

El lugar parecía muerto. Cuando había vuelto otras veces en coche siempre había algo de tránsito por aquel lugar. En la bifurcación anterior, hacia la izquierda, había un bar de carreteras que por lo que ella sabía, había tenido mucho éxito por estar al comienzo de la vía verde. Aquel bar era uno de los culpables de que estos caminos siempre tuvieran circulación.

Ahora estaba cerrado.

Bajó del coche con los sentidos a flor de piel. Sacó las maletas de la parte de atrás y de la más pequeña extrajo unos botines y se los puso.

«Estoy preciosa».

—Vale, coño. Vamos a hacerlo.

Llegó ante la señal de prohibición, al principio del túnel. Subió las maletas al pavimento y comenzó a caminar bajo la montaña. Sintió la humedad de años atrás, que le despertó recuerdos. Cada pocos segundos se giraba. El Hyundai le observaba solitario, discordante con el entorno en el que lo habían abandonado. Pasó por delante de uno de los descansillos del muro donde resplandecían los focos que iluminaban el interior. Miró de soslayo. Sabía que no habría nadie, pero era de rigor mirar ahí dentro. Cuando se tiene miedo, todos son ruidos. Atravesó otros dos y salió del túnel.

Miró en ambas direcciones otra vez y no vio a nadie. Algunos árboles trepaban por el monte y la observaban con aire de superioridad. Un perro ladró un par de veces en la lejanía y Sara no supo si asustarse o sentirse arropada.

—Qué extraño —dijo.

Continuó por la carretera con mil ojos sobre su entorno. El día se marchaba. La noche llamaba a la puerta. El frío repentino bajó de las lomas y navegó por los caminos. Hacia el este, sobre el frondoso valle, en un descanso de vegetación, pudo ver el carril de las vías férreas antes de que las sombras lo abordaran.

Dejó muy atrás el primer túnel, perdió de vista el Hyundai. A paso ligero intentó pensar qué haría cuando fuera noche cerrada. Lo mejor era seguir caminando pues

como no hubiera luz, lo iba a pasar realmente mal. No podía parar. No podía estarse quieta. Sus tobillos temblaban por el ritmo fatídico que llevaban sus botines. Le entraron ganas de llorar. Y lloró. El perro volvió a ladrar sobre el ocaso y ella se limpió los ojos llenos de rímel. Quizás aquel perro bajara de algún sitio y le atacara. Aunque aquel ladrido que entonaba tenía un tono de aviso. Como cuando lo emitían para alertar a sus dueños de que se acercaba alguien. Probablemente la estaba oliendo. Allí arriba debía de haber alguna finca.

Paró un segundo. Del camino cogió una piedra y la colocó sobre una de las maletas. Sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. Se limpió el rabillo de los ojos y… Cuando miró al segundo túnel, allí estaban.

Tres tipos esperaban junto a una cerca en la entrada. Dos llevaban cascos de protección. Uno tocaba la pared en el interior del túnel con ambas manos, como si la estuviera alisando. Sara siguió hacia ellos. Sonrió cuando apreció al otro lado un coche azul aparcado sobre la cuneta. Sonrió con fervor. Ellos la llevarían a casa.

«¿Ves como todo no es tan malo, tonta?».

Al parecer aún no la habían visto. Sara pensó qué demonios podrían estar haciendo tres obreros allí a esa hora. Obviamente, algo en el túnel, se dijo. Pero la situación actual en todo el país no era muy halagüeña como para trabajar y echar horas por amor al arte. Se estaba dejando llevar por el miedo. Le asustó pensar que tal vez quisieran violarla. Tres hombres en mitad de la sierra y ella. ¿Y qué podía hacer?

Mientras no intentaran hacerle daño…

Anduvo lentamente hacia ellos y pasó cerca de un pequeño precipicio a su izquierda. Al llegar a su altura se apartó rápidamente. La valla de protección estaba rota. Abajo, hasta donde alcanzaba su vista, se abatía un mar verde y oscuro. Calculó unos veinte metros de altura en aquel barranco. Lo dicho: abajo, espesura.

Observó como los hombres empezaban a caminar hacia el otro lado del túnel. Quizás habían terminado su turno y se marchaban. Los tres se alejaban. No iban juntos. Cada uno por su lado. Se dirigían hacia el coche. Caminaban de un modo extraño. Era como si no quisieran andar y algo les empujara.

—¿Oigan? ¡Perdonen! —gritó.

Nada.

Gritó más fuerte.

Uno se giró.

Y olió.

Arrastraba la pierna como si no le quedaran nervios en ella. Empezó a aligerar el paso en su dirección. Gruñendo. Gritando. Aterrador, como solo lo puede ser el grito

de un hombre.

Sara soltó las maletas y se tapó la boca. ¿Y ahora qué? Los otros dos también empezaron a correr hacia ella. Ambos adelantaron al cojo. Sara se dio cuenta de que uno de ellos no iba vestido de obrero sino con traje de chaqueta. De su pecho y su cuello empezó a manar sangre. Mientras los otros intentaban ganar la carrera, el cuello de este se desgarró y el cuerpo cayó estrepitosamente al suelo.

Pero quedaban más. Uno con mono de trabajo azul que en pocos segundos estaría sobre ella. ¿Por qué gritaban de esa forma? Sara cogió la piedra de la maleta y echó a correr hacia el primer túnel. Por un segundo, quiso esperarle cerca del precipicio y hacerle caer. Lo pensó un miserable segundo. Pero tuvo miedo de que no funcionara. ¿Qué posibilidades tenía una chica como ella contra un hombre?

Había luna llena. El camino era transitable. La frescura del aire llenaba de pasión los corazones del bosque. Sara corrió con todas sus fuerzas hasta que se le salió un botín, tropezó y cayó. La piedra que llevaba en las manos desapareció entre los setos. Detrás, oyó el grito de la bestia y poco después sintió el peso sobre ella. El mordisco. Dolor. Quemazón y ardor excesivo. Pero la muerte no le acompañó hasta diez minutos más tarde.

El perro volvió a ladrar en la lejanía de las montañas.

Mitch

Los muertos llenaban toda la vaguada. El humo y los gases se extendían por el prado calcinado. Nada de cuanto había observado en sus años de soldado o durante sus ejercicios en los países del Este, podía compararse a la sensación de temor que ahora le embargaba.

Cuanto más tiempo contemplaba los cuerpos muertos, más le parecía estar mirando una de esas imágenes en blanco y negro de Rodchenko, donde se lograban todos los ángulos y uno se maravillaba con una perspectiva diferente de una situación única.

Tan aterradora como un accidente de tren.

—No contestan, señor —dijo Rori, rodilla en tierra.

Mitch miraba el armatoste de hierro. Le había ordenado al chico que contactara con la base y lanzara como código de situación: *Echo, Delta, Delta, Charlie*. El radiorreceptor continuaba mudo. Mitch agarró el enlace y lo apoyó contra una roca. Alzó la antena al máximo. Volvieron a intentarlo. Nadie contestaba al mensaje de auxilio.

—Siga intentándolo —ordenó Mitch.

Era tremendamente extraño que Receptor-0 o Base JT no contestaran a una llamada con ese código de situación. A cualquier llamada. Abajo, la linterna del sargento Farquart emitía un cono de luz incapaz de penetrar el polvo y el hollín suspendidos en el aire.

Los cadáveres —la mayoría no eran más que bultos grisáceos, salvo algún brazo entre las piedras por aquí o algún cuerpo en una postura imposible por allá— habían llegado a la última parada. Junto al sargento estaba el soldado con perilla rubia y pocos dientes, cuya conducta peligrosa era famosa en todo el cuartel. Le llamaban Bala. No era de la compañía de Mitch: pertenecía a la 3ª Sección de Armas en la 1ª, pero se lo habían colado.

En las maniobras se solían hacer intercambios de soldados para fomentar la

fraternización entre los destacamentos. Mitch había oído hablar de Bala. Era un tipo peligroso de manejar, le había explicado el comandante. Otros tantos capitanes se habían quejado de él en anteriores maniobras. Aquel tipo tenía tantas menciones honoríficas como puntos de omisión.

«Ahora nos toca a nosotros, ten cuidado», le había alertado el comandante.

El tal Bala había hecho buenas migas con Farquart. No se había despegado de él desde que llegaron al campo. Mucha culpa tenía que el sargento lo tratara como a un igual y no hiciera valer su rango.

Mitch dio un paso adelante.

—¡Soldado! ¡Baje usted el arma! —gritó Mitch, y su voz retumbó en el valle.

El muy idiota apuntaba a los muertos con la mirilla como si hubieran salido airosos de una emboscada.

Bala dejó de apuntar, pero no contestó al capitán.

Farquart le dijo algo y Bala levantó la vista. Acto seguido se colgó el fusil en el hombro. Mitch se frotó las manos y ordenó nuevamente al soldado Rori que no cesara en su intento con el enlace. Luego, bajó por el terraplén.

Solo el último vagón se mantenía en pie, aunque sin cristales. Las cortinas se mecían en sus ventanas al son del vientecillo helado de la sierra en los comienzos de la noche. Los demás vagones se abrían a izquierda y derecha a lo largo de las zanjas hasta la infinita oscuridad, que no era total, gracias a los focos que Mitch y Rori habían encendido arriba en el camino. Ayudaban también las linternas de exploración y las lejanas luces de la locomotora oculta en los matorrales del bosque negro. Y la luna. La seductora luna llena.

Todos los vagones que veían desde allí estaban abiertos por la mitad. Mitch pensó que ese era un buen dato a tener en cuenta por parte del ingeniero que hubiera diseñado el tren y quisiera buscar posibles causas del descarrilamiento. Aparte de gente muerta, lo que más había eran cables desparramados liberando chispas. Uno de los vagones había rodado cientos de metros sobre el campo. Tenía el techo abierto como una lata de sardinas y, allí en medio, podría pasar por una obra de arte moderno. Había otro completamente aplastado en la parte posterior de la roca donde estaba el enlace. Otro contenía gente a medio salir por las ventanas. Y bajo las ruedas. Manchas negras se volvían rojas al recibir la luz. Sangre. Mucha sangre. Sangre por doquier.

Mitch volvió a dirigir su linterna al camino. Estuvo muy atento de no pisar a nadie. Había demasiados. El tren debía de ir hasta los topes. Llegó al llano y vio como la mayoría de los muertos habían salido despedidos en aquel tramo. Se giró y alumbró

en la lejanía en busca de alguna posible lógica al descarrilamiento. Pero nada obstruía los raíles.

El sargento Farquart se acercaba a él. Se quitó la gorra, se secó el sudor y dijo en voz baja:

—¿Qué hacemos?

—Esto es terrible, sargento —murmuró también Mitch, sin saber por qué lo hacía —. Ni Receptor ni Jota Tango contestan a las claves de emergencia, pero nada. Algo debe de ocurrir. Esto es muy grave.

—No creo que nos hayan dejado aquí tirados, mi capitán.

—Hechos peores se han dado.

—Voy a inspeccionar los vagones del fondo —señaló Farquart—. Tal vez alguien necesite ayuda.

—No sé. Eso no es lo que dice el protocolo de asistencia.

—Pero quizás podamos salvar a alguien, señor.

Mitch imaginó al sargento saliendo en los noticiarios. Un sargento en maniobras de rutina se ha topado con un accidente de tren en el que han muerto cientos de personas. Pese a todo, ha salvado unas cuantas vidas. Su alto conocimiento en primeros auxilios y su valentía fueron claves en el momento crucial… ¿Mención honorífica?

Farquart las buscaba como quien busca palomitas antes de entrar en el cine.

—Puede usted ir si quiere. Pero permanezca a la vista. Tengo un mal presentimiento.

—A la orden, mi capitán. Me llevo al soldado de la 3a, si no le importa.

—No tarden.

Mitch se separó de ellos. No quería indagar. No quería ser valiente. Tenía la extraña sensación de estar siendo observado como en un concurso de esos en que te vigilan las veinticuatro horas de día. Cuanto más contemplaba los cuerpos bajo la tenue luz de los focos, más vueltas le daba el estómago. Como máximo dirigente del escuadrón, decidió que reservarse y esperar sería una buena solución durante la próxima media hora. Observar hasta que se le pasara el mal cuerpo.

El soldado Rori bajó un poco por el repecho y le tendió una mano.

—¿Nada? —le preguntó Mitch.

—Nada, mi capitán. Ya ni siquiera se oyen interferencias. Es muy extraño. Esos enlaces tienen muchísimo alcance. Los he comprobado en cantidad de ocasiones: son maravillosos. No sé si será el caso de este en particular, pero los nuevos contactan vía satélite. Son de lo mejorcito que tenemos en el ejército. Funcionaban incluso bajo

tierra, ¿recuerda? Lo vimos con nuestros propios ojos cuando estuvimos en las maniobras de las CODEE de hace cuatro años. Quizás si subo con él a un lugar más alto…

—No creo que sea culpa de la cobertura.

Acudieron nuevamente al montículo. El puesto de observación AK-12. Mitch oteó el paisaje en la negrura. A pesar de la oscuridad, podía ver las siluetas del sargento y el soldado en la pequeña misión de exploración que ellos mismos habían planeado. Tenían miedo. Los muy estúpidos continuaban apuntando con los fusiles a los cuerpos. Farquart saltó por una abertura y subió a un vagón. Bala esperó y dijo algo. Farquart salió y de regreso saltó a tierra.

Detrás de ellos, Mitch vio como se levantaba alguien.

—¡Un superviviente!

Rori dejó el enlace y se le acercó.

—Detrás de ellos. ¡Mire! —señaló—. ¡Venga conmigo!

Regresaban al terraplén cuando Rori gritó:

—¡Se están levantando, mi capitán!

Mitch dio un salto. Había pánico en aquellas palabras. Mandó silencio. Miró en derredor. Sintió como si les hubiesen tendido una emboscada. Oyó cómo se rompían cristales y cómo un constante murmullo se hacía con el páramo. Decenas de ellos se alzaban. El levantamiento. El alzamiento. ¿Nadie había muerto?

—¡Capitán!

Volvió a ordenar silencio. Observó su entorno. El soldado estaba asustado. El horror le consumía por los pies. Era normal. ¿A quién no? Las víctimas del accidente se estaban levantando a la vez. ¿Cómo podían levantarse todos? ¿La cordura se pierde? ¿Te la roban? Como soldados, habían sido entrenados para no pensar. Mente en blanco, instinto bruto. La tierra es la vida. Por eso inconscientemente permanecían agachados. Mitch buscaba en su cerebro una lógica para lo que sus ojos veían bajo la espectral luz de la luna.

Farquart y Bala abrieron fuego. Los fogonazos iluminaron todo el valle. Aquellos gilipollas, excitados por el miedo, disparaban a diestro y siniestro, mientras corrían de vuelta. Alguno de aquellos seres intentaba atraparlos, pero entre disparos, culatazos y patadas, los dos militares se abrían paso como en una película de acción.

Saltaban, pegaban y seguían apretando el gatillo. ¿Por qué seguían disparando?

No tenían fuego real.

—Carga la bayoneta, vamos a ayudarlos —ordenó Mitch.

—Tenemos que marcharnos, mi capitán… ¡Virgen santa, solo tenemos munición

de fogueo!

—¡Deja de llorar! ¡No me gustan los hombres que lloran! Ven, quédate al borde de la rampa y ayúdanos a subir cuando regresemos —dijo al soldado.

Mitch le sujetó el rostro para que el chico no perdiera el norte:

—Escucha: céntrate, ¿de acuerdo? Tiene que haber una explicación lógica. No pienses en lo peor.

Rori asintió con los ojos bañados en lágrimas de plata. Mitch cargó la bayoneta sobre la boca del fusil y corrió por la pendiente con el arma delante. Toda una horda de seres se arrastraba e intentaba caminar con las fauces abiertas y los ojos en blanco. A la mayor parte le faltaban extremidades, piel o incluso partes de la cara. Las ropas hechas jirones, manchadas de tierra, y algo que se asemejaba al pus recorría sus orificios nasales. La mayoría de ellos intentaban alcanzar a Farquart y al soldado de la tercera compañía. La luz de los disparos parecía cabrearles. Mitch pudo ver cómo algunos se tapaban los oídos a la vez que gritaban.

Farquart se enzarzó en melé con un tipo gordo que lo había agarrado y varios más. Una de las patadas que Bala lanzaba fue a parar a la cabeza del gordo y se oyó un crujido. Luego, el soldado ayudó a levantarse al sargento.

Decenas de ellos aparecían en los vagones, aquel movimiento siniestro en *El vagón de los muertos vivientes*, era digno de las películas de terror. Buen titulo de película de serie B… Pero real. Real para Mitch. Real para muchos.

Los que estaban muertos y colgados sobre las ventanas del vagón intentaban ponerse en pie. Unas fuertes sacudidas acometían sus cuerpos. Como si el dedo resurrector del Altísimo les hubiese concedido tiempo o como si el Bajísimo les hubiere insuflado fuerza con su aliento infernal. Se lanzaban por las ventanas como mejor solución. Sus cuerpos se estampaban contra el suelo y luego se levantaban. Del vagón que llegó en volandas hasta la explanada en el campo, algunos venían corriendo. Otros, reptando. Arrastrándose. De las grietas en la chapa del coche más cercano salían algunos y no les importaba quedarse sin piel en el intento. Otros se agarraban a los cables sueltos y la electricidad les hacía arder. Pelos y cuerpos quemados, hedor insoportable. Ojos ardiendo en figuras que seguían caminando.

Mitch odió que su vista se hubiera agudizado como la de un gato. Lo veía todo *demasiado* bien. Aquellas escenas jamás podría olvidarlas: quedarían grabadas a fuego hasta el fin de sus días. La fiebre que le atosigaría durante horas en el delirio de los minutos previos a su muerte recordaría la primera vez que los vio levantarse. Era su maldición. Una y otra vez.

El infierno es repetición.

Mitch se había obnubilado y cuando regresó al presente, había muchos más. Tenían más libertad de movimiento. Una señora de mediana edad gritaba intentando agarrarlo. Tenía el rostro abotargado. La criatura brillaba como si llevase demasiado maquillaje. No tenía nariz. Por alguna extraña razón estaba inflada. Quedaba visible la carne, cuyo aspecto era blando y excesivamente azul.

Su boca.

Grande.

Mitch la derribó de un culatazo cuando intentó morderle. El capitán sintió una descarga de adrenalina y empezó a abrirse paso a golpes entre todo lo que se le acercaba. Lanzó un puñetazo al rostro de un chico lleno de pelo y *piercings*, que había saltado sobre él como una gacela. El brazo se le llenó de sangre y se recordó usar el fusil para lo que estaba por venir.

—¡Dejad de disparar! ¡Eso los atrae! —gritó Rori desde arriba.

Cada vez eran más. Mitch intentaba llegar hasta el sargento y el soldado, pero estaba rodeado. Pensó en volver y fue entonces cuando se percató de cómo tres de ellos habían subido a por Rori.

El soldado salió corriendo.

Mitch no supo que hacer. Farquart y Bala estaban en peor situación. Rori podía escapar. Mitch corrió y consiguió esquivar a los asaltantes hasta llegar al sargento y a Bala inmiscuidos en una refriega con seis hombres. Cuando llegó, Farquart yacía en el suelo y una niña rubia, de unos ocho años, le estaba mordiendo la pierna. De la fuerte sacudida, la envió hasta unos setos. Mitch, en carrera, empujó con sus piernas a dos hombres. El estrepitoso golpe hizo que cayera con ellos al suelo. Los engendros se levantaron con mayor rapidez que Mitch y, cuando se abalanzaron sobre él, Bala tiró de su brazo y lo arrastró hasta que consiguió ponerlo en pie. El enorme tirón casi le desencaja la clavícula.

Patadas y golpes.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí, joder! —gritaba Farquart.

Echaron a correr por las vías férreas. Venían más y tenían más libertad de movimiento.

Mitch y los suyos no tenían fuego real.

Susanah

Susanah seguía llorando.

—¡Dios mío! ¿Cómo dice? —preguntó Max Rodríguez con una voz chillona, casi histérica. La expresión de su cara cambió de furia a pura confusión.

—Sé que es un puto problema —aseguró Samuel Day—. Ya lo sé. Deje de recordármelo, joder. No he podido… ¿Usted podría haberlo hecho? No he podido disparar a mi hija.

La estancia, en completo silencio. El padre Mile miró a su alrededor durante un instante. Notó el frío de la noche entrando en la sala. Probablemente, a través de la parte más alta de la linterna en la cúpula de la iglesia. Observó a los habitantes del pueblo uno por uno. Contempló infinitud de estados de ánimo. Indecisos, aterrados, sollozando, confusos, en alerta, nerviosos; dormidos como el viejo Tinny, despreocupados como los niños Zack y Jason. Max Rodríguez estaba junto a su hermano Terens, el cual le sujetaba fuertemente la mano. No hacía mucho que el pobre Terens había vuelto a vivir con su hermano. Lo habían despedido de la fábrica por negligencia. Algo que hizo (o no hizo) mató a dos hombres. Terens volvió roto. Y, desde entonces, siempre andaba absorto en sus pensamientos. Nada de esto del fin del mundo parecía ir con él, y su hermano Max… Los habitantes del pueblo sabían que navegaba en una constante crisis histérica. Desde que comenzaron los problemas, le era imposible localizar a su hija Sara, que estudiaba en la ciudad.

—Pero su hija ya está muerta —recriminó Max sin ningún miramiento—. ¡Nos pone en peligro a todos si la deja deambular por el pueblo!

Vivian Day lloró con más fuerza.

Algunas mujeres tuvieron que agarrarla para que no cayera al suelo. Parecía a punto de desvanecerse. Samuel Day bajó corriendo del altar en dirección a Max con los puños en alto. Unos cuantos hombres se abalanzaron sobre él y lo detuvieron.

El padre Mile les recriminó desde el altar:

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Estamos en la casa de Dios!

—¡Te voy a romper la cabeza, maldito cabrón! —gritaba Samuel Day.

Ben Respibi fue el primero en sujetar al ex policía.

—¡Tranquilízate hombre! —dijo Ben e hizo presión sobre sus hombros—. En parte, tiene parte de razón…

—¿Cómo?

—Verás, no podemos dejarla entre nosotros en ese estado. Y lo sabes.

—¡Para que lo sepáis, he encerrado a mi propia hija en el sótano! —chilló el ex policía con lágrimas en los ojos—. ¡Ami hija, joder!

Entre el tumulto, Samuel Day se echó a llorar. La gente lo ayudó a que se sentara. Su mujer se abrió paso para llegar hasta él. Lo abrazó. La tristeza invadió la iglesia. Los que aún tenían familia pensaban en los suyos. Max miró a su hermano Terens y vio como este se movía atrás y adelante con las manos entre las piernas. Los niños se observaron consternados. Cada uno de los habitantes del pueblo tenía razones por las que afligirse. Max dejó a Terens con su vecino John Middles y se acercó hasta los Day y les pidió perdón. Ben Respibi cruzó la mirada con el padre Mile. Tenían el mismo brillo en los ojos: el que nace cuando te quedas solo en el mundo y tienes que defenderte por ti mismo ante los males de la tierra. Por lo menos hasta el día en que mueras.

Si mueres.

—Tened cuidado.

Diez minutos más tarde, los hombres habían decidido salir a inspeccionar las alambradas.

Unas semanas atrás, Samuel Day seleccionó a los hombres que eran mañosos y sabían soldar. Comentó el tema con los hermanos Braun, los cuales poseían grúas de carga y gracias a su ayuda, y a una buena colaboración, cercaron el pueblo en poco tiempo. Por suerte, en la salida nordeste del pueblo había una infinitud de vallas amontonadas y sin colocar en lo que esperaba ser unas extraordinarias instalaciones deportivas. La obra llevaba paralizada más de dos años. Problemas entre el alcalde Barres y la constructora. Day y algunos hombres habían cargado las vallas en los camiones. Miguel Braun y su hermano más joven Pat, las habían recolocado con la ayuda de las grúas. De tal modo que pudieron acabarlo todo en un par de días, trabajando a destajo.

Trabajo de auténticos profesionales.

Rotten era ahora un centro amurallado, aislado de la barbarie, por el que se había

colado una chica muerta.

Se despidieron en el porche de la iglesia. Samuel Day besó a su mujer y ella insistió en que tuvieran cuidado. Ben Respibi, Jimmy Laymon, Max Rodríguez y Zack Snyder padre se habían unido a la expedición. Tenían que comprobar el perímetro. Debían asegurarse de que la pequeña Susanah únicamente lloraba por la llegada de Eva.

—Cerrad bien todas las puertas —indicó Jimmy Laymon—. No salgáis por nada del mundo. Esperad a que volvamos sanos y salvos —dijo con aire de superioridad.

Los demás se miraron.

Sonrieron.

Los cinco hombres subieron al Nissan Navara y se ovillaron en sus chaquetones. El frío era el principal enemigo en aquellas montañas. Frío seco que penetraba en los huesos y se estancaba en el cuerpo. Samuel Day, al volante, avanzó lentamente con el todoterreno por la avenida. Lentamente, hasta girar por donde empezaban los árboles. Cruzaron el parque y no vieron el menor indicio en las vallas. Llevaban las luces apagadas para no ser advertidos en la lejanía. La luna llena se alzaba poderosa en el cielo. Su luz gris invadía las calles del pueblo y se inmiscuía entre las ramas de los abedules, serpenteando entre las sombras de las casas.

Ben Respibi fue el primero en romper el silencio.

—Quiero que sepáis que estamos juntos en esto.

Se giró todo lo que pudo para poder mirar a los ojos a los tres hombres que iban sentados en la parte de atrás. Ben Respibi era el más joven, pero parecía tener más autocontrol que todos ellos.

—Por desgracia —comentó Max Rodríguez.

Miraba por la ventanilla, inmerso en sus problemas.

—Nadie quiere que las cosas estén como están, Max —intervino Zack.

Zack padre tenía cara de oficinista y una media sonrisa siempre habitaba en su cara. Perdió a su mujer el día del cementerio. Él y su esposa estaban en una habitación de la clínica después de que ella se hubiera operado de un quiste el día anterior. Un tipo entró por la puerta y se abalanzó sobre ella. Zack estaba en el cuarto de baño. Su mujer decía a la gente de Zack que era asquerosamente optimista. Todos en el pueblo querían a los Snyder. Eran tremendamente encantadores con todo el mundo.

«Ni siquiera las personas como ellos están a salvo», pensó Ben.

—Esto nos ha cogido a todos por sorpresa —continuó Zack, complaciente—. Ninguno sabemos qué nos deparará el futuro. Pronto tendremos escasez de comida y agua. Yo, al menos, me he parado a pensarlo. Hay que estar muy unidos y pensar en

los demás si queremos seguir adelante. Tendrás que aguantarte o…

—¿O qué?

Zack calló y desvió la mirada.

—O tendrás que marcharte —asestó Ben.

—Que tendré qué… —Max se reclinó en su asiento.

Y se detuvo.

Sus ojos y su frente se arrugaron. Levantó una ceja. Observó sus manos encallecidas por el trabajo en el campo. Treinta años, una vida. Todo por el bien de su familia. Horas, noches, durmiendo en el tractor. Frío a la intemperie recogiendo la cosecha. Nada importaba cuando las cosas iban mal. Un plato de comida caliente que no debía faltar a su mujer y a su hija. Y ahora… qué le quedaba. Miraba sus manos como si las tuviese manchadas de sangre.

—¿Sabe una cosa, señor *segurata*? Tiene usted toda la razón.

En la parada de autobús había dos cuerpos: Nuria y Jennifer Albo.

Jennifer estaba tendida de costado en el suelo con las piernas encogidas hacia el vientre. Los hombros hundidos hacia delante y los brazos cruzados sobre los pechos. En posición fetal, amoratada e hinchada. Los ojos, casi salidos de sus órbitas, y con cierta expresión de desaliento.

Nuria estaba sentada en el banco de la parada, con la cabeza vuelta hacia un lado y con la mano derecha sujetando un móvil sobre su regazo; como si a última hora hubiese querido pedir ayuda. Era imposible saber si lo había hecho estando viva o muerta. Los instintos de supervivencia podrían ser una incógnita en ese estado.

Ambas hermanas eran maniaco-depresivas y cuando había empezado los problemas, se habían quitado la vida con un bote de pastillas.

—Lo peor de todo son sus rostros —musitó Jimmy Laymon.

Habían aparcado en la parada al ver los cuerpos. Bajaron del coche todos, menos el huraño Max, que seguía cavilando.

—No entiendo por qué sus músculos faciales no se relajan después de la muerte —comentó Samuel Day—. No comprendo cómo pueden seguir así de tensas. ¿Quién les disparó? No sabía nada…

Los demás se encogieron de hombros.

—Aquel día la histeria se hizo con nuestro pueblo —contestó Ben—. Pudo ser cualquiera. Ni me acordaba de ellas.

—Pero ellas no son el problema —contestó Laymon—. Están… doblemente

muertas. Susanah nos está avisando de otra cosa.

—Debimos de pasarlas por alto cuando incineramos los cadáveres —convino Samuel Day, aún pensando en las pobres chicas.

Cuando llegaron al pueblo y les hablaron de ellas, Eva se había interesado por las hermanas. En casa, durante la cena, sacaba el tema a relucir. Consiguió hablar con una amiga en la ciudad para que siguieran un tratamiento. Eva quería ayudarlas.

Y ahora las tres estaban muertas.

Ningún padre debería ver morir a sus hijos.

—Nadie quiso revisar tan cerca del bosque. Pasamos muy cerca cuando vinimos a colocar las vallas pero tal vez nadie las vio —comentó Zack haciendo una mueca.

—Ayudadme, vamos a ponerlas en la parte de atrás. Las dejaremos en el montículo ya que estamos aquí —ordenó Samuel.

Zack y Ben elevaron a Nuria. Laymon y Day a Jennifer.

Mientras circulaban junto al perímetro vallado buscando la rotura en la cerca, que en algún lugar debía de estar, si no, nada tendría sentido; el ex policía intentaba sintonizar algún canal en la radio del coche.

Ninguna señal. O no funcionaba, o habían dejado de emitir esos ridículos mensajes de emergencia. Ben, a su lado, y Zack en la ventanilla de atrás iluminaban con la linterna hacia el lateral buscando la abertura que seguía sin aparecer.

Llegaron al montículo y Day encendió las luces del todoterreno para iluminarlo. Al otro lado del cristal estaban los restos de lo que una vez fueron habitantes de Rotten. Polvo que ahora formaba parte de la madre tierra. Vidas extinguidas. Gente que tenía proyectos, sueños que realizar. Hijos que sacar adelante. Cenizas que se habían fundido con el entorno y se alzaban ahora sobre el llano, borrando con su calor la oscuridad de las montañas.

Dejaron los cuerpos sobre la podredumbre. Los rociaron con un bote de alcohol Sheridan s y les prendieron fuego con una cerilla. El apellido Albo se extinguió del mundo y ellos lo contemplaron.

—¿Qué ha provocado esto? —preguntó Zack Snyder.

La pregunta había surgido en el pueblo decenas de veces, pero seguía saliendo a la luz.

Jimmy Laymon se encogió de hombros.

—Quizás algún tipo de virus —dijo Ben, mirando el fuego.

—Los virus afectan a los vivos, no a los muertos. ¿Un virus que resucita a los muertos? Vamos Ben, dime algo que tenga sentido —desestimó Day.

Siguió una pausa incómoda y elocuente.

—Cuando regresaba de la presa, vi levantarse a unas treinta personas muertas en la carretera comarcal —dijo Ben—. Llegué al pueblo y corrí en busca de Joe y Sung, y os encontré a todos envueltos en una refriega contra un montón de zombis. ¿Tiene sentido eso?

—No digas eso —reprendió el ex policía.

—¿El qué?

—¡Eso!

—¿Qué?

—Eso. Esa palabra con z.

—¿Por qué no?

—Pues porque es ridículo.

—Está bien, pero no me digas que esto no es un puto virus.

Samuel Day le estaba mirando. Él dejó de hablar.

—Estoy helado. Deberíamos irnos —comentó Zack.

Quince minutos después ya habían rodeado la mayor parte del perímetro. Habían comprobado el cerco con detalle y no encontraron ninguna abertura por la que pudieran haber entrado. Seguían totalmente aislados.

Pasaron cerca de donde tenían aparcados los coches. En una de las reuniones habían acordado dejar allí los vehículos sin dueño. Las llaves puestas, una inscripción marcada con spray en el lateral, indicando cuanta gasolina quedaba en el depósito. Dispuestos para cuando pudieran necesitarlos para una posible huida.

Max Rodríguez ordenó que pararan. Les miraba con lágrimas en los ojos.

—Para el coche, por favor.

El Nissan se detuvo.

—Cuiden de mi hermano —dijo Max—. Hablen primero con Laurel-Ann. Es mejor que lo escuche de su boca. Esa chica lo hará bien. Siempre ha cuidado de nosotros sin pedir nada a cambio. Y cuidará de mi hermano mientras esté ausente.

—No puedes irte ahora, Max. Espera a que amanezca.

Max negó con la cabeza.

—Y tú, Day, te pido disculpas. Estamos exhaustos. Decimos cosas que no queremos decir… —murmuró.

—Te será muy difícil hacer el camino solo. Puede que no sobrevivas —dijo Ben.

—Tengo que ir en busca de Sara o voy a volverme loco —Max se bajó del coche y los demás le siguieron.

Uno por uno, le abrazaron. Acto seguido, Samuel le indicó un Chevrolet gris que

marcaba en la puerta del conductor, con pintura blanca, $^{1}/_{4}$.

—Es el que está mejor.

—Gracias.

Samuel Day retiró los candados que sujetaban la verja. Ben y Laymon la abrieron, y Max arrancó el Chevrolet.

Se acercó lentamente.

—¡Espera! —dijo Samuel. Levantó la pernera de su pantalón y sacó una pistola. Se la tendió a Max por la ventanilla—. Es una CZ92. Es muy pequeña. Tiene muy poco alcance. La CZ era una pistola utilizada por asesinos. Tienes que disparar muy cerca para obtener un buen rendimiento… Solo tiene dos balas.

—Dijiste que solo tenías un arma —acusó Jimmy Laymon.

—Y solo tengo una. Esta no la tenía para defenderme, Jimmy —contestó Day y observó a Max Rodríguez con seriedad—. No sé si me entiendes.

El Chevrolet gris se alejó por el camino. El Navara blanco regresó por la carretera asfaltada hasta la avenida principal. Samuel encendió las luces para ver mejor y pasó a toda velocidad por delante de la iglesia.

—¡Oye! ¿Adónde vamos? —chilló Laymon.

—Day, te has pasado la iglesia —dijo Ben.

—¿Samuel?

—Tengo que solucionar mi problema y vais a ayudarme. ¡Vamos a enterrar a mi hija de una puta vez!

Ninguno de ellos miró atrás.

Ninguno reparó en que un segundo después de dejar atrás la iglesia, el padre Mile y Drew Cassy los estaban llamando a gritos.

Candi

—¿Y ahora han resucitado como los de *Thriller*?

—Bueno, estos no bailan.

A Candi no le gustaba el sarcasmo. Solía pagar con la misma moneda cuando alguien le hablaba mal. También ella estaba aturdida, dolorida, fuera de sitio. Lo que había ocurrido en las últimas horas ni siquiera se parecía a una pesadilla. No sabía cómo explicarlo. Mucho peor. Era imposible describir qué se sentía al ver cómo gente muerta se ponía en pie y empezaba a caminar. Demasiado irreal. Nada creíble, hasta que uno de ellos intenta morderte. Pero, ¿por qué?

El chico de color y ropas estrafalarias le miraba en la oscuridad. Una cortinilla de luz se colaba entre las ramas del matorral. La luna llena reinaba en lo más alto. Recordó haber visto a ese chico —ropa y peinado eran inolvidables— en el vagón del tren.

Candi se consideraba una mujer fuerte. Pero ahora era incapaz de concebir lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Aquel chico y ella se habían agarrado inconscientemente de la mano y habían escapado de aquel caos corriendo entre muertos que intentaban alcanzarlos. Oyeron disparos. Algún superviviente del tren debía de ir armado y se había puesto disparar a diestro y siniestro.

Ella y el chico negro habían saltado del vagón convertido en chatarra enlatada. Huyeron campo a través. Y se habían topado con las ruinas de una casa. Menos que eso: tres paredes sin techo que parecían mordidas por los grandes brazos de un árbol que nacía como una garra desde el suelo.

Entraron. El chico subió como un gato por el tronco que llevaba hasta lo más alto de una de las paredes. Allí se sentó a vigilar el apocalíptico horizonte. Un segundo después, el joven bajó la vista. ¿Se le notaba mucho lo anonadada que estaba? ¿Lo torpe que se sentía? Quizás no. ¿No? Ni siquiera podía decir ahora mismo dónde había nacido o el nombre de sus padres.

Los ojos del chico refulgían en la oscuridad.

Candi miró de reojo al de la blusa de flores amarillas y violetas, y se alegró al comprobar que ya no la miraba.

—¿Qué pasa ahí fuera?

—Lo más importa es que no se acercan —dijo el chico.

—¿Sí?

—Un apocalíptico horizonte…

Era extraño. Las mismas palabras que se le habían ocurrido a ella. ¿Telepatía?

—¿Cómo dices?

—De momento estamos a salvo de la pesadilla.

Candi observó el interior del arbusto. Lo que habían elegido como refugio era fácil de atravesar. Oyó crujir algo y se dio la vuelta. Las ramas se mecían con el vientecillo y algo chascaba en alguna parte. Quizás un ratón, un conejo, una rama rota o algo peor. Las ramas se movieron con más fuerza. Candi pudo comprobar con más calma que tanto ajetreo se debía al constante movimiento del chico en la rama superior.

—Hay hormigas —decía, sacudiéndose las manos—. Me llamo Nelson.

—Candi Staton.

Nelson parecía un grumete subido a un mástil.

—¿Cuánto crees que va a durar?

Por un instante, Candi tuvo la certeza de que los dos se habían buscado mutuamente. Dos almas con rumbos diferentes, empujadas a unirse por un incidente inesperado. Según había oído, era casi imposible salir airoso de un accidente de tren. Pero se alegraba tanto de no estar sola…

—No sé muy bien qué está pasando —contestó Candi.

Oyó cómo Nelson tragaba saliva.

—Los muertos han vuelto a la vida —narró el chico—. Un virus infeccioso les hace levantarse de sus tumbas. Un meteorito está pasando cerca de la órbita terrestre. El agua de los pozos ha sido contaminada por un extraño líquido verde que los vuelve loco y deseosos de carne cruda… Algo así ha debido de pasar. ¿Nunca has ido al cine?

Nelson era especial. Parecía estar gozando del momento. No se le veía afectado en lo más mínimo. Cuando hablaba, sus dientes relucían. Sus palabras separaban del momento al interlocutor y lo desplazaban a una existencia real y efectiva. Era una sensación muy extraña ver disfrutar a alguien con lo que estaba cayendo fuera.

—Pues no. Nunca tuve tiempo de ir al cine —musitó Candi.

Se oyeron voces.

Pisadas.

Gente corriendo.

Maldiciones.

Cada vez más cerca.

—¡Qué mierda! —masculló Nelson—. Pero si no había… —Y saltó de la rama.

Ambos se dieron la mano. La espectral luz de la luna incidía sobre ellos como si estuviesen en un escenario.

—¿Tenemos que salir de aquí? —cuestionó Candi.

El tono de voz de Nelson descendió hasta el murmullo:

—Alguien se acercaba… No he podido verlos bien.

Nelson tiró de su mano, pero Candi se soltó.

—¡Nos cogerán! ¡Aquí estamos atrapados! —dijo Candi y se dio la vuelta para salir.

Alguien entró y chocó con ella.

Candi cayó al suelo y gritó.

—¡No, joder! ¿También aquí? —dijo la sombra de cabeza rapada que había entrado.

Levantó su arma para golpearla y otra figura apareció por la abertura.

—¡Sal de ahí, soldado! ¡Sigamos! —alentó.

—¡No, joder! ¡Es un buen sitio! ¡Son solo dos, señor! ¡Acabemos con ellos! —El tipo con cabeza rapada pisó a Candi en el estómago y entonces reparó en Nelson, que yacía asustado con las manos en alto y gritaba como una mujer. Gritaba como si fuesen a fusilarlo. Como uno de… como uno de esos seres.

—¡Cállate!

El otro hombre entró en el arbusto y apartó al que había entrado primero. Llevaban trajes mimetizados. Eran militares. Al acercarse al claro, Nelson y Candi pudieron verlo con claridad. Nelson mantuvo las manos levantadas y Candi se quejaba de la presión en el estómago por parte del soldado.

—Por favor, no nos matéis —dijo Nelson.

—Son gente normal. Baja el arma —ordenó el recién llegado.

—Que son… —El soldado quitó el pie de Candi y se apartó.

—Soy capitán del ejército, de la 5a Compañía de Apoyo del Tercio de Infantería. ¿Quiénes sois? —dijo el otro.

—Por favor, no nos matéis —repitió Nelson.

—Permanezca usted tranquilo. Debido a la situación le hemos confundido con… uno de ellos, ya sabe. Me llamo Mitch Wailer y este es… —Mitch no sabía su nombre.

—Bala.

—¿Bala? —cuestionó Nelson más calmado, a la vez que ayudaba a Candi a levantarse.

—¿Algún problema, pipiolo?

Mitch levantó la mano y retuvo a Bala. El soldado se dio la vuelta y se colocó en la abertura, observando el exterior.

Nelson y Candi se presentaron.

—¿Cómo está? —preguntó Mitch a Candi.

—Dolorida.

Mitch asintió y le sujetó amablemente un brazo:

—¿Iban en el tren?

—Sí, pero nunca supimos hacia dónde… —intervino Nelson.

—¡Capitán, joder, ya vienen! ¡Tenemos compañía!

Candi sintió de nuevo el aire pesado, suspendido. La tremenda oscuridad cerniéndose fuera. Gritos en la noche. Fue la última en salir de entre las ramas. Venían muchos de ellos corriendo. Candi huyó y pronto rebasó al capitán y al soldado, los cuales aguantaron la posición con las bayonetas en alto para que ella fuera delante. Un hombre y una mujer de unos treinta años llegaron a toda velocidad y los soldados ensartaron con la bayoneta a los dementes. Bala levantó a la chica por los aires y le partió el cuello. Aun así, empezó a levantarse de nuevo. Mitch no pudo con el peso de su enemigo y, después de trincharlo, lo desplazó hacia un lado.

—¡Muere desgraciada! ¡Muérete! —gritaba Bala, con la cara salpicada de sangre.

Mitch tiró de él y echaron a correr detrás de Nelson y Candi.

Venían más.

Candi atravesaba el campo con la mente en blanco. Bajo la luna llena se sentía perseguida como un ratoncito pequeño bajo la atenta mirada de los búhos. No quería mirar atrás. No podía mirar. Sus pies se hundían en el barro con cada zancada. Su cuerpo era doblemente pesado. No había sitio donde esconderse. Oía los gritos de Nelson más adelante y se preguntó cómo le quedaban fuerzas para gritar. Para chillar como una chica. Era gracioso: ella ni siquiera podía hacerlo. También escuchaba los alaridos de aquel soldado detrás. Mataba, daba golpes con desesperación. Palabras que acariciaban la locura… Y ella, mientras tanto, sentía cómo las piedras hendían en sus pies y abrían caminos para la sangre.

Candi corría. Por primera vez en mucho tiempo, agradeció las constantes tardes de verano en las que sus amigas quedaban para tomar café y ella tenía que llegar más tarde para aprovechar el poco tiempo libre del que disponía para correr por el paseo

marítimo. En ello le iba la vida ahora. Quizás podía pasar por una de las mujeres más veloces del momento. El miedo la ayudaba. Sí: el pánico era su reactor. Ser la más rápida tenía beneficios. Siempre los tenía. En todas las historias. Hasta que llegaba el cansancio y la punzada en el costado. Tu mundo feliz desaparecía y los demás te adelantaban. Nelson, Mitch y Bala por encima de los demás. Gacelas humanas subiendo por el terraplén.

—¡Corre, mujer! ¡No te rindas!

—¡Venga, señora!

Recordó aquellos sueños tan comunes en los que intentabas correr y el suelo era blando, donde los pasos se acortaban y no progresabas. En los que nunca llegabas a la meta. En los que peleabas con alguien y tus puños no hacían daño. En los que los malos intentaban cogerte y nada podía frenar su avance.

«Me atraparán… Me atraparán y no puedo hacer nada».

Delante de ella se fue dibujando la pendiente. Una zanja oscura que se elevaba unos tres metros. Un rellano en lo más alto que pudiera ser la salvación para unos y la muerte para otros. Gracias al ímpetu, los tres hombres subieron de una tacada. Pero Candi dudó y no llegó ni a la mitad. Los militares hablaban entre ellos a gritos. Uno sujetó al otro y este bajó un poco en el terraplén y le tendió una mano a Candi.

—¡Vamos, no te pares! ¡Coge impulso!

Por un momento, Candi tuvo la esperanza de no estar siendo perseguida. Ese tipo de sueños hipócritas que tienen los humanos en los momentos cruciales. ¿Por qué? ¿Nos gusta rendirnos fácilmente? Al ver cómo los soldados intentaban ayudarla tan desesperadamente, sintió cada vez más cerca a los lobos. Una gallinita devorada por una manada de lobos.

«No puedo hacer nada».

Dio dos pasos, no más, sobre la pendiente. Mitch no pudo sujetarla. Candi resbaló y dio de bruces en la tierra. Empezó a llorar, pero sintió como unos fuertes brazos la sujetaban y tiraban de ella hacia arriba. El capitán había bajado aún más, arriesgando su vida.

—¡Muévete, mujer, no te rindas ahora, por lo que más quieras! —gritaba el hombre.

En ese momento entendió que aquel hombre y ella…

—¡Venga, coño! ¡Ya están aquí, joder! —gritó el tal Bala—. ¡Me cago en la bruja! ¡Vamos a morir todos por su culpa!

—¡Tira de mí, tira de mí, imbécil! —le ordenó su capitán.

Una voz lejana anunció:

—¡Corred, por el amor de Dios, no os lo vais a creer! ¡Viene un coche!

—¡Maldito maricón! —añadió Bala—. ¡Ayúdanos!

Candi trastabilló, pero rápidamente controló su cuerpo. Por una milésima de segundo contempló por el rabillo del ojo a los lobos. Estaban a punto de saltar sobre ella. Arriba, se oyó un frenazo y un golpe que sonó como si alguien estrujara una bolsa de papel.

Un derrape.

Una polvareda.

Llegaron a lo más alto del camino y Nelson ya no estaba. Metros más adelante había un coche rodeado de una nube de polvo y luces rojas. De pronto, encendió las luces de emergencia. La blusa de flores amarillas y violetas, o lo que podía ser Nelson —si Nelson fuera un muñeco—, estaba tirado a su vera. Un tipo alto, vestido con un mono de trabajo azul, se bajó del coche. Cuando vio cómo los militares y Candi corrían hacia él, se asustó y les apuntó con una pistola.

—¿Qué? ¡No dispare! —gritó Mitch—. ¡Tranquilo! ¡Soy capitán del ejército! ¡Baje el arma! —dijo a la vez que le apuntaba con su fusil.

Candi y el soldado Bala esperaron a un lado.

El amasijo en el que se había convertido Nelson, se estaba moviendo en el suelo.

—Perdónenme… Apareció de pronto… No lo he visto —decía el hombre—. Llevaba las luces apagadas para evitar que me vieran los muertos… ¿Hay… hay muertos por aquí? —El hombre giró la cabeza a un lado y pareció divisar algo tras ellos.

Se metió corriendo en el vehículo y los demás echaron a correr hacia él. Mitch llegó hasta la ventanilla y lo cogió por el cuello.

—¡No se te ocurra dejarnos aquí, cabrón!

—¡Subid, hostia puta! ¡Subid! ¡Están ahí!

Candi y Bala entraron por la puerta de atrás del coche donde subieron el cuerpo destrozado de Nelson. Al girarse vieron llegar a un hombre calvo con la cuenca del ojo izquierdo borrada. Bala lo apartó de una patada en el estómago mientras el coche echaba a andar. Venían más. Mujeres, hombres y niños.

—¡Vámonos de aquí, joder! —gritó el soldado.

Pero el calvo se levantó y corrió hasta la ventanilla del conductor como si no recordara la presa más cercana. Rompió el cristal con la cabeza e intentó morder al conductor.

Por el otro lado, los cristales del coche también sucumbieron ante los golpes de dos chicas de pelo quemado. Mitch empezó a derramar ráfagas de fogueo en sus caras

y sus rostros volvieron a quemarse. Se hicieron a un lado y cayeron junto a los arbustos. El motor rugió con fuerza y el acelerador llegó a su tope. Los muertos que llegaban no pudieron alcanzarlos.

—¿Está vivo? —preguntó el conductor, mirando por el retrovisor a Candi y Bala —. ¡Por favor, decidme que no lo he matado!

Nadie contestó.

Brian

Brian Sarmiento, el chico con mejor herencia de toda la historia de Rotten, despertó antes del amanecer en su habitación de cristal. Desde allí podía ver todo el pueblo, pero sobre todo el final y las rocas escarpadas llenas de carreteras serpenteantes. Los cristales que le rodeaban estaban cubiertos por el rocío de la madrugada. Ahora que los muertos se habían levantado, el silencio era ensordecedor allí arriba. Nada había mejorado. Ningún coche se había vuelto a ver en la carretera de llegada al pueblo desde Cosy. El mundo se había ido a la mierda y la gente tendía a juntarse como rebaños de ovejitas cagadas de miedo.

«Serénate hijo, los sueños de los ricos siempre se cumplen».

—Ese sí que era un cabrón listo —dijo Brian a su perra, subida al sillón al fondo de la estancia.

Mira gimió y apoyó el hocico en el cojín.

Brian y su madre se lo debían todo a su padre: un hombre emprendedor de todas, todas. De una moneda sacaba cinco. Una mente hecha para los negocios. De cualquier granito de arena hacía una playa de ingresos bancarios para los Sarmiento. Brian y su madre disponían de tierras alquiladas para el sembrado, cuatros pisos en renta en la ciudad y dos casas y un restaurante en la costa. Pero lo mejor de todo, lo que les había hecho famosos, era el centro comercial de Rotten. Brian nunca había pensado que un edificio pudiera hacer famoso a alguien. Al centro comercial del pueblo le iban otorgando premios de todos los tipos: innovación, originalidad, lugar de renombre en la vía verde e incluso menciones especiales en programas de televisión, por crear cantidad de puestos de trabajo. Evitando así la marcha de la juventud a la ciudad. El truco estaba en su construcción. En palabras de su padre: «Hemos sido señalados por Dios».

El centro comercial de Rotten había sido diseñado por Julio Ispassi. Sí, el famoso arquitecto. Ispassi y el padre de Brian eran amigos desde la infancia. Nadie lo sabía hasta entonces. Llevaba años sin verse, y un buen día coincidieron en una cafetería en

la ciudad. Rápidamente Julio se prestó a ayudar al padre de Brian. Se encargó del trazado y la dirección de obra del edificio. Ayudó también su compañía a la hora de agilizar los permisos con el ministerio. Cuando vio lo que el padre de Brian quería hacer en aquel magnífico paisaje, las musas le invadieron, sus ojos se iluminaron. Nada podía ir mejor. Ispassi tuvo total libertad con el diseño del edificio. El padre de Brian no se pudo negar.

Ispassi aún no era todo lo conocido que es hoy en día, pero de su papel y lápiz surgió algo maravilloso. Algo que algunos medios de comunicación compararon con la obra maestra de Frank Lloyd Wright:

DONDE EL EDIFICIO GUARDA RELACIÓN CON EL ENTORNO
VENTANAS QUE PASAN DE UNA PLANTA A LA OTRA,
MOSTRANDO LOS FORJADOS
GRAN PARTE DEL EDIFICIO EN VOLADIZO

No hacía mucho que los estudiantes de arquitectura de la ciudad ocupaban la mayor parte del aparcamiento del centro comercial. Esbozaban, bosquejaban y se divertían. Compraban refrescos, comían en los restaurantes e incluso algunos pernoctaban en el pueblo.

Pero todas las cosas buenas tienen un final.

«Las personas buenas son tontas. Y los tontos no duran», dijo resignada la madre de Brian cuando le vio llorar el día que enterraron a su padre.

Brian lo quería con locura. Nadie osaba hablar mal de él en su presencia. Lo quería tanto que no dudó en contratar a unos tipos de la ciudad para abrir en canal al desgraciado borracho que lo atropelló. El tal Diego desapareció de la faz de la tierra. En el pueblo jamás volvieron a saber de él. Brian podía oír a las cotorras chismorreando a su paso. La policía estuvo un tiempo haciéndole preguntas. Le daba igual. Que investigaran. El rumor de que Brian había tenido algo que ver se había expandido por todo el pueblo. Pero le daba igual. La policía lo había llevado a declarar varias veces. Le daba igual. Que investigaran lo que quisieran. El puto borracho fue enterrado en el campo, en un lugar inexistente para el que quisiera buscarlo. Todo tenía un precio. Porque Brian se había gastado una pasta en contratar a los mejores. Jamás lo encontrarían…

Aunque, seguramente, aquel hijo de mala madre ya habría salido del agujero.

Brian permaneció inmóvil sobre el fino colchón con los ojos fijos en el exterior.

El centro comercial tenía cinco mil metros cuadrados repartidos en tres plantas. En la baja había un supermercado, una cafetería, una tienda de bebés, una de muebles y una de libros y música. En la primera tenían perfumería, joyería y un restaurante

chino. Y en la última, una pizzería, una zona de recreo y un cine con dos salas. El único cine en ochenta kilómetros a la redonda. Cuando estrenaban película, venía gente de todos los alrededores. Los coches desbordaban el aparcamiento. Algunos empleados le confesaban que había gente que bajaba andando por el valle. El cine había sido todo un acierto.

Entre la sala de recreo y la pizzería había sobrado un espacio con unas vistas estupendas al puerto de montaña y zona oeste del pueblo. El padre de Brian quería construir allí su pequeño jardín botánico, el único sitio del edificio donde no pensaba cobrar entrada. Y es que los Sarmiento amaban las plantas. Desde pequeños habían aprendido todo sobre ellas: tipos, luz soportada, humedad aconsejada, abono, aireación, despuntes, limpieza, cambios de recipiente… Desde largo tiempo atrás, ese había sido el negocio familiar, hasta que el padre de Brian tuvo un poco de más ambición.

Dichos conocimientos intentaron una y otra vez ser inculcados a un joven Brian que dejó bastante claro que con su padre se terminaba el ciclo. Él pasaba de plantas y mariconadas de esas. No obstante, el padre de Brian comenzó la obra y terminó la habitación de cristal, a la que terminaron llamando el invernadero. «Si quieres un capricho, perfecto. Pero aquí se cobra entrada», fue la única aportación de su madre.

Cuando empezaron los problemas y se ocultaron en el centro comercial, Brian habló con ella y le expuso que necesitaba intimidad. Pero sobre todo, aire. Vivir allí encerrado le provocaba claustrofobia. Necesitaba estar, cuando menos, arriba. Era una buena idea, porque además, podría vigilar a los del pueblo y cargarse algún muerto que intentara acercarse a las vallas.

Las más cercanas al centro comercial, por supuesto.

Pedirle algo a su madre era como exponer un caso ante el Tribunal Supremo. Por eso, Brian se preparaba lo que iba a decir como si fuera un guión. Así la probabilidad de convencerla era muy alta.

Ahora vivía en la última planta del centro comercial. Eran las cinco de la madrugada y acababa de despertar. Observó las pantallas que vigilaban los exteriores del centro comercial y solo vio oscuridad.

Si de algo sabía Brian, era de electrónica. Desde muy pequeño se le había dado muy bien todo lo relacionado con ese mundillo. No le fue difícil llevar hasta allí los dispositivos del Circuito Cerrado de Tele Visión. Como no pudo quitar los monitores de control sin arrancarlos, creó su propia instalación con pantallas planas y portátiles para llevar el centro receptor hasta la habitación de cristal. Tuvo suerte de encontrar en los almacenes suficiente cableado para llevar el circuito cerrado de televisión hasta

arriba. También llevó películas, comida, revistas y algunas conexiones gratuitas para Internet. Pero no funcionaban. También estaban las armas. Unas veinte: entre rifles, armas cortas y cuchillos. Encontró munición suficiente para matar a todo un pueblo. Tuvo que romper el armero, pero con la música del supermercado a todo volumen para que no se enterara su madre. Para acallarla, pues estaba pendiente de todo movimiento, le dio un *walkie* y le dijo que lo llevara con ella hasta el baño si hacía falta. Así estarían en contacto directo. Aunque, para evitar su constante enfado, de vez en cuando, iba a visitarla como el hijo que vive en el extranjero. Lo del *walkie* era la peor idea de todas las que se le habían ocurrido. Le hacía bajar cada vez que quería algo del supermercado.

Brian se levantó.

Mira levantó la cabeza del sofá. La mistoloba le seguía a todas partes.

—No somos muy diferentes a vosotros, ¿sabes? —le increpó. La perra gruñó y agachó las orejas.

Brian fue hacia la estantería de las películas. Estaba buscando con cuál de ellas masturbarse. Llevaba unos días haciéndolo a esa hora. Se lo pedía el cuerpo. Entonces…

Mira gimoteó. Brian se giró y la vio de pie sobre la butaca. Inquieta, alzaba el hocico hacia los cristales. A la claridad que había empezado a florecer tras las montañas.

—¿Mira, sí? ¿Oyes algo?

La perra gimió y ladró. Luego, bajó del sofá y corrió hacia la puerta de entrada. Allí dio una vuelta sobre sí misma y lloriqueó con más fuerza.

—Voy, pequeña, un segundo nada más. Voy, voy, *voooyy*… Un segundito *nadaaa máaas*… —canturreó Brian.

Comprobó la recámara del rifle que había sobre el escritorio. La cerró. Cogió una caja de balas de la repisa, abrió la puerta y la perra salió corriendo al patio de la azotea. Antes de salir, observó los televisores, pero ninguno de ellos mostró nada. De todas formas, no esperaba tener tanta suerte. Las cámaras cubrían los ángulos del edificio al completo, pero se fiaba más del instinto de Mira, así que corrió detrás de ella hacia el balcón.

El amanecer estaba a menos de una hora. El cielo era una amalgama de naranja y marrón. El aire gélido bajaba de las montañas y era el más puro que se podía respirar. A Brian le lloraban los ojos, mientras corría de un lado para otro. Las bajas temperaturas tenían la culpa.

—¿Dónde, Mira? ¿Dónde?

La perra parecía entender el reclamo de su dueño. Ladraba girando sobre sí misma. Volvió a ladrar con fuerza y se subió al borde de la terraza. Brian corrió hacia allí y observó las casas. En esa parte estaban las últimas viviendas de la calle y del pueblo. El aparcamiento apareció con vehículos aparcados de una forma un tanto extraña.

—¿Dentro? ¿Se ha colado uno en el pueblo, Mira?

Más ladridos, un aullido… Brian elevó el arma y llevó la mirilla telescópica a su ojo. Con ella podía divisar con claridad más allá de las vallas, donde salía el sol. En la espesura del bosque. Esperó encontrar allí, entre los abedules, a alguno de ellos. Pero por ahí se llegaba al río. ¿Los muertos habían conseguido atravesarlo? ¿O quizás hubiesen llegado en barca? ¿Quién sabe? Después de tanto tiempo, lo mismo hablaban y contaban chistes. Nada sabía, desde largo tiempo atrás. Le agobiaba estar tan desinformado.

Tras el cañón no vio nada. Deslizó con más suavidad la mira del arma hacia la izquierda y… nada. Sin embargo, la mistoloba seguía ladrando y correteando nerviosa por el borde del balcón.

—¡Tranquila! ¡Te vas a caer!

Cuando volvió a mirar vio algo. Una sombra entre las calles. Esperó con asombro y la encontró. Una chica deambulaba por entre las casas. Caminaba lentamente y apenas sostenía la cabeza sobre los hombros. Llevaba las manos hacia delante, como si esperase abrazar a alguien. Su caminar denostaba su naturaleza humana.

Mira se salía del pellejo a base de ladridos. No la veía, pero apuntaba su hocico hacia el cielo como si el brazo de la muerta estuviera allí.

Pero, ¿quién era? Le sonaba mucho su figura. Tenía buen tipo, estaba (o estuvo) buena. Iba vestida con chaqueta y falda azul. Pies descalzos. Y, en su cabeza, sangre. Sangre cayendo por los hombros, empapando su media melena.

Le sonaba muchísimo.

—En cualquier caso, estás muerta —dijo Brian. Y cayó en la cuenta de lo estúpida que se había vuelto aquella frase.

Era todo perfecto. Hora temprana. Todos en el pueblo dormidos. Para colmo, el día anterior habían tocado las campanas y eso quería decir que estaban en alerta por los muertos… Caviló que, tal vez, los del pueblo se habían refugiado en la iglesia, de ahí que el silencio que reinaba fuera asfixiante. Escondidos como conejos. Desde la otra parte del pueblo, poco escucharían.

Brian los estaba salvando. Mantuvo el arma unos segundos en vilo y disparó cuando la chica apareció por la siguiente calle.

Le sorprendió el estruendo que retumbó en el valle. Dejó de apoyarse en el antepecho y mantuvo el rifle hacia el cielo. El olor a pólvora fue asqueroso. Además, el cañón le había quemado los dedos por un instante. Los oídos le pitaban.

También le dolía el hombro. La culata le había golpeado con fuerza en el retroceso. Había dudado y el fuerte impacto iba a dejarle un buen hematoma en el hombro derecho. Había leído que se debía pesar veinte kilos más que el rifle para soportarlo. Lo sabía. Era peligroso. Pero era el mejor fusil de cuantos disponía. El que estaba deseando usar y con el que mataría a todo aquel que intentara arrebatárselo.

Mira, al oír el disparo, había huido hacia el invernadero. Asomó bajo el cerramiento lacado con la lengua fuera. Movía el rabo y esperaba algunas palabras de ánimo para salir de allí.

Brian se volvió hacia el origen de la conmoción y observó con la mira telescópica. No estaba. Fue consciente de que no le había dado al objetivo. Había visto revolotear las hojas caídas en la calle principal, muy cerca de los pasos arrastrados. La chica ni se había inmutado. Como si estuviera sorda, no paró ni intentó buscar de dónde le estaban disparando. El fuego que intentaba liberarla de su maldición. Nada. Pensamientos de otro mundo. Y ahora debía de estar pasando por detrás de la siguiente casa.

El reino del silencio cayó lentamente. Antes de que Brian pudiera responder con otro disparo, por el rabillo del ojo vio como se acercaba un coche a toda velocidad por la carretera de la iglesia. Y entonces… adiós fiesta.

—Leche puta, qué rápidos han sido.

El conductor era algo temerario, hacía derrapar el coche por las calles resbaladizas. Brian esperó allí como un rey en su castillo. Apoyó el arma en el murete para que no pudieran verla. Sin embargo, el todoterreno no entró en el desvío que llevaba al centro comercial: siguió por el cruce y giró hacia las últimas casas. Brian dedujo quién era por donde se paró.

—Es ese puto ex poli —murmuró.

Del coche bajaron cuatro hombres. Llegaba la caballería. Pudo reconocerlos rápido. El ex policía y otro vestido de gris. Llevaban armas. Los otros dos gilipollas eran el padre de Zack Snyder y el pesado de Jimmy Laymon. Unas motas de polvo se movían ociosamente en el brillante rayo de sol que se colaba entre la cadena montañosa frente a ellos.

Se apreciaba el murmullo de la conversación. Brian contempló una parte de la calle principal de Rotten que aparecía abso lutamente tranquila y pacífica bajo el sol dorado del amanecer. Únicamente los árboles se movían, con sus hojas meciéndose

bajo la gélida brisa. Después de escuchar con atención durante unos segundos, Brian estuvo seguro de que jamás podría saber de qué hablaban desde aquella distancia.

Detrás, la perra ladró. Oyó una voz eléctrica. Su madre le llamaba por el *walkie*. Frunció el ceño y pensó en cómo había perdido la oportunidad de estrenarse. El ex policía sacó las llaves de su bolsillo y abrió la puerta de su casa. Salió unos segundos después y los demás hombres le siguieron hacia la parte posterior. Algo estaba pasando y Brian no pudo imaginar qué. ¿Qué buscaban? No tenía ni idea, y la curiosidad le arañaba el estómago. Volvió a sonar el *walkie* en la habitación de cristal. Brian lanzó un suspiro, echó una ojeada al panorama y se dirigió hacia la puerta batiente.

La chica había desaparecido.

Nelson

Atravesaron la comarca. El hombre que lo había atropellado aconsejó dar la vuelta para salvar al chico negro. Unos kilómetros más adelante, paró el coche después de atravesar un túnel con curva. La oscuridad que precedía al amanecer iba desapareciendo. La neblina espesa y baja se desperdigaba por entre los matorrales sin ayuda del viento. Una lechuza ululaba en algún lugar. Cercano o lejano. Mitch y Bala bajaron del coche, abrieron el maletero y dieron una fuerte sacudida a la sobrecubierta del asiento trasero para tener más sitio. Tiraron todas las demás cosas que había y colocaron allí a Nelson, el chico moribundo.

—Duele… Por favor, despacio… —musitó.

Candi bajó del coche y se acercó a él. El chico estaba muy asustado. Como todos. Pero el pobre muchacho malherido se protegía como si esperase ser golpeado por alguien.

—¿Cómo estás? —dijo Candi.

Y le cogió sus manos ensangrentadas.

—Creo que… de cintura para abajo… se acabó mi vida normal.

Nelson intentó sonreír, pero solo conseguía esputar sangre cada vez que abría la boca.

El hombre que le había atropellado lo vio y maldijo en voz baja. Acto seguido, hizo señas a los militares para que se acercaran.

—Me llamo Max Rodríguez y vengo de Rotten —dijo. El hombre señaló el camino por el que habían venido. Luego, se giró al otro lado—. Me dirigía a la ciudad. Pero daré la vuelta si con eso salvo al chico… No tenemos médico, pero quizás se pueda hacer algo, no sé, en la clínica familiar.

—¿No tienen médico allí? —cuestionó Bala.

—Teníamos. La doctora Baena y sus auxiliares cayeron el día del cementerio. Una chica, Prestia, estudia enfermería y nos ayuda como puede. Lo que digo es que hay que darse prisa o el chico… —miró hacia el coche—. Mierda, el chico se está

muriendo, ¿no?

—Probablemente —contestó Bala.

—Pero yo no quería… Apareció de repente. No debía quedar nadie vivo por aquí.

—¿Vivo? —preguntó Mitch.

—¿De dónde habéis salido? ¿Quiénes sois?

Los militares se presentaron. Candi se acercó. Les estaba oyendo.

—El chico y yo —dijo Candi, señalando el amasijo en el que se había convertido Nelson— íbamos en el tren.

—¿Qué tren?

—Un tren ha descarrilado ahí delante —intervino Mitch—, justo en el sitio de donde salimos. Muchísimos muertos.

—¡Pero eso es terrible! —dijo Max, llevándose una mano a la frente—. ¡Ahora irán… o querrán…! Bueno, tenemos que volver cuanto antes. Pongámonos en marcha.

—*¿Papá? ¿Eres tú? ¿Estoy en casa?* —oyeron.

Mitch, Bala, Candi y Max se miraron. Sus ojos se dirigieron al coche y temerosos se dirigieron hasta él. Encontraron al chico negro con los ojos vueltos y hablando. Delirando. Con un movimiento brusco, Nelson retorció las manos hacia dentro y empezó a darles vueltas como si se diera cuerda a sí mismo. Sus labios no se movían, pero las palabras salían de su boca como en un ventrílocuo. Carraspeó un par de veces y movió la cabeza. Hizo gesto como si estuviera mirándolos uno por uno.

Su rostro se detuvo en Max, el hombre de Rotten. La suave voz de una chica se volvió a escuchar en boca de Nelson.

—*Papá, te quiero tanto*… —Y le tendió los brazos.

Max se arrodilló junto al chico negro y le cogió las manos para que pararan de girar como ruecas.

—¿Hija? ¿Estás ahí? —dijo Max, y pegó su oído a la boca de Nelson.

—*Tengo miedo*… —susurró el chico negro.

Sus manos dejaron de moverse y sus parpados se cerraron.

Max miró a los demás y se puso en pie.

—Mierda puta, ¿qué ha sido eso? —preguntó Bala.

Nadie tenía palabras.

Candi no se había percatado, pero con una mano tapaba su boca. Estaba aterrorizada. Le temblaban las rodillas. Los ojos tan abiertos como los túneles cercanos por donde había empezado a florecer el sol. Nunca pensó que se pudiera tener tanto miedo al amanecer. Max hizo un gesto extraño con la cara y se retrasó unos

pasos para mirar por delante del coche. Se quedó mirando hacia allí. Los demás, extrañados, le siguieron la mirada.

Al comienzo del siguiente túnel había una figura.

Max empezó a caminar en esa dirección. Candi dijo algo, pero Max pareció no oírla. La silueta salió de las sombras y pudieron distinguir entonces la forma de una muchacha. Por sus movimientos, rígidos y descoordinados, nada parecía ir bien. Cuanto más andaba, más se mostraban sus rasgos. Tenía el pelo largo y su piel era blanca como el mármol. Parecía joven, casi una niña, sus labios… No tenía. Arrastraba sus pies con lentitud. Llevaba puesta una camiseta blanca y azul y un pantalón oscuro cuya pierna izquierda había desaparecido en su mayor parte: ni tela ni piel ni carne… Solo hueso y unos botines blancos relucientes.

Las lágrimas cayeron por el rostro de Max.

—Tenemos que irnos —dijo Mitch.

—Un momento, viene sola. Acabemos con ella antes —aconsejó Bala.

Max se volvió y vieron sus ojos enrojecidos.

—Qué —dijo Bala.

Max se limpió la cara. Aunque seguía llorando.

—Llevaros el coche —dijo—. Juradme que iréis al pueblo e intentaréis salvar al chico. Os lo pido por favor. Hacedlo por mí o… por vosotros mismos. Rotten es la zona más segura en muchos kilómetros a la redonda. Llevamos tiempo evitando a los muertos. Solo tenéis que seguir este camino en línea recta y cuando veáis un árbol enorme, centenario y que prevalece sobre todo lo demás, girad por ese camino. No antes. Pues cantidad de senderos se unen a la vía verde. Recordad: un árbol tan grande como un edificio. —Max paró para coger aire—. Por vuestras caras puedo decir que esto es nuevo para vosotros. Para los de nuestro pueblo, no. Allí os pondrán al tanto. Ahora… Ahora dejadme con mi pequeña. Solo os pido eso. Largaos y dejadnos tranquilos.

Candi quiso decir algo, pero Max la silenció.

—No, por favor. Duele. No a las preguntas que arañan el alma y te hacen sufrir —comentó el hombre con rostro apesadumbrado.

Marchó por el camino. El cuerpo de la chica avanzaba lentamente de forma apática hacia él. La criatura extendía una mano huesuda…

Mitch preguntó a Bala si sabía conducir. Candi tuvo la necesidad de despedirse de ese hombre alto y fornido de mirada torva. Pero Max ya estaba lejos.

Cerraron las puertas del Chevrolet y dieron la vuelta lentamente para volver por donde habían venido. Mitch y Bala se pusieron delante. Candi atrás. Nelson continuó

en el maletero. Mientras avanzaban, en el interior del coche reinó un silencio sepulcral. El capitán del ejército agachó la cabeza para mirar por el retrovisor de su lado. El soldado conducía con mil ojos puestos en la carretera. Bala era un tipo nervioso e impulsivo. Peligroso, pensó Candi. Daba sendos acelerones al motor como si los persiguiera el diablo.

Candi conocía aquel coche. Edmundo y ella habían tenido uno igual cuando eran novios. Cuando todo iba bien. Candi apretó una manilla escondida tras el asiento trasero izquierdo con la intención de echarlo hacia delante. Funcionó. Liberó así al inconsciente Nelson de la oscuridad del maletero. Le dio aire. Y su preocupación por él se disolvió un poco.

En el camino, Max abrazó a la chica moribunda. Le sujetó la cabeza y la meció con sus brazos. Candi recordaría aquella imagen siempre.

En la lejanía… Un disparo.

Tres segundos más tarde.

Otro.

Abrió los ojos y encontró oscuridad. Otra oscuridad. Los cerró y vio una luz mortecina a su alrededor y la sombra del fuego. Una gruta. Humedad.

—¿Quién eres? —preguntó Nelson.

La chica estaba sentada sobre una roca como las ninfas de los cuentos. De espaldas a él, arañaba la piedra sobre la que estaba sentada con una mano y con la otra se mesaba el cabello. Nelson podía notar la presencia de vapor de agua en el ambiente. De las cavidades en la roca salía luz. En el aire había borlas azules y se movían como si estuviesen bajo el mar. Nelson miró sus pies aterrado. No recordaba tenerlos mojados. No los tenía. Estaban sobre un camino compuesto de tablas ensambladas que se perdían en la negrura de la cueva.

—Mi padre me llamaba Rubi y me quería. Mi madre me odiaba. La vida parece burlarse de todos nosotros cada vez que tiene ocasión. Y tú lo sabes. Es curioso, mi madre tenía tantas ganas de vivir, de conocer mundo… y se quedó embarazada. Mi madre no me quería… pero ella morirá y yo viviré por toda la eternidad —rio.

—Nadie vive eternamente —contestó Nelson.

—Cuando era pequeña tenía el pelo rubio como los ángeles, por eso mi padre me llamaba así. ¿Desde cuándo hablas con los muertos, Nelson?

—No lo sé.

—No… lo… ¿sabes? —Su voz había cambiado. Se había vuelto ronca como la de un hombre viejo. Áspera y ruda como la voz de la abuela de Nelson.

Sí, era su voz.

—Mi abuela me dijo que podría hablar con *ellos*, siempre que no tuviera miedo.

—*¿Y ya no temes a los muertos, Nano?*

Nelson dio un paso atrás. Tenía un pase que aquella cosa imitara la voz de su abuela, pero otra bien distinta, que lo llamara de la misma forma que ella lo hacía en vida. No pudo soportarlo más. Nelson había estudiado y sabía que esos eran recursos del demonio. Nelson se llevó la mano al pecho y acarició su cruz de plata.

Siguió caminando por el entarimado y dejó atrás la sombra y sus preguntas. Despejar su mente. Debía apartarse y evitar oír sus palabras. Aunque la cueva ayudaba a repetir y repetir las palabras que de ella salían.

«El infierno es repetición».

Las tablas giraban y se perdían en la gruta. A medida que avanzaba, comenzó a dibujarse a unos metros la silueta de un niño. Cuando llegó, dijo el muchacho:

—Diles que paren. Huele a cera.

Candi miró al chico negro en el maletero y su corazón se llenó de zozobra.

En un principio no le había parecido simpático. Sin embargo, ahora sentía una fuerte empatía por él. No quería que muriese, necesitaba que se recuperase. Quizás ver gente recuperándose a su alrededor llenaba de vida su corazón.

Había sido su primer compañero desde que la pesadilla había comenzado. La noche anterior se había sentido segura a su lado. Dentro de aquel arbusto, por un momento, fueron especiales. La luz del sol se colaba ahora por los cristales del coche e iluminaba gran parte de las ropas ensangrentadas de Nelson. Murmuraba. Con su dedo pulgar e índice, Nelson frotaba el colgante de plata que tenía en el cuello. Tenía los ojos cerrados.

Mitch había ordenado a Bala que dejara de embestir a los muertos que aparecían en el camino. El soldado hacía lo que podía. Intentaba evitarlos, pero en algunos tramos había demasiados. Sobre todo en los accesos a los túneles, de los cuales habían atravesados dos hasta ahora y no muy largos.

Las luces del Chevrolet sucumbieron con un nuevo atropello. El problema era que cada topetazo se podía convertir en un problema. Unos minutos antes, un hombre que iba bien abrigado con una gabardina marrón de lana y sombrero negro, al ser arrollado voló por los aires y con el golpe había roto gran parte del parabrisas.

Candi se reincorporó en el asiento trasero y se acercó a los militares.

—Tenemos que ir más despacio. Vamos a matar a algún inocente —aconsejó.

—¡Y una mierda! —vociferó Bala. El soldado sujeto al volante como un niño en su coche de carreras—. ¡No pienso parar!

—La señorita tiene razón —dijo el capitán.

—¡No me voy a parar para que un maldito muerto de esos me muerda!

—¡Usted hará lo que yo diga, soldado!

Bala miró a Mitch unos segundos y se mordió el labio.

—¿Tiene algún problema? —cuestionó el capitán—. ¿Quiere decirme algo, soldado? —El soldado regresó la vista a la carretera, pero Mitch siguió hablándole muy de cerca—. Nadie le está diciendo que pare. Tranquilícese. Haga todo lo posible por no atropellarlos, ¿entendido? Es cierto que puede haber gente como ellos que se haya salvado, ¿me oye? ¿Me está oyendo?

—Sí.

—¿Sí?

—¡Sí, mi capitán! —gritó Bala sin quitar ojo a la carretera.

Nelson gimió desde el maletero.

Candi se giró.

—¿Cómo? ¿Dijiste algo, chico?

—Por favor, paren… Ayúdenlo. Ayuden al niño —suspiró Nelson.

—¡Puta mierda! ¡He dicho que no voy a parar! —relató Bala.

—¿De qué estas hablando ahora? ¿Es que no te enteras de nada? —gritó Mitch.

—¡El que no se entera de nada es usted, mi capitán! ¡Hay algo ahí delante, en el camino, joder! ¡Quiere que paremos!

—¿Cómo?

Mitch no podía ver el camino. El viejo de la gabardina había destrozado la parte del parabrisas de su lado e incluso goteaba sangre. Desde entonces, Mitch se había dedicado a observar por la ventanilla lateral. El capitán se inclinó hacia el soldado y vio cómo un niño gateaba por la carretera más adelante. La sombra salió del camino y cayó en la cuneta.

Levantó una mano.

Mitch se volvió para mirar por la luneta trasera, por encima de Candi. Los caminantes más cercanos quedaban muy atrás. Aunque algunos corrían, seguían corriendo con intención de alcanzarlos.

—No hay peligro. ¡Para el coche! —ordenó.

—Puede haber alguno escondido cerca. De entre los matorrales puede salir alguien. ¡No voy a parar, joder!

Mitch pensó con precaución. Bala caminaba entre el pánico y la histeria. Era

peligroso. La noche anterior había reaccionado bien y había luchado como si llevara toda la vida en el frente. Pero ahora las cosas habían cambiado. Sus ojos languidecían. La idea debía de haber madurado en su cabeza como lo estaba haciendo en la de todos. Los muertos se levantan. Así de claro. Pero, ¿y si había sido así en todo el mundo? El tipo que les había dejado el coche parecía estar al tanto desde hacía tiempo. No estaba asustado. Era algo normal en su vida. ¿Los muertos gobernaban la Tierra? ¿Desde cuando?

Mitch pensó en su mujer y sus hijas… Divertido, divertido, divertido. Bala debía de estar pensando en los suyos también. Tal vez tuviera mujer e hijos. Obviamente le preocupaba su seguridad. Miles de cosas debían estar pasando por su cabeza. Por eso estaba tan nervioso. Al borde de la locura.

—Solo te pido que reduzcas sin parar el motor. Acércate, por favor…

—¡No pienso hacerlo!

—¡Pues para! ¡Yo llevaré el coche!

—¡Y una mierda!

—¡Por el amor de Dios, Bala! ¡Es un niño! ¿Vas a dejarlo ahí? ¡Solo quiero que reduzcas la velocidad y veamos cómo está!

—Por favor —dijo Candi.

El Chevrolet se fue acercando. El soldado retiró la marcha y el coche, gracias a la inercia, llegó hasta la altura de la pequeña figura en el suelo.

Obviamente, era un niño. Mugriento, le faltaba pelo en gran parte de la cabeza. Apenas le quedaban ropas sobre el cuerpo. De su ojo derecho brotaba sangre. Tenía una enorme raja desde la nariz hasta su oreja. En una mano llevaba una piedra. La levantó con intención de defenderse.

Candi y Mitch bajaron el cristal.

—Di algo —dijo Mitch.

El niño alzó la piedra amenazante.

—¡Di algo, chico! —exigió Candi.

Bala miró por el retrovisor. Avisó a los demás para que le hicieran caso. Estaban muy cerca. Un par de ellos seguían corriendo.

—¡Mirad!

Susurró algo y se desmayó. La cabeza del niño dio en el suelo. Candi le puso la mano en el hombro a Mitch.

—Es solo un niño…

Mitch abrió la puerta rápidamente y lo cogió en brazos.

Bala hizo avanzar el coche. La mujer y el hombre se acercaban por la parte de

atrás. Sus bocas rebosaban un líquido rojo oscuro. Venían a mucha velocidad, como si no hubiera nada en sus cerebros que les indicara cuándo debían parar. A veces caían, se levantaban y volvían a hacer lo mismo. Rugiendo como leones. Gritando como hienas. Vuelta a empezar. Cada vez más cerca. Mitch soltó al niño en el asiento delantero, cerró la puerta y saltó a la parte de atrás con Candi.

Lucius

El día anterior, Lucius, el niño al que acababan de recoger en el camino Candi y los militares, había convencido al señor Brahman para que le ayudara a sacar a su madre de la autocaravana.

Tipton y Lucius fueron hasta el hueco de la alambrada. Las llaves de la puerta estaban dentro de la casa. Por el momento, no era bueno regresar allí. Tipton Brahman se había arrepentido. El hombre aceptó en gran medida la petición del niño por varias razones. Una era estar más centrado, con más valor, cuando llegara el momento de tener que disparar a su señora madre. No era fácil matar a varias personas en una mañana, y menos si una de ellas era la que te había traído al mundo. Tipton imaginó por un instante el rostro que había visto en la ventana, su cuerpo sometido a trémulos movimientos y… Cualquier tipo de compasión podría ser letal.

El chico salió al camino y el viejo se puso de rodillas para intentar pasar. Nada. Demasiado pequeño. Tuvo que tirarse por completo al suelo y atravesar la valla a rastras como cuando estaba en el ejército. Al reincorporarse, maldijo durante largo rato por los cortes en las palmas de sus manos y rodillas. Se secó la frente con un pañuelo. Escozor. Levantó la camisa de cuadros azul que llevaba puesta y comprobó que se había arañado también su redonda barriga.

Tipton recogió la escopeta y miró hacia la casa. Las luces estaban encendidas. ¿Quién las habría encendido? El ventanal del primer piso, donde minutos antes había aparecido su madre de pie, ahora aparentaba ser un cuadro abstracto gobernado por grandes manchas rojas. Su madre, el ser en el que se había convertido, debía de estar buscando una salida. Los movimientos trastornados y convulsos que le había visto realizar ante la ventana le habían erizado el vello. Tanto, que aún le temblaban las piernas. Esta era la otra opción por la que había aceptado la solicitud del niño.

Tenía miedo.

—Vamos, pequeño. Busquemos a tu madre.

Atravesaron la carretera y siguieron por el sendero oscuro del río. La noche se

cernía sobre ellos, era mejor no estar a la vista. Pocos metros después, cruzaron el bosquecillo y continuaron por entre las piedras y las ramas del margen izquierdo del río.

Poseía un caudal fuerte. La parte baja bañaba riveras y plantaciones de mangos y hortalizas crecían algo más arriba en la finca de los Tosen. Tipton había trabajado para ellos algún tiempo. Nadaban en el oro gracias a la desmedida explotación de los trabajadores. Cuando Tipton lideró una revuelta ante la cooperativa, lo despidieron. Consiguieron una buena remuneración, pero cayó el noventa por ciento de los trabajadores. Un tiempo después, aquellos huertos se llenaron de inmigrantes. Los podías ver cerca del camino a cualquier hora de la tarde. O en bicicletas. Buscaban donde vivir. Un par de ellos fueron a casa de Tipton para alquilar habitación pero el viejo les negó el alojamiento. Aun cuando le hacía falta el dinero. Lo último que oyó decir fue que, a un precio abusivo, cobijaban a algunos en los sótanos de las fábricas y se lo restaban del sueldo.

El bosquecillo era largo, limpio y agradable. La temperatura se reducía allí lo bastante como para que hiciera fresco en los momentos en los que el sol estaba en lo más alto. No había pájaros en la rivera. Ni siquiera insectos a la vista. El estrecho y silencioso camino se volvió más lúgubre cuando se percataron de la luna llena anaranjada sobre el horizonte.

—Tengo miedo —dijo Lucius.

—Yo también, hijo —respondió el hombre.

Delante, blanca inmaculada, vieron la parte posterior de la autocaravana. Una tercera parte de ella se apartaba de los árboles. Una lona verde llegaba hasta pocos metros de la orilla. Multitud de accesorios yacían tirados por el verde pastizal: sillas, mesas de plástico, dos neveras, un sofá y una tumbona hinchable, un hornillo de cocina, una bombona… Una pelota danzaba en una pequeña piscina de plástico.

El muchacho no hablaba mucho. Su rostro estaba tenso y sus ojos eran sombríos, como si estuvieran dentro de una jaula de circo. Parecía no querer separarse de Tipton más de un metro, se ponía nervioso cuando este se alejaba.

Cruzaron la frontera.

—¿Cuántos viajabais en la caravana? —se oyó a Tipton en la oscuridad.

—Cuatro.

—¿Y dónde decías que estaba tu madre?

Lucius se paró y miró a la sombra del viejo.

—La Four Winds tiene seis plazas. La cama de mis padres está en el altillo y tiene cierre por dentro. Lo puso papá y no me quiso decir por qué. Cuando mi padre

mordió a mi tía, yo venía de buscar insectos en el bosque. Mi madre me miró asustada desde arriba, se encerró y me gritó que saliera corriendo y pidiera ayuda.

—¿Dices que solo erais cuatro?

—Sí.

—Tu padre, tu madre, tú y…

—La joven a la que disparaste.

—Ah, es verdad. Lo siento, chico. ¿Tu tía, no?

—Sí.

Tipton sintió malestar, pero también cierto alivio. En teoría, nada podía ir peor.

Solo tenía que entrar y ayudar a la madre del niño. Después, ya vería. Pese a todo, no podía bajar la guardia. El margen del río se había vuelto un lugar tremendamente inhóspito y cien mil ojos parecían estar observándoles desde las sombras. Una quietud vejatoria poseía al merendero. El mismo lugar que tantas sonrisas y fiestas había albergado en los días de verano.

Una débil brisa soplaba y de pronto algo gimió a lo lejos como un espíritu inquieto. Tipton asintió para darse ánimos. Cruzaron a toda prisa en dirección a la puerta lateral de la caravana, que permanecía encajada. El niño la abrió, pero Tipton lo apartó con el brazo.

—¿Por qué? —protestó el niño.

—Deja que yo entre primero.

Lucius estiró la mano y encendió la luz interior del vehículo. Luego, se retiró. Tipton se notó más nervioso que nunca. Subió un par de peldaños y asomó la cabeza hacia la pequeña sala de estar. Una mesa redonda en el centro, sangre sobre ella como si la hubiese utilizado un carnicero. Un televisor de color rojo emitiendo solo estática. Los cristales, que servían como ventana al exterior, rotos. La abertura que estaba enfrente, agrietada, como si una persona de gran envergadura hubiese salido por ella. La parte superior de las paredes estaban llenas de pequeños armarios y puertas correderas. Todas cerradas. A su derecha, un cristal opaco de color gris separaba el habitáculo motor de la estancia.

Un golpe hizo que Tipton saltara hacia atrás.

Otro golpe.

Dos más.

Procedían del compartimiento grande, provisto de puertas de madera, que se abría sobre el asiento del conductor. Lo que fuera daba golpes allí dentro.

El niño subió a la autocaravana.

—Mamá, abre. Soy Lucius. Traigo ayuda.

Los golpes enmudecieron.

—¿Qué estás haciendo, chico? —susurró el viejo—. Espera fuera…

—Mi madre está ahí. No hay nada que temer. ¿Mamá?

El niño se acercó hacia la pared y tiró de algo ubicado en una ranura, lo que hizo aparecer una escalerilla de un disimulado recoveco. Subió por ella, se arrastró hacia la izquierda y aporreó las puertas.

—¡Mamá, abre! ¡Soy Lucius!

En el interior, un golpe, un grito. Un fuerte alarido. Muchos más golpes. El rugido de los muertos.

Lucius saltó de la escalera y se puso tras el viejo.

—¿Por qué grita así? ¡Ella estaba bien!

—Sal de aquí.

—Pero no… Mi madre no…

—No debes ver esto, chico. Yo seré el primero en avisarte si todo va bien. Ahora, espera fuera, te digo.

Lucius salió de la autocaravana echándose las manos a la cara para llorar. Había algo siniestro en aquella situación. Tipton tuvo la sensación de que el niño no lo había contado todo. Quizás su madre había sido asesinada y después de todo, el pequeño no quería creerlo. O tal vez era cierto todo lo que había contado y la mujer había muerto asfixiada allí dentro. ¿Era alguien capaz de morir asfixiado sabiendo que solo tenía que abrir un pestillo para evitarlo? En tal caso, ¿por qué no era capaz de abrir la portezuela? ¿Los muertos no pensaban? ¿No recordaban? Cabía la posibilidad de que estuviera viva, le había dicho al niño.

«Estoy dejándome arrastrar por la imaginación», se dijo el viejo.

Decidió que sería conveniente terminar pronto con aquella situación y salir de la encerrona cuanto antes.

Un golpe.

Dos más.

Algo arañando la madera.

Tipton se acercó e intentó abrir empujando con la mano. Sonó un roce metálico contra la madera. Volvió a empujar con todas sus fuerzas y la portezuela se abrió. Tipton se echó a un lado y encañonó el hueco. Vio un colchón y sábanas revueltas. Una mano. Uñas moradas y…

—¿Señora?

Un grito estremecedor. Muy despacio fue apareciendo un rostro. El pelo largo caía enmarañado por una pequeña cabeza femenina. La frente gobernada por arrugas y

sudor. Cuencas negras y puntos blancos como ojos. Un líquido blanquecino resbalando por boca y nariz. Un gimoteo como pregunta, un suspiro, un llanto débil.

Un grito de horror.

Tipton disparó a la cabeza y la sangre bañó la oscuridad del compartimiento.

—¡No!

Sobre la ventana agrietada del otro lado asomaba Lucius. Tipton no había reparado en el niño. El muchacho abandonó la abertura de un salto y le oyó cómo corría e intentaba negar lo que acababa de ver.

—¡Maldita sea! ¡No tenías que mirar!

Tipton se giró para salir de la autocaravana cuando algo saltó sobre su cuello. Sintió un fuerte escozor bajo la mandíbula y en su hombro izquierdo. Le mordió con fuerza, y unas manitas se agarraron como tenazas a su carne. Mordió, mordió y mordió. Tipton recordó los finos dientes de algunos peces y qué se sentía cuando te mordían el dedo. No había dolor, bocados inofensivos, pero ahora era todo lo contrario. Lo que empezó por una simple sensación molesta en milésimas de segundo se había convertido en un tormento. No podía gritar. Miedo. Lo que fuera, no medía más de un puño, tenía una fuerza horrible y mientras más esfuerzo hacía para retirarlo, más mordía. Sentía sus diminutas uñas ancladas en su piel. Si seguía así, en poco tiempo perdería el gaznate, si no conseguía quitárselo de encima… No podía. La sangre lo estaba ahogando. El intenso flujo en su garganta inundaba su tráquea y empantanaba sus pulmones. Terminaba, se acababa la vida. No había aire. Hizo el mayor de los esfuerzos y consiguió arrancarlo de su carne. La sensación al tener entre sus manos aquel ser pequeño y humanoide, de pupilas totalmente verdes, le repugnó. Tipton recordó por un momento cómo le gustaba meter los dedos entre las pechugas de pollo cuando fileteaba. Era lo mismo. La misma impresión. Pero… ahora algo era diferente, porque sus sentidos le abandonaban: su vista empezaba a menguar, su paladar era asquerosamente dulce, su tacto y olfato desaparecían, y poco a poco todo era silencio. Exánime, muy débil, tiró el feto al suelo y lo extirpó con el pie.

Tipton cayó después.

«Tendré que vivir con él», pensó Lucius, apoyado en el árbol.

Nunca tuvo miedo a la oscuridad y no lo iba a tener ahora. Intentaba no llorar, pero las lágrimas brotaban solas de sus pequeños ojos azules. Había tenido la esperanza de que su madre estuviese viva. De que no hubiese muerto aún. El día anterior también olía a cera, todos olían a cera, pero… Jolín, alguna vez se tenía que

equivocar, ¿no? Mientras cenaban la noche anterior, su padre (amargado como siempre con los problemas de la vida de adulto) salió a fumar. Lucius le confesó entonces a su madre que toda la autocaravana olía a cera. Su madre lo calmó. Le acarició el cabello con una mano y con la otra hizo lo mismo con su barriga.

El futuro hermanito había crecido considerablemente en los últimos meses.

—¿Por qué tenemos que morir, mamá?

Su madre no era de los adultos que mentían a los niños.

—Porque es así y así será por siempre, hijo. Cada uno estamos hechos para vivir ciertos años. Cada persona, un destino. No hay que preocuparse por la muerte, tu abuelo siempre me decía que nunca se muere del todo. La energía no desaparece, se transforma. La cuestión es que tienes que ser feliz siempre que puedas. Ahora dime: eso de que todos olamos a cera de pronto… es un poco extraño, ¿no? ¿Hueles tú también a cera? —Sí.

Entonces su padre entró en la autocaravana empapado en sangre. Dando tumbos y echando una especie de espuma por la boca. Algo le había mordido en el bosque. Fue hasta el fregadero y se echó agua. Mucha agua. Hasta que se desparramó en el suelo. La madre de Lucius dijo algo sobre unas pastillas y un matrimonio acabado. Su padre se giró y entonces comprobaron que se estaba muriendo. Cuando se alzó, mordió a tía Paula. La madre de Lucius había subido al altillo a por unas sábanas cuando empezó el horror. A Lucius le habían ordenado que esperara fuera, pero cuando oyó el grito de su padre, corrió a ver…

Lucius consiguió enajenarse de sus recuerdos. Desde el árbol en el que se encontraba podía ver el interior de la autocaravana. Gracias a la luz pudo ver cómo el viejo salía por la puerta del otro lado. Por cómo se movía, tuvo el presentimiento de que algo no iba bien. Lucius decidió subir al árbol y esperar. Estaba muy oscuro, pero ya había trepado a ese tronco, el día que habían llegado al merendero, por lo que no le fue difícil hacerlo en la oscuridad.

Desde allí arriba no podía ver la roulotte. Sabía que el viejo lo estaba buscando. Tampoco lo veía a él. Las ramas lo impedían. La copa del árbol era ancha y espesa. A ello se sumaba la falta de luz. Ni siquiera era capaz de concretar dónde estaba ahora mismo situada la autocaravana. ¿Por qué no lo llamaba? ¿Por qué no decía algo?

Se limpió las lágrimas y comenzó a bajar cuando de pronto apareció la silueta del viejo abajo. Sus movimientos eran raudos. Daba vueltas sobre sí mismo como un depredador buscando a su presa. El fuerte olor a cera le puso más nervioso. El hombre olisqueaba el aire y se giraba. Olisqueaba y se giraba. Lucius oyó que alguien gritaba a lo lejos. Pero el viejo ni se inmutó. Otro deambulaba por ahí. Lucius recordó

a la madre del hombre en la ventana. Cómo había golpeado el cristal sin sentir daño y cómo restregaba la sangre. ¿Era ella?

El abuelo de Lucius era médico. Quizás en este momento estaba investigando una cura contra aquella enfermedad que poseía a los muertos y no los dejaba descansar en paz. A su abuelo Tab le encantaban los animales. Siempre le regalaba documentales de lobos porque ese era su animal preferido. «Su mayor virtud es que huelen la sangre a kilómetros», decía. Depredadores que perseguían a sus presas a través de los bosques…

El corazón le latió con fuerza. El chico cruzó de una rama a otra porque la suya se estaba doblando. El hombre viejo había desaparecido. Durante largo tiempo no volvió a verlo. Había escuchado sus pasos alejándose. Decidió escapar. El viejo no tenía su arma ya. Seguramente estaba en la caravana. Pero lo último que deseaba Lucius era entrar en el lugar que apestaba a cera. No sabía qué había ocurrido, pero ese hombre ahora era uno de ellos. Así que empezó a bajar del árbol intentando hacer el menor ruido.

Cuando llegó al suelo, echó a correr.

El bosquecillo se disolvía a la vez que se ajustaba a la carretera. Había corrido en dirección contraria a la casa del hombre. Algo le decía que los monstruos deambulaban por allí. Corrió agachado por el merendero sangriento. De vez en cuando, se escuchaba un grito. Los monstruos no encontraban a su trofeo. Tuvo que reducir el ritmo porque no podía más. Una débil brisa recorrió el terreno y entonces un murmullo reinó a su alrededor. A cada paso, se escuchaba mejor. Era como si cantidad de gente hablara en voz baja. Lucius pensó entonces en acercarse más al río. El peligro se cernía sobre el camino. Al otro lado del río todo era campo. Fincas con cientos de árboles frutales que le impedían ver en la distancia. Desde allí los veía unos metros por encima de él. Sus sombras se perdían en el brillo de la noche y las montañas.

Se acercó a la orilla del río y metió las piernas. Mojó sus manos y se enjuagó con el agua helada. Desprendería menos olor, lo había visto en las películas. El olfato de los monstruos sería inútil a partir de ahora. Pero tampoco podía parar demasiado, las piernas se le congelaban. Mejor sería cruzar al otro lado.

No era muy profundo. Lo sabía. Sujetándose a las piedras lo consiguió. La orilla era breve allí. Con urgencia, el reborde se elevaba hacia lo alto, creando una gran pared de tierra que lo protegía. Lo pensó bien, no subiría más. Huiría río adelante por esa ribera. Algo le decía que no debía subir. Correr junto al riachuelo le hizo sentirse acompañado.

De nuevo, el murmullo. Los gritos hacía rato que no se escuchaban. Lucius se palpó la camiseta. El frío se había instalado en su pecho. Se tapó la boca para que nadie le oyera toser. El frío de la sierra sobre su piel. Hambre. Sueño. Sed. La luna observándole en la bóveda celeste con una sonrisa malévola…

El murmullo.

Lo pensó mejor. No se resistió más. Tal vez pudieran ayudarle. Lucius escaló por la pared de tierra hasta el labrantío. Nadie le avisó de que a ese lado había cientos de ellos.

Susanah

La niña había dejado de llorar. Se había dormido. La criatura estaba muy acalorada, sudaba, tenía el pelo mojado y sobre su frente se apelmazaba un pequeño mechón de pelo. En sus párpados había aparecido un leve color morado y su piel se volvía algo amarilla. Su minúscula nariz emitía un sonido leve y ronco. El padre Mile la miró un par de veces más, la arropó y comprobó que la ventana estaba bien cerrada. Enchufó el vigilabebés, ajustó la cámara y cogió el receptor.

Alguien lo esperaba en la escalera.

—Es usted un buen hombre —dijo Drew.

—Es muy pequeña. Necesita una madre, señora Cassy.

—Señorita.

—Perdón. Lo que quiero decir es que debería tener una mujer a su lado. El mundo tiene que seguir adelante y nuestra fuerza depende de las mujeres. De las madres y los niños. Ellos son el futuro de nuestra existencia —dijo Mile mirando la cuna—. Susanah es el único bebé del pueblo.

—Cierto. Pero este pueblo ya no tenía futuro mucho antes de esta crisis que estamos viviendo. Lo normal es que los jóvenes hagan vida en la ciudad. Los sitios como este no sobreviven. Y si lo hacen, es como lugar de descanso para gente jubilada.

—Señorita Cassy: yo no le hablo del futuro del pueblo, sino del de toda la humanidad.

—No se ponga… ¿Acaso cree que esto es el fin del mundo?

—Si no lo es, se parece mucho.

—¿Qué dice la Biblia?

—Ya poco importa.

—¿Cómo puede decir eso?

El padre Mile le hizo una señal con la mano para que se alejaran de la habitación. A Susanah le increpaba el más leve ruido.

Cuando salieron, el cura comprobó el vigilabebés y vio a la niña bien dormidita en la pequeña pantalla.

—Lo que quiero decir es que no quiero ponerme a interpretar las palabras del libro santo cuando en realidad ya estamos viviendo el infierno. Las sagradas escrituras son un modelo a seguir para cualquier creyente. Los primeros cristianos se reunían para celebrar la eucaristía en cualquier lugar, juntos como hermanos. No necesitaban nada más que pronunciar el sacramento, tener pan y vino para convertirlo en cuerpo y sangre de Cristo. Esa es la verdadera idea que muchos han olvidado. La iglesia no es un baluarte contra el mal. La Biblia no es la solución a la vida. Son hechos, los cuales sirven como ejemplo para encontrar el camino.

—Ah —murmuró Drew—. Entonces, ya nada importa.

—Sí que importa —señaló a la habitación y luego al receptor se veía a Susanah—. Ellos importan.

Drew Cassy asintió. No supo qué contestar. No había ninguna inflexión en la voz de aquel hombre. Observó que sus ojos estaban llorosos, cómo su labio temblaba al hablar. Desprendía sabiduría a través de sus ojos arrugados y tristes. Sus palabras podían desestabilizar a cualquier cristiano. No había seguridad en ellas. Drew no se consideraba creyente acérrima, pero ahora que estaban a solas, esperaba alguna mención a la esperanza. Sin embargo, tuvo la sensación de que el padre Mile estaba en peor situación que ella. Lo estaba pasando mal. Su voz ronca…

«Su muro de creencias se ha venido abajo», pensó.

—Nehemías, dígame una cosa —inquirió—. ¿De verdad piensa que esa niña nos avisa con sus lloros cuando los muertos están cerca?

El cura exhaló una bocanada profunda que no se había dado cuenta que había estado aguantando. La comisura de sus labios se convirtió en una oscura mueca.

—Es usted muy tenaz. Tal vez crea algo, si le digo que la madre del bebé regresó a por ella el día del cementerio. La encontré junto a Susanah. Casi se la… Ya me entiende. Casi la mata. Me interpuse en su camino, tuve que hacer lo que nunca creí que haría a un ser humano. Vivo o muerto. Yul, el padre de Susanah, murió poco antes de que naciera la niña, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro. Murió electrocutado mientras trabajaba. Era instalador eléctrico, creo. Salió en los periódicos locales.

—Me parece que sí. Tuve que deshacerme de él también. Matarlos… a los dos. A la madre y al padre de la niña. A su padre me lo encontré en el jardín trasero de la iglesia una tarde mientras podaba los setos. Susanah lloraba como nunca lo había hecho y, gracias a ello, pude salvarla.

—Pero pudo ser…

—Tengo una sotana llena de sangre que me aleja de Dios, señorita Cassy. Ya no la llevo. Prefiero esta bata blanca, aún por manchar. Si sigo vistiéndola es para evitar vuestras preguntas. Ya tengo suficientes preguntas en mi interior… Mi alma se llena de espinas.

Drew le cogió la mano al ver sus lágrimas.

—Nehemías, usted obró bien —le dijo—. Quiero que me perdone si he sido demasiado directa. Usted hizo lo correcto, de eso no me cabe la menor duda. Pero tiene que seguir siendo fuerte. No solo por mí, sino por muchos de los de ahí fuera. La mayoría creen en sus palabras. Harán lo que usted diga. Debemos usar eso por el bien de todos, ¿no cree?

El padre Mile se encogió de hombros.

Drew le puso el brazo por encima. Odiaba ver a un hombre llorar. Los hombres no deberían poder llorar. Imponía mucho verlos. Y el hecho se volvía más turbador a mayor edad. Sujetos el uno al otro, bajaron las escaleras. Abajo había un gran murmullo. La gente parecía inquieta. Mile y Drew atravesaron el pasillo de lamas de madera blanca y entraron en la sala principal.

El cura se limpió la cara con el brazo y volvió a comprobar que Susanah estaba bien a través del vigilabebés. El paso de las horas había cansado a la gente, que ahora se arremolinaba junto al portón. Algunos tiraban del cerrojo, pero estaba cerrado con llave. Se habían formado grupos de charla. Al verle, el señor Burke, de larga melena india y piel rojiza, le dijo:

—¡Ábranos, padre! Queremos irnos ya. La niña ha debido equivocarse otra vez. Esto cada vez se parece más al cuento de Pedrito y el lobo.

Mile sacó las llaves del bolsillo y pidió paso.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó alguien.

André Prod levantó las manos y pidió silencio. La gente calló. Pensaban que André iba a comunicar algo importante. Pero no dijo nada. Únicamente se llevó el dedo índice al oído para indicarles que escucharan. Poco a poco se hizo más intenso el sonido del motor de un coche. André fue hasta uno de los ventanales y gritó:

—¡Son ellos! ¡Abra la puerta, padre Mile! ¡Ya están aquí!

La gente acudió hacia la entrada.

—¡Sí! ¡Que nos digan si estamos seguros en nuestras casas!

—¡Eso! ¡Que nos digan de una puñetera vez!

—¡Por favor, dejen paso al padre Mile para que pueda abrir! —dijo Drew Cassy, introduciéndose en el tumulto—. ¡Vamos! ¡Todos tenemos ganas de irnos a casa!

—Está claro.

—Yo, por lo menos, no pienso irme a casa hasta que Samuel y Ben me confirmen que estamos seguros —dijo una señora.

La muchedumbre se alejó reticente de la puerta.

—Es verdad.

—Pero está amaneciendo ya, llevamos muchas horas aquí.

El padre Mile encontró la llave y abrió la puerta. Al salir, observó a un lado y a otro, y comprobó que en la parte del exterior del edificio no había nadie. Drew le siguió. El vehículo de Samuel Day se acercaba por la avenida a gran velocidad. Mile y Drew le hicieron señas, pero el coche pasó de largo.

—¿Dónde van? —preguntó Drew.

—Creo que puedo imaginarlo. Si no han encontrado a nadie, Samuel Day, ya sabe por qué llora Susanah —contestó el cura.

Esperaron un momento hasta que el coche se perdió por el fondo. Mile y Drew se aventuraron hasta la acera más próxima, reparando con mil ojos a su alrededor. Matt Mane y André Prod fueron las únicas personas que se dignaron a salir con total convicción tras ellos.

Matt Mane era un hombre bajo, fuerte, de pelo castaño, con complexión de culturista y que, a pesar de haber pasado los cuarenta, seguía pretendiendo a chicas jóvenes en *pubs* y discotecas. Mediante un examen de reválida, al que decidió presentarse en el último momento, obtuvo una plaza de administrativo en el ayuntamiento de un pueblo perdido de la sierra llamado Rotten. Por él, abandonó su empleo de toda la vida como encargado de supermercado en la ciudad. Le salió bien. O no. *El día que empezó todo*, el mismísimo alcalde de Rotten quiso morderle. Hagart subía corriendo por el hall y Matt bajaba. Sus miradas se cruzaron. E instintivamente tuvo que darle una patada en el pecho para apartarlo. El alcalde cayó y se partió el cuello. Minutos después, cuando pudo reaccionar ante lo que sus ojos vislumbraban por las enormes cristaleras del edificio, Matt tuvo la genial idea de advertir a todo el mundo, la obligatoriedad de cerrar todas las puertas de los edificios antes de salir.

«Fui previsor. Como en los incendios, hay que dejar el mal dentro», contestó orgulloso cuando le preguntaron cómo se le había ocurrido.

André Prod era el panadero del pueblo. Al igual que muchos, tenía a sus hijos fuera. Era viejo, septuagenario. Sus tres hijos eran bastante mayores. Su mujer le abandonó poco después de parir al menor. Nadie sabía por qué. Tampoco nadie sabía por qué André Prod no era visitado por sus hijos. Era una bellísima persona. Su único defecto, que hacía buenas migas con Matt.

Alguien cerró el portón de la iglesia.

—¡Menuda panda de idiotas! —comentó Drew—. ¡Llevan todo el día contradiciéndose!

—Es normal, guapa. Están asustados —dijo Matt, cuando llegaron.

—Dime algo que no sepa, por favor.

—Pues que en el fondo estás enamorada de mí.

—Debe de ser *muy* en el fondo.

André y el padre Mile sonrieron.

—Padre, ¿por qué han pasado de largo? —quiso saber André.

—No lo sé.

—Van a casa de los Day —dijo Drew, y vio como Matt abría la boca como un bobo—. Sí: van a hacer algo con su hija.

—No creo que Day vaya a matarla —dijo Matt, cruzándose de brazos.

—Yo tampoco lo creo —dijo André.

—Quizás haya convencido a los demás para que lo hagan, ¿no creen?

El sol tempranero anunciaba un día más cálido que el anterior. El viento del oeste no soplaba con tanta fuerza. El cielo era tan azul como brillante, y las nubes se habían esfumado. Una tímida y minúscula luna se podía ver aún en la lejana bóveda celeste. Eran casi las ocho de la mañana cuando un Chevrolet gris apareció por el camino de entrada a Rotten. El coche siguió en línea recta, a toda velocidad. El motor, rugiendo como un dragón, directo a la verja de contención. Pocos fueron los segundos que tuvieron Mile, Drew, André y Matt para asimilar la situación. El vehículo circulaba a más de cien kilómetros por hora. Su destino ya era inevitable. Por la forma en que hacía eses, algo debía ocurrir en su interior. André y Matt recularon hasta la iglesia. Drew tiró del brazo de Mile.

—Vamos dentro, padre.

—¡No!

—¡No sabemos quiénes son!

—Ese coche… lo he visto antes. Es de alguien del pueblo. ¡Quizás necesite ayuda!

—Pero… ¡No tenemos con qué defendernos!

El Chevrolet atravesó la valla y la destrozó por completo. El capó pandeó hacia arriba, encorvándose como una hoja de papel. Una humareda gris brotó de la chapa. Las ruedas rechinaron como un gato pisado, pero continuó avanzando a gran velocidad y virando, como si en su interior se estuviese librando una batalla.

Se dirigía hacia ellos por la vía de sentido contrario. Drew temía por el bajo estado de ánimo de Mile. La dejadez que parecía poseerle. Él mismo se lo había aclarado en

el campanario. «Alguien que no desea vivir se vuelve demasiado peligroso», pensó, mirándole a la cara. El flequillo cano del hombre le caía por los ojos y se los ocultaba. Después de la conversación que habían mantenido, se sintió muy unida al sacerdote. Quizás porque se había sincerado con ella. Tal vez porque sabía su secreto. Drew se apartó unos metros cuando el coche se acercaba a ellos, pero no podía dejar a Mile solo.

La puerta de la iglesia se abrió y Matt y el panadero desaparecieron. Luego, cerraron el portón. Multitud de rostros asomaban por las ventanas.

—¡Nehemías, por lo que más quieras! —gritó Drew y le tendió una mano, como si estuviera a punto de saltar al vacío.

—Ve dentro, mujer. No te preocupes.

El Chevrolet derrapó a pocos metros de la acera. Un repugnante olor a goma quemada inundó la zona por unos segundos. Las puertas traseras se abrieron casi al instante en el que se frenaba. Un hombre vestido de militar y una mujer rubia, de pelo corto, salieron como expulsados. El parabrisas delantero estaba manchado de sangre, y se distinguía forcejeo en la parte delantera. El militar dio la vuelta y corrió hacia la puerta del conductor y la abrió. Otro militar más joven se sujetaba la garganta y pataleaba junto al volante. En su pecho, todo era sangre. El que había abierto la puerta tiró de él, desde el asiento del copiloto algo saltó sobre sus piernas y lo sujetó con fuerza, pero el militar zarandeó el cuerpo de su compañero y consiguió arrancarlo de sus garras. Acto seguido, dejó caer el cuerpo en la carretera.

Cerró la puerta del coche de una patada. Y una cabeza se estrelló en el cristal. Se oyó un grito agudo y débil.

—¡Venga conmigo, vamos dentro! —gritó Drew a Candi, la mujer rubia de pelo corto, estupefacta en la acera.

Ambas mujeres corrieron por la acera hacia la iglesia, la cual las engulló. Mile intentó seguirlas, pero sus pies se habían vuelto estáticos como el hielo. Sin embargo, su boca aún funcionaba:

—¿Es uno de ellos? —preguntó. Pero el militar, con aire autoritario, no contestó. Lo que hizo fue recuperar su fusil en el que resplandecía una afilada bayoneta, y dio la vuelta al coche hacia la puerta del copiloto para enfrentarse a lo que fuera que había allí dentro.

La abrió y se alejó.

El vehículo se movió.

El padre Mile seguía sin verlo. El militar fue retirándose dando sendos pasos atrás. O no se atrevía, o prefería esperar a que le atacaran primero. Poco a poco comenzó a

verse una figura pequeña como la de… ¡Un niño!

—¡Por el amor de Dios! —gritó el cura, cuando el militar preparó el arma.

El militar corrió a su lado y colocó la bayoneta como defensa.

—Es mejor no separarnos.

—¿Está usted seguro de que el niño…?

El niño, de un salto, se posó en el abollado capó y enseñó los nudillos rotos. Crujían cuando los movía. Enseñó los dientes como una bestia. El extinguido instinto animal del hombre surgía en el interior del niño. Sus finos músculos se tensaron.

—Me llamo Mitch Wailer, ¿de verdad cree que *eso* es un niño? —le dijo el militar.

—O al menos lo fue. Soy el padre Mile.

—Entonces, ¿usted por qué opta? Le aseguro que no se irá. Vendrá a por nosotros. No se cansará. ¿Qué dice su religión sobre esto?

Maldita pregunta.

—Tiene usted razón. Hágalo cuanto antes.

—No son muy inteligentes —dijo Mitch, como si hubiese combatido con un millar de muertos—, pero sí rápidos. Y no parecen sentir cansancio ni dolor. Esperemos a ver qué hace.

Como si hubiese estado esperando una señal, el harapiento niño saltó del coche y cayó al suelo. Su tobillo izquierdo se torció, crujió, pero el pequeño ser no hizo el más mínimo gesto de dolor. Dio un paso, pero no pudo avanzar apoyando los dos pies. Aunque el dolor no fuera con él, la estabilidad la había perdido. Todo ello repercutía en limitarse a cojear y en chillar como un espíritu inquieto.

«Esto también me perseguirá el resto de mis días», pensó Mitch.

«¿Por qué espera tanto?», meditó el cura.

De pronto, se oyó otro coche. También a gran velocidad. Mile miró a la entrada del pueblo y vio las vallas rotas. Pero era desde el otro lado de la avenida por donde aparecía el vehículo de Samuel Day.

«Bien».

El todoterreno frenó en seco junto al humeante Chevrolet. Ahora sí, el niño reparó en ellos y escudriñó a un lado y a otro para ver por qué bando decantarse. Samuel Day, Ben Respibi, Jimmy Laymon y Zack Snyder bajaron del coche. Solo Day y Ben avanzaron hacia el niño, ambos encañonándolo con sus armas, como a un fugado de la cárcel.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Day.

—Sí, dónde está Max —inquirió Ben.

Al oír sus palabras, Mile recordó a Max Rodríguez. Buena pregunta: ¿dónde

estaba?

El ex policía fue rodeando poco a poco al niño. El engendro miraba a un lado y a otro y bufaba. Por su pequeña boca resbalaban fluidos. Como un animal acorralado al que apuntan con un arma, el niño se decantó por Day y empezó a caminar hacia él.

—Maldita sea, niños no. ¡Leche puta! ¡Niños no!

Y disparó. El cuerpo decapitado cayó sobre el asfalto.

Los seis hombres se observaron entre sí. El padre Mile se persignó y oyó por primera vez como Susanah lloraba a través del vigilabebés. Mitch bajó la bayoneta y pensó en sus hijas. Ben negó con la cabeza y chascó con la lengua. Zack Snyder se apartó a un lado para vomitar. Jimmy Laymon dio una patada a la puerta del Navara y esta se cerró. Y Samuel Day, mirando al suelo aletargado, como alguien que por fin ha superado una prueba, dijo:

—Rápido. Tenemos que cerrar la valla.

Brian

Las farolas de las calles y las demás luces se apagaron, dejando el pueblo sumido en total oscuridad. Cuatro días después de que Mitch y Candi hubieran entrado en Rotten, el ochenta por ciento de las casas esperaban a sus dueños. No quedaba una sola tienda con alimentos. Los comestibles yacían amontonados en la frescura de las criptas de la iglesia. Allí se distribuía la comida de cada una de las despensas de los supervivientes.

De la farmacia de Gavin, cuyo dueño cerró sus puertas el fatídico día avisando de que jamás volvería, también habían sido requisados todos los medicamentos.

Si paseabas por la avenida principal podías ver cerrado el almacén de productos agrícolas de Goodstone, la ferretería, la tienda de muebles de Wellington y Moody, y el Café Little. Incluso las tiendas de *souvenirs* que circundaban la plaza y el ayuntamiento, hasta finalizar en la escuela de primaria, construida en cincuenta años atrás. El mobiliario y los libros de la escuela habían sido trasladados a un establecimiento provisional en el jardín trasero de la iglesia para que, si todo volvía a la normalidad algún día, se pudiera comenzar un nuevo año escolar.

Tiendas y locales abandonados, diez casas desiertas por una ocupada, jardines y caminos descuidados. Los niños que habían sobrevivido se podían contar con los dedos de una mano. Los adultos eran más, pero a cada paso, menos. En el lugar conocido por muchos como el primer pueblo de la vía verde, la mayoría de la gente era de edad avanzada. Era difícil morir aquí. Nadie lo quiso nunca. Sin embargo, hubo una vez un tiempo en que la vejez era un periodo de la vida en el que se aceptaba la muerte. Un paso adelante. No al miedo. Asimilación. Mas ya nadie quería morir. Odiaban verse en el otro lado. Saben lo que venía después.

Con algo relacionado con la muerte y con Mabel Trish estaba soñando Brian cuando despertó. Intentó recordar qué hacía la puta de su ex novia, después de tantos años, en sus sueños. Las imágenes fueron difusas y se disiparon con mayor rapidez cuando intentó recordarlas. Instintivamente, pataleó para bajar a Mira de la cama, pero

la perra no estaba. Lo que cayó al suelo fue la manta.

Brian cogió el mando de la mesilla y encendió el Combo Audio 4. Los tambores de *Down with the sickness* comenzaron a retumbar en los cuatro bafles y en el amplificador de 500W de potencia. Aluminio y cristales bailaban al compás. Tal vez si subía el volumen podría destruir aquella habitación.

«Sería un buen final».

Pensó en ducharse. Hacía tiempo que no lo hacía. Para ello tendría que salir del centro comercial e ir a su casa. Podría ser una buena idea salir y ver si alguno de esos cabrones del pueblo se le acercaba en plan chulo. Por supuesto, llevaría su arma. Quizás varias, ya que no sabía si habían atrapado a esa chica, muerta o no. Los peligros se habían multiplicado en el exterior.

No comprendía cómo podían ser tan imbéciles. Él no tendría compasión. El que se cruzara en su camino estaba listo, ya estuviera muerto o vivo. No había leyes, no quedaba policía, nada de reglas. Hasta que el mundo se restableciera se imponía la ley del más fuerte. Y el más fuerte era el que tenía más balas.

Primero se puso la sudadera y luego los pantalones del chándal. Las zapatillas. Su gorra de NYC. Cogió el rifle y estiró la correa para colgárselo en la espalda como hacían los soldados en las guardias. Agarró el *walkie* y la gran argolla colmada de llaves y echó un ojo a las cámaras de vigilancia, contemplando las mismas imágenes de siempre. Apagó el equipo de música y salió a la azotea y orinó en una de las esquinas del muro. Caminó hasta la entrada al supermercado y las puertas correderas se abrieron.

Las galerías habían perdido todo pulimento. Ya no brillaban, aunque el enlosado de mármol seguía siendo blanco y bello. Los locales yacían cerrados. La pizzería tenía echada la reja hasta la mitad porque Brian utilizaba su congelador para mantener pizzas y helados. Ahora no le apetecía. Quería un café bien calentito, con un *croissant* con jamón y queso, de la cafetería. Mientras caminaba hacia las escaleras observó el ascensor que tantos dolores de cabeza y dinero le había costado a su padre.

«Y, ¿para qué?».

Se apoyó en el pasamano que daba a la abertura central, desde la que se podía ver todas las plantas del edificio. Miró de reojo, pero no asomó del todo. Tenía miedo. Era una tontería. Lo sabía. Era imbécil. Estaba bien protegido. Tenía armas de fuego. Pero desde que se había enterado de que los muertos estaban al acecho, tenía pánico a asomarse por el ojo patio interior, pues el solo hecho de pensar en asomarse a la baranda y verlos por allí subiendo…

«Ufff. Vaya repelo».

Brian se había encargado personalmente de comprobar todos los accesos al centro comercial. Lo había hecho una y otra vez. Incluso, algunos días, varias veces. Por un tiempo se obsesionó con ello. Los del pueblo habían rodeado toda la aldea con vallas. ¿Eso los salvaría? Habían tenido varios casos en que los muertos habían aparecido de forma aislada y aporreaban el alambre. Muertos demasiado lentos y fáciles de matar. Brian no sabía darle explicación a por qué algunos cadáveres se arrastraban lentamente y otros corrían como velocistas. El caso es que el cercado, por el momento, había salvado a la gente de Rotten.

«O no», pensó, recordando a la muerta que viera días antes y que se había librado de una bala suya por milímetros.

Brian llegó hasta las escaleras. Allí los pasillos se unían y formaban un círculo sobre el ascensor que él mismo había inutilizado con la llave de seguridad. Cogió el *walkie* de su bolsillo y subió el volumen: ¡Kkrrrssss! ¡Kkrrrssss!

Se lo llevó a la boca.

—¡Chist! —susurró—. ¡Escucha! ¿Me oyes? ¿Mamá?

Unos segundos más.

Nada.

—Mamá, ¿me oyes? Voy para allá. Que bajo. Siempre dices que te avise antes para no asustarte. Te estoy avisando. Voy para abajo. —Solo silencio—. Pues eso, que voy para allá —terminó.

Miró el reloj digital que había sobre un arco romano de poliuretano al fondo. Las once. El arco reposaba allí desde poco antes de cerrar todo el establecimiento. La promoción de publicidad giraba en torno al Imperio Romano. Con un ticket de compra del supermercado podías tocar las reliquias y hacerte fotos con aquellas piezas de colección, bastante antiguas. Por los recovecos del edificio se repartieron espadas, cascos, escudos, togas y capas. También restos de piedra del Coliseo romano e incluso una cuadriga a tamaño real reposaba en la planta baja para que se subieran los niños.

Permanecían. Con toda la que estaba cayendo por entonces, los promotores no habían pasado a retirarlas. Un tipo de pelo muy negro y ojos pintados había asegurado al padre de Brian que, pese a ser imitaciones, eran muy caras y debían tratarse como verdaderas reliquias.

Allí estaban, oxidándose.

Las once.

«Probablemente, esté dormida frente al televisor».

—¿Mira? —gritó Brian. Recordó que aún no la había visto aquella mañana. Además, aprovechó para hacerse oír y que su madre, si no había escuchado el *walkie*,

le oyera.

—¡Mira ven aquí! ¿Mira?

Había huellas de la perra por las escaleras. Detrás, comprobó que también por los corredores. Las huellas apenas eran manchas. Cientos de deditos dejaban su impronta sobre la piedra, pero había que agacharse para visualizarlos con exactitud.

—¿Mira? ¡Ven aquí, Mira!

Mira no aparecía.

«Debe de estar haciendo de las suyas».

Llegó a la primera planta y contempló lo desierto que estaba todo. Siguió bajando. En la planta baja, las escaleras se topaban directamente con la cafetería. Brian no fue tras la barra como hacía normalmente. No quería perder tiempo. Fue a la máquina de café *express*, sacó la argolla de llaves de su bolsillo y abrió la portezuela iluminada. Apretó un par de muelles por detrás de la máquina y pulsó lo que quería tomar.

—¿Mira? —llamó una vez más.

Normalmente, cuando la llamaba, poco después empezaba a escucharse cómo sus uñas resbalaban contra los azulejos, intentando correr hacia él. Luego, se exhibía de un lado para otro, con su lengua ladeada sobresaliéndole en la boca y los ojos vidriosos. Buscando algo para morder, algo con lo que jugar con su amo. Pero Mira no aparecía. El *croissant* con jamón tendría que esperar. Para ello tendría que ir al supermercado. Y entre que la mierda de la perra no respondía a su llamada, su madre tampoco, y el irritante ruido de la máquina de café no paraba de menear el vaso; se estaba poniendo nervioso.

Colocó el rifle en su hombro y avanzó apuntando con él por el pasaje.

Su mirada se detuvo en la tienda de muebles. Multitud de veces le había dicho su padre al gilipollas de Muebles Kenemore que los enseres no podían sobresalir del local. El tío, con tal de que la gente reparara en sus sofás, dormitorios y colchones, los colocaba casi en el pasillo. A saber dónde estaba también ahora el puto Kenemore.

—¿Mamá? —llamó antes de entrar en la tienda de muebles. Brian sabía que si su madre le veía apuntándole con un arma, se llevaría un buen coscorrón. Pero le daba igual. El miedo le había gobernado. Todo estaba demasiado silencioso. No se miraba las rodillas para no temblar más. Sentía que algo no iba bien. El mal estaba cerca. De nuevo, aquel miedo primitivo. Aquella sensación de maldad que se respiraba cuando los engendros estaban cerca.

«¿Ha muerto la perra? ¿Estará Mira arrastrándose por debajo de las camas de este local dispuesta a morderme el tobillo? ¿O es mi madre?».

Con el rifle en alto, pasó entre dos roperos y dejó atrás las vitrinas y los espejos.

Al entrar en la tienda, su horizonte se había llenado de camas y cabeceros de todos los tipos. Su madre había terminado por establecerse allí cuando decidieron vivir en el centro comercial. Le gustaba estar todo el día en la cama leyendo o viendo la televisión. Comiendo. Para comer, se levantaba o llamaba a Brian para que bajara al supermercado. Su madre siempre había sido algo voluminosa, pero desde que se había establecido allí, había engordado por lo menos cuarenta kilos. Comer y dormir. Brian se la había jugado al comentárselo, pero ella le había dicho que daba igual. Se había guarecido en palabras sobre el fin del mundo y algo así como que por fin se habían disipado las dietas existentes de la faz de la tierra.

Brian pensó que su madre estaba perdiendo el juicio.

«Poco a poco».

—¿Mamá? —llamó inútilmente.

En su cama no estaba. Las sábanas y las mantas estaban revueltas. Había cantidad de envoltorios de chocolatinas en torno al lecho. Patatas fritas, refrescos, pasteles… Todo hecho una mierda. Mucho peor que desde la última vez que había bajado. Oyó un golpe y dio un salto.

Brian caminó junto al borde del camastro hacia el otro lado. Fue entonces cuando vio que en la cama había sangre. La pringue roja descendía de entre las sabanas y avanzaba por un angosto camino por el suelo la salida de emergencia más cercana a la tienda de muebles. Brian conocía muy bien hacia donde iba el vertido: por allí se llegaba a los servicios de la planta baja.

«Joder, que sea la dichosa menstruación».

De nuevo, un golpe. Otro. Como si alguien diera puñetazos a una chapa. Por supuesto, en el callejón de los servicios. Separados del centro comercial por una puertas abatibles. Brian llegó hasta allí y asomó por el ojo de buey de metacrilato. Otra vez, el miedo primitivo. La sensación de maldad. Su madre. Veía la figura de su madre en camisón en el descansillo que precedía a los servicios. Estaba golpeando las puertas de emergencia que accedían al exterior y que él mismo había cerrado. Junto a ella estaba la de los cuartos de baño. Brian tenía programado el dispositivo para que solo se pudieran abrir desde dentro. ¿Por qué las golpeaba? ¿Por qué se había convertido su madre en un engendro? ¿Cómo había muerto?

Oyó el ladrido y se preparó para lo peor. Había sonado también allí dentro. Mira debía de estar en los servicios. Brian observó la escopeta en sus manos con excitación. Tenía quitado el seguro, pero le tranquilizó comprobarlo. Se escuchó otro ladrido. Mira. ¿En los servicios? ¿La habría perseguido su madre hasta allí? ¡Joder! Se repitió el ladrido. Le estaba oliendo e iba a salir. ¡La perra estaba avisando de que iba a salir!

No. No. No. La puerta del servicio de caballeros se abrió de un portazo y la perra apareció corriendo y ladrando con la lengua fuera y saltó sobre las puertas abatibles que llevaban al centro comercial. Brian se apartó a un lado para que la perra pudiera entrar. Dio unos pasos hacia atrás y cayó al suelo.

—¡Mira!

Mira se acercó y le lamió la cara. Luego se agachó, gimió y gruñó hacia las puertas, esperando al mal. Las puertas de emergencias se abrieron y se anclaron en las baldosas debido a la fuerza con la que su madre las había empujado. Su madre apareció recta, manchada de sangre, un líquido negro y viscoso rebosaba de los orificios de su rostro. Su madre rugió como una osa y sus piernas hinchadas se movieron con la misma velocidad de una leona con sobrepeso.

Volvió a dar un grito espantoso antes de saltar sobre Brian, el cual rodó sobre sí mismo y la esquivó a tiempo. Mira salió corriendo y desapareció por los pasillos. La madre de Brian se estrelló contra el suelo y resbaló unos metros por el enlosado. Brian se levantó a toda prisa, corrió hacia ella mientras intentaba levantarse y le pegó un tiro en la nuca. Los sesos salpicaron la pared y gran parte de su cara. El hedor purulento y rancio mezclado con la pólvora le hizo vomitar allí mismo. Sin tiempo de inclinarse. Mientras se alejaba estupefacto, su boca se abrió instintivamente y la bilis brotó de su garganta otra vez. Las lágrimas se le saltaron.

Entonces, aprovechó para llorar.

Candi

Candi frunció el ceño. Se sentía enormemente segura allí dentro, pero aún no entendía cómo había terminado con un café en cada mano y paseando por los pasillos a oscuras de un centro médico familiar en un pueblo perdido en el culo del mundo.

La paz llegaba a sus oídos a través del hilo musical. María Callas zarandeaba su voz a través de *Le nozze di Figaro*, de Mozart. Aquella melodía hacía soportable la soledad. La música de ambiente en el inmueble había sido idea del oficial de guardia Ben Respibi. Un chico guapo, alto, de ojos azules, con el que Candi había vuelto a sentirse como una quinceañera la noche pasada.

Ben Respibi era la mano derecha de Samuel Day, el ex policía. Los ojos azules de Ben visitaban constantemente el edificio. Como si tuviera la misión de vigilarlos o como si quisieran estar cerca de ella. Era fácil dar con el apuesto muchacho. Frecuentaba la recepción del ambulatorio de vez en cuando y allí se sentaba como un vigilante de seguridad a leer novelas de terror.

Candi y él tenían mucho en común.

Samuel Day, el viejo del mechón blanco, perilla y gorro de vaquero, el que parecía llevar la voz cantante en aquel búnker al aire libre llamado Rotten, había sugerido que Mitch y ella (los nuevos) podían instalarse en el ambulatorio junto al malherido Nelson. El chico negro aún necesitaba atención médica. Con el paso de los días se había recuperado bastante bien del atropello. Pero sus piernas seguían sin responder. Era imposible saber si volvería a andar. No quedaban médicos en el pueblo, lo más parecido a uno era Prestia. Una chica bajita, de muy buen tipo, estudiante de enfermería, la cual había pasado de estudiar para una licenciatura a llevar un centro clínico al completo. Prestia, bien por la mañana, bien por la tarde, se acercaba a ver a Nelson y le administraba los medicamentos necesarios y disponibles para soportar el dolor.

En la planta baja del ambulatorio había dos consultas y una sala de curas. Esta última la habían adecuado para que fuera más accesible y como habitación para

Nelson. El chico de color parecía ser el único enfermo del pueblo.

En la primera planta había cinco habitaciones, dos de las cuales fueron ocupadas por Candi y Mitch. Al fondo del pasillo, por donde se acercaba Candi ahora, había una sala de descanso con microondas, frigorífico y máquina de refrescos y café. Candi llevaba dos cafés en la mano en la semioscuridad del amanecer: *cappuccino* y *latte macchiato*. Candi apoyó los dos cafés en el poyete de la ventana y subió la persiana hasta arriba. La palmera, en el macetero gigante que había a un lado, lo agradeció. Recogió nuevamente los vasos y se acercó a la 102.

La puerta estaba entreabierta.

—Mitch, ¿estás despierto? —llamó a la puerta con el pie.

Oyó unos pasos y la puerta se abrió. Mitch apareció con unos vaqueros a medio abrochar y colocándose una camiseta azul que tapaba a duras penas su torso fornido y robusto. Candi no apartó la mirada.

También pudo ver sus calzoncillos de color rojo.

—Pasa, Candi. Oh, gracias —dijo Mitch al ver los cafés.

—*Latte macchiato*, ¿no?

—Exacto —sonrió Mitch. Dio un sorbo y lo apoyó sobre una mesa azul en el interior de la habitación. Candi lo miraba mientras terminaba de vestirse—. Le he pedido ropa a esta gente. Me la ofrecieron. Tienen de todo —continuó Mitch.

El capitán se alejó para sentarse en un sillón también azul. Empezó a enlazar los cordones de sus botas militares con energía, lo único que mantenía de su anterior indumentaria.

—Quizás pudieras pedirles algo para ti —dijo.

—Ya lo hice. De hecho, este chándal no es mío… —contestó Candi con desfachatez, dando un pellizco a la tela elástica.

El hombre la miró sonrojado.

—Perdón si te ha molestado mi comentario. Soy demasiado despistado para algunas cosas. Mi mujer decía que no tenía… —Mitch calló y bajó la mirada hacia sus botas.

Continuó anudándolas.

—He pensado que podemos bajar y tomarnos el café con Nelson —terció Candi.

—¿Cómo está hoy?

—Aún no lo he visto. Me acabo de levantar. He dormido más de lo que suelo. Pasé despierta gran parte de la noche, ¿sabes? No he podido pegar ojo desde que esto empezó. También tiene la culpa la inmensa cantidad de cafeína que tomamos anoche mientras jugábamos a las cartas… —Candi cogió aire y suspiró—. Menos mal que

Ben me ofreció su café helado. Jamás lo había probado, ¿sabes? Ahora solo de pensarlo me da nauseas.

—Te cae bien ese chico, ¿eh?

—Es muy amable.

—Ya.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada.

—Nada, no. ¿Qué insinúas? Te recuerdo que soy una mujer casada.

—¡También yo soy un hombre casado y anoche estuvimos comportándonos como parejitas en aquella sala!

Candi se cruzó de brazos.

—¿Qué problema tienes?

—Ninguno —contestó Mitch, y se detuvo jadeando—. Perdón, perdón. Lo siento mucho. No quise… Te pido disculpas. No quise increparte con mis indiscreciones.

Candi refunfuñó y lanzó un insulto por lo bajo.

—Tienes toda la razón —dijo Mitch—. Lo soy. Te lo ruego, discúlpame. Yo no soy así. Son los nervios. Me siento mal por lo que hice anoche, pero tranquila, tú no tienes nada que ver.

—Anoche nos sentamos a jugar cuatro adultos. Unas cuantas partidas de cartas, eso es todo. Nos lo pasamos bien. Reímos. Nos hace falta, después de lo que estamos viviendo, ¿no crees? No tiene por qué remorderte la conciencia nada, porque no pasó nada. Drew, Ben, tú y yo lo pasamos bien. Mira… No sé dónde está mi marido. No sé si estará vivo o muerto. Pero, ¿qué puedo hacer? Lo cierto es que me da igual porque… Porque él me maltrataba.

Candi se imaginó a sí misma haciendo una confesión en uno de esos programas de la tele.

Mitch la miraba con los ojos muy abiertos.

—Yo…

—Tú, nada. El problema es mío y no pasa nada si quiero… —Candi se echó a llorar. No había llorado aún. Contenía toda la rabia. Había vivido situaciones de peligro que no podía imaginar, demasiada intensidad enquistada en su interior. Había estado a punto de morir varias veces en muy poco tiempo.

Cuando los días pasaron, creía que lo llevaría bien. Ella era fuerte. No lloraba con las historias de amor y ningún hombre le había hecho llorar en su vida. Cuando era joven y su padre le obligaba a estar en casa antes del anochecer y se llevaba un bofetón por no obedecer, no lloraba. Candi tuvo una pelea con una chica en la

facultad que no paraba de hablar mal de ella. Aquella arpía terminó haciéndole mucho daño. Era tremendamente salvaje, le arrancó gran parte de su pelo. El dolor rozó la locura.

Pero Candi no lloró.

Mas, ahora, era diferente. Como ser humano, su resistencia debía tener un límite. Elevado, pero existente. Las valiosas lágrimas brotaron de su cara. Se giró para que aquel hombre que había conseguido quitar el tapón de su entereza no la pudiera ver.

—No, no y no. No llores, por favor —suplicó Mitch, apoyando la mano en su hombro.

—No tienes la culpa —dijo Candi entre sollozos.

—Sí, soy un imbécil. Tiene toda la razón. Un gilipollas. Ruego me disculpes. No llores, por favor, o… yo también…

Candi no respondió. Mitch dio un paso atrás y se derrumbó.

—¡Oh, mi mujer! ¡Mis hijas! ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Dónde están? ¡Las necesito!

Candi se dio la vuelta y encontró al hombre abatido con la cara tapada por sus grandes manos. Se había arrodillado en el suelo y sollozaba desesperado. De pronto, se habían cambiado las tornas.

—Tranquilo. Están bien. Seguro que lo están —le dijo con suavidad.

Sus palabras sonaban bastante inverosímiles. En aquel cuarto blanco y azul, con un cuadro abstracto en la pared del fondo, cuyas formas pudieran representar a una mujer durante el parto, todo sonaba demasiado irracional. Pero, ¿así era el protocolo durante el apocalipsis, no? Calmar al prójimo con mentiras.

—¿Dónde vivías?

Mitch se calmó algo:

—En Vany —contestó.

—¿Eso está cerca de aquí?

—Unos sesenta kilómetros al norte.

—Conocías este pueblo, entonces.

—Estuve aquí hará unos años. Cuando inauguraron el centro comercial vinimos al cine con las niñas —Mitch volvió a gemir—. ¡Mis hijas!

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Candi, frotándole el brazo.

Mitch negó con la cabeza entre lágrimas.

Unos segundos después, se reincorporó, se limpió los ojos y sonrió con tristeza.

—¡Candi! —dijo con un gallo. Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Sonó bien—. Tienes que perdonarme, en serio. Soy un cretino. —Ella se encogió de

hombros. Mitch le cogió las manos—. Escucha: los cafés deben de estar fríos. Vamos a por otros y bajamos con el chico, ¿de acuerdo? Ahora, Nelson es nuestra familia.

Mira

Mira decidió que aquel juego no merecía la pena. Echando con fuerza hacia atrás las patas consiguió dar un gran salto y colgarse sobre el gran tirador rojo de la puerta de emergencia, que descendió hasta que se abrió. Miles de olores la sedujeron entonces.

Se sacudió para eliminar de su pelaje tanto regusto y lloriqueo. Contenta, a la vez que echaba a correr hacia el aparcamiento, percibió el hedor de MAMÁ y se entristeció. Gotitas de ese líquido repugnante, corrupto y canceroso, yacían sobre su hocico y le subían por la frente. La arruinaban. No sabía cómo se había manchado, cómo podía haber llegado hasta el suave pelaje.

Mira se tendió en el asfalto y se revolcó. Con las patas delanteras, se frotó el morro y así alivió un poco la desazón que sentía al respirar. Olía a sangre podrida. Sangre humana fétida. Viciada. Cuando ya no pudo más, se sentó sobre sus cuartos traseros, levantó la cabeza hacia el cielo y emitió un único aullido.

Durante la mañana, en sus primeras horas, el rocío de unos yerbajos cercanos la encandilaron y comenzó a seguir el rastro. Llegó a la frescura, al verde. Empezaba a disfrutar del enorme espacio a su alrededor. Instintivamente, meneaba el rabo como en un día de fiesta.

La carretera. Hacía mucho, pero que mucho tiempo, que no husmeaba el alquitrán. Esa esencia candente y maravillosa que tantas ganas de orinar le provocaba. Después de hacerlo, corrió un poco más y salió del asfalto hacia la zona de recreo alargada que se inmiscuía entre árboles y flores. Olfateaba nerviosa de un lado a otro y cuando por fin encontró el sitio perfecto, al depósito ideal, dio varias vueltas sobre sí misma y evacuó del todo.

Terminó y se alejó a la aventura, trotando. Llenando de aire sus pulmones… La fetidez irrumpió de nuevo en su hocico y la hizo sacudirse y revolcarse en el suelo. Gimoteó. Era incapaz de deshacerse de aquel repugnante olor. Tocó inútilmente el hocico con una pata y luego con la otra. Ahora también estaba manchada su pata, pero daba igual. El olor no se iba. La sangre ya estaba seca, pero era capaz de oler a

GENTEMALA a kilómetros. Ahora su olfato era todo un infierno. Con el sol, se le estaba formando una costra negra que no podía ver. Pero que le repugnaba oler.

Volvió a erguirse.

Mira no quería volver a casa. AMO gritaría NO y le pegaría en el lomo. Salir de EL LUGAR QUE OLÍA A COMIDA era MALO. Lo sabía. AMO le iba a gritar. Tal vez, le lanzara una patada de esas que tanto daño le hacían en sus cuartos traseros. Pero a Mira no hacía falta que le riñeran mucho. Mira ya estaba molesta consigo misma por ser tan cobarde, por haber huido y, sobre todo, por tener un ladrido poco estremecedor; por consiguiente, en lugar de regresar al edificio, Mira bajó por la calle principal y aprovechó el momento.

A su derecha había cuatro hileras de casas llenas de cantidad de fragancias. No podía distinguir sus formas: las veía anchas, altas y grises. Intentó no husmear en profundidad para evitar gran parte del hedor en su hocico. Estaba muy nerviosa, y saber que no podía quitarse esa putrefacción de encima la estaba alterando. Quería morder. Morder. Morder. Morder. De todos modos, pudo percibir el tufo de algunas alimañas bajo aquellos techos a dos aguas, y ese pensamiento le dio estabilidad.

Las casas estaban gobernadas por un silencio inusitado. Un misterio que Mira no comprendía, era porque en cada una de ellas sentía vestigios humanos y todavía olían a habitabilidad. Corrió entre ellas y oyó murmullo de gente en algunas. Sonidos varios propinados al vacío. Pausados, con respiración entrecortada. Miedo. Demasiada inquietud en la burbuja de silencio bajo la que se encontraban. Pasó por un callejón sin dejar de correr y salió a otra hilera de casas más pequeñas y más anchas. Advirtió como en una de las casas, MACHO y HEMBRA se quejaban de placer y se dejaban llevar por su instinto sexual.

Mira no sabía dónde ir. Dejó atrás la zona de viviendas y se acercó lentamente al campo y a la parte de la valla que daba al bosque de abedules. Delante de ella había un mundo lleno de posibilidades. Cierto era que, pocos segundos después de hacer sus necesidades, le había entrado mucha hambre. Solía pasar. Ahora estaba hambrienta. Su estómago dolía cuando evacuaba del todo, y tenía que encoger fuertemente el ano para tolerarlo. Necesitaba por lo menos beber.

Se detuvo y sacó la lengua para compensar el esfuerzo.

Entonces la olió.

Husmeó más en el aire para ver si no se equivocaba. Luego, echó a correr al encuentro de ese extraño olor, sin apartar el hocico de la acera. Dejó a un lado las casas más grandes que había visto y llegó hasta unos jardines llenos de montículos de césped. El enlosado que abría camino por la hierba menuda estaba salpicado de

fragmentos de cerámica muy suaves. El camino dio a otro mayor a cuya derecha se abría un pequeño parque lleno de humedades que sedujeron a Mira a más no poder. Frescura.

Sin embargo, el miasma que había en el aire y que tanto odiaba estaba cerca. Muy cerca. Quiso encontrarlo de una vez y actuar, o se iba a volver loca.

La encontró entre los árboles. Mira la contempló con silenciosa incredulidad. ELLA se giró y ladeó la cabeza. Ese no era un gesto natural entre los humanos. Mira lo hacía normalmente para comprender algún gesto o para poder visualizar mejor una figura. Le disgustó que ELLA la estuviera imitando.

ELLA dio un paso hacia el frente y levantó una mano sin apenas fuerza. Mira comenzó a gruñirle y a enseñarle los dientes. No quería que se acercara. ¿O sí? El hedor la inundaba desde todos los ángulos posibles. Recordó que tenía en su propio morro algo parecido, pero nada atractivo en comparación al estaba oliendo ahora. Eso, extrañamente, la llenó de pena. Gimoteó. Pero rápidamente volvió a gruñir a su oponente. Agachó las patas delanteras y se sobó nuevamente el hocico. Enseñó los dientes. No podía parar. La atracción, el regusto, el odio. El rostro sin vida de ELLA mostraba una fría expresión de ahogado dolor. Miedo también. Tenía la piel muy estirada, las mejillas y los ojos hundidos y vacíos. Mira, con los ojos adecuados, hubiera podido observar que su piel tenía un peculiar tinte verdoso.

—*¿Ummm…?* —oyó Mira. No entendió y le ladró.

Mira avanzó un paso, pero al momento se apartó desconfiada. Gruñó y se quejó. La odiaba. Tenía que atacar, morderla. Acabar con su maldad. Sabía de sus intenciones. Quería hacerle daño. Por eso se acercaba lentamente.

Mira quería ser su amiga, pero no podía. Quería acercarse y sentir su tacto. Sus manos finas sobre el lomo y que le rascara sus orejas picudas. Era desesperante el olor a putrefacción que desprendía. Era hediondo, mísero y, sin embargo, atractivo. Disfrutar con el dolor era la proposición de la chica. Mira nunca había sentido el mal y el bien en un mismo ser humano.

Mira se revolcó, pero rápidamente se puso en pie. Ladró, después de otro lamento de ELLA. Poco a poco se sintió mal. La perra se sacudió. ELLA le acarició el pelaje y apretó con fuerza sus orejas. Mira lloró, pero no pudo soltarse. La chica tiró de su carne y dio un bocado. Un pellizco con la otra mano. Mira lanzó una dentellada e intentó zafarse. Lo consiguió. Mordió el brazo de ella y saltó sobre su cuello. Asco, repugnancia, peste, infección. ¡Delicioso sabor en su boca! ELLA dio un paso atrás y cayó al suelo, no pudiendo soportar el peso de la mistoloba. La pata de Mira se dobló y se lastimó al caer. En el forcejeo, se rasgaron la piel mutuamente.

ELLA no gritaba, no parecía sentir el más mínimo dolor. Mira mordía, ELLA mordía. Fue entonces cuando los ojos de la perra se llenaron de oscuridad. Giró la cabeza y le crujió. La fetidez se convirtió en dulzura. Dulzura total. Empezó a sentir como los nervios en su cabeza se convertían en clavos que agujereaban su cerebro. Mira siguió mordiendo, destrozando la maldad de ELLA, olvidando los olores, los sonidos con los que una vez se deleitó. Únicamente, deseaba comer. Rajar el cuello suave de caramelo bajo sus fauces y morder.

Morder. Morder. Morder.

Mira, embadurnada en sangre, se relamió y sintió placer. De nuevo, hambre. Más.

Hambre. Hambre. Hambre.

Cuando ya no quedaban despojos que morder en el cuerpo de ELLA, Mira olisqueó a su alrededor. Se sentía enormemente bien, aunque sus fuerzas se habían reducido. En realidad, iban y venían. La sensación de PERRAMALA había desaparecido. Tenía mucha hambre. Su cuerpo pesaba como el de un oso, apenas podía moverse. Notaba cómo la sangre nueva bajaba a sus venas y aquello la llenaba de excitación. Era una mistoloba en la flor de la vida: cinco años, casi treinta kilos de peso y, ahora, en libertad.

Olía bien. Por el camino del fondo, olía MUY BIEN.

Terens

No era demasiado tarde —apenas un poco más de las ocho— cuando Terens ya estaba sentado en el porche de su casa bebiendo té y observando la valla.

A su hermano Max no le gustó el hecho de que la hubiesen colocado tan cerca del jardín, entre ellos y el bosque. Por lo visto, quedaban pocos restos de empalizada cuando llegaron a aquel tramo y tuvieron que ir estrechando el cerco hasta llegar a la roca. Además, ante la palabra de Samuel Day, poco pudieron hacer. Todo el pueblo estaba de su lado y los Rodríguez no paraban de preguntarse por qué. Su hermano Max había prometido que cualquier día, cuando todo volviera a la normalidad, le daría su merecido a ese tipo. Había llegado de la ciudad con su mujer y su hija y por el solo hecho de ser policía retirado y porque el alguacil Sung y Pipe habían caído, ahora se creía el mandamás del pueblo.

Pero su hermano Max prometía muchas cosas. Demasiadas, y nunca hacía nada. El muy iluso le había garantizado que volvería. Era idiota. Siempre se había creído superior a todo lo que le rodeaba. Estaba por encima de los problemas. El mundo se había convertido en un lugar en el que, miraras donde miraras, los humanos ya no eran la especie dominante, pero el muy necio se había limitado a hacer una nueva promesa.

«Encontraré a la niña. Volveré pronto». Palabras que habían despertado a Terens de su letargo de dolor. Al menos, para eso habían servido.

¿Acaso era gilipollas? Sabía que no volvería. Él, mejor que nadie, sabía lo egoísta que eran las personas. Era su tema de conversación favorito. Terens había intentado quitarse la vida en un par de ocasiones y ellos se lo habían fastidiado. Con ayuda de los médicos se limitaron a meterle en la cabeza que el suicida era una persona egoísta que no miraba por el bien ajeno. El que no espera nada, de nadie. El que no se preocupa del daño que producirá a los demás con su muerte. El que marcará para siempre a las personas que le quieren.

¿Él era el egoísta? ¿Y ellos? ¿Max sí tenía derecho a inmolarse de esa manera? ¿Le

servía la excusa de ir en busca de Sara para quitarse de encima la preocupación por la supervivencia?

—Vamos, hombre… —dijo, y apoyó la taza de té en la mesilla. Los padres de Max y Terens habían levantado una encantadora casita de estilo Tudor que se alzaba entre el inmenso bosque de abedules y la zona oeste del pueblo. La familia Rodríguez vivía allí con sus dos hijos. Su padre contaba que, cuando compraron la parcela, tuvieron que cortar unos cuantos árboles para poder edificar con facilidad. Poco tiempo después, levantaron otra casa al otro lado. Otra, dos parcelas más allá. Y otra. Fue así como comenzaron a crearse las calles del pueblo.

Mürren, un tipo extraño que no hablaba con nadie y que daba miedo a todos los niños de Rotten, levantó la casa de enfrente. Sin embargo, el tipo del que el padre de Terens y Max decía que nunca miraba a los ojos y que andaba como si le quemara el suelo puso la fachada de su casa mirando al bosque. Luego, levantó una alta separación con listones de madera y cercó su parcela como si fuera un fuerte del Viejo Oeste. De este modo, su vivienda daba la espalda a la nueva calle. La gente de la calle se quejó, pero nadie en el ayuntamiento decidió tomar cartas en el asunto sobre lo antiestético de la parcela de Mürren. La administración del municipio veía el lugar como un sitio únicamente transitado por residentes; un lugar casi inaccesible para muchos, e indiferente para posibles turistas de la vía verde.

La señora Mürren era una mujer agradable. Como de un día para otro dejaron de verla por el supermercado y por la farmacia de Gavin, donde solía aparecer cada poco para comprar pastillas de menta, comenzó a circular el rumor de que Mürren la había matado. También se decía que la había enterrado en el bosque. Terens recordaba haber estado noches y noches sin dormir, mirando por la ventana de su cuarto hacia los oscuros abedules. Esperando que el espíritu de la vecina llegara hasta su ventana y le llamara entre la niebla para darle caramelos de piñones como hacía en vida. Rogó a sus padres que le cambiaran a la habitación de Max —ocho años mayor que él— al que nada de esta historia le daba miedo.

Los rumores, en los pueblos, tienen un noventa y ocho por ciento de verdad.

John Middles, el nuevo inquilino que había comprado la casa de Mürren cuando este se marchó a su país de origen, pudo comprobarlo. Middles residía en la plaza del ayuntamiento. En una casa antigua y pequeñita que le habían dejado sus abuelos. Cuando se quedó solo, con la herencia y su dinero ahorrado, tuvo para hacerse con un hogar con vistas al bosque, como deseaba.

Años después, el día que empezó todo, la mujer de Mürren se alzó de entre la tierra del jardín de John Middles, destrozó el armazón de tablas del patio y salió a la

calle. Ese día, los vecinos ya deambulaban por la calle aterrados por lo que estaba sucediendo en el cementerio y nadie reparó en los disparos que se estaban produciendo en la casa que daba la espalda a las demás en el ala oeste de Rotten. Middles, le disparó al cuerpo de la señora Mürren y astilló su hombro derecho y ambas piernas. Luego, al ver como volvía a levantarse, le destrozó la cabeza manchada de piel verdosa. John Middles no volvió a fallar y acabó con aquel cuerpo desnutrido, lento y cochambroso ante los ojos de algunos vecinos.

La única ventana de la parte lateral de la casa de Middles se abrió y apareció John.

—¡Terens! ¡Buenos días, chico! ¿Cuántos litros llevas ya?

Terens hizo ademán de no importarle nada, con las manos.

—Llevas toda la mañana ahí sentado, ¿no? —insistió John—. Solo te he visto levantarte para llenar la tetera. Tanto té debe ser malo, ¿o qué?

Pensó en no contestar. John era un tío llano, buena persona, y alguien que siempre ayudaba a sus vecinos. Y no discutía con nadie hasta que le exasperaba demasiado. Terens sabía que Middles era el encargado de vigilar sus actos, ahora que Max no estaba. Al menos, hasta que volviera.

«¡Ja!».

—Vivir sí es dañino, John —contestó Terens.

Middles le observó de arriba abajo. Su suspiro se oyó desde allí. Con medio cuerpo fuera de la ventana, se pasó la mano por el flequillo y desvió su mirada hacia los árboles. Luego, regresó a Terens y escudriñó su cabello encanecido pese a sus años. Al ver la solidez que representaba Terens con su mirada, desechó el tema.

—¿Qué piensas llevar a la barbacoa? —preguntó.

—¿Qué?

—Hay organizada una barbacoa al mediodía. Irá todo el mundo. Lo pasaremos bien. El consejo quiere que cada uno de nosotros proponga ideas sobre la situación que estamos viviendo. Quiere que contrastemos opiniones. Hay que ir, ¿no crees? Necesitamos distraernos de algún modo. ¿Piensas venir o qué?

Cada vez que Middles decía: «¿O qué?», a Terens se le erizaba el vello. ¿Existía coletilla más cargante? Terens no pudo evitar sonreír al recordar como Max solía imitarlo con el tema. Habían reído con ello en cantidad de ocasiones.

—No pienso ir —contestó.

John Middles balanceó la cabeza como un muñequito.

—Tenemos que ir todos, Terens.

Volvió a negarse.

—Mira campeón, voy a terminar de asearme y a preparar algunos menesteres. En

un rato paso por ti, ¿de acuerdo? —Y se marchó sin cerrar la ventana.

Terens también se levantó y entró en la casa.

¿Acaso creían que era un chaval? Tenía treinta y dos años, por Dios. Se quitó la sudadera gris y salió por la cocina hacia la parte de atrás. Bajó los escalones. El césped del jardín trasero estaba verde y lozano. En el lado donde se juntaba con el montículo de piedra, donde tenían colocada la canasta, enloquecían las madreselvas y las nubes de mosquitos zumbaban indolentemente en torno a aromáticas flores. Los abedules había conseguido escalar la colina y a veces, Max y Terens habían tenido que perder todo un fin de semana en podar los que habían echado raíces sobre la roca, para que la casa recibiera más horas de sol.

La casa de Terens hacía esquina con la naturaleza, toda esa parte, ahora separada del bosque por vallas, cerraba el terreno para proseguir, tras el enorme montículo, hacia las primeras casas del pueblo y la iglesia. En la inmensa roca del jardín de Terens empezaban los pies de una serie de grandes y pequeñas montañas que la gente llamaba el King Kong dormido. Porque, si te ibas al camino de los túneles e inclinabas la cabeza a la derecha y le ponías un poco de imaginación, la hilera de montañas del oeste de Rotten, se asemejaba a un gigantesco mono tumbado boca arriba.

Generalmente, todos coincidían en que los Rodríguez habían construido la casa más bonita del pueblo, y en el lugar más privilegiado.

Oyó pasos dentro de la casa y ruidos metálicos en el fregadero. Regresó del jardín y vio a Laurel-Ann, con el pelo recogido con un lápiz, recogiendo sus utensilios de té.

Terens la miró con grandes ojos. Laurel-Ann estaba loca por él desde que era pequeña. Todo el mundo lo sabía. Además, a ella no le importaba soltarlo a los cuatro vientos. En el pueblo era un hecho por todos conocido. Años atrás, Terens lo había dejado con una chica de Pont de Flaque, con la que no habían avanzado nada en mucho tiempo. Aun así, Terens quedó realmente triste. Y, cuando llegó a casa durante una oscura noche de tormenta, lo estuvo hablando con Laurel-Ann. Ella subió para hablar con él al enterarse de la noticia y terminaron acostándose juntos.

Fue como hacerlo con alguien de la familia.

—Eres muy pesada —dijo Terens.

—Ya sabes que no puedo vivir sin ti.

—Y ahora que Max no está, esto será peor aún, ¿verdad? —Estuvo a punto de soltar un «¿o qué?», pero se contuvo. Lo malo de las coletillas es que se pegaban—. ¿Serás mi nueva mamá entonces?

—Lo siento, cariño. Soy cinco años menor que tú.

—Bueno, ¿qué quieres ahora?

—¿Sabes lo de la barbacoa? —preguntó Laurel-Ann secándose las manos con un trapo.

—¿Te refieres a la mediocridad con la que a la gente del pueblo le gusta pasar el rato?

—Ah, lo sabes.

Terens se tiró en el sofá y cogió su libro. Pero no pudo centrarse en la historia.

—Dime, ¿por qué lo hacen? ¿Qué consiguen? —replicó desde allí—. ¿Por qué negarse a pensar que estamos perdidos? La comida se acabará tarde o temprano. Tendremos que salir. ¿Cuánto tiempo más podremos vivir así? ¿De verdad creen que esto terminará de un día para otro? La radio, la televisión, los gobiernos, los ejércitos… dirán que la guerra ha terminado e irán de pueblo en pueblo anunciándolo como en *La vida es bella*… Sí, claro. La gente saldrá a la calle y las enfermeras besarán a los soldados en las avenidas de Nueva York. ¡Ja! ¿Por qué? ¿Por qué pensar así?

—Esperanza, supongo.

—No me hables de esperanza, no me hables de esperanza —contestó Terens. Leyó la primera frase del capítulo otra vez. Y otra vez. Pero no pudo seguir—. Por culpa de la esperanza muere gente buena y sobreviven los malos.

—Hoy estás muy hablador. Me alegro. Además, has regresado a ese tono de filósofo griego que tanto echábamos de menos.

—¿Qué quieres decir?

Laurel fue hacia la puerta de entrada, le miró y se ajustó las gafas. Después, también se ajustó las tetas. No era un gesto nuevo. Terens no sabía si lo hacía para provocarle o por manía.

—Lo que quiero decir es que, mientras podamos, tenemos que disfrutar —insinuó Laurel—. Yo voy a ir. No me la perdería por nada del mundo. Si piensas quedarte solo todo el día, allá tú.

Y cerró de un portazo.

—Hipócritas… —dijo Terens a la habitación vacía.

Cerró el libro y se puso en pie. Decidió leer fuera. Antes se acercó a la pequeña mesa de cristal que había junto al polvoriento televisor y de un bloc de notas arrancó una hoja. Escribió:

Lau y yo estamos en la puta barbacoa.

Terens.

E hizo un dibujito que le hizo algo de gracia. Acto seguido abrió la puerta de la calle y dejó la nota en el suelo, en un lugar bien visible, para que Middles pudiera

verla sin problemas.

Aun así, quince minutos después, sonó el timbre. Terens estaba en el patio trasero inmerso de una vez por todas en su libro. Hizo caso omiso a la llamada y no hubo más distracciones. Solo, silencio. Terens percibió el mal olor poco después: carne en descomposición, perros muertos o guano. Sabía lo que eso suponía. Aunque decidió que el hedor estaba en el ambiente y que se desplazaba con el viento en ocasiones. Entró de nuevo en la parte baja de la casa y observó el rellano de la parte principal. Todo estaba amenazadoramente solitario.

Regresó al patio donde estaban la manta tendida en el césped y su libro.

El hedor era aún peor. Terens recordó que no había cogido el cuchillo militar que escondía bajo la almohada. Sabía que de poco le serviría en un enfrentamiento con esos seres, pero era *su* arma. Mejor que nada. Cada vez que pensaba en la de veces que había estado a punto de comprar una pistola y se había arrepentido… Le entraban ganas de darse un par de hostias. No había que tener miedo. Estaba bien protegido. Solo tenía que ver de dónde procedía aquello que apestaba tanto. Por dónde quería entrar. Su única opción era el bosque…

Le pareció ver unos pies desnudos. Unas piernas abiertas bajo un arbusto entre los árboles. Terens se acercó inconscientemente a la valla. Un segundo después, ya no vio nada. Las hojas estaban en movimiento, pero la figura había desaparecido hasta que… detrás de un tronco… Sintió una respiración y se giró asustado. Miró un instante a su espalda, esperando encontrar algo con la intención de morderle, y se agachó.

Pero no había nada.

Sin embargo, cuando sus ojos regresaron al bosque vio algo a lo lejos: una chica en pie se movía y murmuraba entre los matorrales. Terens se acercó a la valla porque no podía creer lo que estaba viendo. A unos cincuenta metros, entre la espesura, por un segundo creyó ver a su sobrina Sara. Estaba echada sobre el tronco de un árbol y aparecía y desaparecía con su leve movimiento. Era como si se estuviera restregando contra el leño. Las lágrimas afloraron en el rostro de Terens.

—Sobrina, ¿eres tú? ¿Sara? —lloró.

Se agarró a la alambrada con fuerza e intentó divisar mejor. La chica tenía medio cuerpo desnudo. Podía ver sus blanquecinos pechos y su cadera casi al completo. Se estaba rasgando las vestiduras con tanto forcejeo. Era como si intentara salir del boscaje, pero algo tirara de ella. Fue entonces cuando Terens entendió qué ocurría. Su sobrina muerta estaba enganchada en el árbol y con aquellos movimientos torpes era incapaz de liberarse.

Tenía que ayudarla. Tenía que salir. Sabía que era una locura. Además,

probablemente, después de que le viera, tendría que matarla. Darle paz. Un nuevo movimiento brusco de la muerta hizo que saliera al llano. Entonces vio que no era Sara. Se parecía pero, obviamente, no lo era. No obstante, conocía a aquella chica. El equívoco se convirtió en estupidez, porque la muerta era bastante más mayor que la hija de su hermano.

Poco tiempo después de que la familia Day llegara al pueblo, en el Café Little y alrededores, pero sobre todo en la cafetería (punto de encuentro de la mayoría de los hombres del pueblo) donde servían alcohol a cualquier hora del día, empezaron a circular rumores de un nuevo bombón que se paseaba por las calles de Rotten.

Terens recordaba estar bebiendo en la barra y escuchar los comentarios en boca de Pignot y Bolá.

Aquellos tíos fantaseaban con lo que cada uno de ellos era capaz de hacerle a la hija de los Day, si esta no tuviera opinión y, mucho menos, escrúpulos. El dueño del Café Little les pidió varias veces que se comportaran o que, al menos, hablaran en voz baja. Pero cuando la última familia abandonó los veladores, él mismo se unió a los comentarios de Pignot y Bolá, con un «Uf, de modelo para arriba…».

No paraba de oírlo. Terens tuvo el honor de conocerla el día que coincidieron en las Fiestas de Primavera. Donde estuvieron hablando un buen rato. Sí que era encantadora. Y además, de otro mundo. Chica con estudios, inteligente, de ciudad y con novio. En una palabra: inaccesible. Un tercio de las palabras que pronunciaba ni siquiera constaban, ni constarían, en el vocabulario de Terens hasta el fin de sus días. No obstante, fue cortés con ella y ahí quedó la cosa. Rápidamente la olvidó.

Menos mal, pues al poco tiempo, se enteró de que había muerto en un accidente de coche con su chico. Desde entonces, poco más supo. Y ahora, Eva Day se le acercaba mostrando su cuerpo gris y sangre-oscuro, estirando un brazo y emitiendo una pregunta desde sus anodinos labios:

—¿Ummm...?

Terens se apartó de la valla con las manos en alto, pese a que ella aún estaba a medio camino. Eva olisqueaba el aire en dirección a él. Era como un animal ciego guiándose por un rastro. Terens pensó que, si conservara un poco de instinto humano, ya se hubiese tapado la entrepierna. Los arbustos le habían rasgado las vestiduras.

Pudo verla mejor mientras se acercaba. De lo que pudo ser un traje de chaqueta, solo quedaban las mangas y el cinturón. Un poco de tela rasgada sobre su barriga. Su rostro se había vuelto color ceniza. Sus cejas habían desaparecido y la piel de sus ojos colgaba como si fuera octogenaria. Giraba la cabeza, a la sombra de los abedules, como si no pudiese enfocar bien las altas sombras que la rodeaban. Arrastraba los pies

hacia delante. Sin duda, la merodeadora en la que se había convertido Eva Day había hecho un alto en el camino para resolver de donde venía ese olor tan suculento que podía ser Terens. Atraída por la curiosidad, como un conductor que se para en mitad de la autopista para contemplar a un ciervo, Eva le buscaba.

Cuando se acercó a la valla, Terens se apartó aún más. Terens vio cómo la sangre oscura manaba de entre las piernas de aquella belleza muerta. Sus piernas estaban contaminadas con varices negras.

—*¿Ummm…?*

Terens decidió liberarla de su amargura.

Corrió hacia la casa, subió a por el cuchillo a su habitación y bajó rápidamente las escaleras. Cuando pasó por el salón reconoció por primera vez una nueva arma. Dio un salto apoyándose en la chimenea y tiró del cuadro donde reposaba el bate de béisbol firmado por el incondicional Don Mattingly. Lo dejó caer y forzó la madera hasta que consiguió separarla del marco. Luego, salió pensando en cómo saltar la valla.

Eva regresaba al bosque con paso distraído. Terens vio que le faltaban trozos de carne en los brazos.

—¿Eva?

La chica muerta no respondía a su nombre.

—¡Eva! —gritó.

No respondía.

Había tenido su oportunidad y, sin embargo, el cervatillo huía. Terens miró hacia la enorme roca donde acababan las vallas. Lo pensó mejor y corrió al porche por un taburete. Cuando volvió, Eva seguía su camino hacia esa parte del bosque de donde había salido. Apoyó el taburete cerca de la valla y la roca. Lanzó el cuchillo y el bate al otro lado y comprobó de manera fehaciente que no había ninguno más bajo los abedules. Subió al armazón metálico y el pantalón se le clavó de tal manera que pudo sujetarse con fuerza para sobrepasar la parte más alta. Después tuvo que soltarse dando un fuerte tirón al pantalón y la tela se rasgó.

Cayó al suelo sobre un hombre desde una altura de metro y medio. Gritó. Sin miedo a que le oyeran. El grito descosió la paz del bosque de abedules y el canto leve de algunos pájaros. Desde el suelo apreció como Eva iba a lo suyo. Terens sacó fuerzas para levantarse y recogió el cuchillo y el bate de béisbol azul. Avanzó rápidamente tras ella y se detuvo a un metro. La muerta estaba junto al tronco que contenía restos de sus ropas. Seguía de espaldas, no parecía notar su presencia. Terens agarró con fuerza el bate y se dispuso a golpearla con gran ímpetu en la cabeza en

cuanto se girara, pero la chica se agachó.

Terens observó estupefacto como Eva Day tanteaba el suelo como un ciego buscando su cartera. Era la primera vez que veía a uno de ellos reaccionar de un modo tan humano. Entre las hojas, la hija de los Day metía las manos y buscaba algo que se introducía en los arbustos. Eva se agachó y continuó gateando introduciéndose entre las ramas. Terens tuvo que dar algunos pasos para ver por dónde iba.

Tras la floresta, descubrió el agujero.

Agujero por el cual Eva desaparecía a gatas y Terens no podía hacer nada por impedirlo. Pensó en golpearle las piernas. Hacerla parar. Tirar de ella. Evitarlo. Pero se sentía mal solo de pensar en hacerle daño sin poder mirarle a la cara. Porque, aunque estuviera muerta, sabía que se estaba comportando de un modo diferente. Aquella chica tenía un comportamiento especial respecto a los engendros que había conocido.

Pero, ¿adónde iba? ¿Qué había al otro lado de ese agujero? ¿Dormía ahí? ¿Habría más de ellos allí dentro? Terens se agachó y empezó a seguirla. Delante de él, el túnel descendía hacia la negrura. Olía a tierra mojada y a una multitud de mezclas deshonestas. El agujero comenzaba entre dos rocas donde había huellas de manos de lo que parecía ser sangre seca. Terens no estaba seguro de cómo sería el interior del túnel, pero algo le decía que estaba ante algo importante que debían saber todos los del pueblo. Echó la cabeza hacia delante para ver mejor. Tuvo la sensación de que algo se había movido.

Ese algo salió y le mordió el rostro.

Samuel

Siempre hubo una conexión especial entre Vivian y Samuel Day desde el primer momento en que se conocieron. El destino, amor a primera vista, medias naranjas… Muchas formas de llamarlo, pero ninguna tan simple como almas que son capaces de estar pensando lo mismo, en el mismo momento. El policía jubilado estaba frente al espejo labrado como una autentica obra de orfebrería, junto al cual se había desmayado su esposa al ver a su hija Eva días atrás.

A su hija Eva muerta.

Samuel estaba probándose un sombrero de cowboy de color marrón que nunca había usado. Lo había comprado en la feria del traje de Point de Flaque un día de sol. Un buen día, cuando él y su mujer volvían a estar solos en el mundo como unos recién casados. Como ahora, por aquella época, le daba vueltas al coco con que alguna vez tendría que empezar a llevar sombrero para el resto de sus días. Apenas le quedaban pelos en el tejado. Por aquel entonces, ya se le caía bastante. Pero aún había algo que cortar cada pocos meses. Por eso ahora, su cabeza se había convertido en un promontorio desnudo brillante a la luz del sol.

Se ajustó el sombrero y se mesó la perilla. En ese momento, una frase se le pasó por la cabeza sin saber por qué: «Los muertos se dirigen a sus casas».

Podría ser cierto. Era el único modo de explicar por qué Eva había llamado a la puerta días antes. Su hija Eva había sido enterrada en la ciudad, en el sepulcro que tenían comprado la familia Day hacía tres generaciones. Samuel empezó a imaginársela saliendo de allí y…

Negó con la cabeza para disipar el horror de su mente.

—Siento que está aquí. Entre nosotros —dijo Vivian en la cocina.

Samuel miró a su mujer. No respondió a sus palabras. Eran frases de autoconvencimiento. No quiso aportar ninguna opinión, como era costumbre en él. Vivian andaba de un lado para otro en la cocina preparando platos, ensaladas, guardando cubiertos, envolviendo comida con papel celofán… Su esposa odiaba que

Samuel se tapara la cabeza con cualquier cosa. Sabía que, en cuanto le viera, haría un comentario adverso y le quitaría todas las ganas de llevar sombrero. Y eso que durante años tuvo que llevar gorra de plato en el cuerpo de policía.

Fueron buenos tiempos aquellos. ¿La mejor época de su vida?

Con Eva rondando por la casa, ocupada como siempre en sus estudios o en sus labores de adolescente. Vivian detrás de ella, aconsejándola en cada momento para que no se desviara del camino correcto. Y Samuel buscando cualquier excusa para invitar a comer y al cine a sus dos mujeres favoritas.

Vivian se limpió las manos con un trapo y le miró.

Rompiendo estadísticas, no hizo ningún comentario sobre el sombrero y se dirigió hacia la vitrina blanca del salón y sacó un par de manteles. Samuel oyó cómo seguía hablando consigo misma. Tenía un mal día, estaba claro. Le preguntó algo, pero ella no contestó. La siguió hasta la cocina.

—¿Me has oído?

—No, dime.

—Quería saber qué opinas de la barbacoa.

El aspecto de Vivian empeoraba por días. Parecía más vieja y ojerosa. Samuel advirtió que llevaba al cuello un pesado crucifijo de oro. Nunca lo había visto. Había algo tan ridículo en ese ornamento que brillaba sobre la blusa blanca de su mujer, que Samuel estuvo a punto de reír.

Pero se contuvo.

—Me gusta estar con ellos —respondió Vivian con frialdad—. Es una buena idea.

Sus palabras fueron gélidas como el interior de un iceberg.

—¿Por qué no me dices qué te pasa, entonces?

El rostro de su mujer se ensombreció.

—¿Dónde está la niña, Sam? ¿Por qué nos está pasando todo esto?

Vivian llevó dos dedos a su boca e intentó morderse las uñas mientras lloraba. Samuel intentaba no pensar en la paranoica historia en la que estaban envueltos, pero estaba claro que su mujer, todo lo contrario. Tenía que repetirle las palabras del psicólogo, tenía que empezar a olvidar. La cordura de su mujer estaba sufriendo demasiado. El tormento en su alma se reflejaba en el exterior. Los dedos en la boca de Vivian temblaban. Había dejado de comer. Solo quedaba un leve recuerdo de su belleza en su actual apariencia desgastada.

—Perdóname por ser tan sincero, Viv. No tengo respuestas. Estoy tan perdido como tú. No sé cómo acabara todo esto…

Ella se giró y miró por el ventanal de la cocina. Desde allí había una vista

excelente de toda la calle y, por encima de las casas, del puerto de montaña, el centro comercial y la entrada oeste al pueblo, en un descenso miles de veces transitado por excursionistas. No había nadie allí ahora. Únicamente se vislumbraba un coche gris, abandonado de forma negligente sobre la carretera.

Vivian miraba por aquella ventana para seguir llorando con tranquilidad. Sabía que por la cabeza de su mujer no paraba de rondar una y otra vez el mal trago que debió ser ver a la niña después de tantos años. Peor aún, haberla visto en aquella situación de maloliente descomposición. Se le erizó el vello al recordar como él y su esposa se habían abrazado y habían llorado juntos mirando lo que quedaba de Eva, mientras su difunta hija estaba sentada en el sofá.

Una escena realmente triste.

—Voy al servicio —dijo Vivian, y pasó por su lado sin levantar la cabeza.

Tal vez, ella estuviese recordando lo mismo.

Medias naranjas.

Samuel fue hacia el fregadero e instintivamente abrió el grifo del agua. La válvula dejó escapar un gorgoteo y escupió algunas gotas de barro. Hacía tiempo que la civilización había caído y, con ella, el mantenimiento de las centrales hidráulicas. En el pueblo, cada vez que lo necesitaban, extraían el agua de dos antiguos pozos que tenían en la plaza del ayuntamiento. Algún iluminado político había decidido conservarlos como patrimonio artístico y, curiosamente, ahora estaba salvando la vida de sus habitantes. Ahora dependían de ellos y de unas cuantas garrafas de agua mineral que la gente había llevado a la iglesia.

Pocas.

Samuel miró el centro comercial y arrugó el entrecejo. Aquello aún era una mina por explorar. Cogió un vaso del mueble y se acercó a la ventana. Lo llenó con agua de una botella pequeña que había junto a una maceta seca y miró fuera otra vez mientras bebía.

Pensó en las palabras de su mujer: «*¿Dónde está la niña, Sam? ¿Por qué está pasando todo esto?*». Preguntas que marcarían el resto de sus días.

Entre las casas apareció un perro.

Marrón y completamente manchado de sangre. Caminaba lentamente por el recinto y sacudía la cabeza como si tuviera una mosca en el cerebro. Daba zancadas como un caballo irritado, corría y se paraba para reanudar el paso como en un desfile. Un comportamiento extraño que le hizo pensar en la posibilidad de que el animal pudiera estar infectado o aun peor… Muerto y resucitado.

Samuel Day ya había reflexionado sobre la posibilidad de que los animales

pudieran estar padeciendo la misma maldición que sacudía al mundo.

No reconocía al perro. Jamás lo había visto. No tenía la más mínima idea de quién era su dueño.

—¡Vivian! —gritó.

Su mujer contestó desde el cuarto de baño.

—¡Ven rápido!

El perro continuó su coreografía y avanzó hasta el final de la calle. Desde allí pudo ver cómo sacaba la lengua para compensar el esfuerzo. Husmeaba el aire y pataleaba con una de sus patas traseras. Su rabo se movía como poseído.

El perro desapareció renqueante por un callejón lateral. Se dirigió al parquecillo infantil que había tras las casas de Bansky y Snyder.

—¿Qué ocurre? —preguntó su mujer desde la puerta de la cocina.

Samuel la miró, pero no dijo nada. Solo lo pensó:

«Leche puta, ¿de quién es ese perro?».

Susanah

El padre Mile estaba sentado en el butacón de roble leyendo su libro cuando llamaron a la puerta. Jason dijo que él se encargaría. Cuando el niño asomó por el rellano, el cura lo llamó.

—No comentes nada de la niña —le dijo.

La pequeña Susanah gemía dormida a su lado en un moisés acolchado de color amarillo. Cuando iniciaron la búsqueda de materiales sin dueño en las casas vacías del pueblo, Mile envió a Jason en su nombre. Algunos aldeanos no estaban de acuerdo, denominaron aquel acto como el gran saqueo y quisieron impedirlo. Pero Mile acalló a los confusos. Dicho pillaje estaba justificado por el bien de la comunidad.

La familia Deten tenía alquiladas unas cuantas casas para turismo rural. Que Mile supiera, cinco de ellas dentro del área urbana del pueblo. La mayoría de las casas las ocupaban gente trabajadora que habían venido de la ciudad en busca de un puesto. Trabajo que habían encontrado en el centro comercial. En una de ellas, Jason había encontrado el moisés amarillo, envuelto en plásticos y sin abrir. Le contaron que en aquella casa vivía una pareja joven. Koon y Merimé. Desaparecieron. Sus cuerpos no fueron encontrados en ninguna parte y nadie sabía si habían huido el día del cementerio o habían sido devorados. En la casa alquilada tenían una habitación totalmente decorada para un futuro bebé. Aparte del moisés de color amarillo, había otros enseres a estrenar: un carrito, una trona, un parque y algunas lámparas con elefantitos.

Todo de color amarillo.

Cuando Susanah necesitara algo de aquello, Jason regresaría a la casa.

El padre Mile oyó como el niño abría la puerta. Jason saludó a alguien. La voz tosca de un hombre murmuró una pregunta y lo que parecía una afirmación.

—De acuerdo. Le avisaré —finalizó Jason. Y cerró la puerta.

El padre Mile miró el libro que tenía entre manos. Lo abrió nuevamente por el capítulo que había empezado a leer un par de días atrás. Trataba sobre una pequeña

población del viejo continente. Durante el invierno de 1970, Pourrí dejó de ser habitable y desapareció, y con ella sus trescientos diez habitantes. Las casas y algunos edificios tales como la ermita de Santa Ágata, hecha totalmente en roca, estaban todavía en pie. Pero desde ese invierno de cuarenta y tres años atrás, las casas seguían deshabitadas. En algunos casos, los muebles habían sido retirados. Pero la mayoría de las viviendas continuaban amuebladas, como si, en medio de la vida cotidiana, algo misterioso se hubiera llevado a la gente. En una casa la mesa tenía la comida preparada, centro de flores incluido, flores marchitas desde hacía mucho tiempo. En otra, uno de los dormitorios estaba preparado para que alguien se acostara, con las camas prolijamente dispuestas y las zapatillas alineadas. En una de las tiendas de la localidad, se encontró sobre el mostrador una pieza de pan podrido y negro, y la caja registradora marcaba uno con veintidós. Los investigadores encontraron casi setenta monedas en el interior de la caja…

—Era el señor Prod —dijo Jason desde el corredor—. Me ha dicho que en media hora vendrán con un coche para cargar cosas.

—¿Saben que tienen que entrar por detrás?

—Sí, él mismo me lo dijo.

El padre Mile puso el separador de cartón por donde estaba leyendo y se levantó. Agarró con cuidado el moisés donde dormía Susanah y salió con ella al jardín.

Fuera, el aire era fresco y agradable. El vientecillo de la mañana portaba sal, recordaba al mar. El rectángulo de terreno con el que contaba la parte de atrás de la iglesia, constaba de un recortado murete blanco a media altura y una pequeña portezuela de madera. También un andén rojizo que llevaba hasta la puerta trasera de la iglesia.

El murete hacía a su vez de macetero. Algunos arrayanes y jóvenes cipreses comprendían la hilera que delimitaba el territorio.

En el lado derecho de la parcela habían dispuesto una mesa y unas sillas de recreo. Sita Perman, una de las desaparecidas maestras del pueblo, se las había ofrecido cuando cambió los muebles de su casa. Ella y Cristal Hoover, otra profesora y amiga, dejaron el pueblo tan pronto como todo se tornó en desgracia.

En la parte izquierda del jardín, la tierra estaba removida en el pequeño camposanto que pertenecía a la memoria histórica del pueblo. Se distinguían aún las marcas en el terreno excavado, de una veintena de lápidas que aún reposaban firmes y bien cuidadas. Era un cementerio honorífico de los primeros habitantes de Rotten allá por el año 1900. Personajes que tuvieron que ver en el nacimiento de la aldea.

Mile, como otros muchos, pensaba que simplemente eran inscripciones labradas

en mármol negro o granito, menciones a nombres remotos. Que no había nada enterrado allí en realidad. Pero Jason y él comprobaron que no era así. Algo yacía allí abajo, pues días después del alzamiento, una mañana, el niño le llamó aterrorizado para que le siguiera hasta allí.

Restos de huesos emergían de la tierra como en una película mala de terror. Insignificantes despojos asomaban en el suelo como débiles tallos arraigados buscando la luz. Lo que pudieron ser carpos, metacarpos y trozos astillados de fémures, resurgían. Incluso el medio cráneo de una tal Tiwintza Pulila, aparecía en la tierra moviéndose como un juguete con poca batería. Mile y Jason tardaron todo un día en limpiar el terreno de tan macabro descubrimiento.

El cura dejó el moisés con la niña sobre la mesa del jardín y cerró la capota para ocultar su carita de los rayos solares. La mañana auguraba un día espléndido. La barbacoa había sido una buena idea. Era un buen modo de reunir a la gente. Pasar un día agradable y aprovechar para sacar a relucir ciertos temas a debate que Mile, mejor que nadie, sabía que reconcomían por dentro a la mayoría de los aldeanos. Hacer que lo pasaran bien (que se ausentaran un poco del horror), y empezaran a pensar de qué modo iban a vivir de ahora en adelante.

Mile observó que no entraba ningún coche por la calle, por lo que atrajo una silla y se sentó para seguir leyendo.

El siguiente capítulo comentaba como a la gente de la zona le gustaba entretener a los turistas con la idea de que Pourrí estaba encantado; eso, decían, explicaba el hecho de que hasta entonces permaneciera vacío. Una razón más que plausible podría ser la circunstancia de que aquel pueblo se hallaba situado en un olvidado rincón de Francia, lejos de todas las carreteras importantes. Lo que resultaba enigmático en todas las personas de los pueblos adyacentes era su unánime renuencia —o incapacidad— para hablar de lo que podía (o no) haber sucedido allí. El propietario de la gasolinera más cercana era el testigo principal de la cantidad de hechos sobrenaturales que se venían dando alrededor de Pourrí con el paso de los años. Luces extrañas, voces en el viento, fantasmas en la carretera de entrada, un bosque donde desaparecían campistas curiosos y aparecían animales muertos… El propietario de la gasolinera terminó abandonando el negocio por culpa del extraño suceso al que los periódicos denominaron «Nube de mosquitos», en el cual perdieron la vida dos de sus empleados y varios clientes que habían parado a repostar. La infección se dio por…

El rugido de un motor retumbó por el acceso lateral. Mile vio aparecer una enorme camioneta azul. Esta giró y dio la vuelta hasta aparcar a pocos metros de la portezuela

de madera. Mile dejó el libro sobre la mesa, comprobó que la niña no se había despertado, y fue a recibirlos. André Prod y Matt Mane, inseparables hasta en los días de fiesta, bajaron del vehículo y se acercaron a la entrada.

—¿Qué tal, padre?

—Buenos días, chicos. —Mile abrió el cerrojo y les recibió con un apretón de manos.

—¿Dónde está la comida? —dijo Matt, jugando con los dedos de sus manos como si estuviera negociando.

Jason apareció al lado del padre Mile y el cura le indicó que esperara con Susana, mientras él ayudaba a aquellos hombres.

—La carne está preparada en la cocina. Pero las bebidas tenéis que ayudarme a sacarlas del sótano. —Mile les hizo un gesto para que le siguieran. Los llevó por un débil sendero, dejando a un lado a los cipreses y a otro, el camposanto de pequeñas lápidas.

—¿Se ha levantado algún muerto aquí? —preguntó Matt.

—No seas melón. No hay nada ahí debajo —contestó André.

—¿Y por qué está la tierra removida?

—¿La tierra? Por la lluvia supongo. Además, ahí no cabe una persona. Esto probablemente sean solo menciones a la gente del lugar, ¿no, padre? —cuestionó André Prod.

—La tierra removida es por los topos —contestó Mile.

—¿Ves?

—Pero los topos no… —insistió Matt, pero Mile le interrumpió para señalar la entrada a los sótanos.

—Tened mucho cuidado con las puertas. No podéis ni imaginar lo que pesan. Tened mucho cuidado al retirarlas.

Llegaron a un estrecho camino repleto de macetas con flores de todos los colores. Extensas enredaderas habían invadido aquel rincón del exterior del edificio. Dos grandes puertas de chapa verdes taponaban el suelo sobre una altura de dos ladrillos. El cura se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero. Quitó el candado y sujetó una de las agarraderas oxidadas.

—Escuchad, como os he dicho, pesan demasiado. Voy a dar un tirón y entonces vosotros metéis las manos para sujetar. Pero hacedlo con fuerza y tirad a la vez. O nos arrastrará hacia delante. Tirad fuerte en cuanto metáis las manos, ¿está claro?

—Pero, ¿y si no podemos? —relató Matt.

—Tú hazme caso y hacedlo como os he dicho para que no haya problemas.

—Venga, vamos allá —dijo André Prod.

Allí abajo olía mal. A humedad, a tapizados podridos. Había una especie de hedor ácido, como a mantequilla rancia. Se oyó un crujido como de… ratas, marmotas o sabe Dios qué bichos habían hecho agujeros en las paredes de aquel lugar. Humedad en todo el agujero.

Por tanto, la comida estaba fresca.

El camión salió de la calle tal y como habían acordado: despacio y sin hacer ruido. Sin embargo, cuando abordó la avenida el motor alemán rugió en todo el entorno y los árboles y el corazón del padre Mile vibraron con las ondas de sonido.

El runrún fue desapareciendo poco a poco y la paz y el silencio regresaron a la parte de atrás de la iglesia, donde el cura acariciaba la manita de la pequeña Susanah.

—Me gustaría subir y seguir jugando a la consola —dijo Jason, que había contemplado junto al cura que volvían a quedarse solos.

—Se acerca la hora de comer. ¿Qué piensas hacer?

—¿Usted no piensa ir a la barbacoa?

—Voy a quedarme aquí con ella —contestó, con una leve inclinación de cabeza hacia el bebé—. Quiero que esté tranquila y que descanse el máximo tiempo posible. Sabes que lleva días llorando, está destrozada. Caerá enferma de un momento a otro. Me da mucha pena verla así y prefiero que, por lo menos, duerma. Dormida, cuanto más tiempo, mejor. Tengo la esperanza de… —El padre Mile hizo una pausa para tragar saliva—. Bueno, yo prefiero que vayas a la barbacoa. Come, bebe y pásatelo bien con tu amigo. Diviértete un rato. Luego, cuando regreses, me cuentas qué ha pasado.

—Está bien, padre —contestó Jason, con la cabeza gacha.

—Ah, una cosa. Invita a dormir a Zackie, si quieres. Esta noche podréis estar con el videojuego hasta la hora que queráis.

Consiguió que emergiera de Jason una sonrisa, como tenía previsto. Ambos se abrazaron.

—Es usted para mí… como un padre —musitó Jason.

Mile no pudo sonreír, una extraña sensación le recorrió el cuerpo. Aquel abrazo era como una despedida.

Jason saltó el murete como un gimnasta y desapareció calle arriba diciendo adiós.

El padre Mile decidió que era hora de despertar a la pequeña y jugar un poco con ella. Le sujetó la cinturita y entonces notó el pañal duro e hinchado. Acercó la nariz y lo corroboró: estaba hasta arriba de pipí. Agarró entonces el asa del moisés para llevárselo dentro, pero lo pensó mejor. Un día como el que hacía, en el que el sol

bañaba el valle como en un día de primavera, era para disfrutarlo. Así que dejó a Susanah sobre la mesa y se dirigió hacia el interior de la iglesia en busca de la bolsa de gasas, pañales y cremas. Una bolsa amarilla, por supuesto. Al entrar y no encontrarla, recordó que aún no había bajado la bolsa de la habitación, así que regresó al jardín a por la niña para no dejarla sola allí abajo.

El perro la estaba mordiendo.

Al ver aquella imagen tan de repente, Mile se sintió morir. Sus fuerzas se desvanecieron y su cuerpo se volvió de trapo. Ni siquiera podía apretar los puños con fuerza. Flacidez en sus músculos, de repente. Los ojos se le nublaron y sintió una fuerte punzada en la cabeza.

«¿De dónde ha salido el perro, Dios de mi vida?».

La toca de encaje rosa aparecía ensangrentada y en el suelo. El perro metía la cabeza una y otra vez en la capota y se perdía en ella. Nehemías Mile lo comprendió todo de repente. Este era el fin. La conclusión de su papel en esta historia. Historia de locos. El fin de todas las cosas. Había venido aquí, a un pueblo perdido de la sierra, y aquí descansarían sus restos. Subiría por el sendero eterno, en un bonito día de sol como pocos, desde que había vivido allí. Desde el primer momento en el que le encargaron que cuidara a Susanah, supo que su destino estaba ligado al del bebé. Sin ella moriría. Con ella moriría. Nehemías Mile no podía soportar por más tiempo aquella escena de horror y corrió gritando hacia el perro, el cual parecía haber perdido el sentido del oído pues no reparó en su presencia.

Nehemías Mile agarró a Mira del cuello y se tiró con ella al suelo. Aunque el perro le mordía una y otra vez las manos, el cura, desvinculado ya de toda fe, no soltó al rabioso animal y continuó asfixiando aquella cabeza llena de pelos y sangre. Luchó mirando el cielo azul sin nubes, intentando olvidar el dolor de las mordeduras del perro. Tratando de colocar las manos bajo el hocico para levantarlo y apartarlo de su vientre.

Súbitamente, experimentó un profundo dolor. Tenía el traje hecho jirones. La sangre bajaba por los pantalones de Mile como un río. Empujó hacia delante y hacia atrás para apretar con más intensidad la cabeza del perro. Apretó, apretó y balanceó el cuerpo del animal con todas sus fuerzas. El odio le daba brío y tensión a los músculos de sus brazos. Apretó, apretó y apretó, mientras lloraba y gritaba el nombre de la niña. El llanto de algunos hombres apenas se oye, pero el de Nehemías Mile era como el de un crío al que le habían roto su mejor juguete.

Cuando el perro dejó de moverse, el cura apretó más. Y cuando pasaron unos segundos más, dio un último apretón. Luego, fue hacia el cobertizo, cogió una pala y

la usó para cortarle la cabeza. Mientras tanto, se sorprendió a sí mismo recordando cómo se suicidaban los chinos en la antigüedad. Era un suicidio barato. Ingerir un kilo de sal.

—Menuda cosa estoy pensando. Menuda, menuda, menuda… —dijeron sus labios.

No quiso tocar el moisés. Lo miró por un instante, pero no quiso asomarse. ¿De qué serviría? Eran las doce y media cuando Nehemías Mile vio el sol por última vez. Se apartó y entró en el edificio desconsolado. Era curioso cómo las personas, antes de morir, cuestionaban su credo y rezaban para ser salvados y bien recibidos en el Reino de Dios. El padre Mile pensaba todo lo contrario. Sin armas, la sal era lo único que le quedaba.

La barbacoa

Jason dejó atrás la iglesia y avanzó hacia la calle solitaria. El entorno era bastante tenebroso. Pese a tener sol en lo más alto y estar bastante iluminado, la soledad —en ausencia del canto de los pájaros—, era agobiante. El niño salió a la siguiente calle y dio con el mismo panorama. Una de las razones por la que no le gustaba andar a solas por el pueblo, era el impacto que suponía encontrarse tan solo en un lugar en el que siempre había visto a gente deambulando por las calles, desde que tenía uso de razón.

Jason era muy de hablar con todo el mundo. Le encantaba estar acompañado y charlar, incluso con los mayores que se cruzaba. Odiaba que no le saludaran, un simple «hola» bastaba. Pero, sobre todo, odiaba no tener a alguien a su lado al que poder decirle lo que estaba pensando en estos momentos. Tenía la sensación de estar soñando o de estar inmerso en una de esas películas apocalípticas que tanto le gustaba ver a su madre cuando iban al cine. Cuando vivía. Cuando todo era normal. Cuando…

Jason se paró y miró al fondo de la avenida. Las hileras de casas se extendían en ambas direcciones. Hacia el final estaba el bosque de abedules. En esta época del año, la tonalidad de sus hojas variaba con cada rama y en sus innumerables brazos, las podías encontrar de diferentes tipos de verde y marrón. Jason imaginó por un momento que estaban rodeados y que, como en aquella película que tantas pesadillas le dio, las ramas de los árboles cobraban vida. Se balanceaban como tentáculos independientes y acechaban hasta encontrar su manjar. Su madre le había enviado a dormir antes de que terminara aquella película, pero Jason tuvo ocasión de ver cómo unas ramas inmundas violaban a una de las chicas en el bosque.

Las casas estaban cerradas a cal y canto. Jason había estado con los hombres del pueblo, ayudando a comprobar el interior de algunos de aquellos hogares que ya no tenían dueño. Después, iban cerrando puertas para que nadie se colase dentro. Las casas blancas a un lado, las de color crema a otro, mostraban ahora suciedad en la mayoría de sus fachadas. Paredes y ventanas adornadas de un color grisáceo, que

representaban abandono.

Volvió a mirar al fondo hacia los abedules y reparó en la valla que salvaguardaba sus vidas. Aunque alguna vez habían aparecido muertos vivientes por ese lugar, que él supiera, ninguno había llegado por otro lado. Aquella parte estaba vacía ahora. No había nada tras la valla metálica. Sin embargo, tenía la sensación de estar siendo observado.

Atravesó otra de las calles por la pequeña separación que había entre las casas y salió a otra calle. Miró al fondo. Nada. Nada tras la valla. Nada en la avenida. Otra calle. Nadie. De la siguiente calle sí se había apoderado un rumor en el aire. Giró a la derecha y subió por la acera donde el vientecillo hacia bailar a la arena y a una bolsa de plástico sin publicidad. Dejó a un lado un pequeño parque que daba paz a tanto ladrillo, y lo bordeó. No quiso entrar. Olía mal. Tuvo la sensación de que allí le aguardaba algo. Pero, por supuesto, no iba a entrar solo. Probablemente, ni acompañado.

Corrió sin mirar atrás y cuando llegó al aparcamiento del centro comercial, vio a la gente del pueblo. Aún olía a podrido.

Drew Cassy pasó buena parte de aquella mañana de víspera de un espléndido día, repasando los detalles para que todo saliera bien. Drew dijo a su nueva amiga Candi, que la recogería temprano. La acompañaría al colegio situado en la plaza del ayuntamiento, donde habían quedado todas las mujeres para preparar la comida. Allí hablaron de muchísimas cosas. Ambas sintieron que se conocían de toda la vida. Habían intimado ya en la cantidad de citas nocturnas que habían tenido en el ambulatorio mientras jugaban a algunos juegos de mesa con Nelson, Mitch y Ben. Pero aquella mañana, habían terminado por congeniar al cien por cien. Tomaron café, tostadas e incluso un sorbito de aguardiente con anís y azúcar. Durante aquel desayuno se habían mofado de cantidad de situaciones y comportamientos de los hombres. Además, como dijo una señora regordeta en el comedor, ambas se parecían físicamente. Dos mujeres rubias, pasados los cuarenta y no muy estropeadas. «No *demasiado* estropeadas, señora», contestaron entre risas. Drew y su inseparable sombra de ojos esmeralda. Candi y sus intrigantes ojos negros. Los mismos gustos. Las mismas preocupaciones. Lo mejor: que deseaban lo mismo en un hombre. Lo peor: como era de prever también había diferencias. Algunas tan importantes como el número de relaciones que habían tenido. «¡Tú sí que has vivido la vida!», se le escapó a grito pelado a Candi. Más risas. Candi, al principio, se sintió desubicada. Pero poco

a poco, y gracias al buen rollo entre Drew y ella, pudo olvidarse de quién era y de dónde venía.

Las dos estaban preparando los manteles.

Tenían enormes rollos de papel, de más de un metro, que habían traído unos chicos de la ferretería, y de los que ellas iban cortando sendos trozos ajustados al tamaño de cada mesa. Una de ellas lo sujetaba, la otra lo fijaba con pinzas. Aún quedaban mesas por colocar. Las había de todos los tipos: mesas de playa, de salón, de hierro forjado, camillas, escritorios e incluso pudieron ver una mesa de maestro. Todas ellas amontonadas junto al camión de mudanzas que habían utilizado para el transporte de mobiliario.

El lugar que el Consejo había creído idóneo para celebrar la barbacoa era un enorme espacio abierto junto a un aparcamiento situado al final del pueblo. Gran parte del terreno era observado por el enorme centro comercial que se erigía al otro lado de la calle. Con la ayuda de los hombres, las mesas se fueron colocando en filas o en grupos de cuatro. Las más pequeñas, y algunos pupitres, se utilizaron para colocar bandejas, platos, vasos, bebidas y garrafas con agua. Muy cerca de todo ello, junto a las farolas, dispusieron los hornillos y las barbacoas. Bombonas en las más sofisticadas y un par de ellas de latón. Y, por supuesto, una pila de sacos de carbón.

Aún era temprano, pero iba apareciendo gente. La mayoría venía andando y aparecían de entre las casas como nómadas que han encontrado un oasis. Al ver tanto revuelo, la felicidad conquistaba sus caras y se unían a la organización con apremio los más activos. En cambio, las personas mayores se sentaban directamente en las mesas y esperaban ser servidos. Al principio, la inquietud permanecía en sus rostros y miraban a cada lado del llano esperando ver algo raro, pero poco a poco se fueron soltando y conversaban con sus vecinos, como en un día de fiesta.

Drew criticaba a aquellas mujeres por su predisposición a que se lo dieran todo hecho. Candi lo veía normal: eran señoras de más de sesenta años que a poco aspiraban ya. Y si sumábamos lo que le había ocurrido al mundo, solo quedaba en ellas, miradas llenas de temor y desconfianza. No pegaban nada como supervivientes en un mundo dantesco y enloquecedor lleno de seres en buscaban sangre. La tercera edad era carne fácil para la bestia. No tenían oportunidad alguna. Nada que hacer, contra las criaturas de las que Candi se había librado en el accidente de tren. Ahora, lo único que les quedaba era arremolinarse formando grupos y murmurando por lo bajo sobre lo que ocurría a su alrededor.

Sus esposos lo llevaban mejor. Los hombres tenían la habilidad de librarse rápidamente de todo espanto y buscaban algo que hacer o preguntaban cómo podían

ayudar para sentirse útiles. A la gente le encantaba la idea de sentirse en familia. Pasarlo bien y olvidarse de todo al menos por un día. Dicha frase había sido utilizada por el Consejo en la octavilla que habían impreso y que habían repartido anunciando la celebración de la barbacoa.

Sin embargo, Drew le había comentado a Candi que el verdadero motivo no era ese.

El Consejo estaba formado por Drew Cassy, Samuel Day, Berta Aure, John Middles, el padre Mile y el viejo Tinny. Poco después de lo que denominaban «El Día del Cementerio», la gente se había reunido en la iglesia para rezar. Sus almas se encontraron, de la noche a la mañana, fuera de lugar. Solo les quedaba Dios, contó Drew. Decía que hasta ella se vio a sí misma asistiendo al centro religioso en busca de alguna respuesta. Nadie entendía qué había pasado y por qué los muertos se habían levantado de sus tumbas en Rotten. Por qué atacaban a los vivos. Y lo peor: por qué estaba empezando a ocurrir en todo el país. Drew contó a Cassy que vio a un señor que había muerto semanas atrás, llamando a la puerta de su casa.

Le puso los pelos de punta.

Se encontraban en apuros, pero… ¿Cómo explicarlo? En aquel pueblo no había laboratorios que hubiesen dejado escapar algún virus; no había caído ningún meteorito, el gobierno no hacía pruebas con sus aldeanos… Sin embargo, la sensación era que todo había empezado allí. Por alguna extraña razón. Tampoco supieron a quién solicitar ayuda: los máximos dirigentes, tanto el alcalde como el jefe de policía, habían muerto en el altercado. Incluso, el musculoso ayudante y alguacil Sung.

Fue entonces cuando surgió la figura de Samuel Day. Un ex policía que había buscado su lugar de retiro en la sierra y que apareció entre todos ellos con planes en mente. El tal Day no quiso tomar las decisiones por su cuenta, era bastante democrático. Y menos sin ser oriundo de Rotten, como él había expuesto. Samuel Day solicitó crear un Consejo y de este modo se tomarían las futuras decisiones por el bien de la comunidad. Drew se acercó a Candi y dijo en voz baja:

—El verdadero motivo de la barbacoa es hacer que la gente lo pase bien, sí. Pero lo peor de todo es que apenas nos quedan suministros. Se está hablando de una semana, como mucho. Tenemos un problema.

Junto a ellas, sentado en una silla de ruedas estaba Nelson. Llevaba puesto un batín de hospital azul y, de cintura para abajo, estaba vendado por completo. Nelson no se había olvidado de nada. En su sillita de ruedas miraba a las montañas como si pudiera

perderse en ellas, y se preguntaba si algún día podría volver a andar.

Prestia, la enfermera, era una chica encantadora. De su edad. En sus ojos azules podía ver el diagnóstico: «No volverás a andar, chico». Le llamaba *chico* tal vez para alejarse de él. Del apego que había nacido entre los dos, pero que ninguno necesitaba. Sabía que Prestia tenía miedo de darle aquel dictamen, una y otra vez le recordaba que no era médico, ni siquiera enfermera. Era estudiante de enfermería, y ya ni eso. Prestia era maravillosa, pero a sus veintiséis años era demasiado reservada. Probablemente, una chica con su comportamiento no tendría novio. Ni lo necesitaba. Cuando se quedaba a solas en la habitación con Nelson, era simpática, agradable, abierta… Pero delante de los demás, Nelson se convertía en un mero paciente para ella. Un chico con problemas al que solo podía curar con vendajes y antisépticos.

Nelson quería saber más de Prestia. Indagar en la vida de los demás era lo que a Nelson más le gustaba hacer. Su trabajo había consistido durante años en hacer preguntas indiscretas mientras echaba las cartas a la gente. Ellos siempre contestaban, pues para eso llamaban a las líneas telefónicas de pago. Nelson le había contado a Prestia en qué trabajaba. Qué hacía en la vida antes de la pesadilla, y a ella se le escapó una sonrisita. Prestia no creía. Para no molestarlo, le había echado la culpa a que había desarrollado más la parte racional de su cerebro, gracias sus estudios de ciencias. Aquello, en otra situación, hubiera enervado a Nelson y hubiese sacado lo peor de él. Lo suyo también era *ciencia*.

Pero aquella chica era su única amiga de momento. Confiaba en ella. Prestia era lo único que le distraía del infierno. La persona que le ayudaba a no pensar en la mierda en la que se había convertido su vida. Una vida sin piernas. Nelson recordó la dulce mirada de Prestia, su fugaz sonrisa, y deseó verla una vez más. Jamás había sentido algo parecido por una mujer… Prestia. Prestia. Prestia.

Su amiga.

Nelson era muy directo. Para trabajar en televisión no tenías que tener ninguna vergüenza. Fue un buen consejo. Nelson se lo había dicho a Prestia durante una de las curas y ella se había reído una vez más. Pero era cierto. La televisión no era un mundo temeroso de Dios. Para una persona como Nelson, aquello era un considerable dolor de cabeza. Dios guiaba sus pasos desde que nació. Estaba seguro. A través de él, la gente podía saber sobre su futuro. Nelson tenía visiones. Había venido al mundo para ayudar a los demás con los mensajes que el Creador le transmitía. Gracias a su desarrollado subconsciente estaban en contacto. La abuela de Nelson lo repetía constantemente: «Tenemos línea directa con Dios». Nelson recordaba claramente cómo la gente iba a casa de su abuela y atravesaban aquel angosto pasillo que olía a

rosas. Decenas de conocidos (y otros no tanto) en busca de respuestas para encontrar la tranquilidad. Deseando poder expulsar el desasosiego de sus vidas. Como si aguardaran en un hospital los resultados de unas pruebas.

Nelson era uno de los elegidos por Dios. Por la Virgen. Su abuela lo decía. Le enseñaba a canalizar sus mensajes. Debía utilizarlos para ayudar a los demás. Su abuela le enseñó a hablar con su madre, después de que ella muriera. Le enseño a no tener miedo de *ellos*. A caminar por la línea de lo increíble todos los días. A ver siempre el lado bueno. Le enseñó a ver la naturalidad de la muerte en la vida… Pero Nelson había elegido el camino equivocado. Había ganado dinero con su don y por eso Dios le había castigado. Había castigado a todos.

«Nelson. No puedo guiar tus pasos. No tienes pies con los que darlos», oyó en su cabeza.

John Middles recogió la nota del suelo y la leyó:

Lau y yo estamos en la puta barbacoa.

Terens.

Volvió a la calle y subió en la moto. La había dejado con el pie puesto y con el motor en marcha. Abandonó la calle pensando en Terens y en la oscuridad que envolvía al chico. Llegó a la calle principal y fue a velocidad reducida por la amplia avenida que atravesaba el pueblo, observando el panorama a su alrededor. No le dio tiempo a pensar mucho más cuando llegó a la glorieta, la bordeó y salió al lugar donde estaban todos.

Aparcó la moto junto a una de las farolas del aparcamiento y caminó hacia las mesas.

Durante unos instantes estuvo admirando la rapidez con la que se había levantado aquel festejo. Muchos de los que allí estaban trabajaban en algo y se comunicaban con sus vecinos bajo la cálida luz del sol. Todo hacía presagiar de un día maravilloso para el recuerdo. Middles buscó con la mirada a Laurel-Ann. La encontró junto a sus tías Julia y Maia, gemelas, sentadas a una mesa. Preparaban lo que parecía un enorme barreño con ensalada.

Mientras Middles se dirigía allí, Berta Aure se le adelantó y, al verle, le llamó con el dedo. Laurel-Ann le dio un cuchillo a la señora Aure, y esta le dijo algo a la joven que le hizo sonreír.

—Buenos días a todas, menos a una —dijo Middles, sujetando a Laurel-Ann por los hombros.

—Vaya, ¿te has caído de la cama? —cuestionó Laurel.

—¿Sabes hacer una ensalada, John? —bromeó Maia—. Porque aquí parece que ningún hombre sabe cocinar.

Tenía una enorme bandeja de patatas bajo ella y estaba cortándolas a tiras.

—Señora tía, Middles aprende rápido. Dígame cómo y lo haré con mucho gusto —dijo John y empezó a remangarse la camisa.

—Ji, ji. No, déjalo. Y no llames *tía* a mi hermana, que nos haces sentir mayores —replicó Julia—. Además, el señor Day estaba preguntando por ti hace un momento.

—Sí, tenemos que reunirnos, John —aclaró Berta Aure.

—Está bien —musitó Middles—. Oye, Laurel-Ann, no veo por aquí a Terens.

—¿Buscas a Terens Rodríguez? —cuestionó una de las gemelas.

—Dijo que pasaba de venir —alegó Laurel-Ann. Ella y su tía Julia habían empezado a volcar una lata de atún sobre el barreño. Las dos se defendían bastante bien con el peso de la lata. La joven echó más aceite y empezó a removerlo cuando su tía le indicaba.

—Necesitamos más huevos —dijo Maia.

—Voy yo —dijo Berta Aure, y se marchó hacia el fondo de las mesas.

—Me dejó una nota. Decía que estaba aquí contigo —dijo Middles—. Bueno, quizás venga más tarde.

—Espero que sí —dijo Laurel-Ann—. Y si no, cuando termine esto, me acercaré a ver qué tal.

—Está lejos. Yo voy un momento en moto y lo recojo.

—¿Has venido en moto, John?

—Odio andar —alegó John Middles—. Y estoy mal de una pierna… Mira.

Middles anduvo de un lado para otro imitando a un cojo. Lo hacía muy bien. Las mujeres rieron.

—Qué socarrón que estás hecho —rio Maia.

—No, en serio. Ahora dentro de un rato me acerco, ¿ok? —dijo a Laurel.

Berta Aure volvió con una fuente de huevos entre sus brazos. Decenas de huevos duros y sin cáscara.

—Tomad, aquí tenéis. Vamos, John. Nos espera el Consejo —dijo Berta.

El capitán de las fuerzas armadas, Mitch Wailer, no había confiado tanto como Candi en la gente del pueblo.

Aceptaba y agradecía que los hubiesen acogido. No sospechaba nada extraño de

ellos. No había ninguna maldad en aquellas personas que intentaban aislarse del miedo celebrando fiestas y procurando defender su tierra creando empalizadas con vallas metálicas. Pero Mitch era capitán del ejército, pertenecía a la 5ª Compañía de Apoyo de la Sección de Armas del Tercio de Infantería y lo que para muchos era un trabajo, para él era su vida. Se podía decir que Mitch había abandonado a su familia por un sueño. Y ahora, de la noche a la mañana, había perdido las dos cosas.

«¿Por qué no tenemos noticias de Comandancia? ¿Por qué nadie viene a buscarnos?».

Mitch Wailer estaba apoyado en una de las mesas. Nelson estaba a su lado, pero ambas mentes estaban a decenas de kilómetros la una de la otra. Mitch tenía un debate interior muy fuerte. Su mujer y sus hijas estaban en Vany, su lugar de residencia. Solo sesenta kilómetros al norte de donde se encontraba en este instante. Mitch dirigió su mirada hacia la carretera del fondo, la que dejaba atrás Rotten y subía entre los árboles y el puente hacia las montañas. Por ella había entrado una tarde con su familia para ir a ver una película en el recién estrenado cine del centro comercial. El edificio ahora estaba cerrado a cal y canto, y sus cristaleras negras brillaban con el sol.

La idea era muy fácil. Solo tenía que decir a todos que se marchaba. Que le prestaran un coche, y él solo subiría por aquella carretera, atravesaría el puerto y seguiría hasta el siguiente pueblo (que si no recordaba mal era Gregory: el más grande de todos los pueblos de la vía verde).

Antes de entrar en él, hacia el este, estaba la salida hacia Vany. Y hacia el oeste se llegaba a… No lo recordaba.

Mitch había vivido toda la vida en la ciudad hasta que se casó con Robie y vinieron las gemelas. Robie había nacido en Vany, pero salía los fines de semana con sus amigas en la ciudad. Aprobó el carné de conducir a muy temprana edad y su madre le había regalado un coche. Robie y Mitch se habían conocido en la discoteca EdeN, muy famosa en aquellos años. Así había empezado todo. Y cuando ella se había quedado embarazada, la madre de Robie les había ofrecido vivir en el pueblo. Mitch, por entonces, estudiaba en la escuela de suboficiales y veía bien que Robie y las niñas tuvieran compañía. Él tenía que pernoctar por un tiempo en la escuela así que…

Fue una buena época. Con muchas puertas abiertas para que todo saliera bien.

—Eres un tío serio —dijo Ben Respibi, a su lado. Le estaba ofreciendo un cigarrillo.

—Deberías saber ya que no fumo —negó Mitch.

—Te lo habré ofrecido cientos de veces, ¿no? Perdón, es la costumbre —Ben

Respibi marcó aquella mini sonrisa tan característica en él. Luego, encendió el cigarrillo que tenía en sus labios y aspiró una fuerte bocanada de humo—. Dime, Mitch: ¿cuándo piensas largarte?

Mitch lo observó durante unos segundos. Pero no dijo nada.

—Sé que tienes mujer e hijas, me lo ha dicho Candi. Es normal que quieras ir en su busca. Yo, en tu lugar, ya no estaría aquí. Candi me dijo que vivías en Vany. He estado muchas veces allí, ¿sabes? En las oficinas de la Protectora Gunesque, en la calle Serote, ¿puede ser?

—Apenas conozco el pueblo. Únicamente, vivía allí.

—Ah, bien. —Ben Respibi miró hacia el lugar de donde Mitch no podía apartar los ojos: la carretera de las montañas—. Se va por ahí, ¿no? Debe ser una especie de prueba para ti estar aquí sentado a las puertas de tu destino.

Mitch asintió.

—También lo es para mí —continuó Ben—. Ese lugar es como una puerta al pasado. Por ahí regresé yo el día del cementerio.

—He oído que eras vigilante de seguridad.

—Cierto. Trabajaba en…

Ben

El jefe de seguridad, a cargo de la línea de emergencia de la unidad de defensa civil de la Presa de Negro Eagle, era Ricardo Morony.

Ben Respibi había hablado con él días antes y ahora seguía el itinerario que le había sugerido por teléfono hasta llegar al pequeño puente de piedra. Eran casi las cinco de la madrugada. Noche cerrada. La puerta del maletero traqueteaba y el indicador le marcaba que no todas las puertas estaban cerradas. Pero por nada del mundo iba a parar allí, en pleno campo, para comprobar cuál de las puertas del coche estaba abierta.

Llegó hasta el cruce donde estaba la roca pintada de rojo y cogió el sendero tras ella. A unos cincuenta metros, dio con el puente.

En un primer momento, creyó que su monovolumen no cabría por debajo de aquel mazacote de piedra. Miró el reloj del coche y vio la hora. Llegaba tarde. Le habían dicho que normalmente en aquel servicio, los relevos se hacían con una media hora de antelación. Al ser su primer día, tenía la excusa perfecta para llegar tarde: no encontraba el camino.

Ben pulsó el botón que recogía los retrovisores laterales e hizo que el vehículo avanzara lentamente hacia el arco. Pasó por debajo del puente en ruinas y miró con precaución a su alrededor. El coche cabía justo. Si se calaba allí, ni siquiera podría salir por las ventanas.

Cuando se fue acercando a la salida, aceleró al salir para abandonar, de una vez por todas, aquella situación tan agobiante. El camino se despejó de construcciones al otro lado. Descubrió un débil brillo en la oscuridad de los árboles a la izquierda, lo que supuso que era el reflejo de la luna sobre el río. La carretera de tierra llevaba hasta una cancela abierta y sin cerrojo. Al pasarla, notó cómo el camino ascendía bruscamente hacia un enorme edificio en la base de una presa.

Se escuchaba el rumor del agua.

Antes de llegar a la entrada, reparó en un pequeño aparcamiento a su derecha.

Había dos coches: uno grande y amarillo, y otro, pequeño y azul. Ben aparcó en el hueco siguiente y tuvo la sensación de que le estaban observando. Cuando bajó del coche, abrió el maletero (que no había cerrado bien) y recogió su macuto.

Sobre el dintel del enorme edificio aparecía la inscripción con el año 1953. Probablemente, cuando se construyó la presa. Llamó al portero automático y la puerta vibró, esperando ser empujada. Ben observó la cámara de seguridad sobre su cabeza y saludó con la mano. Una vez dentro, se dirigió hacia el ascensor, no sin observar las enormes tuberías azules y verdes por donde rondaba agua en movimiento. Calculó que dentro de ellas cabría un hombre de estatura normal de pie. Eran inmensas. Nunca había visto nada igual. Laberínticamente, jugaban entre los ladrillos viejos y las telarañas, y se perdían hacia lo más profundo entre el olor a humedad.

«Ya tendré oportunidad de explorarlo», pensó Ben.

Al salir del ascensor, la cosa cambió. Las puertas se abrieron y encontró un rellano que dejaba a la derecha unas escaleras de mármol que bajaban hacia la oscuridad de un piso inferior que no constaba en los botones del ascensor.

El suelo del rellano en el que se encontraba era parqué y brillaba. Alguien había pasado la mopa recientemente. Las paredes del pasillo eran frontales de aluminio lacado. Contenían puertas hacia distintos departamentos, con plaquitas con nombres en cada despacho.

La luz del pasillo se encendió en cuanto él dio un paso adelante. Sin embargo, cuando anduvo unos metros más, pequeños focos eléctricos que se dispersaban por el techo a modo de zigzag bajaron de intensidad. Ben pudo ver a alguien en la sala de enfrente. Cómo se giraba y le hacía una señal para llamar su atención. Ben continuó, no sin reparar en la máquina de café, refrescos y pasteles que se escondía en uno de los recovecos del pasillo.

—¿Qué tal? Soy Reini —dijo el vigilante.

—Hola, Ben Respibi. Tu relevo.

Reini era más alto que él. Delgado, con el pelo largo y rizado, y recogido con una gorrilla roja. Sus gafas de aumento, sus orejas agujereadas y el libro que tenía entre manos (*Fantasmas*, de Dean Koontz) delataba alguna de sus inclinaciones. Sus ojos mostraban esa mirada de desconcierto que tienen las personas en horas en las que todo el mundo debería estar durmiendo.

—¿Has estado aquí alguna vez? —preguntó Reini.

—No.

—Ah, vale. Mira, es un servicio muy tranquilo. Estarás de puta madre. Aquí puedes hacer lo que te dé la gana. Ahora te enseño el CCTV y cómo funciona. Mira,

puedes estar sentado o rascándote los huevos toda la noche, pero si viene alguien de la empresa hidroeléctrica procura estar despierto, porque tienen llave y suben sin avisar. Si puedes, intenta ocultar este tipo de cosas. —Reini le mostró el libro—. La gente es muy cabrona y larga por la boquita lo que no te puedes ni imaginar. Por cierto, ¿tienes la licencia? Debo verla.

Ben sacó de su cartera la licencia de armas y se la mostró. Reini casi la leyó en voz alta. Luego, asintió con la cabeza.

—Ok, ven por aquí. Ya que estamos, hacemos el relevo del arma.

Reini salió al pasillo y giró hacia la derecha. Ben le siguió atento a todo lo que le rodeaba. Reini acarició uno de los interruptores del pasillo y este se iluminó por completo. Había bastantes módulos de oficina en el ala oeste. Todas las puertas estaban cerradas y cerradas con llave. Llegaron a la puerta del fondo, en cuya entrada había un dispensador de agua. Reini entró en el cuartucho y sacó una llave para abrir una caja de metal que había colgada en la pared. Ben vio el revólver reglamentario.

Reini le ofreció la llave y dijo:

—Si quieres, puedes llevarla encima, aunque lo suyo es que esté aquí —dijo refiriéndose al arma—. Como quieras, pero a la hora del relevo… Mira, ya sabes.

—Sí, no te preocupes.

Reini podría tener unos diez años menos que él. No obstante, le hablaba como si fuese el primer día de Ben. Normalmente, cuando dos vigilantes vestidos de uniforme se cruzaban, ambos reparaban en sus respectivas placas. El número indicaba la antigüedad. Reini no parecía haberse percatado de que le sacaba casi sesenta mil números. Cuando Reini aún estaba en el colegio aguantando las burlas de los demás, Ben ya pasaba noches en vela para ganarse un sueldo.

Pero no dijo nada. Asintió con seriedad a cada comentario, e incluso le agradeció el repaso de sus deberes. Únicamente le soltó algún: «No te preocupes», para que no se excediera demasiado en su labor.

Reini comenzó a cambiarse de ropa en el cuarto del arma. Ben cogió el revolver con la funda y se lo colgó en el cinturón. Sacó el arma y comprobó que no estaba cargada. Se ajustó la porra al otro lado del cinto y fue hacia el departamento principal.

Todas las cristaleras de la habitación miraban a la presa. Ben se inclinó sobre una mesa y miró hacia la oscuridad. Poco pudo ver. Aunque, por deducción, podía asimilar las formas del entorno que había bajo sus pies. Lo que mejor se veía era la parte iluminada de las farolas que cruzaban la presa. Unos minutos después, cuando amaneciera, el paisaje iba a ser bello de cojones. Ben sacó libreta y bolígrafo del bolsillo de su camisa y apuntó el nombre de su cámara de fotos para no olvidarse de

traerla a día siguiente.

Reini apareció al poco tiempo.

—¿Sabes usar el CCTV entonces? —Venía con pantalón vaquero y una camiseta de mangas largas negra que mostraba en letras grandes dos palabras: BE FRIKI.

—No te preocupes.

Ben miró hacia el panel de televisores y se acercó al teclado del circuito cerrado de televisión. La imagen de la pantalla se dividía en doce partes enumeradas en orden. Cada una de ellas mostraba una zona diferente del recinto.

—Las luces de fuera… ¿son automáticas? —preguntó Ben.

—Se encienden y se apagan solas, sí.

—Mejor.

—Bien. Me largo, entonces. Mañana… Uy, mañana digo. Hoy, a eso de las cuatro y media, vendrá tu relevo. Se llama Logso. Es un tío ancho y fuertote, con barbas blancas. Ten cuidado con él, es muy bromista. —Reini se cargó su mochila al hombro y agarró una revista de videojuegos que había en uno de los muebles. Luego se dirigió a un tablón que contenía hojas de papel apuntaladas con chinchetas.

Y un teléfono.

—¿Hay que dar la novedad cada hora? —preguntó Ben.

—Correcto. Perdón, se me olvidaba. Aquí está el número de la Central. —El friki señaló el tablón con el dedo—. Y en esta hoja de aquí apunta tu número de móvil. Supongo que cubrirás el hueco de Kenny…

—La verdad es que no lo sé.

—Tenía mujer e hijos. Llevo seis meses aquí nada más. Apenas le conocía. Para Logso y Aurora sí ha sido un palo gordo. Por cierto, no les gusta hablar del tema…

—¿Es cierto lo que cuentan? —preguntó Ben, rascándose la perilla.

—¿Lo de la vaca?

—Sí —Ben lo había oído en la radio. Un vigilante de seguridad llamado Ken Bova de Old&Young Security había muerto de camino al trabajo. Una vaca se había cruzado en su camino a altas horas de la noche y le había destrozado el coche. Ben había estado pensando en las extrañas casualidades de la vida. Días antes, había echado una solicitud de empleo en esa misma empresa de seguridad. Egoístamente, pensó que, con un poco de suerte, le llamarían para cubrir ese puesto. Aunque caviló que, seguramente, ya hubiera candidatos en espera antes que él.

Pero le llamaron. Ben miró al friki y luego al reloj sobre su cabeza. Habían pasado diez minutos desde que había entrado. Reini estaba echando horas de más y el nerviosismo se podía ver en sus patitas de pajarito.

—Una vez dejas la carretera nacional, todo lo demás es campo —contó el friki—. Quién sabe qué nos podemos encontrar en mitad de la noche. Mañana te puede pasar a ti… Lo dicho: me piro. Buen servicio. No se te olvide dar la novedad y rellenar el parte.

Reini se despidió con la mano y desapareció por el pasillo hacia el ascensor.

Ben fue hacia el teléfono y marcó el número.

—¿Central? Buenas noches, 8076 inicia el servicio sin novedad.

Observó el cuadrante con atención y vio los nombres del equipo de seguridad de la presa. En la hoja aparecían los nombres de Aurora Rose, Galen Logso, Ken Bova, Ricardo Pinto, Mimi McCoy y Reinaldo (tachado y escrito a bolígrafo: «Reini») Isaacson. Ben puso su nombre debajo y su número de móvil junto a un tal «R.M (JS)» también escrito a bolígrafo.

Regresó hacia la mesa y contempló cómo el horizonte se aclaraba. Un incrustado color añil iba mordiendo la claridad a paso lento. Ben se acercó a un viejo radiocasete que había enchufado bajo los ventanales con la antena algo caída, y lo encendió. *Maybe tomorrow*, de Stereophonics, inundó el silencio del departamento. Le encantaba aquella canción. Era ideal. Necesitaba un café para alcanzar la perfección. Y, sobre todo, para reactivarse.

Ben percibió movimiento en la pantalla del CCTV y contempló cómo una de las cámaras mostraba a Reini montando en su coche. No escuchó sonido alguno, pero las luces rojas traseras del coche amarillo le mostraron que había arrancado. Unos segundos después, las luces del otro coche, también se encendieron. Al dar marcha atrás, en el coche pequeño y azul, vio la silueta de una chica pegada al volante. Ben imaginó al friki y a su novia haciendo guarradas dentro de la cabina donde se encontraba ahora. Sabía de gente que se jugaba el puesto haciendo cosas así. Las horas muertas del trabajo de vigilante podían dar para mucho.

Fugazmente, los coches atravesaron la carretera. La siguiente cámara los captó atravesando la entrada principal donde ambos se pararon, sus ocupantes bajaron y luego se besaron. Volvieron a sus vehículos y desaparecieron, uno tras otro en dirección al puente viejo.

Ben cantó a media voz un poco de la canción que seguía sonando en la radio:

—*So maybe tomorrow... I'll find my way... ¡Hooome!*

El cantante de aquella canción se deleitaba al final de ella arrastrando cada una de las letras habidas y por haber. La guitarra acústica de acompañamiento hacía que a

Ben se le pusiera el vello de punta. Siempre había pensado en aprender a tocar la guitarra, lo había intentado, pero lo cierto es que no tenía tanta paciencia.

Cuando terminó la canción, la radio propinó una melodía de fanfarria y se oyeron anuncios publicitarios. El primero de ellos, de un almacén de electrodomésticos en Gregory con las mejores marcas y los mejores precios en neveras, televisores y cafeteras. Al oír aquello, Ben recordó lo que iba a hacer y salió al pasillo.

Solía llevar al trabajo su termo de café, no obstante, se rascó el bolsillo y fue a la máquina que había visto a la entrada con la intención de estrenarla. En general, la gente tenía una mala opinión del sabor del café de aquellas máquinas, pero a Ben le encantaban. Echó una moneda y pulsó dos veces el símbolo de + AZÚCAR. La máquina emitió sonidos varios y empezó su labor. Mientras tanto, Ben fue al cuartucho donde había dejado el macuto y se lo llevó a la sala principal. Recordó que había echado el portátil en el coche. Luego bajaría a por él y echaría unas partidas a ese juego de estrategia que le tenía tan enganchado. Dentro del macuto había metido el libro que estaba leyendo. En cuanto se tomara el café, podría leer un rato. Sentado sobre aquellos sillones de cuero disfrutaría de la lectura. Vería el amanecer como un señor.

Oyó el soniquete final de la máquina de café y fue a recoger su deleite.

Estaba hirviendo. Se quemó la punta de la lengua. Se lo llevó hasta el departamento principal y lo dejó en la mesa. Mientras tanto, observó como la claridad iba conquistando el paisaje. Bosque, más bosque. Campo y más campo. Ninguna casa alrededor. Observó la pantalla de CCTV y jugueteó con el *joystick* viendo qué capacidad de alcance tenía el *zoom* en algunas de las cámaras. Le gustó el movimiento lento de acercamiento y el rápido de alejamiento. Ben empezaba a pensar que había encontrado un buen puesto de trabajo. Un servicio por el que tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos para no perderlo. Era evidente que la mayoría de los vigilantes del cuadrante pensaban lo mismo. Ponía la mano en el fuego a que todos estaban de acuerdo en que tenían un servicio bastante deseado por los compañeros del gremio.

En aquel puesto podías dormir sin que te pillaran. El sueño de todo vigilante. Para que alguien te cazara, tenía que subir, y para eso tendrían que llamar al timbre. Reini le había avisado de que los trabajadores de la presa tenían llaves y subían sin avisar, y que había que tener cuidado con ellos porque se fijaban en todo. Tenían mala leche en ese sentido. Sin embargo, todo se resumía a poner la alarma del móvil para dar la novedad cada hora y activar el sensor de movimiento del CCTV en la cámara 5, la cual enfocaba la entrada a la finca.

Lo fijó en la 7 donde estaba su coche. Había un pájaro negro sobre el capó. El pájaro movía la cabeza y daba saltitos. Ben observó el panel de control y apretó bien el interruptor de ALARM hacia el SENSE MOVEMENT. El pájaro se quedó quieto como si pudiese sentir que le estaban apuntando con un rayo invisible.

—Vamos cuco, muévete.

El pájaro se dio la vuelta y salió volando.

¡Tuc, tuc!

—¡Bien! —gritó Ben.

Terminó el café y buscó una papelera. Vio una de esas que se abrían con el pie a un par de metros, fue hacia allí y lanzó el vaso dentro. La volvió a abrir porque había visto algo extraño. En la bolsa de basura, pegado en un lateral, había un preservativo.

Usado.

—Anda que ya le vale al friki —murmuró.

Ben se orinaba. Pensó un momento, pero no pudo recordar si había visto algún cuarto de baño al llegar. Se acercó al teclado del CCTV y programó SENSE MOVEMENT en la cámara 5. Caviló durante un instante y repitió el mismo procedimiento en todas las cámaras. Al girarse, reparó en el reloj. ¿Había pasado una hora? Eran las seis y seis minutos. Maldijo entre dientes y corrió hacia el teléfono. Pulsó el botón de rellamada, y cuando descolgaron, dijo:

—Buenos días, aquí 8076 sin novedad.

—Hola 8076, ¿cómo va todo?

—Bien… Un servicio muy tranquilo.

—Ahí nunca pasa nada. Es un servicio muy bueno. Soy Ricardo Morony y llevo la seguridad de la presa desde la Central. Cualquier cosa que tengas, cualquier problema, llámame. Mi móvil está apuntado ahí en el tablón, si lo prefieres.

Ben recordó las iniciales «R.M (JS)» en la hoja de personal.

—Entiendo. No llamo a este número, sino a su móvil.

—Me he explicado mal. A ver, si es algo sin importancia lo comunicas como novedad. Pero cualquier rollo que pueda pasar con los trabajadores de la presa o visitas inesperadas, apuntas los nombres y me llamas. Yo soy el que tiene que confirmar ese tipo de incidencias, ¿de acuerdo?

—Entiendo.

¡Tuc, tuc!

—De todas formas, ya te digo: vas a estar muy tranquilo ahí. Es un servicio muy bueno.

—Bien. Gracias.

¡Tuc, tuc! ¡Tuc, tuc!

—Venga, que vaya bien.

—Adiós, Ricardo. Adiós. —Ben corrió hacia la pantalla del CCTV y observó cada una de las cámaras. No había nada extraño. ¿Por qué había pitado el sensor de movimiento?

En la pared de atrás, hacia el rincón de la derecha de la sala, había una puerta que no había visto. Probablemente, porque estaba pintada de blanco inmaculado como todo su entorno. Sobre ella, colgaban las iniciales doradas de WC.

El cuarto de baño no era más ancho que una persona adulta con los brazos abiertos, pero estaba en muy buenas condiciones. Sobre todo, limpio. Ben Respibi estaba orinando, con gran pasión, todo lo que había bebido en la última hora; cuando empezó a oír los informativos de la radio.

Encendió la luz y comprobó que no había orinado fuera. La presión le había podido, y había buscado urgentemente la taza del váter, casi sin mirar. Sabía que tenía que ir al médico. Era imposible que alguien de su edad aguantara tan poco tiempo sin mear.

El baño contaba con todo lo necesario: espejo con luz, lavabo, jabón, secadora de manos y un depósito cilíndrico con papel suave. Se lavó las manos y nuevamente reparó en la voz del locutor de radio. Algo importante había ocurrido. Desde allí no conseguía entender cuál era el motivo de tanta alarma. Palabras enlatadas se perdían por el pasillo hacia lugares inciertos. Los sensores de movimiento del CCTV no habían mostrado nada. Mientras estuvo hablando con el jefe de seguridad, la alarma había repicado con insistencia, pero debió de ser algún pájaro o incluso una bandada de ellos.

Por una parte entendía que los vigilantes deseasen no hacer uso del SENSE MOVEMENT. Era un coñazo. Tenerlo encendido siempre, en todos los paneles, terminaba por volverte loco. Sin embargo, a Ben le gustaba y se sentía seguro con ello. Le distraía. Y le daba algo en lo que pensar cada poco tiempo. Regresó a la sala principal.

... el sistema de emisión
de emergencias de la zona de…

(Interferencias)

A continuación les informamos
de los centros de evacuación locales.
Si viven en la zona norte, deben acudir
a la Iglesia de Santa Ágata en el 22 de Fliver…

(Interferencias)

… deben acudir al 356.
Por favor, no abandonen sus hogares.
Si en su zona no detectan actividad, quédense en
casa y cierren todas las puertas. Repito...
Cierren todas las puertas.

Ben se quedó en blanco por un momento. ¿Qué había ocurrido? Se acercó a la mesa y movió el dial para ver si conseguía captar mejor la emisión. En vez de evitar las interferencias, perdió la señal. Nunca entonces volvió a oír la radio. Una extraña sensación le recorrió la nuca. Sentía… Podía sentir que algo gordo había ocurrido. Observó el agua de la presa a través de los ventanales y se percató de las ondulaciones sobre su superficie.

¡Tuc, tuc!

Ben miró el CCTV y vio a una chica.

La cámara 1 —encargada de hacer que la imagen sobre el puente del embalse recogiera con claridad lo que allí estaba ocurriendo—, revelaba a una chica de pelo corto y anchas piernas. El *zoom* automático la había enfocado al detectarla y ahora la mostraba a una distancia de diez metros.

¡Tuc, tuc!

Caminaba como si arrastrara ambos pies a la vez. Trastabillaba sobre el adoquinado y en ocasiones parecía que se iba a caer por el puente. Ben se enderezó y, como si no se lo creyera, la buscó a través de los ventanales. A lo lejos, solo era una minúscula sombra acercándose.

¡Tuc, tuc! ¡Tuc, tuc!

Ben volvió a las cámaras, agarró el *joystick* y se centró en la imagen. Aligeró el *zoom* con un dedo y se acercó a la silueta lo bastante como para ver su cara. La imagen se pixeló demasiado y se difuminó todo el contorno. Fue deshaciendo el *zoom* lentamente, pero aún estaba lejos para verla con claridad suficiente.

Ben se levantó y cogió el teléfono. Marcó el número de la Central. Estuvo llamando largo tiempo. Nadie lo cogió.

¡Tuc, tuc!

Observó la imagen y vio que la chica estaba quieta con la cabeza gacha. Se mecía como un títere sin titiritero.

¡Tuc, tuc! ¡Tuc, tuc!

Se acercaba a la cámara desde los aliviaderos. Ben buscó en la pared un plano en el que momentos antes había reparado. Comprobó en la leyenda que la mayor parte de la presa era de uso restringido. De todas formas era una idiotez que aquella chica estuviera allí, pensó. Pero lo que estaba buscando lo encontró poco después. Se podía acceder al puente desde una carretera posterior a la presa. Una carretera comarcal sobre la que reposaba el número 13 en un círculo. El número de…

—¡Pero seré idiota!

¡Tuc, tuc!

Ben se acercó al CCTV y vio que en la parte derecha de la pantalla había una flecha. Pulsó la tecla SELECT hasta que esta se iluminó y giró el *joystick* hacia la derecha. Había diez cámaras más, las cuales se mostraban en una segunda página. Un total de veinte cámaras en todo el recinto. Espectacular. Obviamente, el número 13 del mapa indicaba el número de cámara de la zona. Observó cómo la número 13 enfocaba la entrada este a la presa. Un coche había roto la verja y se había empotrado contra una pared. La puerta estaba abierta y había manchas negras (¿sangre?) por el suelo. Las imágenes llegaron a sus ojos con nitidez. La cámara debía estar justo en la entrada. A una altura considerable. Giró la cámara con el *joystick* y se acercó a la chica por detrás, todo lo que pudo sin permitir que se difuminara la imagen.

Ben saltó hacia atrás asustado.

Por el hombro derecho de la chica sobresalía su clavícula. La punta de hueso llegaba hasta su oreja derecha y se clavaba allí. Su espalda estaba bañada en… color negro. Su coronilla estaba abierta.

—¡Madre de Dios!

Ben corrió otra vez hacia el teléfono, aunque esta vez marcó el número de la policía.

—En estos momentos no podemos atenderle. Inténtelo de nuevo más tarde, por favor… —oyó.

Colgó.

¡Tuc, tuc!

Volvió a llamar a la Central, sin conseguir su objetivo. Ben comprobó su propio móvil y vio que tenía solo una raya de cobertura. Aun así, llamó a sus padres. El contestador de la operadora le aclaró la situación.

No había tenido tanto miedo desde que era niño. Ahora recordaba lo que entonces

sentía. Ben se volvió y vio más gente entrando por la entrada este. Los andares, muy similares a los de la chica. Algunos de ellos ni siquiera tenían brazos. No sabía hacia dónde llevaba esa carretera, pero aportaba cada vez más de ellos. Entonces, le sonó el móvil.

Papá Móvil.

—¿Papá? —contestó, sin dejar de observar el monitor.

—¿Bennie? ¡Bennie! ¡Ven corriendo, hijo! ¡Ven corriendo, los muertos… los muertos se han levantado…! ¡La abuela está en la ventana! —gritaba su padre.

La barbacoa

Ben relató la historia con voz tranquila y casi sin inflexiones, con una única pausa cuando las chicas se habían acercado a saludarlos: Candi le había sonreído con cierta jovialidad. Ben inclinó la cabeza hacia un lado con tristeza y Mitch observaba a cada lado, como si le hubiesen sacado del cine a mitad de la película.

Alguien puso música de fondo, y comenzó a oírse un saxofón junto a la voz de Louis Armstrong, a ritmo de *Jeepers Creepers*.

—Mi padre, cuando se ponía nervioso, se miraba las manos. —Ben imitó el gesto —. Se trajo de la guerra una crisis nerviosa en la que, normalmente, se sentía perseguido. Incluso a veces, me lo encontraba buscando por el suelo cosas inexistentes —aseguró—. Cuando llegué al pueblo, me entretuve demasiado en ayudar a la gente en la avenida principal. Había una turba, lucha de vivos contra muertos… Mi madre había muerto de un infarto. A mi padre lo encontré bañado en sangre, delante de ella, como si hubiese estado defendiéndola para que nadie pudiera. El hijo de Mary Fitt, un tío sin manos, entró por la cocina cuando llegué. Su cuerpo se llevó casi todas las balas de mi arma…

La voz de Ben Respibi terminó ronca y apagada. Mitch ya no le miraba. Quiso tener una historia que contar.

—Te lo repito, abuelo. Las últimas canciones del momento vaticinaban lo que iba a pasar —insistió Fele.

Pese a rondar la cincuentena, Fele vestía como un rockero, seguía llevando el pelo engominado, pero sobre sus orejas era blanco. Esa misma mañana se le había acabado la gomina y no estaba para bromas.

El viejo Tinny dio un sorbo a su bebida de regaliz, negó con la cabeza y escupió a un lado. Siguió balanceándose en su silla de madera. Tinny Burham era el hombre más viejo del pueblo. Le habían hecho cantidad de entrevistas, incluso en canales de

televisión. A sus ciento diecinueve años, había sido uno de los bailarines más destacados del Centro de Día de Rotten, cuando todavía funcionaba. En alguna que otra tribu del mundo, sería el mandamás del lugar. En el pueblo que le vio nacer, no llegaba a tanto, aunque su opinión era más respetada que la del alcalde o la del jefe de policía.

Cuando estaban vivos.

—Ni se te ocurra hablar mal de esta canción, pipiolo —gruñó el viejo Tinny, y dio un poco más de volumen a la grave voz de Armstrong.

Matt Mane y André Prod reían desde las sillas. Fele los miró y se agarró sus partes.

—No seas tan violento, tío —dijo Matt.

—Sí, lo que tienes que hacer es explícate mejor —contribuyó André.

Fele cogió arroz de uno de los platos con un tenedor de plástico y se lo llevó a la boca. Agarró su cerveza y se dirigió a ellos.

—*The shrinking universe* de Muse, *Who wants to live forever* de Queen, *All good things (Come to an end)* de la titi esta canadiense… Bueno, lo que quiero decir es que cientos de canciones predecían lo que iba a ocurrir, colega.

—O sea: quieres decir que la música nos estaba avisando del levantamiento de los muertos. Me gusta esa tendencia filosófica —dijo Matt, muy meloso.

—Claro, colega, el cerebro es muy fuerte, ¿sabes? El inconsciente puede predecir el futuro y muchas cosas más, ¿sabes lo que te quiero decir? Lo decía Jim Morrison.

—¿Quién?

—Se refiere al cantante de The Doors, Matt —rio André—. Pero, verás, es una interesante teoría…

—Ya saltó el risitas. ¿Cuál es la tuya entonces, colega?

—¡Esto ha sido por el agua contaminada! —intervino Matt.

—¿Cuándo fue la ultima vez que oíste que el agua contaminada convirtiera a los muertos en asesinos? —dijo André—. ¿Mi teoría? ¿Quieres saber mi teoría? —André, de pronto se puso muy serio y miró al rockero. Eructó en su puño y observó a lo que le parecía un Peter Pan vestido de negro—. No tengo.

—¿No tienes? ¿Y por qué te ríes, colega?

—No sé. No sé por qué ha empezado esto. Y no sé cómo terminará. En lo único que me he fijado es… Pensándolo bien… Sí. Esto podría ser mi teoría: los muertos que llevan mucho tiempo muertos son lentos y los que murieron recientemente son rápidos.

Fele y Matt lo pensaron por un momento. Cada uno de un modo diferente. Por sus cabezas pasaban los momentos de incertidumbre que cada uno habían vivido.

—Hostia puta, es verdad —comentó Fele, y después dio un chupetón a su cerveza embotellada.

—Ahora que lo dices, sí. Probablemente sea cierto —dijo Matt.

Esta vez, nadie habló. Seguían comprobando lo válida que era la idea de André Prod.

—Si eso vale como teoría, yo tengo una —gorjeó el viejo Tinny, caminando hacia ellos con la misma energía de un muerto, décadas atrás.

¿La diferencia? Que el viejo se agarraba a las mesas para no caerse.

André, Matt y Fele se acercaron al hombre como si tuviesen cinco años y les hubiese llamado el profesor.

—Traéme mi bebida de regaliz, pipiolo —indicó a Fele con el dedo. Este corrió hacia ella y la trajo como alma que lleva el diablo—. Puede hacer de esto ochenta años, perfectamente —dijo Tinny, y dio un trago de la botella de EGO, contemplándola como si fuera la última—. Aquella primavera, yo trabajaba con mi padre recogiendo algodón en los campos del señor Russo. Trabajábamos mucho, pero teníamos dinero para comprar algo de comer en la venta de Hare cada vez que volvíamos. —Tinny alzó una ceja como si ahora viniera lo importante—. Un día, entramos y todos estaban alrededor de un tipo extraño, una especie de buhonero que vendía telas, collares y medicinas de los lugares más recónditos, o eso decía. Sin embargo, los del pueblo estábamos deseosos de escuchar historias más que otra cosa. No teníamos tanto entretenimiento como ahora tenéis la juventud… —Tinny miró a Samuel Day, que pasó por el otro lado de las mesas y le llamó con la cabeza—. Ya voy —le dijo.

Y prosiguió:

—Aquel buhonero enano empezó a desvariar casi al final de la tarde. Lo atribuimos a la cantidad de alcohol que había tragado, gracias al dinero de sus ventas a la gente del pueblo. Había vendido un buen lote de sedas y ungüentos quita pelos a las marujas. Aquel hombre no era más grande que una silla y cuando cayó la tarde profetizó que los muertos se levantarían de sus tumbas en cuanto él se fuera de Rotten… Hare, el dueño de la venta, lo echó a patadas.

La boca de Tinny intentó una sonrisa entre tantas arrugas. Sus músculos faciales no tenían fuerza.

—Me voy a la reunión —dijo a sus oyentes.

Se habían alejado un poco de las mesas. Formaban un círculo y los miembros del

Consejo se miraban unos a otros.

La mayoría de la gente viva del pueblo estaba sentada a la mesa. En algunos sitios estaban más apiñados que en otros. Formaban grupos, pero cada uno de ellos estaba abierto a participar en cualquier conversación. Había gente riendo, gente seria y gente callada. Gente que miraba a las vallas, gente que observaba el centro comercial, gente contando chistes. Los niños jugaban a la pelota de farola a farola, y de vez en cuando, se acercaban cogían un sandwich o medio bocadillo y volvían al partido. Un par de jóvenes hablaban de sus cosas en un coche cercano con todas las puertas abiertas.

Los más curiosos, un porcentaje muy alto, se preguntaban qué era ese asunto tan importante que el Consejo tenía que discutir en privado y no en comunidad.

Tinny caminaba hacia el grupo a paso lento. No había cogido su bastón, aunque levantó las manos para indicar que estaba en condiciones de hacer el recorrido solo.

La conversación ya había empezado.

—¿Alguien sabe por qué Nehemías no ha aparecido aún? —preguntó Drew.

—¿Quién?

—Nehemías Mile, el cura.

—Jason me dijo que prefería quedarse con el bebé —contestó Samuel Day—. Le he preguntado por ella y dijo que estaba muy rara y que se teme lo peor. Hablaré con Prestia para que le eche un vistazo.

—Pero, ¿llora mucho?

—Jason dice que no.

Tinny llegó y se agarró al brazo de Drew.

—¿Me sostienes, guapa?

—Qué raro que usted pida ayuda —le sonrió la rubia.

—Llevo toda mi vida pidiendo ayuda a las mujeres. Soy así de triste. Un hombre débil de los que se llevan ahora. De esos sin pelos en las piernas —rio con brusquedad—. ¿Qué es eso tan importante que hace que estemos aquí en medio, víctimas de los chismorreos?

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Berta Aure.

—Usted será psiquiatra y todo lo que quiera…

—Psicóloga —corrigió la pelirroja.

—Eso mismo. Es una profesión muy bonita y que ayudará mucho a la juventud. Pero le diré algo que no ha entendido muy bien desde que vive aquí. Los pueblos pequeños están llenos de gente tremendamente orgullosa. Y este no es diferente.

—Lo he podido comprobar y… —respondió Berta, pero Samuel Day levantó la mano y la interrumpió:

—Perdonad, un momento. No nos desviemos del tema, por favor. El asunto que nos lleva a reunirnos así, casi todos lo sabéis: no queda comida. En la despensa de la iglesia estuvimos mirando y calculamos que, como mucho, tenemos para una semana más. Sabíamos que este día llegaría. Lo hemos hablado unas cuantas veces. Por eso, decidimos que la gente lo pasara bien antes de darle la noticia.

—Si quieres lo hago yo, Samuel —dijo Berta.

—Claro, es psicóloga. Tiene más tacto —convino Drew.

—La gente lo va a tomar mal de todos modos —susurró John Middles.

—Sin embargo, esta es la situación, John. Y no hay nada más —contestó Day—. He estado mirando con Ben algunos mapas. Gregory está a cuarenta y siete kilómetros, si encontráramos comida allí y vemos que es seguro, volveríamos y haríamos una expedición con los camiones.

—Cosy está más cerca —interrumpió Drew.

—No conozco ese pueblo. ¿Dónde está?

—Unos veinte kilómetros hacia el oeste.

—Pero, ¿también por la carretera de Gregory?

Todos asintieron.

—Cosy no es un pueblo, es una urbanización de chalets y piscinas. Lo que ocurre es que empezaron a construir polígonos industriales a su alrededor y el lugar se convirtió en un enorme enclave de producción —dijo John Middles.

Samuel le miró con los ojos muy abiertos.

—Pero John, eso está aún mejor. Los polígonos siempre han sido lugares vacíos de gente, llenos de maquinaria y normalmente suelen tener naves industriales o plataformas que abastecen de alimentos a los supermercados. Es decir, comida en cantidad. Mucho mejor que ir en busca de establecimientos de pueblo, como yo tenía pensado hacer…

—Sin embargo, tenemos un supermercado ahí mismo —señaló el viejo Tinny con la cabeza.

—Es cierto —dijo Middles.

—No empecéis, ya hemos hablado de ese tema —dijo Samuel—. El supermercado de ahí es pequeño, ya lo conocemos.

—Tienen almacén —dijo Drew.

—Sí, pero os aseguro que pocos días más sobreviviríamos con lo que ahí tienen. Eso sin hablar de la sangre que nos costaría conseguirlo.

—¿Sangre?

—Sabemos que el chico de los Sarmiento tiene armas ahí dentro. No nos dejará

que nos llevemos la comida tan fácilmente. Nos lo advirtieron. Por mucho que hablemos con él…

—De hecho, ya lo intenté —dijo Berta—. Y el muy hijo de puta me escupió a la cara.

—Solo es uno. Y nosotros somos… —alentó el viejo Tinny.

—Dejadme que hable con él. Puedo intentarlo —solicitó John Middles.

—Olvidadlo. John, de verdad. No merece la pena. Tarde o temprano, saldrá —insistió Samuel. Middles arrugó el entrecejo—. ¿Qué os parece si organizamos una partida hacia esos polígonos industriales de Cosy con algunos hombres?

—La respuesta debería ser rápida —comentó Berta—. Así la gente lo vería más como una buena noticia.

—Tienes razón. De hecho, viéndolos desde aquí, están esperando a que les digamos algo en cuanto acabemos esta reunión. Me llevaré a Ben y a un par de voluntarios. En mi ausencia deberéis mantener la paz o, al menos, el orden. Voy a dejarte mi arma, Middles.

—La necesitarás.

—Pero tampoco puedo dejaros indefensos.

—Podríamos cogerlas del centro comercial.

—¡No sigas, John! Por favor, no sigas por ese camino. Agotemos todas las opciones antes de que corra la sangre, joder. Creo que ese ha sido nuestro fuerte hasta ahora. Nos hemos mantenido unidos. Hazme caso. Si no encontráramos comida por ninguna parte, tranquilo, yo seré el primero que trace un plan para entrar ahí.

Middles miró hacia otro lado y desestimó el asunto con las manos. Pocos conocían la faceta de aquel hombre, enfadado.

—Vamos, Berta, estaremos a tu lado mientras hablas —siguió el ex policía. Una misteriosa sensación le recorrió el estómago. A la vez que hablaba, sabía que se estaba imponiendo a la opinión de todos. Sobre todo, a John Middles. Había salido de su interior la voz de mando con la que tuvo que convivir años atrás. Sabía que no podía ser así. Ya no. Y menos con aquella gente, muchos de los cuales aún le miraban como a un extranjero. Él no quería ser el líder. Por eso tuvo la idea de crear un Consejo. Pero de tanto estar en el centro de atención, su *yo* ordenarte había salido a pasear.

Y eso no era buena señal.

—¡Cáspita! ¡Todo son problemas! —negó el viejo Tinny.

Nelson bostezó y miró a su alrededor. Confundido y desconcertado, intentando buscar

un sitio libre al que acercarse para poder escuchar lo que tenía que decir el Consejo. Prestia apareció detrás de él y agarró el carrito.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó la enfermera.

—Ya sabes —contestó Nelson, mirando hacia atrás para verla bien.

—Me he fijado en ti, y te veo dándole vueltas al coco. Eso no me gusta.

—Necesito pensar.

Prestia llevó el carrito casi al fondo y, como no encontraba sitio, le pidió que hiciera un hueco a un hombre sentado, el cual tenía el brazo por encima de su esposa. Con poca delicadeza, el hombre quitó la silla y dejó sitio al Nelson minusválido y extranjero, que ahora se metía en sus vidas. Prestia acercó sus labios al oído de Nelson:

—No te preocupes. Luego hablamos.

El discurso terminó con la frase:

—Le repito, señora, que la comida ha sido racionada al máximo. Berta Aure lo había hecho muy bien. Había utilizado cantidad de buenas palabras para el convencimiento. Los del pueblo apenas habían protestado porque rápidamente, cuando se quebró un poco el tema, Day salió a la palestra exponiendo que harían la expedición a los polígonos industriales de Cosy y que saldrían en aquel preciso instante. Con un poco de suerte, estarían de vuelta con buenas noticias, antes de que dieran por finalizada la barbacoa.

Algunos aldeanos incluso se acercaron al ex policía y le dieron la mano deseándole suerte.

Pidió un par de voluntarios. Ben, por supuesto, no le falló. Tinny dio un empujón a Fele para que se sumara a lo que llamó «Expedición Arca de Comer».

A Fele no se le veía muy animado. Miraba sus pies como un niño acongojado. Sentía los ojos de todos puestos en él, por culpa de su abuelo. Era una misión peligrosa. La mayoría de la gente de allí no había salido del pueblo desde que los muertos se habían reanimado. Fele había sido acosado en su habitación por su madre y sus dos hermanas muertas, hasta que su abuelo Tinny había pedido ayuda a Samuel y a los chicos. Estaba en deuda con ellos.

Para Samuel, Fele no era un buen candidato, pero el viejo Tinny insistió y volvió a empujar con el bastón a su nieto.

—No obligamos a nadie —le dijo Samuel, apoyando la mano en el hombro del rockero.

Fele era de complexión fuerte. Bajo su camiseta negra de Aerosmith, se adivinaban pectorales anchos y rígidos. Podía tener la misma edad que Samuel Day, pero estaba claro que sus destinos habían tenido rumbos muy diferentes. Los pantalones de cuero tan ajustados no le hacían ningún bien.

—¡Los cojones! —gruñó el viejo Tinny, y empujó a su nieto hacia delante.

Fele aceptó con la cabeza y miró abochornado a su alrededor. El último en unirse a la expedición fue Mitch. Pero él tenía otras intenciones.

Samuel Day recordó algo y pasó por su casa a recogerlo. Sin embargo, los escondió en la guantera. Regresó con el coche de los Sickly, otra de las muchas camionetas abandonadas en el pueblo.

El lugar en el que habían decidido situar los coches válidos no estaba muy lejos del ayuntamiento ni tampoco del lugar donde una octava parte de la población de Rotten había decidido celebrar la barbacoa. Poco después, Samuel siguió dándole vueltas al tema y propuso que los coches con más gasolina en el depósito debían estar en sitios dispersos para que, te encontrases donde te encontrases, tuvieras una oportunidad de huida ante un posible desastre. Lo sugirió en una de las reuniones y a la gente le gustó mucho la idea. Por eso sabía perfectamente que el coche de los Sickly era el que mejor tenía el depósito y fue directamente a por él.

Además, cumplía con el requisito que había solicitado el capitán Mitch. Del que Samuel Day se fiaba, pues no había que ser muy listo para ver que ese tipo estaba dotado, y seguramente entrenado, para misiones de reconocimiento. Mitch aconsejó que cogieran una camioneta para que en la parte de atrás pudieran llevar una moto. Dijo que, para inspeccionar lugares peligrosos, el rastreo debía hacerse en la medida de lo posible con vehículos ligeros que facilitaran la huida.

También había motos abandonadas por el pueblo. También reposaban dispersas por la calle. Y también habían comprobado sus depósitos y marcado las cantidades con spray negro en un lugar visible.

Tenía sentido. Mucho sentido. Ben fue en busca de una de las motos abandonadas que estaba en mejores condiciones. John Middles se le acercó, miró el depósito de la Kawasaki y negó con la cabeza.

—Toma las llaves y llevaos la mía. Le acabo de hacer una puesta a punto y no está siendo aprovechada —dijo con amabilidad.

Ben le dio unas palmadas en el hombro.

Candi le dio un largo beso a Ben Respibi delante de todos. La gente miró

extrañada, pero cuando el beso se alargó, una dulce sensación recorrió el ambiente y aplaudieron. Drew Cassy se acercó a Mitch para despedirse, pero vio que se comportaba de forma huraña y decidió no lanzarse. Fue entonces cuando Drew supo que no tenía ninguna oportunidad con aquel hombre apagado y melancólico. Dudó mucho de su posición como capitán de las fuerzas armadas. Un hombre valiente era lo último que representaba ahora mismo. Sin embargo, se había enamorado de él. Llevaba días sin dormir y apenas tenía hambre. Se había obsesionado con el moreno de ojos verdes. Toda la mañana había estado pensando en él y Mitch ni siquiera la había saludado. La noche anterior estuvo dándole vueltas a soltarse el pelo de una forma desgarradora con Mitch. Cuando un hombre le gustaba, era capaz de todo. Estuvo pensando en lanzarse a la tremenda e irse en mitad de la madrugada al ambulatorio y meterse en su cama. Ningún hombre se resistiría a eso. Pero ese hombre tenía algo extraño en su interior que la frenaba. Quizás por eso estaba tan colgada. Caviló que era mejor no asustarle.

Drew se fijó en el beso de Candi y Ben y se le saltaron las lágrimas.

Ben, Mitch y un desolado Fele montaron en el coche que había traído Samuel Day. Todos les desearon suerte y se despidieron. Middles, Jimmy Laymon y algunos más habían abierto la valla por el camino del puerto de montaña y esperaban que el coche franqueara la barrera. El todoterreno paró allí y Middles se acercó a la ventanilla y habló con Day. Acto seguido, desaparecieron carretera arriba.

John

Cerraron la valla.

Volvieron a anudar las cadenas y echaron los candados. Mosquetones y ganchos: todos los seguros con los que habían ataviado las entradas y salidas del pueblo. Samuel Day le había cedido el inmenso llavero que colgaba de su cintura a John Middles.

Y, por supuesto, Jimmy Laymon se había quejado. Middles lo había mirado de arriba abajo. Laymon era un tío odioso casi en su totalidad. En ocasiones, tenía un comportamiento extraño. Podías discutir con él, te podías cagar en su puta madre, que no ocurría nada. No te lo tenía en cuenta. Para él, discutir solo era otra forma de conversación. Más alterada, pero a los diez minutos volvía a hablarte como si fuese tu mejor amigo.

De vuelta a las mesas, Jimmy le estaba diciendo algo a John. Laymon hablaba a menos de medio metro de su oreja, como solía hacer cuando creía que tenía gracia lo que estaba contando. Middles, en cambio, observaba el edificio que estaba detrás de él.

El centro comercial.

Laymon seguía a su lado escupiendo a la vez que hablaba, mientras se acercaban a la barbacoa. John vio entonces algo que no pudo creer. La suerte estaba de su lado. Del grupo de personas más cercano a las neveras de hielo se había alejado Dany. Dany Barres el flacucho, el del pelo rapado y barbita de cabra. Tenía siempre el cuello de la camisa hacia arriba a lo conde Drácula y no tenía respeto por las personas mayores, exceptuando cuando su padre estaba cerca. Dany era hijo del desaparecido alcalde. Ahora solo le quedaba su madre, con la que vivía en la casa que había a espaldas del ayuntamiento. Los gestos nerviosos y desconfiados Dany, su constante mirada atrás para ver si era perseguido, sus aspavientos; fueron como una onda de alerta para el radar en el que se había convertido John Middles.

La madre del chico le preguntó algo desde su tumbona.

—¡Voy a mear, joder! —contestó Dany, como si quisiera que nadie se enterara.

John vio como se acercaba a la pared del centro comercial por un lado. Hizo gesto de abrirse la bragueta y, poco a poco, fue dando pasos, alejándose y escondiéndose tras la pared circular del centro comercial… Hasta que desapareció.

John miró al resto de la gente. Nadie se había dado cuenta.

Laymon le seguía preguntando algo.

—¿Qué? —respondió.

—Que si te has quedado tonto… —dijo Laymon, colocándose en su línea de visión.

—¿Qué es lo que quieres, Jimmy? Date una vuelta. No me des más la brasa…

Laymon le miró indignado. Se alejó lanzando improperios. Palabras que se las lleva el viento. Palabras sin interés de un tío tan cargante e insoportable al que nadie tragaba. Por fin, se había desecho de él.

John se acercó a una de las barbacoas en funcionamiento y presentó su plato a Pepo, un hombre de unos setenta años que disfrutaba de su nuevo empleo de cocinero, con un gran gorro blanco en la cabeza.

—Aquí tienes, paisano —dijo Pepo, poniéndole un chuletón en el plato.

—Gracias.

Recordó que había quedado con Laurel-Ann en acercarse a por Terens. John preguntó a una de sus tías, la cual le comentó que Laurel ya había ido en busca del chico dando un paseo. A John le gustó escuchar esa noticia, pues ya no disponía de la moto y, lo más importante, tenía otros planes. John regresó a su sitio y comprobó que Dany no había regresado.

No lo pensó más y se quitó de en medio.

Bansky

Bansky salió al jardín y encontró la puerta del cuartillo abierta. De un tiempo a esta parte siempre lo estaba. La puerta no tenía cerrojo, pero al encajarla rozaba con el suelo hasta quedar totalmente inmovilizada. Valía como seguro, pues *a priori* nadie tenía por qué entrar en su jardín.

La puerta giró sobre sus goznes con un crujido. Bansky miró a su alrededor con el inagotable sudor de sus carnes recorriéndole el cuerpo. No había nadie. El silencio era inconmensurable en su jardín, y también en todo el pueblo, el cual ya era bastante silencioso desde que los muertos habían decidido seguir caminando. Sin embargo, ahora no tenía límites. El silencio era ensordecedor. Con lo de la barbacoa, su entorno estaba realmente desierto. Y eso a él le encantaba.

Bansky, a sus treinta y cinco años, estaba realmente gordo. Redondo como una pelota de fútbol para gigantes. La última vez que se había pesado, rondaba los ciento cincuenta kilos. Entonces, decidió romper la báscula a martillazos y nunca más volvió a pesarse.

«A grandes males, grandes remedios».

La idea de su insociabilidad no pasaba por ser tímido o huraño. No era un tipo incapaz de tener conversaciones largas con gente que no conocía. Nada de eso. Lo que no quería era compartir su comida. Ese ex policía jubilado había ido a su casa con sus perritos falderos del pueblo, los mismos que habían registrado casa por casa, recaudando comida en buen estado para poder racionarla entre los habitantes. Y que todo el mundo tuviera algo que llevarse a la boca. Bansky no había asistido a la primera reunión que habían dado en la iglesia, así que le habían cogido por sorpresa. Cuando aparecieron en su casa, no pudo negarse a que le desvalijaran el frigorífico. Como justificante, el ex policía le había enseñado un papel firmado por toda la comunidad en el que acordaban la expropiación. Bansky lloró cuando se fueron. Las lágrimas recorrieron su rollizo rostro desde sus ojos verdes y rasgados hasta su no-digna-de-llamarse-perilla rubia. Le había dolido. Se habían llevado sus viandas más

frescas. Incluso, la paleta de carne mechada de la que estaba disfrutando en su salón. Tuvo que animarse a sí mismo.

«Podría haber sido peor».

Se había sorprendido de la buena actuación que había realizado cuando le habían interrogado por si tenía más comida en su casa. Su mente calenturienta había reaccionado de forma magnífica.

«Lo siento, señor. Me gustaría poder ayudar, pero eso es todo de lo que dispongo. ¿No tienen bastante?».

Pero, gracias a Dios, eso no era todo. Bansky era un hombre precavido. Trabajó muy duro, y no para los demás. La heladería que había cerrado por culpa de toda esta paranoia de los muertos estaba en la avenida principal. Tenía tanto éxito en verano que daba ingresos para vivir todo el año. En ocasiones, para un par de años más. Los bancos, los dos que había en el pueblo, estaban encantados con los ingresos de Bansky. El gordito tenía cantidades que nadie podía imaginar. Cientos de miles ahorrados y… ¿para qué? Ahora, el dinero también había muerto.

Sin embargo, su inmenso tesoro no se lo pudieron quitar. Estaba bien escondido. Además, tendrían que matarlo si lo encontraban. No iba a dejar que las hormiguitas que no habían trabajado durante el duro invierno (en este caso, verano) se lo llevaran. Veinte minutos antes, había subido a la azotea de su casa y había comprobado que no había nadie cerca que pudiera molestarle. Había bajado corriendo al jardín y había observado el cuartillo de las herramientas. La puerta abierta. Entró y llegó hasta el fondo algo nervioso. Apartó la cortadora de césped. Sudó, si cabía, un poquito más y abrió la portezuela que bajaba a la fortificación subterránea que su padre había construido cuando él era pequeño.

La temperatura abajo era sublime. Su padre, días antes de morir, le había desvelado el lugar. Nadie conocía lo que había hecho, excepto su madre. Bansky había empezado a llenar el refugio antinuclear de comida. Para él, la salvación estaba en la comida. En los alimentos, no en las armas.

En cuanto pisó los escalones, las luces se encendieron. Su padre era todo un profesional. Algo obsesionado con el miedo a las bombas nucleares, pero no más allá de lo loco que está todo el mundo con lo que le gusta. Observó que el habitáculo estaba ordenado y bien acondicionado. No había bajado en una semana. Había ido a pedir de comer a la iglesia como todos los demás. Estaba harto de la poca comida que le daban. ¿No entendían que él tenía que mantener un cuerpo más grande?

Bansky recordó la puerta abierta de arriba. Cada vez que la encontraba así, un miedo repentino le recorría todo el cuerpo. La ansiedad se cebaría con él si alguien

entrara allí y le robara la comida que tenía escondida allí abajo.

La habitación era larga. Gozaba de unos veinticinco metros cuadrados y estaba llena de muebles con cajas de latas de refresco y atún. Mucho atún enlatado. Le encantaba. También disponía de latas de sardinas, patés, margarina, espárragos, mejillones y al menos un par de latones de caballa.

Había oído que comer comida enlatada producía cáncer.

Mentira.

Había oído que los alimentos se contaminaban con plomo al envasarlos.

Nueva mentira.

Que las latas abolladas disminuían la calidad de los alimentos.

Más mentiras.

Bansky comía así desde que se había quedado solo en el mundo. Se había informado bien de los riesgos. Y es que no había riesgos. Además, los alimentos envasados perdían menos nutrientes que los que se preparaban en casa, y poca gente lo sabía.

Bansky divisó con orgullo los montones de latas y murmuró:

—Y mira lo bien que me va…

El zulo tenía instalación eléctrica y respiraderos que su padre había llevado a saber hasta qué sitio. En las esquinas superiores disponía de cuatro ventiladores que aireaban un poco el ambiente viciado. Bansky se sentó a comer. Sacó de uno de los cajones de la mesa los cubiertos y alcanzó una lata de atún y una bolsa de picos para empezar.

Entonces, oyó cómo arañaban la pared.

Una ráfaga de aire le recorrió el flequillo y llenó solo una parte de su estómago con temor. El respiradero del fondo, el más grande, el que tenía una puerta circular como las de los hobbits, estaba abierto.

«Debía estar abierto ya de antes».

Claro, no se había fijado. Tenía tanta hambre que sus sentidos mermaban, así que siguió comiendo. Y mientras tanto, pensando… Cuando la solución llegó a su pequeño cerebro: ¡Claro! Aquella puerta redonda, también la había encontrado días antes abierta. ¡Claro! La trampilla abierta, la puerta de arriba, abierta. Las corrientes de aire debían de circular con fuerza a través de los respiraderos, atravesaban el refugio y subían por las escaleras con tal ímpetu que era capaz de abrir la trampilla de arriba.

—Si lo piensas, todo tiene su lógica —dijo, arrancando otro pegote de atún con un pico de pan.

Recordó que, en más de una ocasión, se había propuesto introducirse por aquella

abertura. Ver a dónde llevaba aquel agujero. Su padre había decidido hacerlo bien grande. Tenía prácticamente la altura de un hombre. Se podía entrar de pie. Alguna explicación tendría. Pero tenía miedo de entrar en el túnel. Y más, sabiendo lo que acechaba fuera.

Otra ráfaga de aire recorrió su pelo. Silbó. Un hombre intentaba entrar a duras penas por el agujero. Bansky vio primero sus pies, luego su cuerpo y acto seguido su cabeza en una postura nada natural. ¿Venía a gatas?

Tenía ventaja. Como si pesara sesenta kilos menos, Bansky dejó caer la silla hacia atrás, cogió una de las pistolas colgadas en la pared de la entrada y se acercó rápidamente hacia el sujeto.

—¿Quién es usted? ¿Oiga? No siga… ¡Que no siga!

No podía ver bien sus rasgos en la penumbra. El tipo gemía con suavidad. El hombre ennegrecido giró la cabeza poco a poco y sus miradas se encontraron. Le faltaba la mitad de la cara. El muerto, al verle, empezó a gritar como si eso llenara de energía sus fluidos. Bansky se puso nervioso. Pero no tardó más de cinco segundos en dispararle en la cabeza. La sangre salpicó su mejor camiseta.

El muerto viviente cayó de bruces como un saco de patatas. Bansky le empujó con el pie para ver sus rasgos, pero poco rostro quedaba por ver. Cogió una linterna para iluminarlo. Observó con atención su ropa y…

—¿Terens? —se preguntó. ¿Era Terens? ¿El hermano pequeño de Max Rodríguez? ¿Cuándo había muerto? Y lo más importante: ¿Cómo conocía Terens Rodríguez aquel túnel?

Estuvo alrededor de cinco minutos pensando. Bansky era un perseguidor de la lógica cuando las situaciones no tenían sentido. ¿Era quizás aquel un lugar por donde se colaban los muertos? ¿Cómo sabían de él? Pensó de nuevo en la puerta abierta arriba, la trampilla abierta abajo. Frente a sus narices, ¿se habían estado colando los muertos para entrar en el pueblo? Bansky regresó a la silla y se terminó la lata de atún de doscientos cincuenta gramos.

No podía creerse lo que iba a hacer. Bansky agarró la otra pistola que colgaba en la pared y, con las dos armas que su padre había colocado allí para casos de emergencia, se metió en el túnel.

La expedición

Solo media hora después de abandonar Rotten, los miembros de la expedición llegaban a Cosy. Todos los ocupantes del vehículo de los Sickly estaban sorprendidos y complacidos ante la facilidad con que habían realizado el viaje. La carretera comarcal ascendía suavemente y el día se había vuelto cada vez más caluroso. Parecía como si estuviesen en algunas de esas poblaciones del sur donde siempre se disfrutaba del buen tiempo y la playa.

—Tengo los oídos taponados —dijo Fele, bostezando para equilibrar la presión. Comentario típico y repetitivo.

Al abandonar el pueblo, los carriles se habían acentuado hacia lo más alto. La vía había aguantado a media altura, recorriendo faldas de montañas teñidas de verde, para después atravesar puentes de roca y desfiladeros. También túneles de medio kilómetro de largo con el interior iluminado.

En una curva habían parado a orinar. Samuel Day había aparcado en el sentido contrario. Llevaban recorridos unos veinte kilómetros y no se habían topado con nadie. No encontraron indicios de civilización en el trayecto recorrido hasta ahora. Ben Respibi y Fele orientaban sus chorros hacia el vacío. Mitch observaba a cada lado de la carretera.

—¡Day! —llamó Ben.

El ex policía caminó hacia él, mientras Ben se abrochaba el pantalón. Los demás se acercaron.

—¿Conocíais este sitio?

Abajo, una carretera vieja atravesaba un pueblo. Por llamarlo de alguna manera, porque en realidad no eran más de cinco casas acompañando a lo que debió ser una de las carreteras viejas de las montañas.

Había más negocios que casas.

—He pasado por aquí cientos de veces y jamás me di cuenta de que había un pueblo ahí abajo —dijo Ben—. Deberíamos ir a ver. Echar una ojeada.

Samuel Day negó con la cabeza.

—Pero, ¿esto es Cosy? —quiso saber Fele.

—Está claro que no.

Samuel Day cruzó el arcén quebrado, observó en derredor y volvió.

—No se ve ninguna bajada —dijo—. Es extraño.

Se acercó a otra parte del balcón de tierra.

—Tienen un tanque que alimenta los surtidores —señaló Mitch. Una estación de servicio, decorada en naranja y azul, yacía bajo los árboles.

—La he visto —contestó Day—. Esa es la razón por la que me gustaría saber cómo se llega a ese pueblucho.

Los surtidores con sus mangueras en su sitio, puertas y ventanas de las casas intactas. Todo cerrado. Ningún ser vivo rondando las calles. Tampoco muerto. Un enorme taller de coches elevándose hacia lo más alto. Una puerta corredera abierta. Un morro de camión. Una cabina blanca. En la entrada, un armario metálico adosado a la pared vomitando herramientas hacia el suelo.

—Tenemos que irnos —comentó el ex policía.

—Sí, no podemos perder más tiempo —secundó Ben.

—Buena idea —sonrió Fele.

El mapa del polígono se limitaba a rótulos en madera donde iba escrito el nombre de cada fábrica y el ramo al que pertenecía. El nombre del polígono destacaba a buena altura. Lo habían encontrado una veintena de kilómetros más al oeste. La autovía había descendido en picado hacia una explanada que alcanzaba el horizonte, por no decir el infinito. El sol se acercaba a la hora del té cuando llegaron a la llanura entre los montes.

En el margen izquierdo de la carretera, tan alargada y ancha que se asemejaba a una pista de aterrizaje, aparecieron los primeros chalets. La arquitectura era algo ecléctica, pero todas las casas estaban edificadas según el estilo de construcción de alguna región de montaña, con abundante uso del granito, pizarra, ladrillo, madera y las vigas a la vista. Como ojos, ventanas de doble hoja y cristales emplomados y coloreados.

A lo lejos, se había empezado a construir el primer edificio de plantas, del cual solo pervivía su esqueleto.

La parte habitable mostraba balcones en primeras plantas, con alféizares llenos de flores y porches de entrada ocultos entre los setos. Como seguridad, puertas de hierro

herméticas con cámaras de vigilancia en sus bordes; enfocando la rotonda principal y más allá del control de accesos.

Al otro lado, el polígono industrial rotulado como COSYPOL. Samuel Day paró el coche justo a la entrada.

—¿Oléis eso?

—Es asqueroso —dijo Fele, el cual no paraba de crujirse los dedos de las manos, mover las rodillas, rascarse las espalda…

—Que huela a podrido, en teoría, debería ser lógico —convino Ben—. Mucho de lo que hay a nuestro alrededor ha tenido tiempo de descomponerse. —Ben se fijó en que Mitch no le prestaba atención—. ¿No? Qué opinas, capitán.

Mitch se olvidó del panorama tras la ventanilla y contestó lo que realmente estaba pensando.

—Es muy raro que en esa urbanización no haya nadie.

—A eso me refería —continuó Ben—. Los frigoríficos, neveras, esas cosas. O los congeladores y despensas que pueda haber cerca, en su mayoría, tienen que estar repletos de gusanos. Es normal que huela a podrido. Sobre todo, si no hay electricidad. La gente que haya muerto por aquí ayudará con sus hedores, está claro. Pero si alguien sobrevivió no creo que viera esto como un lugar seguro. Se han ido.

—Tal vez…

—De todas formas, no se nos ha perdido nada ahí —intervino Samuel Day—. Venimos a buscar comida. Esto es una misión de reconocimiento, como bien dijo este hombre. Recorreremos las calles del polígono. Despacio… Y si encontramos problemas, pisamos el acelerador.

Samuel Day miraba por el espejo retrovisor a Mitch, capitán de las fuerzas armadas, cuyo comportamiento parecía más bien el de un tímido soldado. Day esperaba que ese tipo abandonara de una vez su retraimiento y le ayudara. Que diera su opinión. Le había gustado la idea que había tenido de llevar una moto a la misión. Una aptitud así necesitaba. Ideas. Se estaba quedando corto. Ben Respibi le ayudaba en todo lo que podía. Era un buen compañero. No obstante, su entrenamiento de vigilante era escaso para situaciones tan extremas como las que estaban viviendo. ¿Quién mejor que un capitán de una unidad de fusileros del ejército para ayudarle?

Mitch tenía los brazos cruzados y miraba por la ventanilla. El coche de los Sickly avanzó por la calle de entrada Magnolia, la cual llevaba directamente hacia una de las avenidas principales. La C. Las calles transversales tenían nombres de flores y las cuatro longitudinales estaban compuestas de las iniciales del lugar. Samuel Day volvió a parar el coche en la entrada de la avenida. El polígono industrial se extendía ante

ellos vacío. De lado a lado, había contenedores de basura volcados y coches abandonados. A media altura, una de las fábricas lanzaba humo negro. Hacía viento allí arriba y se disipaba rápidamente, pero los gases eran negros como los de un gran incendio.

—Salgamos —ordenó Samuel Day.

Todos y cada uno observaron con detenimiento a su alrededor antes de abandonar el coche. Era un lugar amplio y aún no habían visto a nadie desde que abandonaron Rotten. Al ser un sitio bastante espacioso, tenían la tranquilidad de que si alguien intentara acercarse a ellos, tendrían tiempo de pensar y hacer mil cosas.

Samuel Day agarró el mapa de la puerta del coche y lo abrió sobre el capó.

—Según esto, este lugar es bastante accesible. No hay callejones sin salida ni nada por el estilo.

Los demás se acercaron al ex policía y miraron el mapa. Day, el tío del sombrero de vaquero, había tenido la genial idea de traer un mapa. Un mapa de los pueblos de la vía verde en el que todos los municipios estaban claramente representados de forma gráfica y métrica. Aparecían también las fincas, los nombres de los parques naturales y los arroyos. Los pueblos desde Winnesbah hasta Umedie, conocido como el último lugar verde de la región. Por supuesto, también Cosy, Gregory, May, Rotten, Pont de Flaque y… Vany.

Mitch pensó en hacerse con el mapa.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Ben.

—Lo cogí de la tienda de *souvenirs* de Clen.

Mitch se acercó un poco más al papel. Samuel Day tenía puesto el dedo sobre el lugar donde estaba marcado el polígono en el que se encontraban.

—Las calles parecen estar magníficamente representadas —comunicó el ex poli—. Trece transversales, y aquí hay… una, dos, tres, cuatro y… cinco. Cinco avenidas principales.

—Eso no es lo que dice el itinerario en la entrada —replicó Mitch, observando disimuladamente otra cosa en el papel.

—No creo que los mapas estos publicitarios estén fielmente realizados —declinó Ben.

—Sí, es muy difícil —dijo Fele, intentando seguir la conversación.

—Estén bien o mal, lo mejor será que vayamos en coche y así, si hay que salir pitando, lo haremos todos juntos. Nos olvidamos de los problemas y buscamos otra solución.

Mitch se alejó y se encaminó hacia la lúgubre avenida.

—Pese a ser un sitio grande, las calles no son anchas. Si hay algún problema, no podrás dar la vuelta. Estaremos atrapados. Y los coches, marcha atrás, ya sabes que no superan los cuarenta kilómetros por hora. —Mitch tuvo la sensación de que estaba en medio de unos de esos exámenes orales con los que tuvo que lidiar en la escuela de oficiales—. Lo veo una tontería, y más teniendo en cuenta que hemos traído la moto para este momento.

Samuel miró a Ben. El vigilante se encogió de hombros.

—Yo iré —dijo Mitch—. Me manejo muy bien en moto. Haré una pasada y miraré en cada calle. Durante el trayecto, tendré en cuenta si alguna de estas fábricas tiene en su interior lo que venimos buscando y entonces volveré y trazaremos un plan de acercamiento. Pero lo primero es descartar el peligro, ¿no creen?

—Yo veo bien que vaya él —dijo Fele.

Bajaron la moto de la parte de atrás de la camioneta. Mitch la arrancó y mostró indicios de tener experiencia con ella.

—Espera —dijo el viejo ex policía, y se introdujo en el vehículo y extrajo algo de la guantera—. Toma. Tendrás que ir contándonos lo que ves —dijo ofreciéndole un *walkie-talkie*—. Así todo esto será más rápido.

—Eres una caja de sorpresas, Day.

—Tengo un arma encima, si te la ofrezco nosotros dependeremos de las dos balas que le quedan a Ben…

—No quiero dejaros así —contestó Mitch, rehusando el arma. Algo extraño brillaba en sus ojos—. Quedaos las armas. El *walkie*… si queréis me lo llevo, pero para mí también es innecesario. Esto va a ser coser y cantar. Ya lo veréis.

La moto echó a rodar lentamente por la avenida.

«¿Qué estás haciendo?», se dijo mientras avanzaba. «¿De verdad lo harás?».

Frenó ante una señal de *stop* en el primer cruce. La calle Violeta se extendía a mano derecha, entre cantidad de naves industriales con puerta azul. Abiertas, en ocasiones, cerradas en la mayoría de los casos. Hacia la izquierda, lo mismo, pero en menos cantidad. Como colofón, la carretera vasta y larga por la que habían llegado. Miró en ambas direcciones y siguió.

—¡Nada! —dijo al *walkie*.

—*Recibido*.

Mientras avanzaba en la moto, casi al ralentí, contempló una vez más lo que podría ser un fiel reflejo de cualquier calle en cualquier parte del mundo: furgonetas,

camiones volcados, basura por doquier, despojos comidos por moscas… y manchas. Cantidad de manchas oscuras por el suelo. Gasoil, aceite o en un porcentaje muy alto: sangre. Farolas despidiendo arcos eléctricos. Atmósfera enrarecida. Aire viciado pese a estar en calles amplias… ¿Gas?

Mitch asintió sin darse cuenta a la vez que recordaba: el metilmercaptano era un hedor desagradable. Asimilaba la peste a huevos podridos si se llegaba a inhalar un contenido muy alto. El metilmercaptano se utilizaba como aditivo para el gas natural, propano y butano. Su fetidez ayudaba a detectar los escapes. Porque el gas no tiene olor.

Cogió el *walkie*.

—¿Me recibes?

—*Sí*.

—Hay un olor a gas muy fuerte en toda la avenida. Es el mal olor del que hablábamos antes. Puede ser peligroso disparar un arma en esta zona…

No hubo respuesta.

—¿Me has recibido?

—*Sí. Lo tendremos en cuenta*.

Tuvo que salirse en ocasiones de la vía para no pisar los cuerpos masacrados. Pudo identificar algunos de ellos como hombres robustos en descomposición. A uno le habían devorado la barriga, a otro la cara y de otro solo quedaba el tren superior. Tenían puesto lo que una vez fueron monos de trabajo de color azul y que ahora habían pasado a ser grises. La mayoría de los cuerpos estaban a pocos metros de la entrada a EVOY ERC. Lo que aparecía como Empresa de Transporte Urgente de Paquetería y Mensajería (con cobertura nacional).

Frenó en el próximo cruce y apoyó los pies. En el ala derecha de la calle Trébol, en la acera de enfrente, la totalidad de sus puertas eran rojas. La pared estaba pintada de amarillo, donde multitud de litros de pintura habían sido volcados para beneficio de los mosquitos. El encabezamiento PANDA CENTRAL MARKET brillaba en lo más alto de cada uno de los techos a dos aguas azules. La conocida cabecita del oso panda chupando una ramita de bambú también. Un edén de posibilidades para los habitantes de Rotten a pocos pasos de Mitch.

Pero Mitch siguió adelante.

—¡Nada! —dijo al *walkie*.

—*Recibido*.

La barbacoa

A mitad de la tarde, en el mismo momento en que a Fele le rugía el estómago y veía alejarse a Mitch con la moto como en el final de una película, Nelson reía y contaba anécdotas a las señoras.

Lo estaba pasando muy bien. Comía, picoteaba de aquí y de allá, y bebía más y más ese vino delicioso que no quita la sed, sino todo lo contrario. Nelson se interesó por saber de dónde procedía y, confusamente, alguien le comentó algo sobre una buena reserva encontrada en una bodega de una de las casas que permanecían vacías.

Lo que realmente divertía a Nelson era el rumbo que había tomado la conversación en el pequeño grupo que se había formado al final de la hilera de mesas, donde él se encontraba arrimado con su silla de ruedas. Prestia le había suministrado un par de pastillas blancas, rajadas por la mitad, y una capsula roja. Le había dicho que se las tomara y que no bebiera alcohol, pero Nelson solo había hecho caso a lo primero.

Aquella reunión se había convertido en el momento más agradable de su vida en mucho tiempo. Recordó las tardes en las que iba a visitar a su abuela, y cómo debatía ciertos temas en un jardín gobernado por cantidad de flores y una brisa embadurnada del dulce olor de las damas de noche. Con mujeres de edades muy similares a las que tenía delante.

De eso hacía más de diez años. Todas habían muerto ya. Incluso su abuela. Aunque nunca le hubiese abandonado, y siempre la sintiera a su lado. Allí donde estaba su olor.

Prestia había sacado a la luz, de un modo sugestivo, la antigua profesión de Nelson y las señoras se habían interesado de un modo alarmante. Habían acercado sus butacas para verle mejor. Era como si Prestia supiera que aquello les iba a gustar.

Nelson no tuvo más remedio que empezar a leer algunas manos y echar cartas para quedar bien. Los hombres más cercanos observaban de lejos y con desdén. Algunos ponían en entredicho su masculinidad.

Podía sentirlo.

—No me toques los huevos —dijo Maia con voz grave. La gemela mayor de las hermanas Durango provocó que todas las presentes rieran a carcajadas.

—No hay que ser adivino para saber que a mi hermana no le van los hombres —comentó Julia.

Julia Durango había ido a su casa por las cartas del tarot. Las gemelas vivían muy cerca de donde estaban celebrando la barbacoa. Nelson divisó cómo se perdía en una casita de color vainilla y vallado blanco, y regresaba a los poco minutos.

Las hermanas creían más en la cartomancia. De vez en cuando se daban sus escapaditas a la ciudad y visitaban a una pitonisa amiga y oriunda del pueblo. Muchas de aquellas mujeres se apuntaban a la excursión que dirigían las gemelas. Nelson pudo imaginarlas, todas subidas en el mismo autobús como quien va de excursión a la playa, vociferando y con sus abanicos en movimiento.

Nelson observó sus rostros cuando sacó La Muerte. Algunas se alteraron, otras se llevaron la mano a la boca y contuvieron el aliento.

Prestia lanzó una exclamación.

—Por supuesto que voy a morir. Como todas vosotras. O es que pensáis que sois elfas de los anillos esos —riñó Maia.

—Al contrario de lo que muchos creen, esto no significa que vayas a morir, chica —respondió Nelson.

—Uy, chica. Me gusta como suena eso. Sigue hablando, campeón —bromeó Maia.

—Según el orden en el que ha salido y lo que querías saber, La Muerte está señalando el alejamiento de un familiar cercano —dijo Nelson.

Las gemelas se miraron y esta vez fue Julia la que no pudo callarse.

—Pues vuelven a equivocarse las cartas, querido. Mi hermana y yo no nos hemos separado desde que vimos la luz en el cuarenta y siete.

—Ni las siamesas van a cagar tan juntas como nosotras —apostilló Maia.

Nelson estaba acostumbrado a la ironía. A la presunción por parte del informado. Hacía mucho, pero que mucho tiempo, que no exponía su don en el cara a cara. Nelson trabajaba para la televisión. En horas en las que un porcentaje bastante alto de la población estaba dormida para ir a trabajar al día siguiente. Horas en las que solo los desesperados, deprimidos e inmersos en la preocupación, no podían dormir pensando en qué les depararía el futuro sobre trabajo, amor y dinero. Llamaban a la línea 800 sin importarle el coste de la factura, con tal de encontrar el sosiego en palabras de un vidente.

—¿Ella es la única familia que tienes? —preguntó Nelson a Maia.

Las gemelas se miraron. Todos a su alrededor negaron con la cabeza. La sonrisa se les había disipado del rostro. Maia se puso en pie rápidamente y escudriñó entre la gente.

—¡Laurel! ¿Dónde está, Laurel-Ann, hostia puta? —gritó, y se fue en busca de su sobrina mesa por mesa.

Nelson se acercó a Prestia y esta le susurró:

—Laurel-Ann es su sobrina.

Maia recorrió a todos los presentes y fue preguntando hasta dar con alguien que la llamó con el dedo. El hombre era rechoncho y tenía un sombrero de paja en la cabeza. Se acariciaba el bigote mientras hablaban, y luego comenzó a señalar hacia las casas. Por último, se encogió de hombros y la despidió con un gesto.

Maia regresó, cogió una loncha de jamón york y dos rodajas de tomate y se las metió en un pan.

—Por lo visto, ha ido en busca del palomito de Terens. No sé qué le pica a la niña con el deprimido del pueblo. Pero si encima no le echa cuenta… Madre de Dios.

—Déjalos, que ellos saben lo que hacen —manifestó la vieja Chidi.

Maia asintió y señaló a Nelson con su índice.

—Y tú no vuelvas a asustarme. ¡Cabroncete!

Nelson se arrellanó en su silla, sin aliento. Los dolores eran como ecos en sus piernas. No sentía la cadera, no sabía si era por el efecto de las pastillas o porque jamás las volvería a sentir. Se lo preguntó a Prestia, pero la estudiante de enfermería no le respondió. Fue a ayudar a los que sacaban la merienda de unas cajas.

Frente a él seguían los comentarios. Preguntas y respuestas silbaban por cada lado como balas en un frente. Advirtió que tenía vacía la copa. La llenó, la vació de un trago y se relamió.

—Aterradora sí que lo es —respondió.

—Exacto. A eso me refería.

Un hombre muy risueño, con gafas con cristales pequeños y gran aumento, al que llamaban Ost, se acercó y preguntó cómo deseaban el café los presentes. También apuntó un par infusiones. Más tarde, presentó dos pequeñas bandejas circulares con magdalenas, *croissants*, bizcotelas, galletas y bollitos de leche.

Algunos hombres se quejaron de que aún no habían terminado de almorzar, pero Ost dejó de lado el tema en defensa de las mujeres y las bromas surgieron de nuevo. Ninguna de ellas negó la agradable servidumbre que ofrecía aquel apuesto señor que

se ofrecía a hacer de camarero durante la merienda.

—Pobre Ost, con lo que quería a su mujer —comentó Marcia a los presentes. Las mujeres asintieron cabizbajas.

Nelson quiso decir que estaba encantado. La mayoría de las que le acompañaban eran aficionadas a cualquier tema relacionado con la parapsicología. Algunas contaron sus propias experiencias sobrenaturales. Prestia también parecía ser fan de todo ello. Aunque, como le confesó una de las presentes a Nelson, algunas historias eran menos creíbles que un chimpancé asistiendo a misa.

La mujer de Samuel Day pasó cerca y Prestia le ofreció sentarse con ellas para disfrutar de la tarde.

—Cuando necesite una amiga como usted, me sentaré en el váter y cagaré una —le contestó la mujer del ex policía.

Prestia se encogió de hombros y murmuró cuando se fue:

—Está muy nerviosa.

Los aldeanos de Rotten gozaban de un extraño comportamiento. No parecían tener miedo a la situación en la que se habían visto envueltos desde lo que todos llamaban «El Día del Cementerio». O al menos, no daban la impresión de pensar en ello constantemente como lo hacía Nelson.

Y por supuesto, la mujer de Samuel Day.

La vieja Chidi, con más arrugas que un *sharpei*, devoró ávidamente dos bizcotelas, una magdalena, dos galletas y un pequeño panecillo relleno de requesón que había traído Ost en su segunda vuelta. Chidi se limpió la boca con un pañuelo bordado y añadió:

—Creo que es el momento ideal para realizar una sesión de *planchette*.

Era evidente que había pasado mucho tiempo desde que Nelson viera por última vez un tablero *ouija*. La señora de las arrugas la había llamado de un modo extraño. Algo que parecía francés. Y en efecto lo era, pues Chidi recordó a todos que había nacido en la ciudad de la torre. Nelson vio desde su silla cómo sus acompañantes se llenaban de emoción con la idea de hacer una sesión de *ouija*. Chidi ordenó a algunos hombres que les dispusieran una mesa algo apartados de los demás, con sillas para todo el que quisiera asistir al evento.

Algún que otro se acercó con ganas de mofarse y Chidi los expulsó directamente. Mientras Prestia conducía su sillita de ruedas hasta el lugar, Nelson sintió como si estuviera viviendo un sueño. Vislumbró que todos ellos eran simples marionetas del

destino. Un destino fabricado, pero inamovible. Multitud de personas indefensas ante el trágico final que se avecinaba.

Por un momento vio cómo ardían las casas, el centro comercial y el bosque. Y de pronto, estaba en el asiento trasero de un coche, acurrucado y medio muerto. ¿Eso había sucedido ya o iba a suceder? Prestia lo sujetaba para que no cayese por la multitud de baches que estaban sufriendo. Un árbol, humo… ¿un barco?

El miedo a la muerte, a lo que acechaba fuera, parecía haberse diluido como azúcar en agua caliente. Entusiasmadas, las cinco mujeres colocaban el dedo índice sobre el vaso. Le habían preguntado a Nelson si sabía dirigir una sesión, daba la sensación de que lo hacían frecuentemente, pero que había pasado tiempo desde la última vez.

Tal vez creyesen ver una luz al final del túnel de preguntas que todo el mundo se hacía sobre el levantamiento de los muertos.

—Nelson, querido, cuando tú quieras —informó Julia.

Nelson la miró desconcertado. Aquella mujer de pelo recogido y cano, había pronunciado las mismas palabras de su abuela. «*Nelson, querido*…». Nelson miró a Julia a los ojos y despertó cuando su hermana Maia chasqueó los dedos para sacarlo de su ensoñación. El cielo aún rebosaba claridad. Una luz tenue. Las nubes se habían disuelto y poco a poco iban tiñéndose de rojo. Se había vertido sangre en algún sitio.

—Hola. ¿Hay alguien? —invocó Nelson.

Prestia lo miraba con expectación. Sentía sus amargos ojos verdes clavados en él. Notó cómo se ruborizaba. Nelson jamás había sentido nada igual por una chica.

—¿Hay alguien ahí?

El vaso no se movió. Marcia dijo algo en voz baja pero Nelson no pudo oírlo.

«Esto no va a funcionar».

—Hola, esperamos una respuesta. ¿Quién eres?

Un grupo de hombres reían al fondo. La situación no era la adecuada. No había ambiente. Nelson pensó que eso sería una buena excusa para poder dejarlo. Sin embargo, un vientecillo frío removió las copas de los árboles en la avenida y todo el mundo calló. El viento también sacudía las vallas y el sonido de la muerte llegó hasta ellos. El hierro en movimiento.

No obstante, seguía haciendo calor.

La mujer de Samuel Day los observaba desde las mesas con los brazos cruzados. Negaba cada poco y hablaba con una mujer muy bajita y delgada. La indignación era el color de su aura. La próxima vez que Nelson fue a mirarla, vio que se marchaba de la barbacoa y nadie la seguía.

—Esperamos una respuesta. ¿Hay alguien ahí? —dijo Nelson y miró por primera vez la tabla.

El vaso se movió. Después, se separó un poco del centro. Las mujeres sonrieron y una de ellas estuvo a punto de aplaudir. Otra, agarró su silla con la mano libre que le quedaba y se acercó un poco más a la mesa.

Empezaba la función.

—Dinos quién eres, por favor —insistió Nelson.

El vaso empezó a moverse de un lado a otro, lentamente. Entre tantos brazos, Nelson no pudo ver nada. Los movimientos adquirieron velocidad. Más tarde, lentos otra vez.

Había escrito bastante.

—¿Qué ha contestado? —preguntó Nelson.

—Por qué quieres hablar —dijo Chidi.

—¿Qué?

—Ha escrito: *P-O-R-Q-U-É-Q-U-I-E-R-E-S-H-A-B-L-A-R*

Nelson arrugó el entrecejo. ¿Era una pregunta o una afirmación? Recordó que había que ser directo. Conversaciones puntuales. Preguntas concisas. Solo lo que se quisiera obtener.

—¿Cuál es tu nombre?

Las mujeres fueron deletreando hasta completar la palabra:

—*M-U-E-R-T-O*

Prestia le miró encogida. Nelson puso una mano en su hombro. Ella se la agarró. Estaba temblando.

—Queremos saber tu nombre. Dinos tu nombre, por favor.

—Muerto —dijo Julia, después de los respectivos movimientos.

Quizás hubiera demasiada sugestión en el ambiente. Estaba claro que esa palabra navegaba en el subconsciente de todos; pero no solo de ellos, sino probablemente de todos los habitantes del planeta.

Nelson pensó en abandonar. Lo que había comenzado como un día placentero y jovial podría acabar tornándose en desgracia.

—¿Queréis saber algo en especial? —les preguntó Nelson a las mujeres—. No sé cuál es el objetivo de esto.

La vieja Chidi lo observó con su característico tembleque y se señaló el pecho.

Era una idea macabra realizar una *ouija* en un mundo donde los muertos caminaban. Demasiado siniestro para ser verdad. Lo peor es que la idea había llegado de esa mujer que le miraba con ojos hundidos o, por qué no decirlo, enterrados.

Nelson cedió la palabra a la vieja con una reverencia. Se dispuso a ser solamente espectador. Nelson tenía que hacer algo. Se habían contagiado. Estaba nervioso como cuando presentía…

—Vamos, nos lo estamos pasando bien —instó Maia—. No perdamos el ritmo.

—Hola, soy Chidi. ¿Te conozco? —preguntó la nueva portavoz de la tabla.

El vaso se movió hacia él *SÍ*. Nelson se inclinó para verlo.

—¿Quién eres?

Las demás asistentes miraron a Chidi con atención. Había un tono mesiánico en sus palabras.

—*H-A-M-B-R-E*

Marcia profirió un gritito.

—¡¿Por qué no nos dejáis en paz?! —gritó Maia, como si el juego de mesa pudiera responder.

Su hermana la calmó.

—Compórtate —le reprendió una de las mujeres allí sentadas cuyo nombre desconocía Nelson.

—Recordad: no soltéis el vaso hasta que termine la sesión —dijo Chidi—. Tranquilizaos, coñe.

El vaso se movió lentamente hacia el *NO*.

—¿Cuándo os marcharéis? —cuestionó Chidi.

El vaso regresó al centro. Permaneció allí. La mujer esperó, como se solía hacer en estos casos.

—¿Os marcharéis?

Ningún movimiento.

—¿Alguien va a morir?

El vaso quieto.

—¿Cuánto durará esto?

Vuelta a la inseguridad.

—*H-A-S-T-A-Q-U-E-E-L-C-U-E-R-P-O-A-G-U-A-N-T-E*

Maia rio. Las demás sofocaron la risa. Aquella respuesta hizo que se relajara el ambiente.

—¡Dejad de reír, coñe! —riñó Chidi.

Hasta Nelson había sonreído con aquella respuesta. El vaso arrancó con fuerza otra vez y las mujeres intentaron no quitar el dedo del vaso.

Prestia observó por primera vez en su vida que aquello era real. Se veía claramente que los dedos perseguían al vaso y no al revés. El recipiente marcó las

letras:

—*M-E-M-I-R-A-N*

—¿*Quién* te mira?

—*B-A-N-S-K-Y*

—¿Bansky? ¿El tío de los helados? —cuestionó Maia a su alrededor.

—¡Silencio!

—Qué raro —replicó su hermana Julia.

Prestia se puso en pie y miró a la gente en las mesas. Las mujeres sentadas ante la tabla también lo hicieron desde su sitio.

—¿Bansky ha venido a la barbacoa?

—*NO* —leyeron en el tablero.

—¿Cómo sabe entonces…?

Chidi volvió a mandar silencio. El vaso se movió por última vez.

—*E-S-T-A-M-O-S-D-E-N-T-R-O-H-A-M-B-R-E*

Chidi cerró la sesión de forma muy profesional. Las mujeres regresaron a la hilera de mesas y un par de hombres las ayudaron con las sillas.

Nelson comentó un par de ideas para tranquilizar a sus acompañantes, pero las mujeres parecieron no oírle. El hecho de que la tabla hubiese nombrado a ese tal Bansky les había afectado. En sus rostros había dudas. Nelson conocía aquellos comportamientos temerosos. Eran expresiones sujetas al sentimiento. Se comportaban como si un vidente hubiese acertado algo de su vida particular, algo con lo que no contaban. Algo tan importante que la afirmación se convertía en una flecha imparable directa a su tranquilidad.

Mientras volvían, la gente les preguntaba. Ellas nos contestaban. «¿Qué ha pasado?». «¿Todo va bien?». Era evidente que no. Nelson oteó una nube inmensa. Un rayo surcó velozmente el cielo, que se había vuelto plomizo en un abrir y cerrar de ojos.

—Pero mujer, no te preocupes por eso.

—¿Cómo se os ocurre jugar a esos *jueguecitos*?

—Desde luego, ya no sois unas niñas, eh.

—Si fuera cierto, habrían aparecido…

Nelson no oyó cómo acababa aquella frase. El rumor que se cernía en el aire. Un lamento, acompañado de un fuerte olor a descomposición, lo inundó todo. El hedor impregnó la comida y muchos taparon sus bocas. La gente miró hacia las vallas de la

salida del pueblo esperando encontrar algo. Preguntas al viento. Algunos de ellos buscaron a John Middles. En sus mentes permanecían las palabras de Samuel Day, pero el sustituto del ex policía no estaba. De pronto, se oyó un disparo en el centro comercial. Otros dos. Un grito y un cañonazo a lo lejos. Nadie vio que una figura moribunda caía desde el balcón del centro comercial, pues ninguno podía quitar ojo a las vallas que rodeaban el pueblo.

—¡Venid! ¡Venid y mirad! ¡Ya vienen! —gritó Jason, y dejó caer inconscientemente la pelota de sus manos.

El niño señalaba hacia al fondo como si se acercara un desfile. Luego, echó a correr por la calles en dirección a la iglesia. Los demás se dejaron llevar por las palabras del niño y se dirigieron a la avenida. Drew Cassy, Candi Staton, Berta Aure, Nelson y Prestia, las hermanas Durango, Pepo y su hija Cristal, Marcia y su marido, Pome Anderson y su pamela de alto *standing*, los inseparables Matt Mane y André Prod, Jimmy Laymon, Ost, Chidi, la chismosa de Sheridan y su perro Tip, Lim y su lienzo donde había pintado a los que habían asistido a la barbacoa, el viejo Tinny a duras penas… y otros muchos se fueron congregando para ver la multitud que se acercaba. Decenas de muertos deambulaban por la avenida principal. Habían roto el cerco. Algunos iban desperdigados y otros, en grupo.

Pero siempre hacia delante, avanzaban a marchas forzadas y se arrastraban por la acera. Esqueléticos e inmundos como adictos callejeros. La brisa secular empujaba su lamento, sus gemidos, los huesos desparramados y colgantes. No hacía falta acercarse demasiado para reconocer sus caras.

—¡Oh, no!

Llegaban más por las vallas alzadas tras el centro comercial. Por los laterales. Aquello eran terraplenes, caídas a gran altura, debía ser imposible… Los que se acercaban por allí se aferraban a las hendiduras y gemían.

—Es una guerra donde se cambia de bando fácilmente… —comentó un habitante de Rotten ante lo que se acercaba.

El olor cada vez era más desagradable y penetrante. El avance era lento en la mayoría. Los más rápidos se habían introducido en las casas. Uno de ellos perseguía a un perro. Por lo que se podía apreciar, no era gente del pueblo. Aunque entre ellos fue apareciendo algún que otro rostro conocido. El asombro acometió a los que aún no habían decidido echar a correr.

—Están desnudos como perros —dijo una mujer.

Entre los muertos estaba Max Rodríguez, que había salido en busca de su hija Sara. Su hija venía por el otro lado de la calle con los hombros llenos de sangre.

Nehemías Mile, el cura, venía con ropa de paisano y traía la camisa rota y el pecho literalmente abierto. Algunos se fijaron en Terens Rodríguez y en que, donde debía estar su nariz, ahora solo había un agujero rosa.

—Es como si pidieran ayuda —comentó alguien.

Mujeres bien vestidas y con las cabezas medio colgando. Un hombre sin brazos que cuando intentaba correr, se caía. Vieron figuras con la mayoría de sus miembros quemados. Otros estaban completamente desnudos y desfigurados de pies a cabeza. No parecía que hubiera un solo trozo de piel que no hubiera quedado completamente abrasado en la mayoría de ellos. Sus cabellos habían desaparecido. Niños sin manos. Caras sin mandíbula. Carne podrida. Una danza macabra.

El turno de Rotten.

—Nunca termina, ¿verdad? Nunca va a terminar —dijo Zack Snyder y se sacó la pistola del cinturón y empezó a disparar.

Ahora sí, los que quedaban echaron a correr. Drew, Candi y Prestia empujaron el carrito de Nelson en dirección a un coche.

Brian

Brian necesitaba compañía. Alguien a quien contarle lo que había hecho. No todo el mundo tenía el honor de matar a su madre, aunque tampoco era algo de lo que se pudiera estar orgulloso. Sin embargo, había pensado multitud de veces en cómo de bueno sería el momento en que su madre dejara de dar tanto por el culo. Y ahora, el asunto no se parecía en nada.

Sentía una punzada de dolor en el centro de su corazón. Una aguja que entraba y salía. Entraba y salía. Con cada extracción, le quitaba el aire. Se quedaba sin él. Se estaba ahogando. Asfixiando. El corazón se le encogía, las lágrimas caían por su cara picada y las rodillas le temblaban. La cabeza le dolía tanto que ni siquiera se podía concentrar en andar como es debido. Lo que hacía era arrastrarse por las galerías del centro comercial y llorar.

Excepto por las lágrimas, era como uno de esos muertos vivientes que iban deshaciendo la especie humana con sus mordiscos. Por su cabeza pasaban tantos y tantos recuerdos que apenas podía pararse a vislumbrar uno en concreto. Arrugó el entrecejo para soportar otra punzada y se vio con pocos años sujeto a la pierna de su madre. Inseparable de aquella fuente de calor. Del cuerpo que le había traído al mundo. Se vio llorando y pataleando en el recibidor de casa de sus abuelos. Brian quería estar con su madre siempre. Siempre a su lado.

Y solo había un modo de cumplir su deseo.

Tenía que subir el Ak-47 hasta su garganta y apretar el gatillo. Tan fácil como eso. Ahora estabas a un lado del plano terrenal, al instante, del otro. De ese modo, podría estar sujeto a la pierna de su madre hasta el fin de los tiempos. Las miles de preocupaciones que te acosaban día a día cuando te empeñabas en vivir se reducen a nada cuando te empeñas en morir.

Pero tenía que hacerlo bien. Relacionar las ideas con el suicidio, le hizo meditar más pausadamente sus siguiente pasos. Decidió hacer las cosas con cabeza por una vez en su puñetera vida. Tenía tiempo. Subió las escaleras y recorrió el último pasillo

que transitaría en su vida, antes de volver al lado de su querida madre.

La sensación de absurdo se había intensificado y Brian no pudo dejar de sonreír mientras observaba a los gilipollas de sus vecinos haciendo una barbacoa en el aparcamiento del centro comercial. Lo que hizo fue esconderse dentro de una de las pequeñas casetas de los centros de transformación eléctrica con los que contaba el edificio en la azotea. Y, desde allí, fue apuntando con su arma a todos y cada uno, viendo sus caras. Sorteando a cual de ellos le volaría primero la cabeza.

Podía aniquilarlos a todos con unos cuantos clics. Sería un buen entrenamiento. Una buena partida de *Call of Duty*. Sin comerlo ni beberlo se había convertido en dueño y señor de sus vidas, y le encantaba. En este momento era relativamente fácil divertirse matando, como en aquella película del francotirador que dedicó toda una tarde a cargarse a niñatos universitarios desde lo alto de un edificio.

Niñatos que lo merecían.

Mientras deslizaba la mira telescópica de un lado a otro, vio a Dany Barres junto a su madre. Estaba sentado en un bordillo, fumaba un cigarrillo y se rascaba la entrepierna. Brian se había olvidado por completo de Dany. Con ese cabrón se había reído mucho. Era el único colega que le quedaba en estos tiempos de soledad. De vez en cuando, le echaba la llave y le dejaba colarse en el centro comercial. Veían juntos cantidad de películas porno en el invernadero. Era un tío que manejaba la X-Box como nadie. Se sabía cantidad de trucos. Una noche, en la que el tiempo había sorprendido de la noche a la mañana y había hecho un calor de mil demonios, habían estado hasta altas horas de la madrugada en la azotea mirando a las estrellas y comentando el número de chicas que se habían follado y la cantidad de perradas que les habían hecho a cada una en la cama. Era un tío de puta madre. La última vez, Dany trajo para compartir con él diez gramos de cocaína que había conseguido birlar en el almacén de la comisaría, donde ya no quedaba nadie. Era un cabrón enrollado. Lo menos que podía hacer era invitarlo a subir para que disfrutara a su lado.

Brian le advirtió a Dany por el balcón que debía subir por las escaleras de emergencias sin pasar por la planta baja. Tiró la llave y esperó en la azotea a que apareciera por las puertas correderas del centro comercial.

—O te pego un tiro, ¿entendido? —le dijo.

—Que sí, tío.

El maricón estaba tardando. Brian entró en el invernadero para observar las cámaras. No lo encontró en ninguno de los cuadros de televisión. Eso significaba que estaba subiendo por las escaleras de emergencia, tal y como le había ordenado. Una de las cámaras enfocaba perfectamente el charco de sangre en el que se había convertido su madre en la planta baja. La bilis le subió de nuevo por la garganta al recordar el olor acre que le había inundado justo después de abrirle la cabeza.

Dany abrió la puerta del invernadero.

Brian se giró de un salto y apuntó con el arma al flacucho de pelo rapado. Dany profirió un leve gritito. Su boca se abría como la de un estúpido en un circo. Brian se dio cuenta de la pinta de sádico que debía tener con tanta sangre en su camiseta y en el pantalón de chándal. Dejó de apuntarle con el arma, que parecía bañada en *ketchup*.

—¿Qué coño te pasa, tío? Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué… has… hecho?

—He matado a mi madre —contestó Brian y tragó saliva. Intentó contener las lágrimas, pero las hijas de puta se le escapaban—. He tenido que hacerlo, joder. —Brian se tapó la boca y pudo sentir la sangre caliente mojando sus labios.

Le gustó.

—¿Pero…? ¿Se te ha ido la perola, cabrón?

—¡No, hijo puta! —Brian le apuntó con la escopeta de nuevo. Dany se tapó el rostro como quien intenta evitar un guantazo. Brian no disparó. De momento—. ¡Se había convertido en… en un puto muerto viviente, y me atacó! ¡No me provoques, eh! —Simuló que el arma era un estoque y que se lo clavaría si no se callaba—. ¡No me tientes, joder, que te mato!

—Vale… vale, tío. No me mates, colega. Yo no tengo la culpa, joder. Por favor, no me hagas nada. Lo siento.

Brian se acercó a él. Era unos veinte centímetros más alto que el hijo de alcalde muerto. Brian se vio a sí mismo sonriendo en el espejo de enfrente. Con aquella sonrisa tenía cierto aire al villano de *Batman*. Se acercó aún más y le susurró al oído:

—Ven conmigo, Dany. Vamos a divertirnos.

—La idea es esta: tú me vas dando pistas sobre el que te gustaría ver muerto, y yo… —decía Brian al salir del invernadero.

Ambos se echaron hacia atrás del susto. Una figura se acercaba hacia ellos como en uno de esos dibujos manga en los que el sol tapa sus rasgos para causar mayor conmoción. Era un hombre. Su caminar, natural y humano. Los dos amigos se

agarraron temerosos uno a otro por un instante, pero Brian reaccionó pronto y escupió el miedo, apartando a Dany de un empujón.

—¡Quieto! ¡Alto o disparo! —Brian levantó la mirilla de la escopeta en dirección a la cabeza del extraño y caviló en lo poco creíbles que habían sonado aquellas palabras.

El hombre dio un paso más y se paró, junto a una de las claraboyas que ejercían como respiradero para la ventilación del edificio. El hombre levantó las manos.

—Tranquilo, chico. Puedes bajar eso. Soy un vecino del pueblo.

—No te conozco.

—Soy John Middles. Conozco a tus padres.

—Es cierto, tío —intervino Dany—. Es del pueblo. ¿Cómo que no le conoces? Vive en…

—¡Callaros los dos, hijos de puta! —gritó Brian—. ¡Los dos! ¡Por lo que a mí respecta, no le conozco! ¡Se ha colado en mi casa sin permiso! —aulló. El solo hecho de que aquel tipo, fuera quien fuera, hubiese llegado hasta allí sin permiso, le ponía de los nervios—. ¿Qué coño haces aquí, eh? ¿Quién te ha dado permiso para entrar, capullo?

—Solo quiero hablar contigo, Brian —contestó Middles, en tono negociador—. Vengo a proponerte una…

—¡Cállate cabrón! ¿Vas armado? ¡Quítate el pantalón!

—¿Qué? Solo quiero hablar. Si no quieres, me marcho y ya está. Quiero proponerte…

—¡Qué te *qiiiiitees* el pantalón, perro! —chilló.

Notó como Dany Barres se alejaba poco a poco de él. Podía notarse a sí mismo en una fase de *shock* incontrolable. El éxtasis que llenaba de adrenalina su cuerpo era brutal. Y aún no se había metido nada.

—Tío, yo me piro —dijo Dany—. Juro que no diré nada de esto a nadie. Tengo que ir con mi vieja, ya sabes.

Brian solo tuvo que mirarlo para saber que no debía dar ni un paso más.

—¡Vamos, cabrón! —dijo Brian a Middles—. ¡Quiero que te pongas en bolas! ¿No me has oído? ¡Quiero ver con mis propios ojos que no vas armado! ¡No vais a quedaros con el negocio de mis padres, bastardos de mierda!

Middles saltó detrás de la claraboya y Brian disparó.

Unas gotas de sangre cayeron más allá como una lluvia corta.

—Maldita sea… —Brian llevó la escopeta a su hombro y adoptó la postura de combate militar que tanto le gustaba de los videojuegos.

Dany se acercó a él y le agarró el brazo.

—¿Qué estás haciendo, tío?

—¡Calla!

—Deja que me pire, al menos. Yo no pinto nada aquí —imploró Dany.

—Vas a ayudarme a matar a ese cabrón. Luego, podrás irte con tu puta madre.

—Pero ya le has dado. Mira la sangre.

—Aún está vivo. Lo…

Brian oyó el disparo y una milésima después, contempló la llamarada. Acto seguido, sintió como el pecho le ardía. Más bien, el estómago. Más bien, el dolor se concentraba en la entrepierna.

—¡No!

El impacto no lo derribó, pero tuvo la certeza de que iba a morir. Moriría por culpa de… ¡Claro! Eso era. Dany era el cebo. El estúpido cabrón que habían enviado para distraerlo. Dany. El cebo para acabar con él y quedarse con el centro comercial de sus padres. Dany echó a correr.

—¡No, no, no!

Brian levantó el arma, que parecía haberse fusionado a su brazo, y le reventó la espalda a su amigo de un cañonazo. Luego, se giró y siguió disparando en dirección a la claraboya, mientras se iba acercando. Disparaba. Disparaba. Disparaba. Cayó en la cuenta de que, así, aquel tío no se asomaría. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Más disparos. Más disparos. Sintió como la sangre desaparecía de su mitad inferior. El cuerpo se le helaba. Un frío repentino le recorría las piernas, pero aun así, siguió disparando. Perdía mucha sangre. Se moría, joder. Se moría. Y no quería morir aún. Mejor dicho, no quería que nadie le matara. Nadie tenía el derecho de quitarle la vida a nadie. Nadie debería quitar de en medio a un Sarmiento. Siguió disparando y, cuando asomó a la claraboya, encontró al tal Middles con los oídos tapados y encogido como un perrito. Un revolver a su lado.

Antes de que dijera nada, lo cosió a balazos.

—¡Los buenos no siempre ganan! ¡Mírate como bailas, cabrón!

Cinco, seis, siete… Y dejó de contar. Treinta balas tenía el cargador del Ak-47.

«¿Cuántas balas le quedaban?».

—Da igual, joder. Me estoy muriendo de todas formas —murmuró y tiró el fusil a un lado.

Siguió caminando mientras pudo. Pensó en echarse sobre su cama en el invernadero, morir con algo bello sonando en su equipo de alta fidelidad.

Entonces, oyó el rumor que se cernía en el aire y que lo inundaba todo. El lamento

venía acompañado de un fuerte olor a descomposición. El alboroto llegaba por la avenida. Brian se giró arrastrando las piernas como uno de *ellos* y vio cómo manaba de él el líquido más preciado de todo ser humano. Marchó en dirección al balcón. La multitud se acercaba. El desfile de los muertos acometía la avenida principal. Habían roto el cerco. Algunos iban desperdigados y otros en grupo. Avanzaban a marchas forzadas y se arrastraban por la acera. Esqueléticos e inmundos como adictos callejeros. La brisa secular empujaba su lamento, sus gemidos, los huesos desparramados y colgantes. El olor se volvía más desagradable y penetrante. Brian aspiró hondo como si quisiera infectarse con ese hedor.

—Me gusta —dijo feliz.

Y se lanzó por el balcón.

La expedición

—¡Nada! —dijo al *walkie*.

—*Recibido*.

Mitch fue acelerando la moto con el puño acompasadamente. Con un poco de suerte, en la distancia, no se notaría que lo que intentaba era alejarse de ellos cuanto antes mejor. En cada cruce, iba comunicando (y mintiendo) al *walkie* que aún no había nada que destacar.

Llegó al otro extremo de la avenida, y entonces dio la vuelta y paró la moto. Pero no el motor. Allí la peste era más llevadera. Sus acompañantes se habían vuelto minúsculos al otro lado. Tres pequeñas siluetas esperaban de pie junto al coche. Esos pueblerinos de Rotten se habían fiado de él, de sus palabras, sin pedir nada a cambio. En un mundo desolado, cualquier ayuda era poca, pensó. Estaba claro. Un alto rango del ejército había aparecido en sus vidas y ellos se habían alegrado. Quizás se sintiesen más seguros. Quizás pensaran que, de alguna forma, el ejército iba a venir a rescatarlos a todos por el mero hecho de tener entre ellos a uno de sus miembros.

Pero Mitch se había cambiado de ropa rápidamente y, con su comportamiento huraño, había despejado toda duda. Era uno más. Si de verdad el mundo tal y como lo conocían se había extinguido, Mitch era uno más. Cuando a las personas se les arrebataba su estatus social, solo tenían que preocuparse de no perder una cosa.

La familia.

La calle Begonia era la última de las flores que esperaba visitar. Como todas las demás, se salía del polígono en dirección este. Por el otro lado, dicha vía seguía y seguía circundando al campo, y luego perdiéndose en él. Se convertía en un sinuoso sendero que atravesaba los campos de cultivos y se internaba en el bosque bajo las montañas. Pero lo más importante era que, junto a Mitch, reposaba un enorme cartel con cantidad de direcciones posibles. Aparecían los nombres de las empresas situadas en el polígono. En el centro, las situadas en la Avenida C y, más hacia la izquierda, lo que estaba buscando: la salida a Gregory.

—*¿Ocurre algo? ¿Por qué te paras?* —chirrió el *walkie*.

Mitch giró el manillar, suspiró y apretó el pulsador para hablar.

—Escuchad con atención, porque solo lo repetiré una vez: si venís en dirección a mí, la calle Trébol es la segunda que cruzaréis. No hay peligro hasta ahí. A vuestra derecha encontraréis lo que estáis buscando. Un edificio grande, pintado de amarillo, que parece ser la central de los supermercados PANDA. Es una maravilla. Ahora bien, no hagáis mucho ruido. Un poco más adelante hay cantidad de muertos caminando por las calles. Creo que no me han visto. Parecen ser trabajadores de estas instalaciones. Hay muchos. Repito: muchos. Y una última cosa: tened en cuenta lo que os he comentado sobre disparar. Pongo la mano en el fuego que sobre el polígono ronda una inmensa nube de gas…

Soltó el pulsador y el aparato quedó en silencio unos segundos.

—¿Me habéis oído?

—*Mitch, ¿me oyes? Soy Ben*.

Mitch no contestó.

—*¿Qué piensas hacer? Tienes que ayudarnos, por favor. Dejaremos que hagas lo que quieras, pero antes ayúdanos con esto. Necesitamos tu ayuda. No nos dejes tirados ahora. Entiendo tu situación. Te dije que yo haría lo mismo en tu lugar, ¿recuerdas? No nos hagas esto. Nosotros solos no podremos… Corto y cambio*.

—Aquí os dejo el *walkie* —contestó Mitch al aparato y se agachó y lo dejó en el suelo—. Tened cuidado.

Y aceleró en busca de su familia.

Bansky

A ambos lados de aquel pasadizo de cemento había escaleras roñosas que conducían a dos pequeños túneles de servicio. Bansky anduvo por el agujero, sorprendido de encontrar bajo tierra algo tan grande y desconocido por tanta gente. La luz entraba a duras penas y, a lo lejos, señalaba un gran punto en la pared. Calculó unos cien metros para llegar hasta la claridad. Había dejado atrás dos túneles más que no tenía ni idea de adónde llevaban pero que, sin duda, pretendía explorar con tiempo. Los túneles excavados tenían cierto aire misterioso. No eran alcantarillas. En algunos tramos estaban a medio excavar y, en otros, la pared estaba asentada mediante muros de contención. Había agujeros en las paredes por los que se filtraba la luz entre amasijos de raíces. Estaba muy cerca. Una sombra borró una parte de la luz al final del túnel y Bansky se paró. Levantó lentamente las dos pistolas como un vaquero y abrió mucho los ojos. Esperó un segundo, quieto como una estatua de piedra. No apareció nadie. Alguien merodeaba por el lugar o quizás hubiese sido el viento meciendo las ramas.

Reflexionó un momento sobre si en el pueblo se había hablado alguna vez de excavaciones o algo parecido. De túneles. De yacimientos arqueológicos… y lentamente un recuerdo inexacto llegó a su mente.

Quizás no tuviera nada que ver. O tal vez mucho. Una tarde de principios de verano en la que apareció por la heladería una chica morena, muy guapa y bien vestida, que hacía trabajos para el Centro Documental de la Memoria Histórica de los pueblos de la vía verde. Aquella institución estaba junto al ayuntamiento y todo el mundo conocía al señor que lo llevaba. El viejo Tinny. La chica, con su encantadora sonrisa, venía solicitando firmas para un proyecto de identificación antropológica en… ¿O era de excavación?

—Mientras te tomes algo, firmo lo que tú quieras, tesoro —le respondió Bansky, frente a las bateas de helados.

—Una copa de la casa con tres bolas de *stracciatella*, por favor —respondió la morena con una sonrisa angelical.

Obviamente, Bansky no había leído lo que había firmado. Pero algo le decía que tenía que ver con la enorme madriguera en la que se encontraba ahora mismo. Seguía sin entender qué relación podía tener, ni por qué esos agujeros llegaban hasta el sótano de su casa. Aunque quizás aquella excavación se había topado con el proyecto de su padre. Podría ser. Hubo un tiempo en que su padre iba y venía mucho al ayuntamiento. Regresaba maldiciendo, quejándose y hablando de juicios y expropiaciones. Fue poco antes de que el paro cardiaco se lo llevara. Por mucho que Bansky se interesó, no consiguió ninguna explicación.

Así era su padre.

Llegó hacia donde el túnel se curvaba. La luz, a pocos metros. Desde su escondrijo comprobó que era aire puro lo que entraba. El exterior. Unas ramas taponaban la abertura como en un cuento de fantasía. El sol rebosaba fuerza allá fuera, en contraposición a la plena oscuridad que había dentro. Poco podía ver, pero escuchaba el agua caer y los pájaros silbar. Por un momento, creyó que todo lo acontecido permanecía atrás. Al otro lado del agujero, los muertos se habían levantado de sus tumbas, al otro lado del agujero, tenías que permanecer encerrado para sobrevivir. Sin opción, el mundo se venía abajo con el paso de las horas. No quedaba gobierno alguno que velara por sus ciudadanos. Pero a este lado, no.

Como en *Alicia en el país de las maravillas*, solo tenía que despertar. Y eso se conseguía saliendo por la abertura donde los pájaros cantaban y el sol relucía. Era así de fácil. Salir. Todo es una broma, un sueño. Este lado el mundo sigue siendo un lugar bello donde los bancos aún guardan tu dinero. Un lugar con un mañana por el que mirar. Un lugar donde poder irte de vacaciones a paises exóticos y disfrutar de bufés interminables de comida. Todo. A este lado del agujero. Donde los pájaros cantan. Bansky asomó un poco y apuntó con una de las pistolas. Sacó algo la cabeza entre las ramas y brotó de la espesura. Dio unos pasos hacia el día radiante y un muerto se abalanzó sobre él escupiendo sangre.

Bansky disparó dos veces.

Una de las balas rasgó el ojo izquierdo del objetivo y la otra se perdió en la hojarasca. Bansky volvió a calibrar y las segundas balas consiguieron reventarle la cabeza. Durante unas milésimas de segundo observó lo que se le venía encima. Estaba en una especie de vaguada, el agua caía limpia de una pequeña cascada y el río abajo se enorgullecía de sus aguas negras infectadas. Decenas de muertos vagaban sin rumbo por la preciada naturaleza. Erraban sin sentido como cucarachas en una bañera. Era como si hubiesen atravesado la vastedad del campo y hubiesen quedado allí atrapados, sin saber qué camino tomar.

Bansky pensó en el agujero. ¡Claro! De vez en cuando, a uno de aquellos caminantes le tocaba la lotería y encontraba el agujero. Así se habían colado. ¿Pero cómo habían llegado tantos a aquella zona? ¿Por qué había tantos muertos rondando por el bosque y el río? Había tantas preguntas por responder…

Unos pocos se dirigieron hacia él tras escuchar los disparos. Bansky echó a correr hacia el agujero con tanto miedo que dio con la cabeza en la parte superior y cayó de espaldas. Sintió la brecha en la frente y la sangre recorriéndole las cejas. Las malditas hojas tapaban la gruta y le habían hecho calcular mal. De espaldas y boca arriba, disparó a los muertos que emergían del follaje.

Consiguió ponerse en pie. Venían más por el otro lado. Sus pensamientos se animaron. El mundo olvidado reapareció. Era curioso cómo empezaba a recordar tantas cosas cuando estaba a punto de morir. El vado infectado de muertos no era un sitio nuevo para él. Yacía en su mente otro recuerdo semiborrado y que poco tuvo que hacer para subrayarlo y sacarlo a relucir. Aquel lugar, aquel río, la cascada en lo alto, las piedrecillas blancas junto al agua; era un lugar que le encantaba de pequeño. Su padre y su madre le llevaban allí a pasar la jornada cuando los días estaban llenos de luz como hoy. Los días en que él había aprendido la palabra «*picnic*» y rogaba a sus padres una y otra vez hacer una comida campestre al aire libre. Lo cierto es que, de vez en cuando, había recordado aquel lugar, pero como si estuviese en otra ciudad o, al menos, no tan cerca del pueblo. Papá y mamá se besaban sobre una de las mantas mientras él cogía renacuajos con un cubito. Le gustaba verlos allí. Juntos. Riendo. Juntando sus bocas y mirándole como el único tesoro a proteger. Le preguntaban que si quería un hermanito y él respondía que no. ¡Para jugar! No. A Bansky le gustaba jugar solo. No le gustaba compartir sus juguetes con nadie. No necesitaba a nadie. Pero su madre murió joven y la alegría y los buenos deseos se disiparon. De hecho, aquel cambio pudo ser una de las razones por las que su padre jamás volvió a llevarle a aquella cascada. Quería borrarlo de la memoria y lo había conseguido.

A su espalda, los muertos se peleaban por alcanzar la primera posición ante semejante manjar. Bansky había echado a correr por un sendero que se abría a pocos metros. Solo disparaba cuando uno de ellos estaba tan cerca como para intentar agarrarlo. Debía economizar balas. Retrasar su muerte todo lo posible. Había declinado volver a entrar por el agujero porque la mayoría de los merodeadores ya estaban sobre él. Había echado a correr sin rumbo y ahora se veía golpeando su corazón con cada paso ligero y bañando en sudor su cuerpo inútilmente por el camino.

Lo sabía. ¿Para qué correr? Pocos metros más adelante el camino se bifurcaba

hacia la derecha y ascendía levemente. Salió a la carretera. Se giró y disparó a un chico rubio de unos veinte años que había resbalado en el terraplén tras intentar alcanzarle. Sus orejas rebosaron sangre cuando la bala le entró en el cerebro.

Notó entonces que estaba sobre el asfalto. ¿Una carretera? Sí, por supuesto. Era la carretera de entrada al pueblo. La reconoció al instante. Conocía aquel camino. Forzó su vista hacia lo lejos y vio las vallas. Según el hito kilométrico amarillo y blanco en el arcén, estaba a poco más de un kilómetro de la salvación. Un kilómetro.

No lo pensó más y echó a correr. Moriría en aquella carretera. Lo sabía. ¿Cuándo era la última vez que había corrido un kilómetro? ¿A toda pastilla? ¿Nunca? ¿Cuando joven? Más bien, nunca. Correr por correr, pues como que no, le decía a sus amigos. ¿Correr para salvar la vida? Pues… Esperaba que los cálculos mentales que acababa de hacer, no fueran engañosos.

Los muertos salieron del boscaje detrás de él. Cada vez eran más. Le habían seguido cantidad de ellos. Unos a otros se habían mostrado el camino. Bansky era la cabeza del pelotón. Algunos, al alcanzar la carretera, comenzaron a olisquear el aire. Un dulce aroma rondaba cerca. Aquella impresión los refortaleció, llenó sus cuerpos putrefactos de intensidad. Aullaron. Gritaron. «¡Seguid al que corre!», «¡Cogedlo!», «¡Comeos al gordo primero!», pudieron haber pensado. Pero sus cerebros parecían haberse olvidado de cómo pensar. Lo que tenían en mente eran palabras sueltas. La más conocida: «Hambre». En sus cabezas oían rumores. Gente riendo, gente haciéndoles preguntas. No contestaban. No sabían hablar. «Hasta que el cuerpo aguante», fue capaz de discurrir una señora sin pelo, quemada hasta las cejas por culpa de uno de los motores del tren. Las preguntas llegaban directamente a su masa gris muerta. Eran como agujas que los irritaban y los atormentaban.

El gordo corría y miraba hacia atrás. BANSKY, se podía leer en su espalda. Cuando uno de los muertos llegaba casi a alcanzarlo, él se giraba y le disparaba, ganando unos segundos más. Sin embargo, Bansky había pasado de correr, a trotar. De trotar, a andar en menos de cien metros. Decenas de muertos continuaban emergiendo de la floresta. Bansky cayó al suelo. No podía más. Lo curioso es que, cuando te falta el aire y estás exhausto, todo da igual.

El camino estaba hecho.

La expedición

En cierto modo, pensaba Ben, cuando por fin llegaran los problemas —y graves—, estaría preparado y los afrontaría con cabeza. El atardecer había alargado las sombras. Pese a lo avanzado del año, el frío seguía sin acosar a los pueblos de las montañas. Ben tuvo una sensación muy extraña. Sentía que el tiempo se le terminaba.

—Mitch, ¿me oyes? Soy Ben —dijo al *walkie*—. ¿Mitch?

—Qué cabrón. Se ha llevado la moto —oyó decir a Fele.

—Ya sabía yo que ese tipo no era trigo limpio —apostilló Samuel Day. Ben, algo abatido, le devolvió el *walkie* al ex policía—. Montaos en el coche —continuó Day—. Si seguimos todo recto, en esa dirección —señaló hacia el campo—, le cogeremos. Ben intervino.

—El pobre hombre solo desea ir en busca de su familia.

—Se lleva nuestra moto, por si no te has dado cuenta.

—No es nuestra, es de John Middles y… ¿para qué la queremos?

—¿De qué coño estás hablando? —gritó el del sombrero vaquero—. Ese hijo de perra nos la ha jugado. Nos ha mentido. Si nos hubiera dicho la verdad podría haber hecho lo que quisiera. Lo que le saliera de los cojones. Me importa un carajo. Pero no era de fiar. Lo sabía. Ni siquiera me miraba a la cara cuando hablaba. Todo esto lo tenía pensado de antemano. Debería haberme dado cuenta… —Day cogió aire y escupió al suelo—. Incluso si me lo hubiera pedido en el pueblo, le hubiera dejado llevarse un coche, qué coño… ¿Qué cojones sé si tiene pensado ir en busca de su familia o no? Él vino a nosotros. ¿Quién se cree que es para darnos la patada de esa manera? Te diré cual es la causa de todo esto, Ben Respibi. Por si no lo sabes. La gente es perra y mala.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, amigo. La gente va a lo suyo. La gente es mala por naturaleza. Lo sé de muy buena mano. Lo he visto durante mis veinte años de servicio en la policía. No te puedes ni imaginar de lo que somos capaces con tal de ser mejor que el de al lado. De

pisarlo. Por eso estamos siendo castigados de este modo. Tenía que pasar algún día, ¿no te parece? Si no hubieran sido los muertos, serían terremotos, huracanes, tsunamis o alguna mierda de esas. Tenía que pasar. Así que mejor será que montemos en el coche y vayamos a darle un par de hostias a ese cabrón… Con eso me quedaré tranquilo.

—No, Samuel Day. No pienso hacerlo —aquietó el vigilante—. Te conozco desde hace tiempo. Sabes que te respeto. Pero la ira habla por ti ahora mismo, así que tienes que calmarte. Pensar en frío. Déjalo correr.

—¿Qué… cómo… estás… diciendo?

—No estás siendo consecuente, Samuel. Además, no creo en nada de lo que has dicho —confesó Ben—. Quiero creer que somos buenas personas. Que nuestro instinto es luchar por un mundo mejor. Sí, Mitch nos ha engañado, ¿y qué?

—Ah, no recordaba que eras amiguito de ese tipo.

—¿Quién no mira por el bien de su familia, Samuel? Es normal. Quiere calmar su agonía. Saber si su mujer y sus hijas están vivas. Tiene un plan y no nos lo dijo. No está bien esconder la verdad a la gente, en eso estoy contigo. No es el mejor modo de hacer amigos. Cierto también. Pero dime, ¿no harías tú lo mismo por salvar a Vivian y a Eva?

—No nombres a mi hija.

Samuel Day levantó los puños y se acercó al vigilante.

Ben le miró a los ojos.

—No quiero decir nada que te haga daño. Solo quiero que te pongas en la piel de Mitch. Se ha llevado la moto. ¡Ya está! De todos modos, fue idea suya traerla. No lo pensamos hasta que él mencionó el asunto. Qué más da si se la ha llevado. Que se vaya al carajo.

—Si nos ponemos a perseguirle se hará de noche —añadió Fele.

—Hemos venido a buscar comida, ¿no? —continuó Ben—. Hemos tenido suerte. Nos dijo que había una plataforma de supermercados PANDA un poco más adelante. Nos ha dicho exactamente dónde está. Cojamos lo que podamos y salgamos pitando de aquí. Volveremos con los camiones. Olvídate de ese militar, coño. No lo conviertas en algo personal.

Fele estaba apoyado sobre el coche y se hurgaba los dientes con una ramita que había cogido del suelo. Los observaba cabizbajo. Si Ben y Samuel se enzarzaran en una pelea, probablemente se quedaría quieto.

Samuel Day no apartaba los ojos de Ben. Pero inesperadamente el rostro del ex policía mostró sensatez.

O eso pareció.

—La gente es perra y mala, Ben. Te lo demostraré en cuanto tenga la oportunidad —murmuró.

Ben Respibi prefirió que la discusión terminara allí.

—Entonces, qué —Fele tomó parte en el asunto—. ¿Nos fiamos del tipo ese y entramos ahí sin saber si es verdad todo lo que dijo?

Samuel Day, que aún permanecía a pocos centímetros de Ben mirándole directamente con sus ojos de zorro viejo, se encogió de hombros.

—No tiene por qué mentirnos —contestó Ben.

—Eres demasiado confiado para trabajar en Seguridad —le espetó el ex policía. Y se fue hasta el coche—. ¡Vamos! No vamos a estar aquí todo el día.

Fele rápidamente se introdujo en la parte de atrás. Ben esperaba no equivocarse. No quería darle la razón a alguien que no confiaba en los demás.

Circularon por la Avenida C buscando la calle Trébol. Samuel Day conducía con la pistola en la mano derecha. Ben sujetaba la suya con ambas manos y no quitaba ojo a lo que ocurría al otro lado de las ventanillas. Day le había preguntado a Fele si sabía conducir. Una pregunta idiota que habían pasado por alto al principio, dijo. Pues si no sabía, ¿para qué le habían llevado?

—¿Veis algo? Comunicadme cualquier movimiento con antelación. Solo tengo dos ojos y los vuestros deberían valer para algo —dijo Day.

Atravesaron lentamente la calle Violeta, donde la mayoría de las naves industriales estaban pintadas de azul. No había nada que no se pudiera denominar como basura. Mientras avanzaban, vieron lo que pudiera haber sido un perro muerto en el arcén derecho. Las moscas se cebaban con sus despojos. Había cantidad de manchas oscuras en el suelo. Un olor muy fuerte se coló por las rendijas del coche.

—¿A qué huele? —preguntó Fele, acercándose al hueco entre los asientos delanteros.

—A esto se refería, Mitch —respondió Ben.

Samuel Day giró la cabeza hacia él lentamente como la de un muñeco. Redujo la velocidad y curvó suavemente la boca.

—A mí no me huele a gas —dijo.

—A mí tampoco —contestó Ben, poniéndose de su parte—. Pero es un hedor extraño, apesta aunque…

No supo como terminar aquella frase. El aire seguía viciado pese a flotar sobre

calles muy amplias. La peste debía de ser tremendamente desagradable fuera. Ellos tenían todas las ventanillas cerradas e incluso Day había pulsado el botón para cerrar todos los circuitos de ventilación. Pero aun así apestaba. Fue entonces cuando comenzaron a ver cuerpos masacrados. No tuvieron para comentarlo pues estaban por todos lados. Brazos, piernas, torsos… casi todos quemados. Monos de trabajo azul tiznados y rostros borrados a mordiscos.

Llegaron a la calle Trébol. Una calle vacía.

—¿Dónde está la multitud que decía…? —replicó Day con gusto.

PANDA CENTRAL MARKET ocupaba toda el ala derecha. La cabeza del oso panda chupaba bambú en lo más alto. Tenían dos entradas para camiones. Portones de chapa roja cerradas a cal y canto y muelles de descarga. Para entrar a los muelles, antes había que atravesar una cancela de circuito electrónico que tenía unos cincuenta metros de largo. Dos puertas pequeñitas para entrar a las oficinas. En el control no había nadie.

—Habló de peligro en las calles siguientes. En esta comentó que estaba todo despejado —musitó Ben.

—¿Seguro? —dijo Fele.

Menuda compañía.

—¿Acaso no lo ves? —indicó Ben con la pistola—. ¿Cómo lo haremos? —dijo a Samuel—. Tal vez podamos abrir esa larga cancela roja desde el control.

Samuel Day se mesó la perilla y se ajustó el gorro de vaquero.

—Dijimos que esto sería únicamente una misión de reconocimiento —contestó—. Vamos a echar un ojo hasta donde podamos. Eso es todo. Vemos si está todo despejado dentro, pillamos algo y nos largamos de aquí. No me gusta. Además, no me fío de estas calles. No sabemos a dónde nos llevan. Mejor será que Fele nos espere con el coche aquí en la avenida. ¡Fele! ¡Ponte al volante y no apagues el motor! ¡En cuanto nos bajemos, da la vuelta y espéranos con el coche en la misma dirección a por donde hemos venido! ¡Y no nos falles, campeón!

Fele asintió.

—Tengo la sensación de que esto es una encerrona —insistió el ex policía—. Tengo la sensación de que no… no estamos solos.

Aquellas palabras le pusieron los pelos de punta a Ben.

—No había pensado en esa posibilidad. —Ben se agachó para observar los ventanales superiores de la nave—. Puede que haya gente escondida ahí dentro.

—Entonces todo se iría al garete, Respibi. Una de las fuentes de mi teoría es que la gente tampoco comparte la comida.

—En eso estamos de acuerdo —confirmó Ben.

El ex policía y el vigilante bajaron del vehículo. Fele se situó en el asiento del conductor sin salir del coche. Le costó bastante trabajo. Pero el panorama no estaba para salir fuera. El hedor se hizo insoportable en cuanto abrieron las puertas. Una conjunción de especies nauseabundas les inundó y tuvieron que taparse con fuerza narices y bocas.

—Esto no tiene sentido. La comida ahí dentro debe de estar podrida.

—Ya que estamos aquí, lo comprobaremos.

Detrás de ellos, el todoterreno fue avanzando y dando la vuelta. Ben y Day se miraron y observaron el coche antes de seguir. Un cosquilleo les empantanó el estómago. ¿Y si a aquel gilipollas le daba por irse? ¡No habían pensado en eso!

—Vamos. Rápido —ordenó Samuel Day.

Corrieron con las pistolas en alto y la cara tapada, similares a un escuadrón de reconocimiento. Llegaron hasta el control y saltaron sobre el torno de paso para el personal de a pie. Samuel Day observó por una ventana el interior del control de accesos. Comprobó que no había nadie. Luego se dirigió hacia la puerta y la abrió para que pasara Ben. El olor perdió algo de fuerza allí dentro y pudieron coger aire.

En la caseta, el suelo era parqué y los monitores estaban apagados. Había una puerta al fondo que debía ser el cuarto de baño. Ben le señaló con la cabeza, pues Day no parecía haberla visto. Se dirigieron hacia allí, uno abrió y el otro apuntó. Un váter vacío y un lavabo. Se acercaron de nuevo al puesto de mando y Day habló:

—Tú sabrás cómo funciona esto.

Ben asintió con la cabeza mientras buscaba el interruptor que abriera la cancela de entrada. Debía ser algo tan simple como un interruptor de luz o un botón grande fácil de localizar. Vio un pulsador en la pared, entre el escritorio y el marco de la ventana. Lo pulsó y fuera se oyó un crujido. La gran masa de hierro abriéndose como si llevara centenares de años cerrada.

Cuando completó el proceso, se oyó un fuerte golpe.

—Joder. Qué mierda de instalaciones —comentó Ben.

Pero Samuel Day estaba mirando hacia las puertas pequeñas de enfrente. Parecían bien cerradas. Las dos pequeñas y rojas. Tras ellas, supuestamente la entrada al edificio para el personal. La otra quizás llevará a las naves de carga y descarga o al lugar destinado para recepción de mercancías.

—Vamos a entrar —dijo el ex policía.

Volvieron a taparse las bocas con las camisas. Ben corrió detrás del policía jubilado, observando a cada lado. Subieron los escalones y llegaron al breve

descansillo de las escaleras.

—¡Cúbreme! —alertó Day en voz baja—. ¡Abriré y entraré!

Ben se colocó a un lado y desde allí miró hacia la cámara de seguridad que había sobre ellos en la jamba de entrada. ¿Se había movido? No podía ser. El circuito cerrado de televisión estaba apagado. Él mismo lo había comprobado en la caseta. A no ser que aquellas cámaras no estuvieran dirigidas desde allí… Pero no. Tenía que haber sido un efecto óptico. Sus ojos la habían detectado por sorpresa y le habían dado esa impresión.

Samuel Day agarró el pomo de la puerta y esta se abrió. No estaba cerrada. La puerta contaba con una cerradura, pero aun así estaba abierta. El ex policía apuntó dentro con su arma. Ben lo miraba y pretendía ver en sus ojos lo que había dentro.

—Está oscuro. Un pasillo largo. Una escalera a la izquierda —dijo Day—. ¿Entramos?

Ben observó desde aquella altura a Fele en el todoterreno. Les miraba tras la ventanilla. Ben le hizo un gesto para que estuviera alerta. Atento porque iban a entrar y nadie sabía como tendrían que salir de ese lugar tan inhóspito. Pero Fele no entendía sus gestos. Y Ben desestimó seguir perdiendo el tiempo.

—Entremos —contestó Ben y se puso detrás del viejo.

El ex policía avanzó unos pasos en la oscuridad. Ben le siguió a medio metro, muy atento al pasillo que les esperaba en la oscuridad. A la izquierda, una escalera subía y allí… Unas sombras saltaron sobre ellos. Eran muchos. Las armas volaron de sus manos y cantidad de puños y pies les golpearon. Les daban patadas, los tiraron al suelo y cantidad de manos los sujetaban mientras otras les introducían trapos en la boca para evitar que gritaran. Seguían golpeándolos. Ben calculó unas diez personas pegándoles solo a él. Mamporros sin compasión en cabeza, cuerpo y piernas. Le pisaron una rodilla. Luego, la otra. Apenas podía ver a Day entre tantos palos. La sangre le caía por la cabeza y por la espalda. Los orificios naturales del cuerpo le dolían. Las hemorragias no pudieron reprimirse. La gente que había decidido masacrarlos de esa manera no parecía muerta. Aunque algunos de ellos se habían lanzado a morderles y otros los habían apartado. Sin embargo, pudo distinguir la palabra «Hambre» en varias ocasiones. También proferían palabras ininteligibles. Gestos grotescos como de animales o… ¿caníbales?

En la oscuridad, en la paliza que seguían sufriendo, seguía reinando una palabra en el aire: «Hambre». Aquellos seres demacrados, despeinados, de uñas largas, estaban vivos, pero continuaban lanzando patadas, puñetazos y arañazos. Tal vez intentaban dejarlos inconscientes para hacer con ellos… Dios sabe qué. Dos tipos

robustos, duros de roer, como eran Ben Respibi y Samuel Day se mantenían en el suelo sufriendo la marabunta de palos, mientras se miraban uno a otro a los ojos, ahogados en el tremebundo dolor. Mientras las lágrimas se mezclaban con la sangre y se sentían desfallecer, Ben Respibi creyó leer algo en la mirada de su compañero tumbado en el suelo.

«*Te lo dije, Ben. La gente es perra y mala*».

Perra y mala.

Fele los vio desaparecer tras la puerta roja. Escuchó un ruido y la puerta se cerró. Después creyó oír un alboroto, pero… no estaba seguro. ¿Sucedía de verdad o solo era en su imaginación? Quizás hubiesen tropezado con algo. Sí, eso podría ser. Podían ser mil cosas.

Le habían dicho que no se moviera de allí y eso era precisamente lo que iba a hacer.

Pero aquellos tipos solo miraban por su conveniencia. Ni siquiera le habían dado un arma. Le habían dejado allí, con la única misión de pisar el acelerador si había que salir corriendo. ¡Qué difícil! ¿Acaso le tomaban por un estúpido? El ex policía ese ni siquiera era del pueblo y ya le hablaba con desprecio. Como todos los demás. Incluso su propio abuelo, el viejo Tinny, cada vez que tenía oportunidad le dejaba en ridículo delante de todos.

Lo que tenía que hacer era largarse y mandarlos a todos a tomar por el culo, como había hecho el tipo de la moto. Tenía el coche —ahora era suyo—, el mapa… Pero, ¿dónde iría? Solo conocía a gente en Pont de Flaque, el pueblo de su abuela. Allí tenía primos. Gente que le trataba bien. Entonces, ¿qué hacía? ¿Dejarlos tirados? ¿Tenía huevos?

No.

Él era una buena persona de esas que hablaba Ben Respibi. Fele Burham sí confiaba en el prójimo. Aunque muchas veces le criticaban, sabía que no había maldad en ellos. Las canciones que amaba hablaban de un mundo mejor. John Lennon, uno de sus ídolos, abogaba por cambiar el pensamiento humano. No a las guerras. *Dirás que soy un soñador pero no soy el único. Imagina a la gente viviendo toda la vida en paz. No necesitas una espada para cortar dos flores…*

Fele era así. Así tenía que ser todo el mundo. Vive y deja vivir.

Miró a la puerta roja y la encontró cerrada. ¿Por qué habían cerrado si tenían que salir corriendo? ¿No era más fácil…? Algo ocurría. Estaba claro. ¿Cómo no se había

dado cuenta? Miró por el retrovisor antes de dar marcha atrás y vio a los muertos acercándose al coche. Gritó como una niña y se tapó la boca.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —sollozó, mientras metía la primera marcha, pero el motor se caló.

Los muertos entraban por las ventanas. Subían a la parte de atrás. Uno rompió el cristal trasero y lo agarró por el cuello. Otro asomó por su ventana después de destrozarla con la cabeza. Acto seguido, le mordió el pecho, arrancándole un buen trozo de teta. Volvió a arrancar, pese al dolor que sentía en todo el cuerpo, y aceleró. El coche avanzaba a trompicones. Notó que ya no tenía fuerzas ni para gritar, era imposible. Una chica de pelo rojo le estaba mordiendo el mismísimo pómulo y no podía quitársela de encima. Fele no conseguía que el coche cogiera velocidad. Tenía demasiados cuerpos encima. Se llamaba Fele Burham Hopgood.

Y murió en COSYPOL.

Nelson

La noche llegaba por el horizonte. El frío repentino, incansable, bajaba por las montañas como un depredador con necesidad de alimentos. El pueblo estaba muerto. Nelson lo supo con una certeza absoluta, la misma con que sabía que todos estaban condenados de una forma u otra. Nelson miró alrededor confundido, desconcertado, intentando ver entre las mujeres que empujaban su silla de ruedas y corrían espantadas.

Drew se había separado del grupo y se metió en un coche rojo.

—¡Tiene un cuarto de depósito! —chilló.

Lo abandonó y corrió hacia otro lado.

Prestia también se alejó en dirección a una furgoneta verde. Candi Staton no soltó los mangos de la silla de ruedas y, con Nelson delante, siguió caminando a paso ligero por el aparcamiento. Al ver que Prestia y Drew se habían alejado, empezó a dar vueltas, indecisa. Nelson se estaba mareando.

—¡Medio! ¡Medio depósito, Dios Santo! —gritó Prestia desde la furgoneta—. ¡Este vale! ¡Vámonos de aquí!

—¡Ya vienen!

Candi empezó a correr y a respirar como una practicante de *footing* en sus últimos cien metros. Tenía fuerza. Daba sendos tirones a la silla de ruedas como un buen mozo de carga. En esa dirección el terreno descendía levemente y fueron adquiriendo una velocidad que, en pocos segundos, se volvió vertiginosa, cuando menos.

Prestia había desaparecido del asiento del conductor. Candi y Nelson llegaban al vehículo en el mismo instante en el que unos cuantos muertos vivientes se adentraban entre las hileras de coches. A pocos metros de la furgoneta, Nelson tiró fuerte del freno y la silla giró en otra dirección. Candi y él cayeron al suelo con un aparatoso golpe. El armazón más pesado de la silla aplastó las mutiladas piernas de Nelson y el chico negro chilló como una hiena ensartada. La sangre se desparramó por el pavimento y Nelson creyó que moriría allí mismo de tanto dolor. Candi se había

desmoronado unos metros a su derecha y su vestido se había rasgado. De la avenida, de los aparcamientos adyacentes, surgieron sendos grupos de mordedores. Un chico de pelo negro, que se había suicidado arrojándose desde lo más alto del centro comercial, se puso en pie.

Al verlos correr como hormigas pisoteadas, los muertos proferían gritos horripilantes y corrían torpemente hacia ellos. Candi levantó el carrito con todas sus fuerzas hacia la furgoneta verde. Prestia abrió las puertas traseras y corrió a ayudarla.

—¡Candi, arriba! ¡Por el amor de Dios! ¡Métete en la furgoneta! —le gritó a la mujer en bragas.

Drew Cassy venía corriendo desde el otro lado, sorteando a los primeros asesinos que se interponían en su camino. Candi se puso en pie, sin reparar en su muslo derecho raspado y amoratado, y arrastró su pierna tan rápido como pudo hacia el vehículo. Desde allí gritó a su amiga:

—¡Drew, corre! ¡Corre, cariño, por favor! —Y dio otro tirón de Nelson hacia el interior.

La silla de ruedas se quedó en la calle. Con los nervios, habían intentado tirar del chico y de los hierros a la vez. No podían. ¿Quiénes se creían que eran? Nelson se estiró intentando ayudar, dentro de su tormento. Cayó en la parte de atrás y cerraron las puertas. Nelson abrió un poco los ojos y contempló la imagen de su abuela sentada en el asiento trasero del vehículo, observándole con sus ojos negros tan característicos.

Esta vez no sonreía.

Prestia cerró las puertas y salió corriendo hacia la parte delantera. Candi, por el otro lado, hizo lo mismo hacia el asiento del copiloto. Prestia abrió la puerta corredera lateral y luego, entró en el asiento del conductor y puso en marcha el coche. Un muerto con pantalón de peto y camiseta blanca apareció a cierta distancia del capó. Levantó las manos como en una película antigua de terror y corrió hacia el cristal. Destrozándolo de un manotazo.

Drew corría descalza hacia la furgoneta. Los tacones habían volado en cuanto había echado a correr. Un muchacho con medio cuerpo quemado y sin manos, quiso alcanzarla con tanto ímpetu que, cuando ella se paró, el engendro voló por delante hasta estamparse con una farola. Empezó a oír disparos. Alguien disparaba a los muertos. Luces y sombras, y alguien reventando cráneos. Las balas sobrevolaban el lugar, pero Drew no supo exactamente por qué parte, y tampoco se paró a descubrirlo. Drew solo miraba al suelo y corría de puntillas con todas sus fuerzas. En la oscuridad que se cernía sobre ellos, el alumbrado público hizo acopio de fuerzas y comenzó a

iluminar el escenario de la matanza. La mayoría de las personas, gente muy mayor, sucumbía ante el ataque de los muertos. Uno de esos babeantes seres cayó de bruces a los pies de Drew con un agujero de bala entre las cejas. Drew no tuvo tiempo de sortearlo y, al pisar aquella carne flácida y descompuesta, resbaló y dio con la cabeza en el suelo. Pensó que ahí se acababa todo. Dolorida, miró a un lado y encontró una señora con pantalón vaquero y pechos colgantes arrastrándose hacia ella como una boa con hambre.

La furgoneta la aplastó sin miramientos.

Prestia asomó y tiró de ella hasta ponerla en pie. Drew se dejó caer en el asiento de atrás y sintió que algo se había desencajado en su espalda. Gritó mientras un dolor sordo le recorría toda la columna de arriba abajo. Apretando los dientes, agarró la manija y cerró la puerta. Docenas de criaturas se adentraron en el aparcamiento y ya era casi imposible distinguir a la gente viva del pueblo. La luz anaranjada de las farolas mostraba la batalla campal en la que se había sumido el pueblo. Prestia aplastaba todo bicho que se ponía delante del furgón. Mientras atravesaban la avenida principal, Prestia pisó el acelerador a fondo y aconsejó a todo el mundo que se colocara los cinturones de seguridad.

—¿Cómo vas ahí detrás, Nelson? —gimió Prestia con una voz chillona. Estaba fuera de sus casillas.

—Bien…

—¡Aguanta! ¡Saldremos de aquí!

Un hombre viejo se acercó a la furgoneta y salió despedido hacia arriba. Los muertos no intuían el peligro. No entendían la situación. Una mujer negra bastante fornida irrumpió por el lado del copiloto y unos brazos moteados atravesaron la destrozada ventana y le tiraron del pelo a Candi.

—¡Maldita sea!

Prestia giró el vehículo hacia el otro lado para ayudar.

—¡Aaaarrrghh!

Los brazos cayeron en el asfalto con el manojo de pelos entre sus dedos.

Candi lloraba sujetándose la cabeza como una loca. Drew le puso la mano en el hombro e intentó consolarla. Prestia observó a aquella mujer y sintió compasión. También furia. La furgoneta abandonaba el pueblo. La iglesia era testigo de ello. Otro muerto, un tipo gordo con camiseta negra y pistolas en las manos, se puso enfrente del vehículo; Prestia pisó a fondo y lo reventó. El parachoques también quedó hecho trizas. El impacto les hizo dar un bote y la furgoneta estuvo a punto de volcar por un momento levantando en el aire ambas ruedas del lado derecho. El golpe provocó otra

punzada en la espalda de Drew, la cual también lloraba junto a su amiga Candi. Los ojos llorosos gobernaron el interior del vehículo como si no hubiera algo infeccioso en el aire. Por el retrovisor, vieron por última vez el pueblo.

—… hacerlo —Candi dijo algo entre el desconsuelo.

—¿Cómo dices?

—Tienes que dejar de hacerlo. —Candi se tocaba la cabeza como si la tuviera en carne viva. Le caían las lágrimas, como si no pudiera contenerlas. Aun así, seguía hablando.

—¿El qué?

—No puedes ir atropellándolos a todos. Lo único que nos queda ahora es la furgoneta. Sin ella estaremos perdidas. Intenta evitarlos, Prestia.

Prestia miró hacia atrás y preguntó a Drew por qué se lamentaba.

—Me he hecho daño en la espalda. No es nada.

—¿Nelson?

—*¿Nelson?*

Nelson se revolvió y quedó quieto en la oscuridad. ¡Dios! ¿Por qué aquella imagen de la abuela sentada en el asiento? ¿Por qué le miraba por encima del hombro de tan mala gana? ¿Por qué no se desvanecía?

Jamás una aparición duró tanto rato.

—Estoy… bien —mintió a Prestia.

Mantuvo los ojos cerrados y pensó. A juzgar por la forma, no era una de esas apariciones normales de la abuela. Su mirada representaba gravedad. Daba la impresión de… lo que ella desprendía… era cumplimiento.

«*Nano, cuando la gente va a morir, ve a sus seres queridos*».

Aquello sí tenía sentido. Pero, entonces, ¿significaba que iba a morir ya? La abuela se reclinó hacia él y le puso algo frío y húmedo en la frente. A primera vista era su mano, pero el tacto era como el de un paño de hilo o una toalla mojada. El agua resbaló sobre sus ojos, las mejillas y hasta la comisura de sus labios.

Una mano firme le cacheteó. Nelson siguió inmóvil. La carne en contacto con su cara no parecía la de un muerto. Era suave y cálida. El pecho. Le dolían el pecho y sus partes. No sentía el cuerpo. Su miembro estaba mojado.

—¡El coche! ¡Para el coche! ¡El chico no está bien! —oyó en la lejanía.

Nelson sintió entonces una enorme tranquilidad. Su cuerpo era embadurnado con unas cremas frías como el hielo. Un chico muy guapo, de rasgos muy marcados, le

masajeaba los pies y se los besaba. Su cuerpo se elevaba. Pesaba muy poco. Apenas tenía que moverse y ya notaba como flotaba llevado por la brisa que recorría el cielo azul, allá donde las nubes no llegan.

Se sentía enormemente bien. Ya nada importaba. Miró hacia abajo y vio el mar. Lo más importante: sus queridas piernas seguían estando. Todo había sido un sueño. Oyó las olas golpeándose entre ellas. El sonido de los peces, al mover sus bocas bajo el agua. La verdadera madre del ser humano no era la tierra, sino el mar. El mar sobre el que él y todas las demás almas se deslizaban y se enfrentaban a la luz del sol. Las nubes, la arena, los árboles… allí reposaban todos los que una vez existieron…

Podía ver… De pronto, oscuridad. La noche. La luna llena sobre una figura. Una cara dulce, ovalada y sombría sudaba sobre él. Pestañeó y sonrió al ver a Prestia. Qué guapa era aquella chica, Dios. Qué bien le hacía sentir el solo hecho de verla. Jamás pensó que se decantaría por el amor de una chica hasta que apareció ella. Contempló sus suaves manos sobre su pecho. Se lo había estado masajeando. Le había soplado en su boca. Le había besado. Un sabor dulce y cálido permanecía dentro de él. Le había devuelto la vida a un muerto.

—Deja de llorar, por favor —murmuró Nelson, tirado en el suelo.

Prestia dejó de apretarle el pecho y se llevó las manos a la cara para desahogarse. Nelson se las sujetó.

—No lloréis —dijo a Candi y a Drew, ambas iluminadas por la luz natural de la diosa Selene.

Candi y Drew sollozaban abrazadas. Habían parado el coche en plena vereda. La luna resplandecía. No hubo ninguna conversación más. Solo besos y abrazos. Y un camino incierto por el que transitar.

Mitch

La carretera que iba desde Cosy hasta Gregory, resultó ser demoledora en todos los sentidos. El mundo, muerto por culpa de los muertos y lleno de muertos; pensamientos fatales para la cordura. Gracias al foco delantero de la motocicleta, Mitch observó lo que se cernía en la oscuridad con ojos temerosos. En cada uno de los campos, en casas cercanas a la carretera, bajo los árboles, alrededor de los huertos solares y en caminos aislados, vio muertos caminando. Mitch, en su interior, oía ecos de una canción lastimera que no se atrevió a reproducir. Su piel palidecía en la penumbra. Se inmiscuía en las tinieblas. Para ceñirse a la realidad, Mitch buscó con urgencia algo que tuviera color, pero la noche no ayudaba en lo más mínimo. Buscó movimiento, indicios de humo estático en las iluminadas nubes. Se frotó la nariz con el dorso de la muñeca y luego miró otra vez. Paró la moto cuando creyó dejar el peligro atrás. Se quedó allí sentado viendo cómo la cenicienta luz de la luna cuajaba sobre el terreno. Ante sus ojos, un camping repleto de comecarnes.

Cuarenta minutos después llegó al término de Gregory. Observó nuevamente los campos devastados y los parques infantiles ardiendo. Sombras en los hogares. Ventanas y puertas desencajadas y rotas. Miró por el retrovisor derecho y no vio nadie en pos de él. Aceleró por el desvío a Vany.

Abrió los ojos con fuerza para combatir el sueño. El aire fresco hacía mella en su cara. Después de seguir el largo trayecto de campos cultivados y labrantíos, había llegado al cruce en el que se indicaba Presa de Negro Eagle a un lado y Stepho Vensi Containers a otro. Todo recto, a nueve kilómetros, su mujer y sus hijas.

Cientos de veces había atravesado aquel cruce. A una velocidad endiablada siempre. Los nombres en aquellos pequeños carteles le sonaban. Muchas veces se

había preguntado qué diantres era aquello de Stepho Vensi Containers. Ni siquiera le había consultado a nadie a qué se dedicaba aquella empresa. Entre pregunta y destino había siempre muchos kilómetros en soledad.

Y el destino jugaba malas pasadas. También buenas. Mitch contempló la aguja del depósito. Permanecía casi en lo más alto aún. Aquella motocicleta consumía muy poco. Era una joya. Se había ido enamorando del rumor constante de su motor. Mitch no montaba en moto desde hacía bastantes años, mucho antes de casarse. Le encantaban las motos, aunque no era muy aficionado a saber de marcas, cilindrada y demás. Le gustaba la sensación de sentir el aire en su cara y llegar a cualquier sitio y aparcar en la misma puerta sin necesidad de sufrir atascos. Antes de lo que le sucedió al mundo, le había planteado varias veces a su mujer comprarse una moto en condiciones para ir a la base.

Tenía el depósito casi lleno. Todo el tiempo del mundo. Quizás este momento era un *buen* momento. Por supuesto que no iba a entrar en ningún edificio ni recinto a investigar qué se ocultaba dentro. Él no. Un solo vistazo al exterior, eso pretendía hacer. Quitarse el gusanillo. Seguir una corazonada que le había asaltado al volver a leer aquel nombre, en aquel letrero del cruce en el que se encontraba ahora mismo.

Giró por la carretera que llevaba a Stepho Vensi Containers y se topó con el riguroso control de accesos y un vallado de tubos cilíndricos y lacados que delimitaban el lugar como en un parque temático. Una pequeña vía lo bordeaba y se dirigía hacia el aparcamiento exterior. Dos coches le miraban de forma afligida desde ese lugar. Como perritos sin dueño.

Volvió al recinto y contempló el edificio de cristal. Probablemente, durante el día, de color azul claro. A estas horas, gris oscuro. Cinco plantas lo alzaban del suelo como un sepulcro vidriado. Permanecía indemne al mundo exterior. Oficinas vacías de humanidad, repletas de tecnología. Cuando Mitch bajó la vista para ver el amplio recorrido que separaba el edificio del control de accesos, se topó con una señal grande que contenía una letra H de color blanco y una flecha azul hacia la derecha. Una marabunta de nervios surgió de su estómago. Mitch recorrió la valla con impaciencia. Allí podía estar la solución a todos sus problemas… De momento. No se podía ver al otro lado del vallado cilíndrico a no ser que estuvieras justo frente a él. Tampoco podía pasar una persona adulta entre los barrotes. Era un sistema curioso de protección, porque no ocultaba el interior. Pero no era una mala medida de seguridad.

Lo encontró. La sonrisa se dibujó en su cara después de mucho tiempo. El edificio reflejaba la luna en todo su esplendor. Stepho Vensi Containers contaba con un helipuerto. Y lo más importante: con un helicóptero. Uno privado. Uno de la firma

Robinson Helicopter Co, un R66 Turbine blanco, que brillaba como si estuviese esperando a que lo estrenasen.

Desde donde Mitch se había posicionado, no se veía a nadie en su interior. Tampoco alrededor. Mitch había dejado la motocicleta en marcha sobre el pie y en dirección al cruce. La observó desde allí. Nadie a su alrededor. Y tardó muy poco en saltar la valla. Una vez dentro, corrió hacia el helicóptero por el pavimento. La cabeza agachada, como si el rotor del enorme aparato estuviese girando. Abrió la puerta y se coló en el asiento del piloto. Recorrió con la vista el enorme edificio y cómo seguían observándole aquellos cristales opacos. Demasiado silencio.

Sabía pilotarlo. Mitch había llevado helicópteros en el ejército, la mayoría de las veces durante las maniobras internacionales. Los AS-330 Puma, o «Superpumas», como los llamaban los soldados rasos. Uno, de uso privado, como el que tenía entre sus manos, no debía ser nada complicado en comparación. Además, nada de lo que aparecía en el cuadro de mandos le era desconocido. Así que apretó el distintivo verde y vio que las agujas se movieron en los contadores. Magnífico. Nivel alto en el depósito.

La suerte estaba de cara.

—Esto no puede estar pasando —murmuró.

Había quebrado el silencio en el interior de la aeronave y eso le asustó. Cayó en la cuenta de que había bajado la guardia como un soldado novato. Lentamente, miró hacia atrás, y dio gracias a Dios por no encontrar a nadie. Levantó una lona acartonada que tapaba algo, en la parte posterior de los asientos, y encontró armas. Unas quince escopetas y fusiles, y varias Glock 17 o 18 con sus cargadores. Comprobó una de cada y se sorprendió al ver que estaban cargadas. Percibió que de las paredes colgaban garrafas de algún líquido inflamable, equipos antidisturbios, cascos, cuerdas, linternas… El interior de aquel helicóptero parecía preparado para efectuar salidas de reconocimiento o asalto. Regresó a la parte delantera y apretó el botón azul, agarró la palanca de control. Dejó los cascos a un lado: no necesitaba la radio. De momento. El rotor horizontal empezó a ganar fuerza sobre el aparato. Las hélices adquirían potencia. Entonces Mitch tuvo que volver a coger los cascos y ponérselos para no dañar sus oídos.

Mientras se preparaba para despegar, a pocos metros del aparato, vio chispas en el suelo. Algunas se acercaban demasiado al fuselaje. Una bala entró por el cristal y se introdujo en el asiento del copiloto. Mitch vio los fogonazos en la azotea del edificio. El R66 alcanzó la fuerza de sustentación deseada y Mitch tiró de la palanca de mando hacia atrás para despegar cuanto antes; la puerta de la cabina derecha estaba siendo

acribillada. Le estaban disparando desde el edificio. Iban a matarle o a hacer que el aparato explosionara antes de que pudiera marcharse.

El helicóptero se elevó y se inclinó, dando paso al vuelo de translación y adquiriendo velocidad. El plato cíclico siguió rechazando las balas.

Demasiado húmedo como para encender una lumbre. Mitch aterrizó el R66 en el campo de fútbol de Vany que estaba a la entrada. No apagó el rotor. Tenía que echar un vistazo rápido. Podría venir alguien y llevarse el helicóptero y dejarlo a su suerte sin vehículo para desplazarse. Pero las posibilidades eran pocas. No había encontrado movimiento en el pueblo, desde el aire. Y apostaría a que, en dicho lugar, entre los pocos supervivientes que pudiera haber, la posibilidad de que alguien tuviera la instrucción para llevar semejante aparato era nula.

Mitch tenía que correr con todas sus fuerzas. El ruido del rotor no solo atraería a los muertos. La casa de su suegra estaba a la entrada del pueblo. Pocos metros más allá de la muralla del campo de fútbol que tenía delante. Era la primera casa que daba paso al puente sobre el río. De hecho, todos la conocían como *La calle del agua*.

De su casa, al otro lado del patio de la casa de su suegra, quedaba en pie la fachada. Mientras había descendido con el helicóptero, las esperanzas en su interior habían evacuado. Aunque era noche cerrada, la luna dejaba ver con toda claridad como el pueblo yacía sobre sus cenizas. Cenizas de un mundo difunto, acosado por el tiempo.

Había empezado a llover. No había optimismo en el panorama que pretendía visitar, pero tenía que comprobarlo. Tenía que ser rápido. Tenía que correr con todas sus fuerzas. En aquella desolación, no había movimiento. Ya lo había pensado. Saltó la pared del campo de fútbol y, una vez en la carretera, se dirigió hacia la avenida en la que el tormento y los despojos de seres indefinibles, abundaban.

La lluvia se convirtió de pronto en aguacero. Mitch no se puso a cubierto porque no había lugar para ello y además, nada importaba ya. Recorrió con la vista la región y el camino que se iluminaba al sur. De pie, a merced del viento y del agua, buscó la casa que albergó las vidas de las mujeres que le habían pertenecido.

No encontró nada. Solo una pared tiznada, limpiándose bajo el chaparrón. Nunca hubo terremotos a destacar en la zona. Sin embargo, Vany parecía haber sucumbido a una bola de acero en llamas gigante. A Mitch le llenaba de temor pensar en su mujer y sus hijas, y si aún estaban vivas en algún lugar. Quizás sería preferible que estuviesen muertas a que deambulasen solas entre lo que deparaba fuera.

Apretó los dientes mientras le caían lágrimas invisibles bajo la lluvia. Desde allí, miró con atención los restos calcinados de lo que una vez fue una aldea agradable y acogedora. Le rompía el corazón como echaba humo el puesto de perritos calientes de la señora Bo, dos calles más adelante. Regresó a paso lento bajo el aguacero, el cual comenzó a transformarse en llovizna mientras despuntaba el alba. Un nuevo día gris. Mitch no se molestó en buscar más a su familia. No se sintió capaz. A veces, era mejor no saber. Se agachó para toser y tosió durante mucho rato. El helicóptero lo reclamaba al fondo. Mientras vomitaba, deseó poder morir ahora en ese instante. Allí mismo. Llevaba día y medio sin comer y su estómago rugía, se quejaba y regurgitaba. Sus fuerzas se disipaban. Las rodillas le temblaban. Mitch gritó, y levantó la cara al nuevo día.

Se dirigió al campo de fútbol.

Algo en su interior le advirtió de que en Rotten había ocurrido algo. Por eso, cuando atravesó las montañas y contempló el valle y los restos de aquel pueblecito bajo él, no se sorprendió.

Excepto por los muertos, no había ningún movimiento. Los merodeadores habían conseguido entrar. No vio a Ben Respibi ni al ex policía por ningún sitio. Había coches volcados, en llamas. Las casas, muchas, ardiendo. Sangre por doquier en la carretera. Dio varias pasadas con el helicóptero reconociendo la zona. Los muertos que no tenían sus bocas ocupadas, alzaron la mirada. Levantaron los brazos queriendo alcanzarlo.

—Os gustaría, ¿verdad? ¡Perros del infierno!

Mitch deseó poder contar bajo su mando con uno de esos Superpumas. Nada de helicópteros privados. Un Superpuma de la categoría SAR, a ser posible. Con motores turbomeca y una buena dotación armamentística para reventar todo bajo su morro.

Recordó entonces que tenía armas en la parte de atrás. Le valdrían para un futuro. De nada servía ponerse a disparar ahora, así que dirigió el aparato hacia el sur y voló por encima de las casas, atento por si encontraba a alguien vivo en el pueblo. Alguien a quien pudiera rescatar. Nadie que no se moviera entre espasmos y ojos nublados.

Utilizó la fuerza de sustentación inclinada para evitar el torreón de la iglesia, cuando reparó en algo: en el patio trasero con el que contaba la iglesia —un lugar lleno de lápidas pequeñas de color negro—, había una mesa de madera y, sobre ella, un capazo de bebé. Uno de esos cestos de mimbre que se acondicionaba como cuna para los niños recién nacidos.

«¡Se está moviendo!».

Mitch aprovechó la inercia para voltear la aeronave y dar otra pasada.

¡Cierto!, comprobó. La cuna se movía. ¿Un bebé? No recordaba haber visto ninguno entre los habitantes del pueblo. ¿En la iglesia? ¿Qué hacía una capota de bebé en el jardín trasero de la iglesia? Los muertos no pensaban. No podía ser una trampa. Lo que más le extrañaba era que los muertos no transitaran esa parte. Desde allí podía verlos lejos, en el otro lado, cercanos al centro comercial, en el aparcamiento donde se había celebrado la comida y que ahora se había convertido en una barbacoa humana. Allí había carne. Quizás fuera eso.

El peligro estaba lejos. Tenía armas. Buenas armas. Ametralladoras que destrozarían a un elefante en pocos segundos. Solo tenía que buscar un sitio para aterrizar. Un sitio seguro y con un cien por cien de posibilidades. No había tiempo. Mitch seguía sobrevolando la iglesia y los muertos habían empezado a acercarse al escuchar el ruido. Podía alejarse. Volver en otro momento. Hacer un asalto relámpago con todos los contratiempos planeados. Pero no había tiempo. Podían coger al bebé y… ¡Dios!

Mitch descendió el aparato en plena avenida. Tenía que hacerlo con suavidad y lentamente para evitar sucesos inoportunos. Necesitaba posar el helicóptero lo más cercano posible a la iglesia. Los muertos comenzaban a asomarse a lo lejos como si el circo llegara a la ciudad. Reaccionaban como si sus envoltorios humanos no reconocieran el sonido, aunque su constancia les atraía. Una milésima de segundo después de posar el helicóptero, Mitch cogió el primer subfusil, comprobó el cargador, abrió la puerta de la cabina y corrió por el lateral. Por nada del mundo pensaba entrar en la iglesia. Atravesaría la callejuela que había visto, saltaría el murete y… Con el corazón en un puño, apuntó a cada esquina, a cada recoveco, destrozaría a quien se atreviera a asomarse por allí en aquel momento.

Escuchó al bebé llorar. El vientecillo de la mañana portaba sal, recordaba al mar y acunaba el lamento del bebé. El rectángulo de terreno con el que contaba la parte de atrás de la iglesia, era un recortado murete blanco a media altura y una pequeña portezuela de madera. Ya lo había visto.

Saltó el murete y se acercó al capazo. Seguía moviéndose. Cuando se asomó, se sintió desfallecer. El bebé estaba bañado en sangre. Le faltaba parte del cuerpo y la sangre le estaba ahogando. ¡Pero aún estaba vivo!

Mitch soltó el subfusil en la mesa y lo levantó. El líquido resbaló por sus manos y el bebé vomitó algo blanco. Mitch tuvo la esperanza de que fuera leche. Mitch había realizado torniquetes, pero nunca a algo tan pequeñito y frágil. La niña —porque era

niña— lloraba y se amorataba por momentos. Mitch cogió la toca de hilo que la protegía y la rajó por la parte menos manchada. Intentó contener la hemorragia del modo más profesional posible, pero el bebé se había desmayado en sus brazos. Cerró los ojitos. Tal vez hubiera muerto. Quizás despertara y le mordiera el cuello con su boquita de tres centímetros. A Mitch le daba igual. Mitch tenía el miedo metido en el cuerpo como nunca lo había sufrido. No se quitó al bebé de su hombro, de esa tierna postura en la que tantas veces había paseado a su hija a altas horas de la madrugada cuando tenía gases y no podía dormir.

Cuando la puerta de la iglesia se abrió.

El que una vez había sido cura del pueblo ladeó la cabeza. Mitch le abrió el pecho con la primera ráfaga y siguió hasta el cerebro.

Luego, salió corriendo con la niña al hombro. Saltó otra vez el murete y encontró muchos de ellos saliendo por las calles. Fue reventando sus cabezas con cada descarga. El helicóptero esperaba al final de la calle. Nunca unos cincuenta metros fueron tan largos para él. Llegó a la avenida y vio a la muchedumbre acercándose a las aspas. Dio gracias, porque la mayoría apenas tuviera fuerzas para caminar. Muchos de ellos aparecían tullidos y desmembrados. La fuerza del viento que producían las aspas del helicóptero no era ninguna ventaja para los muertos. Mitch apuntó con el arma a algunos y salvó de su maldición a muchos. Un hombre que el día anterior le había ofrecido una hamburguesa y una cerveza en la barbacoa, ahora reclamaba su carne. Encontró gente del pueblo, pero también a muchos otros que no había visto en su vida. Recordó entonces el accidente de tren. El cúmulo de acontecimientos que le habían llevado allí. Quizás los muertos en el accidente habían encontrado el camino hacia el pueblo y habían desatado la barbarie. Rotten se había convertido en un autentico averno. Un lugar destinado al eterno castigo de los condenados. Un infierno con una princesita a la que salvar.

Mitch se elevó sobre todos ellos, con la niña a su lado y disparando cada poco con el fusil, buscó con urgencia un lugar para aterrizar entre las montañas. Aquella niña era lo único que le quedaba. Tenía que salvarla. Era la única razón que le quedaba para seguir viviendo.

El mar

El silencio en las ciudades, en los valles y en los pueblos, se vio perturbado cuando los poderosos motores de las avionetas rugieron desde lo más alto. Seguían una ruta directa a lo largo de carreteras principales cubiertas por las carcasas de coches accidentados y los restos putrefactos de incontables cadáveres. De vez en cuando, aparecían personas a corta distancia y a ambos lados de la carretera, pero se mostraban letárgicas y dolorosamente sin esperanzas. Se arrastraban de forma muy parecida a los muertos y en ocasiones era difícil diferenciarlos.

La mitad del territorio había quedado destruida por el fuego. Las llamas habían destrozado y derretido lo más persistente. Una explosión, en pleno centro de la ciudad, había abierto un agujero del tamaño de la pedanía de Cosy. A través de ese agujero, cerca de cinco mil caminantes desaparecieron. Entre ellos, no solo había muertos.

Fuera del agujero, la explosión llegó hasta las montañas, siguiendo una ruta de altos hornos y fábricas, las cuales sirvieron como mecha para incendiar nuevamente valles y bosques que aún no se habían apagado. Y que nadie pretendía apagar. Pues ni siquiera la lluvia ácida podía. Ni siquiera la rotura de la presa de Negro Eagle, que había sucumbido a la fuerza del agua por culpa del extinto mantenimiento y que había arrasado cientos de hectáreas, podía.

No quedaba rastro de optimismo. Aunque la voz de la gente que podías encontrar en el camino normalmente sonaba tranquila. También, cansada y sincera. Lo que empezaba a enervar a los que se preocupaban por su futuro era la lentitud con la que parecía ocurrir todo. Algo muy parecido a cuando la raza del hombre aún no pisaba la tierra y el único eco alrededor se debía a los primeros insectos que trabajaban las flores. O, como mucho, el estruendo de un volcán después de desatorarse.

Los relojes habían dejado de ser consultados. Una y otra vez, se intentaba recuperar el sistema por parte del Gobierno Central, pero siempre surgían nuevos problemas. Obstáculos. Los gastos, los daños ocasionados a la ciudad, eran incontables. No había mano de obra. La gente había perdido la esperanza y hacía todo

lo posible por salvar sus vidas y no las de los demás. No había mutua cooperación para alcanzar de nuevo la estabilidad social. Había despecho. No se cuestionaban si tenían la suficiente potestad moral como para matar al que había sido infectado o al que tenía pinta de estarlo. La ley del más fuerte superó a la ley marcial.

La culpa, en ocasiones, no solo la tenían los seres que habían regresado del más allá. La naturaleza parecía haberse unido a esa destrucción inminente del ser humano. Jesus Bay, un pueblecito pesquero de apenas mil habitantes, que casi no había sufrido daños por su inmejorable situación estratégica y la acción feroz de sus habitantes contra los redivivos que regresaban del mar, tampoco había resistido. Unas semanas atrás, un tsunami lo había borrado del mapa. Era uno de los pocos sitios donde un canal de radio que había empezado a emitir y nadie sabía desde dónde había prometido seguridad.

No había nadie en el mundo. Aunque se rumoreaba que en los altos edificios de Nueva York seguían encendiéndose las luces por la noche.

Fue entonces, cuando las avionetas habían aparecido en el cielo con sus quejumbrosos motores, lanzando folletos informativos, rememorando los tiempos de guerra entre los vivos. Folletos para los que aún podían leer. Información sobre una posibilidad. Una esperanza para los vivos: «La salvación está en el mar». Los muertos volvían a la vida. La última vez que el gobierno contó a la población, morían millones de personas al año. Miles al día. Cientos cada hora. En cualquier rincón del país, las personas muertas se levantaban y mataban a otras personas que a su vez se levantaban y volvían a matar. Eso sin contar suicidios, asesinatos, ajustes de cuentas… Los muertos volvían a la vida.

Con el paso de los años, la gente dejó de temerles. Sobre todo si contaban con armas o si la ayuda del ejército estaba cerca. Así, era fácil exterminarlos. Los casos se complicaban si los merodeadores eran amigos o familiares. Pero, en general, la gente se había concienciado y respondía ante el mal. La muerte siempre rondaba al ser humano, era imposible separarse de ella. Pero hacía tiempo que no se veían aviones.

Hasta que aparecieron. Y trajeron buenas noticias.

«La salvación está en el mar».

Rotten

Mediodía.

Pequeñas nubes negras rondaban el horizonte. El levantamiento de los muertos no era el único caso extraño que había asolado al mundo: se oían rumores de lo más inverosímiles. Un padre y su hija se habían unido a la larga fila que se extendía en el puerto de la ciudad. El gobierno había fletado cantidad de barcos para la salvación.

Un tiempo después de que más gente se fuera uniendo a la cola, la gente empezó a hablar. Comentaban aquellos hechos extraños en los que se habían visto involucrados.

—Es usted enormemente gracioso —dijo una señora a un hombre de pelo desaliñado que era el centro de la conversación.

El hombre no pasaba del metro sesenta, vestía traje de chaqueta y contaba unos minutos antes que se había encontrado en el campo a una mujer que había sufrido veintitrés partos seguidos.

Juraba que era cierto.

La cola avanzó un poco más y el padre y la hija se acercaron más al grupo. La sensación de estar con mucha gente, de oír hablar a varias personas, emocionaba. Conversar unía a las personas. Lo que había comentado aquel hombre sobre el sufrimiento irrepetible de una mujer bajo un árbol, había despertado la atención de la gente. Tendían a juntarse más y más, como si hiciera frío.

—Yo le creo —dijo una chica con gafas, bajita y de grandes pechos—. El mundo está cambiando, no me cabe la menor duda.

—Algo está pasando, no le digo que no. *Eso* está claro —saltó de nuevo la incrédula señora—. Pero veintitrés partos seguidos… Vamos, por Dios, la mujer acabaría…

—La mujer acabó muerta. Y todo lo que conlleva esa palabra hoy en día. Nadie puede soportar tanto dolor —dijo el hombre de pelo desaliñado, rizándose las greñas con un dedo—. Creí que lo había entendido. No pudimos hacer nada por ella.

—Esa frase se le da muy bien a los médicos. ¿No será uno de ellos?

—Soy médico, sí. Trabajaba en el Departamento de Investigación del Núcleo.

La mujer le miró con indiferencia.

—Los cuerpos están cada vez en mayor estado de descomposición —dijo un viejo más adelante—. Apestan. Por eso sabemos que están muertos.

Nadie entendió a qué venía ese comentario. El viejo parecía mentalmente afectado. Se tocaba incesantemente el cogote con cierto nerviosismo.

La cola siguió avanzando.

—Cuenta lo de los perros, papá —dijo la hija al padre.

Algunos se giraron y observaron al hombre y a su hija. La mujer que se había comportado de modo despectivo con el médico se les acercó y, reparando sin miramientos en el tullido aspecto de la niña, le acarició la cabeza.

—Pobrecita mía —dijo.

—¿Pobrecita por qué? —preguntó la pequeña.

La mujer se encogió de hombros y miró al padre. El hombre no dijo nada. No tenía por qué contarle lo que le había ocurrido a su hija en el brazo. El padre odiaba a la gente tan entrometida. Ya las odiaba antes de que el mundo cambiara y en estos tiempos, el respeto por la intimidad se había fosilizado.

Les miraban. Esperaban que el padre hablara sobre los perros. Pero en los ojos del hombre encontraron la negativa del padre.

—En Fivemont —dijo una chica de pelo muy corto y mallas negras hechas jirones — yo misma contemplé cómo mi novio muerto se quedaba horas y horas frente a un espejo.

—Los espejos los dejan sumamente petrificados, sí —contestó el de al lado.

—Pero yo no lo sabía. Mientras recogía mis cosas tranquilamente para marcharme, él ni se inmutó.

El padre de la niña sintió como le tiraban del pantalón.

—Cuenta lo de los perros, papá —murmuró la pequeña.

El padre negó con la cabeza.

Con cada avance de la cola, la gente se animaba.

—Yo he escuchado que, en algunas ciudades costeras, la gente se suicida en masa como los *lemmings* —comentó un niño de unos catorce años, cuya madre le pasaba la mano por los hombros.

—¿*Lemmings*? ¿Eso no era un videojuego? —contestó un joven—. Mi hermano y yo… —Pero no dijo nada más.

—Creo que sí —continuó el niño—. Pero los *lemmings* existen —explicó a todos —. Son una especie de roedores que habitan en las praderas. Se alimentan de

yerbajos, raíces y pequeños frutos. Sus hembras producen frecuentes explosiones demográficas, por lo que los machos se suicidan en masa arrojándose al mar. Es un mecanismo de autorregulación de la naturaleza.

Una bandada de gaviotas graznó sobre sus cabezas y se perdió entre las nubes.

—Va a ser biólogo… —murmuró la madre orgullosa, como si el mundo no hubiera cambiado lo más mínimo y pudiera elegir universidad.

—Sí, he oído algo de eso, amiguito —alegó el médico.

Avanzaron aún más hasta el comienzo de la pasarela que llevaba a la cubierta del transatlántico. Desde donde se encontraban, era imposible ver al otro lado del río. El buque ocupaba toda visión. Había hombres a la entrada del puente de abordo. Vestían de color blanco e iban tomando nota de los pasajeros que subían a bordo.

A través de los panfletos que habían lanzado los aviones, la gente supo que el gobierno fletaría barcos para que la gente que lo deseara abandonara el país. Se comentaba que la idea era despoblar el continente entero para su posterior *limpieza*. No era obligatorio desertar. Dependía de lo tranquilo que se quisiera vivir. Estas dos frases parecían haber sido escritas con una especial sutileza en los folletos. La palabra «desertar» se explotaba hasta la saciedad. Una especie de rencor subyacía en el uso de aquellas columnas escritas en papel. Era como si el gobierno hubiese sido obligado por la comunidad internacional a evacuar a sus habitantes, pero en realidad no quisieran hacerlo. La población poco sabía. Los más informados eran escasos. Los mismos que habían optado por volver a encender la radio después de mucho tiempo y habían encontrado una emisora, cuya voz de mujer les ponía al tanto de otras muchas noticias.

Los destinos en los puntos de embarque se llevaban a cabo, según el empadronamiento o el lugar de procedencia.

—Usted, médico —dijo la señora del principio—, ¿qué más sabe? Cuéntenos algo de lo que han descubierto usted y sus amigos.

—Señora…, mis amigos murieron hace tiempo.

El hombre movió lentamente la cabeza como si quisiera alejarse de esos recuerdos. Luego, encaró los ojos de buey del barco y murmuró algo.

—¿Cómo dice?

—Algunos de los que regresan son diferentes.

—Diferentes. Sí, está claro.

—Algunos de ellos, y no me preguntes por qué, actuaban de modo fantasmagórico. —El médico era nuevamente el centro de atención. El hombre arrugó el entrecejo como si ni él mismo pudiera dar una explicación a lo que iba a contar—.

Algunos regresaban, pero se comportaban de forma extraña… Se paseaban, por decirlo de algún modo. No nos atacaban. Actos sin explicación. Eran como fantasmas que habían vuelto por tener algo pendiente. Mi teoría…, bueno, es como si solo hubiera resucitado una parte de su cerebro, ¿no creen? Una muy distinta de la que engendra ansia y ganas de comer carne humana.

—O solo carne.

—Cierto. Mire, se vieron casos de muertos que, después de alzarse, regresaban a sus casas, abrían la puerta y visitaban a sus familias. Como si fuera algo que tuvieran grabado aquí dentro. —El médico se tocó la sien—. Un bucle, quizás. Como si la muerte hubiese sido unas vacaciones y, al terminar, desearan volver a donde de verdad se sentían a gusto.

—A casa.

—Exacto.

—No conozco ninguno de esos.

—Yo sí —dijo alguien en la cola.

—Y yo —respondió una mujer con muletas a la que le faltaba una pierna—. O sea…, quiero decir, el que yo vi, se dedicaba a ir al cine de mi pueblo y se sentaba a ver películas.

—Eso es verdad —intervino una joven pareja—. Nosotros descubrimos a un señor que vivía enfrente de nuestra casa, el cual abría su negocio por la mañana, se sentaba en el mostrador y cuando se hacía de noche, cerraba y se iba. Tenía una librería.

—A eso me refiero, ¿ves? —continuó el médico—. De esos comportamientos hablo. Cuando lo que fuera despertó a esas pobres personas, una parte distinta de su cerebro empezó a funcionar. Otro campo. Pongamos… la memoria. Al resucitar, realizan la actividad más común en sus vidas o la que más practicaron mientras fueron felices. O incluso, como dice ella, a algunos les daba por ir a trabajar o pasearse por los lugares por los que más les gustaba hacerlo… Es un hecho extraño, sin duda —concluyó.

La fila progresó hasta llegar a pocos metros de la pasarela. Guardaron silencio mientras los primeros decían sus nombres a los hombres vestidos de blanco.

—¡Cuenta lo de los perros, papá! —pidió la niña por última vez.

—Arriba lo haré. Deja de repetirlo.

Después de comprobar que el cuarto de baño no tenía ducha, Drew Cassy se miró al

espejo y vio sus lágrimas caer. Casi todo su pelo era blanco. Después de los acontecimientos que le habían perturbado los últimos años, desde que abandonó el pueblo donde había vivido la mejor época de su vida, había dejado de preocuparle tener que teñirse el pelo a cada momento. Decidió que ya nada merecía la pena. Nunca más volvería a estar mona para un hombre. «Seducir», se había vuelto una borrosa palabra en su diccionario particular. Una de las razones por las que lloraba bajo la luz mortecina de aquel espejo, en este momento, en aquel cuarto de baño apretado y con olor a lavanda.

Avanzar fue una tortura. En dos días habían recorrido más de treinta kilómetros. Tenía las piernas destrozadas. Aunque había conseguido sentarse en un bordillo mientras los demás esperaban en la cola, aún arrastraba los pies al caminar. Deseaba ducharse, asearse con agua limpia, aunque estuviera muy fría… Le daba igual. Deseaba poder dormir tranquilamente y despertarse sin sobresaltos, el suficiente tiempo para recuperar fuerzas y desechar un poco de pesimismo.

Deseaba y deseaba. Todo lo que había deseado durante tanto tiempo parecía haberse hecho realidad.

—Ya vale, ya ha pasado todo —dijo Drew al espejo. Y el espejo le mostró sus labios quemados, estropeados por el viento. Ojos rojos cargados de lágrimas.

Un no parar.

La niña quería que contara lo que les había sucedido unos meses atrás en un pueblo del sur. Un lugar agradable y con cierto encanto. Un lugar rodeado de coches muertos donde habían buscado cobijo en una noche de tormenta. Ella y su padre se habían ocultado en el desguace, bajo los incesantes golpes de la lluvia en techos y capós. Desde allí vieron algo que su padre, sobretodo, no pudo creer. Vieron que, extrañamente, cientos de perros asistían a lo que parecía ser una misa.

Entonces su padre tuvo que contarle que significaba la palabra «misa».

Pero su padre era reacio a hablar de ello con las demás personas. Parecía desconfiar de todo el mundo. Quizás había nacido así o se había vuelto raro con el tiempo. No lo sabía. Ella era aún pequeña para preocuparse por esas cosas. Sin embargo, el rostro de su padre había cambiado. Era otro desde que habían subido al barco. Ahora charlaba con todos, abrazaba a unos cuantos y daba la mano a muchos. Si la pequeña supiera lo que significaba, hubiera tenido la sensación de que habían ganado una guerra. Empezaba una nueva vida. Su padre se lo había dicho.

«Una vez en el barco. Mar adentro. Empieza una nueva vida para nosotros».

La pequeña aporreó la puerta. No podía aguantar más. Se estaba orinando. También tenía retorcijones, pero estaba tranquila. Al principio, se tocó la parte baja de la barriga con miedo. Pero no, no eran náuseas.

—No lo son —se repitió a sí misma.

Simplemente, se iba a hacer pis encima, si aquella mujer de pelo blanco que había entrado en el cuarto de baño antes que ella no salía pronto.

—¿Le queda mucho? —dijo a la puerta, y la volvió a aporrear.

Oyó el sonido de una cisterna y cómo abrían el pestillo. La mujer de pelo blanco salió.

—Todo para ti… —dijo la mujer, sujetándole la puerta. Pero no pudo terminar la frase. Observaba con tristeza a la niña mutilada que tenía delante.

—¿Has estado llorando? —le preguntó la niña.

Drew se encogió de hombros.

—¿Cómo te sientes?

—Como una mierda —contestó Drew, con una honestidad brutal.

—No te preocupes por mi brazo. Soy manca desde que nací. Estoy acostumbrada a esto. Mi padre dice que no tuve tiempo de aprender a hacer nada con las dos manos, así que… —sonrió.

Drew sonrió con ella.

—¿Estás sola?

—No, con mi padre. Está allí hablando con todos. Ahora es feliz. Les está contando lo de los perros.

—¿Qué perros?

—Acércate. Él lo cuenta mejor. Es muy bueno contando historias. Además, es un buen papá. Aunque no quiere que lo llame así. Quiere que lo llame por su nombre.

—¿Y cómo se llama?

—Mitch.

Drew se conmovió. Lentamente, se apoyó en la pared y descansó el cuerpo.

—Perdón —dijo la niña, abriéndose paso—, no puedo más. Me meo.

La niña entró y cerró la puerta.

Drew observó al padre de la niña. Estaba de pie en el pasillo dándole la espalda. Gesticulaba con las manos y atendía a preguntas de los que le rodeaban. Drew empezó a sentir algo extraño en su vientre. ¡No podía ser! ¡Tenía que ser otro Mitch! No, no podía… Lo examinó bien. Allí, de espaldas. Se parecía. Podría ser. Pero… Algo le decía que era él. Su aspecto, su forma de moverse eran muy similares al hombre que una vez conoció y que desapareció de su vida en un abrir y cerrar de ojos. Aquel

militar que salió de expedición con los del pueblo. El caso es que se parecía y no se parecía. El hombre del pasillo había perdido pelo. Desde allí, Drew podía ver claramente cómo los focos interiores del camarote de recepción iluminaban su resplandeciente coronilla. Estaba muy delgado, se había vuelto muy moreno de piel y los gemelos, en sus piernas, eran fuertes como los de un corredor olímpico. Su cabeza… sí, tal vez, se hubiese rapado el pelo. Hombres y mujeres lo hacían para combatir la enorme plaga de piojos que se había desatado.

La puerta del cuarto de baño se abrió y salió la niña.

—Ups, la cisterna —dijo la pequeña, y se volvió para tirar de ella. Cuando regresó se fijó en Drew—. ¿Me estás esperando?

—Puede —sonrió—. ¿Sabes que soy adivina?

—¿Qué es eso?

—Adivina, significa que puedo acertar cosas sobre ti.

—¿Quieres decir que tienes poderes?

—Sí —Drew arqueó las cejas varias veces.

—Yo también tengo.

—No me digas. ¿Y qué puedes hacer tú que los demás no? Si me lo cuentas, adivinaré cosas sobre ti y digamos… sobre tu padre —señaló.

La niña miró hacia atrás para comprobar que su padre seguía allí.

—Me parece bien —sonrió—. ¿Empiezo yo?

—De acuerdo —animó Drew.

—Mi padre dice que soy una especie de radar. No sé muy bien qué significa esa palabra, pero cuando los muertos están cerca, siento náuseas y vomito. Se me saltan las lágrimas también.

La niña asintió con la cabeza, corroborando el hecho.

Drew hizo una mueca. No podía ser… La niña no era morena. No se parecía a Mitch. Era muy blanquita, rubia, con los ojos pardos del color de la dehesa. Su falda vaquera, sus zapatillas de marca y su camiseta dos tallas más grandes, disimulaban muy bien su tullimiento. La pequeña tendía a ocultar la falta de su brazo derecho. Cuando Drew se acercaba, la pequeña escondía su manquedad. Se protegía y se giraba. Lo que Drew estaba pensando no podía ser cierto. Sería el colmo, algo imposible de creer. Esa niña no podía ser… No podía ser.

—Te toca.

—¿Cómo? Ah, sí… —Drew se había agachado para hablar con ella. Salió de su aturdimiento cuando la pequeña le tocó la frente con un dedo—. Es… maravilloso que puedas hacer eso. El que esté cerca de ti estará a salvo. —Drew recordó a su

amigo Nehemías Mile, el cura. ¿Dónde estaba? ¿Se encontraba en el barco? Desde allí no podía verlo.

Quizás Mitch lo supiera.

—Te toca —repitió la niña—. ¡Venga, deprisa, que me va a llamar mi padre!

—Voy a adivinar algo sobre ti.

—¿Sobre mí o sobre mi padre?

—Sobre ti. Viendo esos ojos tan bonitos que tienes, aseguraría que tu nombre empieza por S.

La niña rio y se tocó la barriga.

—¿No? —se preguntó Drew—. ¿No es cierto?

—Vaya poder más malo que tienes… —Volvió a reír la niña— La primera en la frente —dijo, golpeándosela y riendo.

Drew recordó haber oído esa misma frase en boca de Mitch. Estaba segura de que eran ellos. ¿Pero entonces…?

—La primera en la frente —repitió Drew—. Una expresión que usa mucho tu padre.

La pequeña dejó de reír y la miró con suspense directamente a los ojos.

—Eso sí es verdad. Pero no es difícil de adivinar —replicó.

—Cierto. Está bien, me has pillado. Mis poderes son muy malos. ¿Me dices cómo te llamas entonces?

Drew levantó la cabeza hacia el pasillo. Mitch las estaba observando. Tenía la mano sobre la frente como si no pudiese creer lo que estaba viendo. Drew sintió cómo se posaban en ella aquellos dulces ojos negros que le volvieron loca una vez. Siempre le gustó como la miraba ese hombre. Acechaban su silueta adulterada por el paso del tiempo, su pelo blanco y corto, las interminables lágrimas de su cara.

«¿Eres tú?», murmuraban los labios del hombre.

«Mitch, amor mío», los de la mujer.

Notó que el barco comenzó a moverse. En el camarote empezó a sonar un fino hilo musical. Una canción que les había perseguido todo el tiempo. Una canción que hablaba de estar triste, de alejarse de las nubes negras, de la pérdida de tiempo, de las sonrisas gratuitas de color arco iris…, pero, sobre todo, de encontrar el camino a casa.

La niña aún no había reparado en que su padre estaba detrás.

—Me llamo Rotten —dijo la pequeña.

Así que quizás mañana encontraremos el camino a casa, decía la canción.

EPILOGO

—¡Pff! Con eso se le quitan a uno las ganas de comer espaguetis… —bromeó Nelson al escuchar a un hombre gordo contar cómo había acabado con un no muerto.

Después le tocó el turno a Drew Cassy.

Sentadas a la mesa, decenas de personas escuchaban las historias de cada uno. Cómo, por qué y de dónde venían. En otras tantas mesas, parecía suceder lo mismo. Drew comenzó a narrar lo que denominaban como «El Día del Cementerio».

Mitch se acercó a Rotten y le advirtió de que estuviera atenta a lo que aquella mujer iba a contar.

—Te gustará —aseguró.

—¿Por qué, papá?

—Porque tú eres la protagonista.

—¿Yo?

Rotten se giró y concentró todos sus sentidos en aquella mujer que le caía tan bien. Su pelo blanco era magnífico. De mayor, quería tenerlo igual. La hacía diferente. Tenía un brillo especial. Y eso que lo tenía tan corto como el de un niño.

—Tengo que hacerlo —continuó Drew—. Será como cerrar una puerta de mi pasado lentamente…

Las frases, las palabras que salían de la boca de aquella mujer eran enternecedoras. Un tono sin igual taladraba los sentimientos de los que escuchaban alrededor.

—No sé si esto es el final o el principio. Lo que está claro es que nosotros somos los protagonistas —terminó.

Drew se sentó y algunos hicieron el intento de aplaudir.

Pero no fue necesario.

—Entonces… ¿Susanah? ¿Yo soy esa…? ¿Me llamo Susanah? —chilló la niña—. ¡Ay! *¡Ayyyy…!*

—¡Qué! ¿Qué ocurre, pequeña? —dijo Mitch. Acto seguido, saltó de la silla al ver como la niña se sujetaba el estómago—. ¿Náuseas?

La niña sollozaba, asentía y se apretaba el estómago:

—¡Papá! ¡Fatiga!

—¡Mierda!

Por lo pasillos vieron gente correr. La tripulación vestida de blanco intentaba calmar a la gente. ¿Qué ocurre? ¡¿Qué pasa?! ¡¿Hay peligro?! ¡Por favor, mantengan la calma! ¡Mantengan la calma! ¡Permanezcan en sus puestos! ¡La tripulación solucionará cualquier problema! ¡No se dejen llevar por el pánico! ¡Por favor, mantengan la calma!

Pero cada vez aparecía más gente y todos corrían hacia esa parte del barco. Mitch agarró a un tipo en el pasillo.

—¡Dime qué ocurre!

—Ha muerto alguien en el compartimiento número 10…

Agradecimientos

Este libro está dedicado a todos los que, consciente o inconscientemente, han hecho renacer en mí, en algún momento de sus vidas, el tema zombi.

A mi mamá, que me sacó de casa una noche de tormenta, en ausencia de mi padre, para ver en casa de nuestra vecina *La noche de los muertos vivientes*.

A Cristina, que aprendió a sufrir a mi lado. *¡Verde!*

A mi pequeña Ágata, que me cogía de la mano para cruzar la calle y en las tardes de invierno me decía: «*Papiloto, ¿jugamos a los zombis?*».

Al editor de Dolmen, Vicente García, por interesarse en lo que de mí pudiera nacer.

Al escritor Juan de Dios Garduño, por creer en mis narraciones como nadie lo ha hecho hasta ahora.

A la escritora Pilar Pedraza, por tener tan buenas palabras hacia la novela.

A mi amigo José Rafael Martínez Pina, por su lectura y corrección.

A mi amiga Mónica jurado Sáenz, por su lectura y opinión.

Pero como he dicho al principio, a todos los que de una forma u otra, han tocado el tema zombi en mi vida.

Muchas gracias.

Un libro es de por sí un zombi.

Véanlo de esta manera: el libro sobrevive al autor y, cuando se publica, nace, pero ya nunca muere. Ni el fuego puede hacerle a frente, porque los libros han evolucionado y ahora tienen el poder de ser digitales. Aunque no es lo mismo. Ya no huelen. De todas formas siguen siendo zombis. Inmortales. Hasta el fin de los tiempos. Y no se les puede matar porque no tienen cerebro.

J.J. Castillo Agosto
2009 - Julio 2011